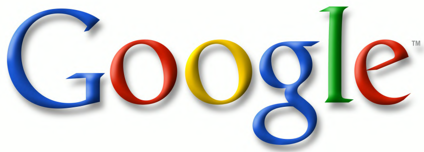
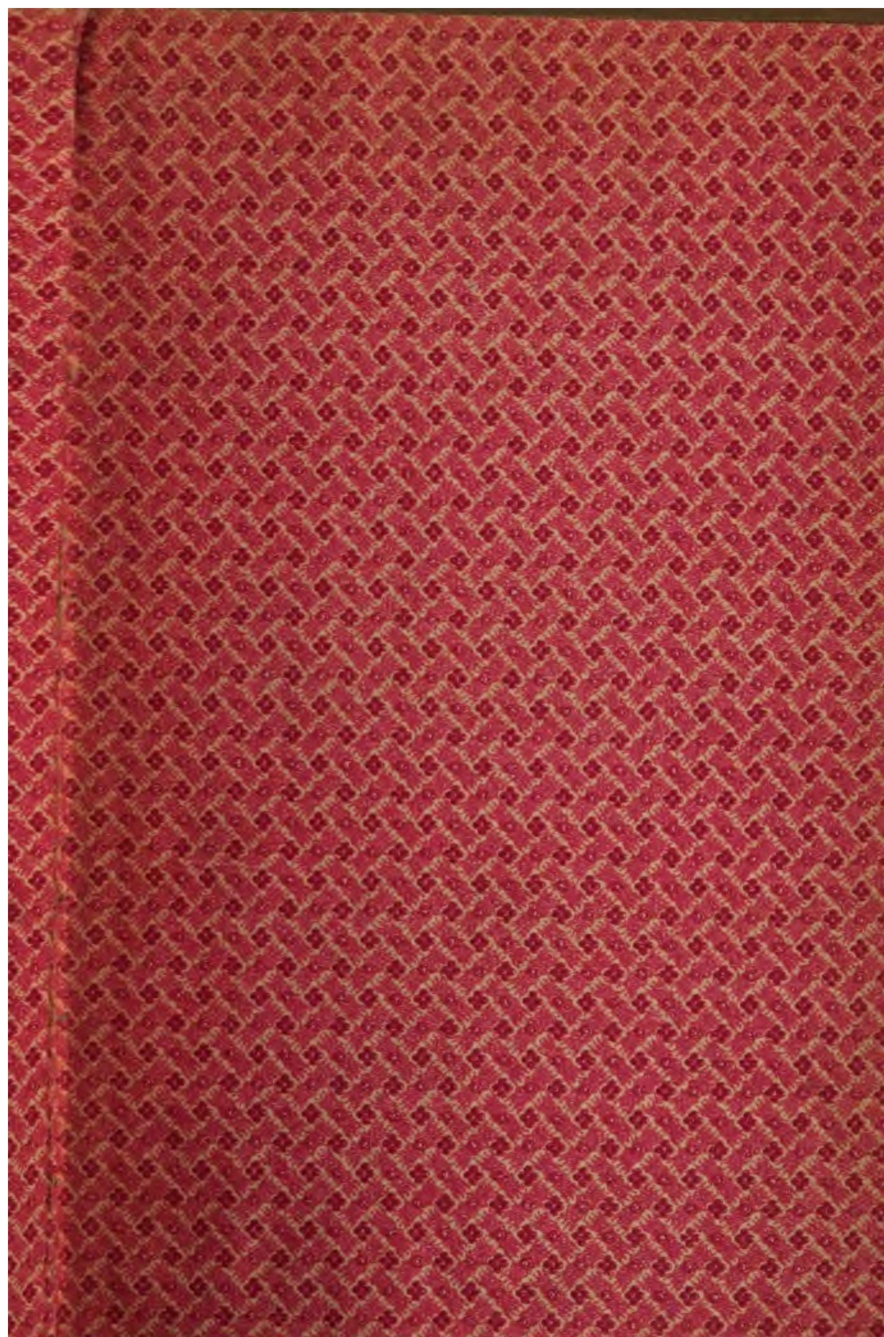
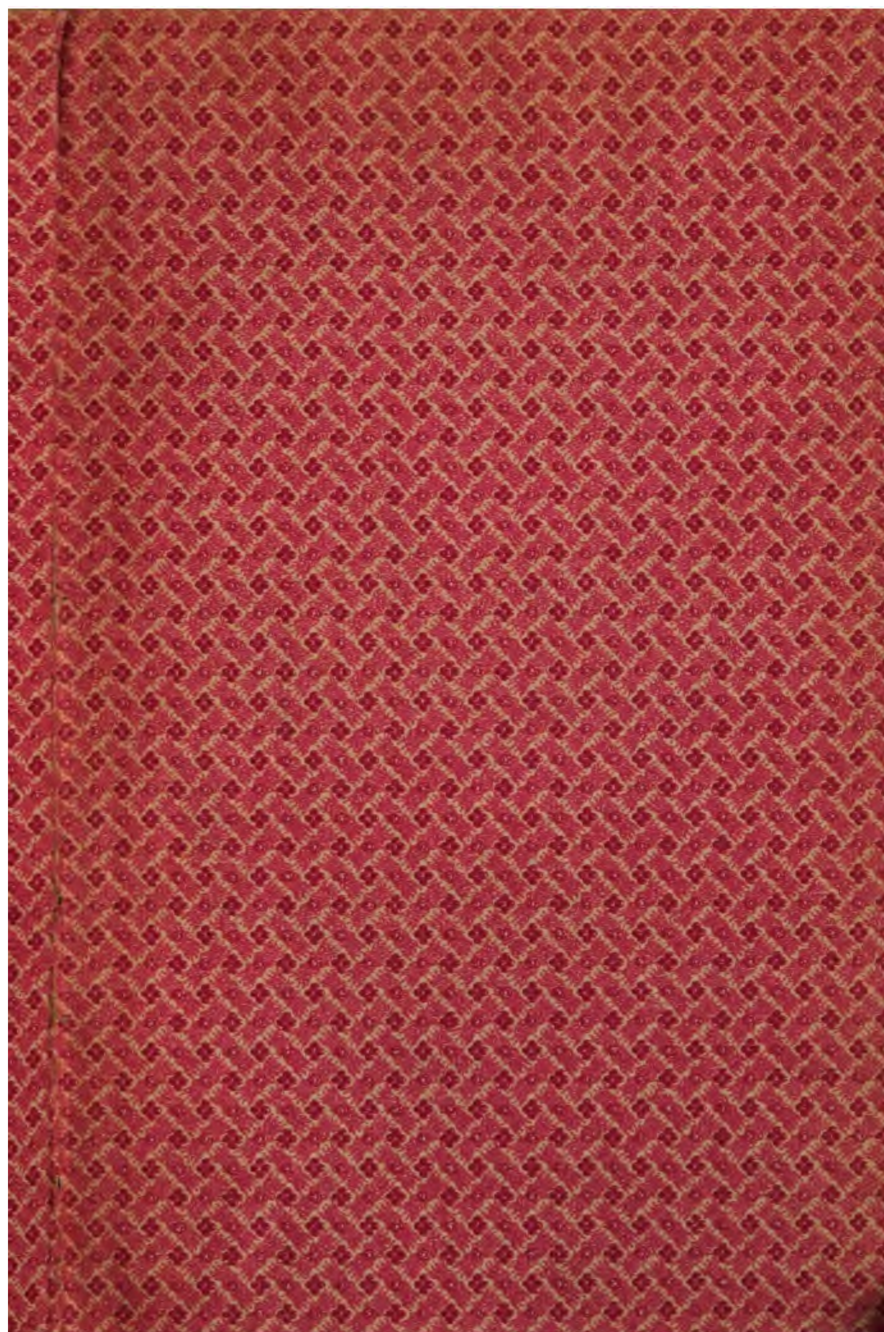
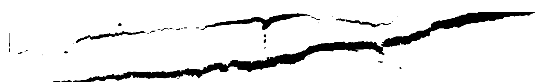



FÁBRICA DE LIBROS RAYADOS
IMPRENTA
ENCUADERNACIÓN
RODRIGUEZ, GIMENEZ Y Cía
ANTIGUA CASA
GUERRA
SEVILLA




FÁBRICA DE LIBROS RAYADOS
IMPRENTA
ENCUADERNACIÓN
RODRIGUEZ, GIMENEZ Y Cía
ANTIGUA CASA
GUERRA
SEVILLA





CUADROS AMERICANOS

CUADROS

AMERICANOS

VENEZUELA, BRASIL, CALIFORNIA. GUATEMALA,

MONTEVIDEO Y ECUADOR

POR

MANUEL LLORENTE VÁZQUEZ

MINISTRO QUE HA SIDO DE ESPAÑA EN AMÉRICA

con un prólogo de

LUIS VIDART

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, NÚM. 2

1891

Madrid.— Sucesores de Rivadeneyra, Paseo de San Vicente, 20.



PRÓLOGO.

Por los años de mil ochocientos cincuenta y..... dejo sin terminar el número por muchas y poderosas razones que ahora no es del caso exponer; por la época que acabo de *medio indicar* vestía yo el uniforme de alumno del Colegio de Artillería y frecuentaba las aulas del Alcázar de Segovia, donde aprendía el modo de fabricar la pólvora y de fundir cañones, de contar las balas que tenía una pila triangular ó cuadrangular, de averiguar por cálculo matemático la trayectoria de los proyectiles lanzados horizontalmente ó por elevación; en suma, en las aulas del Alcázar de Segovia adquiría los conocimientos propios del arma en que había de prestar mis servicios al Estado, y en la contemplación de aquel romántico castillo de la Edad Media se exaltaba mi juvenil fantasía, produciendo en mi ánimo una situación que era muy

poco adecuada para poder consagrarme con asiduidad á los áridos estudios que antes he mencionado. Más de una vez dejaba sin concluir el desarrollo de los cálculos de un problema de balística para hacer versos ó emborronar cuartillas con artículos ó novelitas, que remitía luego á los periódicos de Madrid, firmando con un pseudónimo para que no se supiese que yo hacía endecasílabos en vez de estar buscando logaritmos, ó ideaba conflictos amorosos cuando debía ocuparme en plantear y resolver las fórmulas del cálculo diferencial é integral.

En aquellos albores de mi juventud, cuando yo vivía en Segovia estudiando por obligación las ciencias físico-matemáticas y rindiendo libre culto á mis aficiones literarias, conocí á un apuesto joven, también aficionado á la literatura, pero mucho más á las hijas de Eva; que el *eterno femenino*, que dice Goethe, es y será centro de atracción de todo humano espíritu que remonte su vuelo á las regiones del arte. El poeta, como el antiguo caballero andante, siempre ha tenido una señora de sus pensamientos; pero temo yo que el poeta moderno ha de tener, en vez de una, dos, tres ó más señoras de sus pensamientos, ya sucesiva ó ya simultáneamente. El ilustre García Tassara se ha lamentado de esta volubilidad amatoria de la época presente escribiendo:

«¿Por qué al primer amor sobrevivimos?
¿Al primer Dios, á la primer creencia,

Y altares á otros dioses erigimos?
Y sólo queda un dios: ¡la indiferencia!»

. . . .
. . . .

Corrió el tiempo. Los cordones de cadete de artillería se transformaron en la charretera de subteniente alumno, y esta charretera pasó del hombro izquierdo al derecho; ya había terminado mis estudios; ya era teniente de artillería. Fuí destinado al 5.º Regimiento de Artillería de plaza, que se hallaba de guarnición en Madrid. Aquel joven que conocí en Segovia, aquel joven que hacía versos en los ratos que le dejaban libres sus ocupaciones y sus aventuras galantes, vino á ocupar un destino en el Ministerio de la Gobernación, y ya, con la madurez de juicio que proporciona la experiencia, pronto adquirió reputación de inteligente y celoso empleado; y paso á paso, sin escandalosos ascensos, llegó á ocupar elevados puestos en la Administración del Estado.

No hay que decir que la persona á quien repetidamente estoy aludiendo, que el joven galanteador en Segovia, que el alto empleado en Madrid, es mi querido amigo Manuel Llorente, autor de los CUADROS AMERICANOS, libro en que ha de aparecer como prólogo todo lo que llevo escrito y lo que aun he de escribir hasta poner mi firma y la fecha de su terminación.

Es el caso que mi amigo Llorente dejó la carrera administrativa, cuando ya era segundo Jefe de la Dirección de Correos, y fué nombrado representante de España en la República de Venezuela. Después ha representado también á nuestra patria en el Ecuador, Guatemala y Uruguay, en el imperio del Brasil, en el reino unido de Suecia y Noruega, en Dinamarca, y no sé si algún otro país de Europa ó América.

Gozan fama los hijos de Castilla de francos y amantes de la verdad. Cuando la diplomacia se fundaba en el engaño; cuando ni aun en la palabra de los reyes se podía creer, puesto que el grave historiador D. Diego Hurtado de Mendoza, que había representado á España en Roma y en otras cortes extranjeras, no vaciló en escribir:

> «¡Oh! embajadores, puros majaderos,
> Que si los reyes quieren engañar,
> Comienzan por nosotros los primeros»;

cuando D. Fernando de Aragón, D. Fernando el Católico, se alababa de haber mentido más veces que otro rey que pretendía engañarle, el nombramiento de un castellano neto, de un hijo de Segovia, para un puesto diplomático, hubiera sido de todo punto desacertado. Pero, hoy por hoy, el régimen dominante en la política europea y americana, y el sistema de publicidad que se ha establecido por medio

de la prensa periódica, han hecho cambiar de tal modo la forma de las combinaciones diplomáticas, que toda mentira sería inútil, cuando no dañosa, en la mayor parte de los casos.

Los Gobiernos se ven obligados á presentar en los parlamentos los libros rojos, azules ó verdes, que contienen todas las comunicaciones que han mediado entre los agentes diplomáticos para llevar á cabo una negociación, y los diputados y senadores escudriñan hasta lo más recóndito de las intenciones que dictaron tal palabra ambigua ó tal frase de doble sentido. Además, ya es sabido, como acaba de decir M. Freycinet, que el reinado del derecho aun no ha llegado para las relaciones internacionales, y que las naciones sólo se hacen respetar mediante la fuerza de sus ejércitos y de sus escuadras. ¿Qué necesidad hay de engañar á nadie, cuando se sabe que al fin y á la postre la voluntad de las naciones fuertes se ha de imponer como ley á los paises débiles ó temporalmente decaídos?

Resulta, pues, que mi amigo Manuel Llorente, aun cuando nacido en el riñón de Castilla, podía ser diplomático en esta segunda mitad del siglo XIX, porque las relaciones internacionales no excluyen ya sistemáticamente el uso de la verdad, ni el de llamar á las cosas por sus nombres, sin ridículos eufemismos; llamar al pan pan, y al vino vino, como vulgarmente se dice.

Ahora, bueno es confesar que el Ministro de España en una república del Sur de América se halla en cierta situación no muy agradable. Es regla general que las colonias que se amancipan suelen exagerar, principalmente en los primeros años de su independencia, las glorias de sus triunfos militares y condenar con ilimitada severidad los excesos de sus antiguos dominadores. El Ministro de España, el representante de la que un día fué metrópoli del que es ya Estado independiente, ha de oir con profunda pena los cantos del poeta en que se recuerdan los triunfos de los que proclamaban la separación de la madre patria, y los discursos del político que para adquirir popularidad reniega de su abolengo europeo, y se proclama americano, como el antiguo noble, por los cuatro costados, llegando á decir en alguna ocasión que si pudiese vertería toda la sangre que hay en sus venas para que no quedase en su cuerpo ni una gota de sangre española.

Estas exageraciones *americanistas* explican el tono general que domina en los CUADROS AMERICANOS de mi buen amigo Manuel Llorente. El ardiente patriotismo del conterráneo de Juan Bravo oía con indignación poesías y discursos encaminados á enaltecer á los héroes de la independencia de la que fué América española y á condenar como infausta la dominacion de nuestros conquistadores y virreyes; y tomaba la pluma y escribía páginas en defensa de

España y de todo lo español, *¡hasta de las corridas de toros!* y en el ardor del combate arremetía con sus adversarios y decía..... Los lectores de los CUADROS AMERICANOS verán lo que dice su autor del régimen político y del estado de las costumbres públicas de las naciones sudamericanas en que ha residido como representante de España.

Yo, que quisiera poder borrar todo lo que en América se ha escrito en contra de España, quisiera también poder borrar todas las frases que hay en los CUADROS AMERICANOS que puedan herir la susceptibilidad de los que llevan en sus venas la sangre ilustre de los heroicos descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo. Recientemente leía yo una biografía del presidente de la República de Méjico, Porfirio Díaz, en que su autor se apresuraba á consignar que el famoso historiógrafo y soldado Bernal Díaz del Castillo era uno de los antepasados del Sr. Díaz. Y de estos ejemplos podría citar muchísimos.

Cuando yo veo en los escritos de los hijos de las repúblicas sudamericanas las páginas que consagran á censurar duramente los horrores de la conquista y los desaciertos de los virreyes que, en nombre y representación de España, gobernaron durante tres siglos en aquellos países, paréceme oir á un hijo que habla mal de su padre; y para evitar una consecuencia semejante á la que acabo de deducir, creo yo que los escritores españoles, al tratar de aquellas re-

públicas, debemos hacerlo con el cariño y la benevolencia que emplea un padre al procurar la enmienda de los defectos que en sus hijos nota.

No se entienda que con lo que acabo de escribir pretendo yo vedar por completo á los escritores americanos la censura de los medios que por los españoles se usaron en la conquista y civilización del Nuevo Mundo, ni á los escritores españoles el examen de las deficiencias que hoy puedan hallarse en el desenvolvimiento de la política y de la civilización en las jóvenes repúblicas hispano-americanas, no en verdad; quiero sí, mejor dicho, desearía yo que, tanto los publicistas americanos, como los españoles, tratasen las espinosas materias que de apuntar acabo, con espíritu de generosa tolerancia y convenientísima equidad; porque, como ha dicho Ernesto Renán, quien todo lo explica, todo lo disculpa, y en la historia humana nada sucede sin que tenga su necesaria razón de ser. Ni la conquista de América en el siglo XVI pudo hacerse más que en la forma en que se hizo, ni las consecuencias de haberse declarado independientes los pueblos americanos, cuando múltiples circunstancias así lo dispusieron, han podido ser otras distintas á las que necesariamente han sido. La historia humana está regida por leyes tan inflexibles como las que en la historia natural determinan el nacimiento, vida y muerte de los organismos físicos.

Hay otro poderoso motivo que añadir á los que ya he indicado, para que no sólo los españoles, sino todos los europeos, se ocupen de la naciente civilización de América con vivo interés; que acaso no sea el sueño de un alma enferma, sino la clara visión de lo por venir, la que dictó al insigne historiógrafo Alejandro Herculano aquellas páginas apocalípticas, en que dijo que «al través de quince siglos, dos barbaries, una en la Historia y otra en la vida contemporánea, levantan el mismo grito de exterminio; grito que hoy nos anuncia la aproximación de un nuevo génesis social en plazo más ó ménos remoto». Si así como la civilización oriental despareció y fué sustituída por la greco-romana, y ésta por la actual de los pueblos europeos, que á juicio de Herculano, y de otros muchos escritores, ya presenta señales de decadencia, la futura civilización tuviese por escenario el grandioso continente cuyas costas bañan los dos Océanos, gloria sería de los pensadores europeos no caer en el error del sacerdote oriental y del patricio romano, que se juzgaron dueños permanentes de la superior cultura del espíritu y eternos dominadores de los destinos humanos.

A su vez los pueblos de América deben de recordar que el progreso se realiza transformando, no destruyendo; y así la filosofía greco-romana acepta y modifica las doctrinas de la sabiduría oriental, y la civilización europea sólo llega á su madurez cuando

en la época llamada del Renacimiento estudia y se asimila la ciencia de griegos y romanos. El esplendor del progreso en el continente americano ha de fundarse en el estudio, asimilación y mejora de la ciencia europea, que desde los tiempos medioevales hasta los días que hoy corren representa la más alta manifestación de la inteligencia humana.

Observo que escribo y trato de muchas y diversas materias, y me ocupo escasamente en aquello que debía ser objeto de mi especial atención, los CUADROS AMERICANOS de mi amigo Manuel Llorente. Enmiendo el rumbo, como diría un marino, y para empezar, no el juicio, sino las indicaciones críticas que cabe hacer en un prólogo, afirmaré rotundamente, sin temor de ser desmentido, que los CUADROS AMERICANOS forman un libro de amena y variada lectura, en que se encuentran noticias muy interesantes acerca del estado social de algunas repúblicas hispano-americanas; noticias que á veces parecen inverosímiles, como sucede con la de la muerte del general Carrillo, pero que por esta misma causa avivan la curiosidad del lector, y acaso le impulsan á estudiar la historia contemporánea de pueblos en que se dice acaecen tan inauditos sucesos.

Aunque es obligación del prologuista no censurar nada de lo que censurable encuentre en el libro cuyo prólogo escribe, yo no puedo dejar que pasen sin protesta los artículos en defensa de las corridas

de toros que se hallan en los CUADROS AMERICANOS. Español soy y amante de mi patria; pero no creo que esto me obligue á defender el llamado espectáculo nacional. Condenadas han sido las corridas de toros por dos de nuestros más ilustres reyes, Isabel la Católica y Carlos III; por el más célebre de nuestros historiadores, el P. Mariana; por nuestros grandes polígrafos Feijóo y Jove-Llanos; por dos de nuestros más insignes poetas comtemporáneos, el Duque de Rivas y el cubano D. José M. Heredia, y por otros y otros muchos poetas y prosistas, entre los cuales recuerdo en este momento á Fernan Caballero, D.ª Concepción Arenal, D. Eugenio de Tapia, Guerola, Navarrete (D. José), Giner (D. Francisco y D. Hermenegildo), Manuel del Palacio, Mesonero Romanos, Vargas Ponce, Bances y Candamo, Carbonero y Sol, Nuñez de Arce, el actual Duque de Rivas, Fernando de Gabriel, los presbíteros D. Félix Sardá y D. Miguel Sánchez, los capitanes de navío D. Javier de Salas y D. Cesáreo Fernández Duro, Selgas, Ferreras, el Marqués de Valmar..... basta, la lista no tendría fin, si hubiera de ser completa.

Yo ruego á mi amigo Llorente que me dispense la falta que cometo contrariando sus opiniones en el prólogo de sus CUADROS AMERICANOS; pero yo, que en la cátedra del Ateneo de Madrid, y sosteniendo polémicas con los periódicos, y en varios artículos y

composiciones más ó menos poéticas, he afirmado una y otra vez que las corridas de toros fueron bien calificadas por el Pontífice Pío V, cuando dijo que eran un espectáculo más propio de demonios que de hombres, no podía menos de considerarme incluído en las censuras que se hacen de los adversarios de las corridas de toros en las cartas que comienzan respectivamente en las páginas 293 y 309 de este libro, y decir algo para demostrar que ha habido y hay muchos escritores españoles que condenan tan claramente como lo hicieron el periodista D. J..... y el general Sarmiento el *torerismo* de sus compatriotas. Cumplida esta obligación, no he de entrar á discutir los argumentos con que defiende las fiestas de toros el autor de los CUADROS AMERICANOS, que tal discusión sería aquí de todo punto inoportuna, y pasaré á otro asunto.

Si se quisieran clasificar los CUADROS AMERICANOS se diría que era un libro de viajes en que se consagraba preferente atención al estudio de las costumbres sociales y de la vida política. El criterio de su autor se halla inspirado en un ardiente patriotismo, que quizá en ocasiones traspasa..... Me olvido de que un prólogo no es, ni debe ser, un estudio crítico. Y aun me olvido de algo más grave que las reglas de conducta que han de guiar la pluma del prologuista; me olvido que la mayor parte de los artículos, hoy coleccionados con el título de CUADROS AMERICANOS,

habían aparecido en los periódicos que actualmente se publican en América, y esto explica bien que su autor extremase, valga la palabra, su fervor y entusiasmo patriótico al hacer comparaciones entre el estado político y social de España y el de las repúblicas hispano-americanas; porque si la ropa sucia ha de lavarse en casa, no era conveniente, en extraña tierra, dar á los vientos de la publicidad nuestras desdichas nacionales.

Aun cuando los CUADROS AMERICANOS puedan considerarse como una narración de viajes, según dije ha poco, hállanse en las páginas de este libro algunos artículos que no entran bien en dicha clasificación. Á este número pertenece el notable estudio histórico que se titula *Batalla de Iñaquito*, la biografía del general Barrios y algunos otros. Resulta, pues, que el libro de mi amigo Llorente se asemeja algo á los que llamaban los escritores del siglo XVII *silva de varia lección;* y así, el que busque datos estadísticos acerca del comercio americano, puede leer el artículo titulado *Venezuela*, y quien desee saber algo de lo que eran algunos de los indígenas que poblaban el continente americano en la época de su descubrimiento, encontrará satisfecha su curiosidad en el artículo que se titula *Los jíbaros del Napo*. De todo hay en los CUADROS AMERICANOS: descripciones de la grandiosa naturaleza del Nuevo Mundo; recuerdos de las glorias que alcanzó España

en el descubrimiento, conquista y colonización de América; reflexiones y juicios históricos..... pero esto último párrafo aparte requiere.

El autor de los CUADROS AMERICANOS, aunque no peca de reaccionario, me parece que no llegaría á aceptar de todo en todo las ideas democráticas y hasta un poco socialistas que informan mi criterio político; y por esta causa, sin duda, los juicios históricos que emite no suelen estar enteramente de acuerdo con los que yo consideraría como los más acertados; pero no sucede así en el análisis que hace de las causas que motivaron la independencia de la que un día fué América española. Mi amigo Llorente dice, y lo dice con razón, que en la guerra que produjo la independencia de las hoy Repúblicas hispano-americanas luchaban dos principios: el principio de la monarquía absoluta, que representaba el Gobierno de la Metrópoli, y el principio liberal, que defendían los que llegaron á coronar sus frentes con el laurel de la victoria. Españoles había entre los defensores de la independencia americana, y americanos había entre los que peleaban al lado de la bandera de España.

En el siglo en que vivimos, llegando á las esferas superiores de la cultura humana, la idea de nacionalidad está subordinada á otras más universales, como son las de justicia y humanidad. Si Napoleón no se hubiese pasado de listo, como vulgarmente se dice, y

sin recurrir á miserables supercherías hubiese declarado la guerra á España, dejando en el trono al rey absoluto D. Fernando VII, y oponiéndole al intruso José I con la Constitución de Bayona, esto es, oponiendo á la monarquía absoluta la monarquía constitucional, el ejemplo de *afrancesarse* que dieron Moratín, Meléndez Valdés y otros ilustres escritores, habría sido imitado por tantos y tantos españoles, que nuestra gloriosa guerra de la Independencia se hubiera transformado en una guerra civil.

Quiero terminar pronto este escrito, que tal vez es ya largo en demasía, pero no hallo modo de decir en pocas palabras todo lo que pienso acerca de las razones que recomiendan la lectura de los CUADROS AMERICANOS. En primer término, por causas que serían largas de explicar, en Europa hay muchos apologistas y muy pocos censores de las Repúblicas del Sur de América; y como en los CUADROS AMERICANOS abundan más las censuras que los elogios de estos países, se presenta ocasión propicia á los entusiastas admiradores de la civilización americana para que levanten su voz condenando las afirmaciones de mi buen amigo Llorente; afirmaciones que yo desearía de todas veras que se depurasen en el crisol de una polémica razonada, porque algunas de ellas me dolería en el alma tener que aceptarlas como enteramente conformes con la realidad de los hechos.

No será perdido el tiempo que se emplee en la

lectura de los CUADROS AMERICANOS, porque en todas y en cada una de sus páginas se halla algo en que aparece la personalidad de su autor; algo original y nuevo, que podrá complacer ó desagradar al lector, pero que en uno y otro caso le obligará á discurrir, para darse cuenta de la impresión profunda que aquella lectura produce en su ánimo.

Regla general es que todo libro que agita la inteligencia ó conmueve el corazón de los lectores no es una obra insignificante. «Hacer pensar ó hacer sentir», valga la frase si expresa con claridad mi pensamiento, es el más alto fin á que pueden llegar los autores de libros, ya sean prosistas ó ya poetas.

Mi amigo Manuel Llorente, por su carácter apasionado y por la firmeza de sus convicciones, jamás escribirá esas páginas incoloras donde, para no herir á nadie, se concluye por no decir nada; no, mi amigo Manuel Llorente podrá ser censurado ó aplaudido por lo que dice en sus CUADROS AMERICANOS, pero todos tendrán que confesar que las páginas de este libro se hallan caldeadas por el fuego del combate que libra su autor contra los que juzga enemigos ó desconocedores de las glorias de su patria, y que el brío del polemista impulsa al lector á tomar parte en la pelea, cumpliéndose así el fin que acabo de señalar á las producciones literarias.

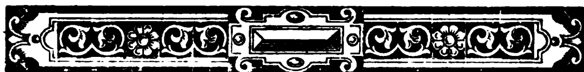
Acaso observará algún crítico que si antes se dijo que los CUADROS AMERICANOS eran una narración

de viajes, ahora se les presenta con los caracteres de una obra de polémica; y si tal observación se hiciese, yo contestaría que se puede viajar discutiendo con los naturales de los países en que temporalmente se reside, y así ha viajado por la que fué América española el autor del presente libro. Si Manuel Llorente hubiese vivido en el siglo XVI, es muy probable que su nombre figurase entre los de aquellos heroicos aventureros que pasaron al Nuevo Mundo en busca de gloria y de fortuna; pero encerrado su espíritu batallador en los moldes de la cultura contemporánea, ha tenido que trocar la espada del caballero por la pluma del escritor, y así se ha producido una narración de viajes, que es al propio tiempo una serie de escaramuzas, combates y hasta batallas campales contra todos los publicistas americanos que niegan ó desconocen las glorias antiguas y modernas de la nación española.

He concluído mi tarea de prologuista. ¿Están de acuerdo con la verdad los juicios que he emitido acerca de los CUADROS AMERICANOS? El público podrá decirlo.

LUIS VIDART.

Madrid, 12 de Enero de 1891.



Esta colección de artículos publicados en diversos periódicos de Europa y América, y con los cuales he formado un libro, son una descripción de los muchos viajes que he hecho á América y de las costumbres y productos de varios de aquellos países, que fueron un día posesiones españolas y hoy son repúblicas independientes.

Al describirlos, no me mueve ningún sentimiento de hostilidad hacia ellos, por mas que la publicación de algunos de mis artículos haya suscitado apasionadas quejas y torpes calumnias de varios escritores americanos tan ciegos como Montalvo y tan poco escrupulosos como Mera, cuya..... susceptibilidad patriótica ha llegado á tal extremo, que no han sabido soportar la fotografía de su vida social y política sin contestar con las armas vedadas de la calumnia y sin falsear los hechos.

El que visite la América española y quiera ganarse

las simpatías de gran parte de sus habitantes, es necesario que se convierta en lisonja perpetua de todo cuanto vea y que se olvide de cuanto bueno haya visto.

Está obligado el escritor á encontrar la temperatura dulce, las instituciones justas, los hombres valientes y cultos, las costumbres distinguidas, y ha de reconocer como caballero al mayoral de la diligencia y como señora á su lavandera. Negar algo de esto ó discutirlo, es arriesgar la consideración de muchos de aquellos pobladores, que no transigen con que se queje uno de que llueve excesivamente ó de que el empedrado, si le hay, sea primitivo, ó de que la fiebre amarilla diezme la población, ó de que los preceptos constitucionales sean mal guardados.

Ha de reconocer además que aquellos países estaban ya preparados y maduros para su independencia y libertad, disculpando, sin embargo, todos sus extravíos, por ser pueblos nuevos poco dispuestos para las instituciones por que se rigen. (A ver si hay quien lo entienda.)

Recuerdo con este motivo la conducta de un colega mío, ministro de los Estados Unidos en una de las Repúblicas sudamericanas. Siempre que tenía ocasión de hablar en alguna comida, empezaba invariablemente diciendo, en muy mal castellano por supuesto: «Este país, el más bonito del mundo, con las más bonitas mujeres, con el suelo más bonito y el cielo

muy bonito», etc., etc.; y al terminar su discurso rompían aplausos por todas partes. Un día salíamos juntos de una comida y no pude menos de preguntarle si sentía aquello que decía. Soltó una carcajada, y me contestó frases que no he olvidado: «A los países grandes, cultos y adelantados se les puede decir la verdad; pero guárdese usted de decirla nunca en las aldeas, si no quiere usted que le apedreen.»

Es un hecho, en efecto, lo que me decía mi colega, pero no todos tienen la misma flexibilidad de carácter, ni se acomodan con despreciar á sus semejantes y reirse de ellos.

Si conocieran los americanos el precio de estas adulaciones, de seguro las rechazarían.

Tengo ya escritos algunos libros sobre varios países americanos en que he vivido, que no carecen de interés por la verdad que encierran. Muy pronto los publicaré, y celebraré de veras que los lean los americanos y muchos españoles que no conocen de América más que aquellos versos de Quintana que empiezan así:

¡Virgen purísima! ¡América inocente!

y que dieron motivo á que el crítico le contestara diciendo:

Poco entiendes de vírgenes, Quintana.

Yo he sostenido discusiones amistosas con literatos y periodistas notables de nuestro país, que cuando ven un americano en España creen conocer á todos los demás americanos. ¡Qué chasco se llevan! El mismo chasco que si leen sus Constituciones ó su prensa y no penetran en su vida social y política.

No quiero alargar más esta explicación para no hacerla enojosa; pero quiero que conste mi afecto hacia muchas personas sensatas que no nombro, de los países que he visitado y que han estado confidencialmente de acuerdo con mis opiniones.

MANUEL LLORENTE VÁZQUEZ.

Madrid, 1.° de Enero de 1891.



ALGUNOS DÍAS Á BORDO.

ARRIBO Á LA MARTINICA.

I.

El *Panamá*, magnífico vapor de ruedas de la Compañía Transatlántica francesa parte del puerto de Saint Nazaire para el Pacífico, haciendo escala en Martinica. El sol brilla con el lujo de los días de Julio, la naturaleza sonríe y la mar está bellísima. El *Belle-Isle*, pequeño vapor atracado á uno de los muelles, es el que se encarga de llevar pasajeros y equipajes hasta el barco grande. ¿Quieren mis lectores pasar el puente de madera que pone en comunicación el muelle con el pequeño vapor, dejarse llevar hasta el grande y desde allí abandonarse por diez ó doce días

á las olas del Atlántico? No vamos á correr ningún peligro, sino á disfrutar de un grandioso espectáculo desde cubierta. No se trata de imitar á Aspasia cuando se embarcó con Pericles en la flota de Samos, ni tampoco de correr las aventuras de Clermont cuando en el verano de 1807 fué el terror de los marineros y equipajes que encontró á su paso. Hoy ya se encuentran muchas Aspasias que se embarcan por mucho menos, y arroja la estadística sobre 20.000 vapores deslizándose en todas direcciones, sin asustar á las gentes. Venga esa mano, pues, señoras mías, y al barco..... ¡Qué exceso de vida en esa *colmena!*..... La cubierta está llena materialmente de cajas, maletas, baúles, fardos y sillas de viaje; los marineros no cesan en su ordenada faena; la máquina respira fatigosamente y los viajeros se acomodan entre maletas y mundos, de cualquier modo, para el corto trayecto hasta el *Panamá*, que se mece majestuosamente en su fondeadero, á buena distancia. Tiernos saludos de despedida se cruzan desde el barco y la barandilla ó pretil del muelle: los ojos se llenan de lágrimas en aquel supremo instante de la separación, y el barco zarpa sin que aquella máquina inteligentemente organizada se preocupe de que en el mundo haya sentimientos ó goces..... Quince minutos después atracamos al costado de nuestro buque, y nos trasladamos á él: la marinería hace el trasbordo de equipajes; los maquinistas y fogoneros entran y salen por sus escotillas; los camareros hormiguean hacia popa; todo el mundo se codea en medio de aquel desorden de los primeros momentos, y cada cual cuida de averiguar el camarote ó *cabine* que se

le ha señalado, de inspeccionar si se trasborda todo lo que le corresponde, y de reservarse un baúl con lo preciso, para hacerle bajar á su *nicho*. Los demás desaparecen todos en la *fosa común*, ó sea en los almacenes del entrepuente.

Son las cuatro y media; la faena sigue á bordo, y el *hotel*, como un cronómetro, sigue también la suya. La campanilla suena desde un polo al otro, ó sea de proa á popa, y los viajeros *útiles* acuden al comedor. Los inútiles ó mareados *cambian la peseta*, y de lo que menos se acuerdan es del alimento, que les repugna. El capitán del barco ocupa la cabecera de una de las dos tiradas de mesas que paralelamente á los costados tiene el comedor, y el comisario la otra. Cada viajero se acomoda donde gusta, y aquel es su sitio para el viaje, excepto para tomar el *lunch*, el desayuno matinal y el té por la noche.

La mesa está dispuesta: el *menu* aviva el apetito; los *garçons* del hotel se mueven y sirven á los viajeros, de quien esperan un buen *pourboir*. El comedor, aunque no muy cuajado de comensales, presenta un buen golpe de vista, con sus paredes y techo blanco fileteado de oro, sus *etageres* columpiándose sobre las mesas y cuajados de cristal, y sus mesas cubiertas.

El barco, en tanto, cruje y se estremece, lo cual nos prueba que se ensaya su máquina: el vapor sale rugiendo por los tubos de escape..... Hay presión..... El genio de Dionisio Papín, con su célebre marmita, está dentro de las calderas de el *Panamá*..... Sus grandes ruedas empiezan á girar perezosamente: los que han querido dar el último abrazo de despe-

dida en el momento de la partida, vuelven al pequeño vapor que les ha de llevar al puerto, y las férreas paletas de nuestro barco desarrollan sus rápidas revoluciones y empiezan á azotar vigorosamente las azuladas aguas, sobre las que resbala y salta aquella elegante mole..... ¡Adiós, costas de Europa!..... El cielo encima de nosotros es azul puro, y no se ve una nube en su inmensa extensión: todo es armonía y reposo: á derecha é izquierda se desenvuelven y ensanchan majestuosamente las costas: la luz del sol poniente las colora: la sombría majestad de la noche las envolverá dentro de breves momentos y reducirá nuestro horizonte..... Algunos viajeros se encuentran como aquel rey moro de Granada que sube á uno de los montes que la rodean, al salir desterrado de ella, y detiene sus miradas tristes sobre aquella ciudad querida. Ellos también suben á cubierta, y con la vista fija en tierra, sienten la misma amargura que Boabdil!..... El sol ha declinado..... las primeras impresiones son de tristeza, de recogimiento, de contemplación..... En los primeros momentos, como ya he dicho, cada cual cuida de su instalación, y tiene cierta reserva esquiva; pero cuando se levanta al día siguiente y no ve costas ni puertos, y se persuade de que por doce días ó catorce su mundo tiene por límites los cuatro puntos cardinales de proa, popa, estribor y babor, entonces se rompe la *glace* y se acercan los unos á los otros, y se codean también los instintos, las pasiones y las simpatías. A bordo, las amistades se hacen fácilmente: las personas que comen al lado y enfrente en la misma mesa; las que ocupan los camarotes ó *cabines* próximos, sepa-

rados por una persiana; los que tienen iguales inclinaciones, se acercan y establecen vínculos afectuosos desde luego. Un día á bordo es más para el afecto que cuatro meses en la sociedad regular.....

A las siete y media de la mañana suena la campanilla y llama á tomar chocolate, café ó té; á las diez vuelve á llamar para almorzar; á la una para el *lunch;* á las cuatro y media para comer, y á las ocho y media para el té. Si á esto se añade que terminadas las comidas nadie se mete en su agujero; que se trepan aquellas escaleras de férreos peldaños, en que lucen los pies y algo más las señoras; que se juega, se brinca, se hacen charadas, se toca el piano, se canta y se baila, comprenderáse que un día en que se hace todo esto, vale más que ciento en la vida ordinaria. Las señoras hacen *crochet*, y son el centro de las reuniones y de las miradas de todos. En donde hay una mujer bonita, se abren las hostilidades en seguida. Casada, soltera ó viuda, la mujer á bordo es un *casus belli*, y el hombre una patente en corso. La célebre proclama que dirigió Napoleón I al ejército de Italia, tiene allí una perfecta aplicación. «*Soldats, vous manquez de tout. L'ennemi en a.*» Allí el enemigo, bajo este punto de vista, es el que va acompañado de una señora. No hay cuartel para él. Aquel divino precepto que dice: «amaos los unos á los otros», se modifica un poco con el de: «robaos los unos á los otros.....» En amor no hay amigos. César robó las romanas, Guillermo las sajonas y Rómulo las sabinas, sin contar los robos al por menor de que no quiero hablar, y, sin embargo, ni aquellos caballeros ni aquellas señoras están mal conceptuados en

la historia. Toda robada es una heroína, y todo robador un héroe. Don Juan Tenorio es el ideal de la mayor parte de las mujeres, y el bendito José de la Sagrada Escritura, de muy pocas..... ¿Qué le hemos de hacer? Por eso á bordo, en donde se vive en la intimidad y donde no hay más obligación que la que uno se proporciona, las *inclinaciones* entran en mucha parte de aquella vida, y luce con más frecuencia para los conquistadores el sol de Austerlitz que la luna de Waterlóo.

Cuando pasan los tres primeros días de navegación, y van saliendo de sus *cabines* las almas en pena que pagan su contribución angustiosa á la mar, y se van poblando los bancos del comedor y los de la cubierta, se avistan las Azores, posesiones portuguesas descubiertas en la primera mitad del siglo XV, y este acontecimiento arroja sobre las bandas de estribor á sanos y convalecientes. Desde el día anterior se hacen muchos comentarios y apuestas sobre la hora en que se avistarán las islas: se consulta al capitán y oficiales.....«¿No es cierto, señor capitán, que mañana de madrugada, veremos tierra?—Es dudoso, señora, responde el capitán, que podamos verla antes de anochecer. Y, en efecto, todos los proyectos y apuestas fracasan: las islas *de los Milanos* han desaparecido para nosotros en las tinieblas de la noche, y sólo han disfrutado del espectáculo los marinos de guardia y alguno que otro viajero que contempla extasiado las grandezas reunidas del cielo, de la mar y de las tinieblas.

La vida es animadísima todos los días. Después de almorzar los viajeros se reparten por todas partes.

En un círculo se hacen juegos de manos con barajas; en otro con los corchos de las botellas ó los servilleteros; en otro se discute: en la sala de juego funciona el chaquete, el *whist*, el ajedrez y algún otro de los que emocionan, y en otro duermen los que, cargando su estómago como serpientes-boas, no pueden vencer el embotamiento de su inteligencia.

Los bandos de *marsoins* que siguen obstinadamente el barco en largas y ordenadas filas de ochenta á ciento, son un gran entretenimiento. Envueltos en las olas se les ve saltar de cabeza, y aquellos enormes pescados, con la cabeza del tamaño y forma de la de un cerdo, son el espectáculo acrobático de á bordo.

Al mediodía se destacan de todos los círculos, emisarios con objeto de averiguar las millas que se han hecho en las últimas veinticuatro horas. Una carta, en que se marca con lápiz encarnado el rumbo, á medida que se va haciendo, y un anuncio en que se estampan las millas hechas hasta el día antes, y las añadidas en las veinticuatro horas últimas, al propio tiempo que la latitud y longitud, son la preocupación constante de los viajeros, y origen diario de apuestas y discusiones.

Como consecuencia de la confianza que se establece á bordo, voy á referir un episodio entretenido de uno de mis viajes. Comía una señorita francesa enfrente de un caballero español y cambiaban constantemente frases y atenciones. Un día, la señorita, al partir un almendruco de los postres, se encontró dentro dos almendras, y mostrándolas á su *vis-à-vis*, le ofreció una y le dijo: «¿Qué apostamos?—Lo que

usted diga y quiera, Anais.—¿Quiere usted determinarlo?»—Con mucho gusto: el alfiler de mi corbata contra esa cinta azul que lleva usted al cuello.—Aceptado, dijo Mlle. Anais; y un apretón de manos público fué la firma del compromiso.

Voy á explicar ahora, para que se entienda, lo que es este entretenimiento. Siempre que una señora encuentra dos almendras ó avellanas en un solo receptáculo, ofrece una de ellas á un caballero, y este ofrecimiento es de por sí una preferencia. Al ofrecerla, es cosa corriente que media una apuesta, y el ganarla consiste en anticiparse al día siguiente á decir *Filipines*. El primero que lo dice al otro es el que gana la apuesta, y como para decirlo es preciso presentarse lealmente, se apuran todos los recursos del ingenio para llevarse la palma. El *vis-á-vis* de Mademoiselle Anais resolvió, después de varios proyectos, llamar en la madrugada siguiente al *garçon coiffeur*, hacerse pintar el pelo y la barba de negro, pintarse algunos surcos en la frente y á los extremos de la boca, y después vestirse un traje de *garçon* del hotel. Una vez disfrazado, aunque sin cubrirse el rostro, cogió un plumero y empezó á esgrimirle á derecha é izquierda sin separarse de la *cabine* que ocupaban Mlle. Anais y su hermana. Todos los *garçons* del hotel habían sido puestos á la devoción del *nuevo compañero*, y cada minuto tenía éste noticias de si ya se habían levantado, si se habían lavado, si se habían vestido y si estaban dispuestas para salir las dos señoritas..... ¡Momento supremo!..... Una de ellas, la menor (*Marie*), asoma la cabecita á la puerta, mira curiosamente hacia todas partes y se dirige

á la escalera para subir á cubierta, pasando hombro con hombro del improvisado *garçon* sin apercibirse..... La primera prueba ha sido buena. Empieza á circular por el comedor y sitios públicos de á bordo la comedia que se está jugando, y no queda viajero, ni oficial, ni *garçon* que no baje al primer puente y atraviese la primera clase para salir por la popa con objeto de mirar más de cerca la escena. Esto compromete algo el éxito..... las sonrisas de inteligencia se cambian, y el *neófito* sigue la esgrima del plumero con una ejecución admirable..... La cortina de la *cabine* de Mlle. Anais ondula..... dos dedos blancos y afilados la separan, y una inteligente y graciosa cabeza, coronada de cabellos rubios, se presenta con precaución..... la cinta azul en cuestión rodea su elegante cuello..... «*¡ Garçon*, dice ella, llamando, sin saberlo, á su *vis-á-vis* de la mesa.» *¿Savez vous si Mr. Ll. est en haut?*—El interpelado se hace el sordo, y entonces ella se resuelve por fin á salir de su *cabine* y se dirige *emocionada* al *torpe garçon* que no contesta..... En terreno neutral, y con buenas y nobles armas ya, tira el plumero Ll. y dice con voz triunfante *Filipines*, acompañada de una salva de aplausos de cuantos presenciaban escondidos el desarrollo de esta farsa, y de un grito penetrante de la que había perdido la apuesta. Nabonido en medio de sus cortesanas, sus torpes adoradores del dios Belo y sus serviles Sátrapas, no se quedó más sorprendido ante el *Mane thezel phares* de aquella terrible noche histórica que precedía á otro día más terrible aún para los habitantes de Babilonia, que la señorita Anais ante la triunfante figura de aquel

garçon. «*Vous avez bien gagné*», dijo ella después de haberse repuesto; y volviendo á su *cabine* acompañada del vencedor, le entregó la cinta azul que llevaba al cuello y un retrato suyo. Esta diversión fué el objeto de las conversaciones de á bordo durante todo el día.

Los juegos de prendas alternaban con los trabajos en el trapecio, con la *comba* (juego de los niños), con la lectura, con los paseos á la plataforma de proa y con los entretenidos ratos de conversación. Los sillones de *rejilla*, que todo el que ha viajado lleva consigo, son de una gran utilidad. Un sillón desocupado es una tentación, y una señora cae en ella. Aparece en esto su legítimo dueño, y la señora hace como que se levanta, y formula un perdone usted. «Señora, la ruego á usted que continue ocupando ese sitio», dice el legítimo poseedor; y contesta ella: «No es justo que continúe mi usurpación.» Pero ni se levanta ni ha tenido intención siquiera de moverse: el interlocutor se aprovecha de aquel *debut*, y la conversación que empezó por una silla, concluye de bien distinta manera: allí se pueden decir muchas cosas que no serían quizá oportunas en un salón. Allí el corazón se dilata fácilmente al aire puro, y hay más libertad. En fin, allí el vapor es el único agente.

Entre las sentencias de los juegos de prendas, se ejecutaba con frecuencia una en el viaje á que me refiero, que tenía muchos abonados. Se llama la *pendule*, y consiste en poner á la sentenciada á seis pasos separada del grupo de jugadores. Reunidos éstos, indican *entre ellos* el nombre de uno, y después pre-

guntan á la sentenciada en voz alta: *Quelle heure est-il?* Tantas campanadas como debiera dar la hora á que ella responde, otros tantos besos recibe del sujeto que lleva el nombre indicado *sotto voce.* Esta sentencia, que estremece á las españolas, debe ser bien poca cosa para las francesas, en cuyas costumbres está sin duda. Yo fuí agraciado con un *midi*, y aunque creo que dí catorce ó quince *campanadas* en lugar de las doce que me correspondían, los únicos protestantes allí fueron los envidiosos que formaban el público. La *agraciada* recibió aquel exceso de la cuenta sin retirar la mejilla, y yo, Wellington de casualidad, saboreé con gusto mi inesperado triunfo. El escándalo era cuando la sentencia recaía en una hispano-americana, en quien no había el hábito de dar besos al primero que se presentase. Algunas veces, y cuando el sentenciado era un hombre, se indicaba, antes de preguntarle la frase reglamentaria, el nombre de alguna *respetabilísima señora* de las de á bordo ó del *mecanicien*, y entonces era preciso pasar por las horcas caudinas.

Por la noche se bailaba y se cantaba, haciendo previamente sus programas y fijándolos en los sitios concurridos, como si fueran las esquinas de aquella *ciudad flotante.* El *Ave María*, de Gounod; el *Addieu*, de Schübert; la *Serenata*, de Beethoven; las alegres y melancólicas canciones españolas y las animadas *quadrilles* francesas, se sucedían sin interrupción. Los que no tienen afición al baile se suben á la plataforma, que hace del techo del comedor una más elevada cubierta, como si dijéramos, la azotea; y desde allí, en medio de las agitaciones de la mar y

las del baile que miran por uno de los anchos tragaluces; contemplando de un lado las sombras misteriosas de la noche, y del otro la brillante iluminación del comedor, que sale por numerosas ventanas y *claires-voies*, y reflexionando sobre aquel majestuoso reposo de la Naturaleza y aquel frívolo placer de los mortales, pasan las primeras horas de la noche. A las doce son muy raros los que vagan por entre jarcias, velas, cadenas y máquinas, y sin embargo, esa hora es la de la imaginación..... Làs profundidades de lo infinito están por todas partes: abajo, las ondas terribles del Océano chocan irritadas con aquella inmensa mole y se deshacen en espuma al reventar sobre los costados del barco; arriba, la bóveda celeste, llena de pedrería en que brilla la luna con esa belleza fría y melancólica, y en el espacio la atmósfera, en la cual se nada con deleite. El aire está lleno de oxígeno, y se siente su acción vivificadora al respirarle. La negra chimenea arroja densos torbellinos de humo; la máquina da bramidos aterradores..... El sitio y la hora son á propósito para meditar. La vista se extiende sobre aquella inmensa superficie de agua, penetra á través de la atmósfera y se eleva hasta el trasparente cielo, y se engrandece el alma y se estremece y tiembla la materia..... Dos minutos en esta contemplación valen más que diez años de una vida vulgar.....

El nuevo día se presenta cubierto y con algún oleaje. Una llovizna menuda estrecha nuestro horizonte: el balance del barco detiene en sus *cabines* á muchos viajeros, que sólo pueden tenerse horizontalmente: los pocos que salen se ayudan con pies y

manos para subir como borrachos las escaleras de metal que salen á cubierta y llegar al comedor: los andenes que circundan el comedor y la plataforma sobre éste, están desiertos: á las horas de comer hay en la mesa muchos sitios vacíos, y los vasos y los platos patinan. El ingenio de cada cual crece á medida de su necesidad. Las botellas se tienen acostadas y sujetas ó acuñadas con pan para que no rueden; las mesas tienen tablas de dos dedos de alto que corren paralelas á todo lo largo de ellas, y entre estas *pistas* se colocan todos los útiles para que no choquen los unos con los otros. Los vaivenes del barco alarman de cuando en cuando á los comensales, y su angustia crece al oir los lamentos del aire en el aparejo y el crujido de los palos..... La atmósfera gris y el agua del cielo y de la mar se confunden..... ¡De cuántos corazones brota entonces el inspirado «*Credo in Deo possente d'il ciel*», de *Los Mártires!* ¡Cuántos ven entonces la terrible contingencia del abismo sobre que caminamos!.....

El capitán pasea con grandes botas hasta la rodilla; el oficial de cuarto está sobre el puente envuelto en su impermeable y sufriendo la *racha;* los marineros de la rueda siguen sin alterarse su automática misión, y alguno de esos cantos indefinibles y llenos de tristeza, con que los de cuarto animan toda faena (excepto en los barcos de guerra), completa el cuadro..... El capitán se ha levantado de la mesa antes de los postres, y manda recoger rizos á algunas velas..... Los hombres de mar trabajan indiferentes en las gavias y en las cofas, y los pobres viajeros, cuidadosos y preocupados, empiezan á poner

la cara larga del miedo. La humanidad comienza á tirar la máscara, y si se pudiera leer en aquel momento en los corazones..... ¡qué tristes juicios habría que formar de la generosidad, abnegación y grandeza de los descendientes de Caín!..... El trueno retumba materialmente encima de nuestra cabeza, y la palabra se detiene en los labios, y la sangre casi en las venas..... ¡Horribles momentos de ansiedad!..... El capitán y oficiales son asediados á preguntas por los pocos viajeros que llegan hasta ellos; y por cierto que deben reirse bien aquellos hombres de carne y hueso de la miserable constitución de aquellos otros hombres de la misma materia que se asfixian en los *cabines*, en los pasillos, en el comedor ó en el *fumoir*-sala de juego..... El salón de señoras está cuajado y el azahar y la pulsátila y el éter están de servicio.

Hasta ahora, el único peligro ha estado en la bruma condensada, que puede exponernos á un abordaje, pues materialmente no se veía á cincuenta metros del barco; pero aquélla comienza á disiparse; algunos rasgones de las nubes nos demuestran el cielo azul, y un rayo de sol aparece un momento..... *Post nubila Phœbus*..... Los oprimidos corazones se ensanchan, las caras largas se redondean, y todos vuelven á coger sus caretas de valientes, de bromistas, de filósofos, etc., etc. Mañana pasamos el trópico..... Mañana continuaré yo describiendo este viaje.

II.

¡Mañana pasaremos el trópico! decía en el capítulo anterior para terminar. Y efectivamente, hemos atravesado el trópico de Cáncer y hacemos rumbo á la línea equinoccial. Los pasajeros que han hecho anteriores viajes, han embromado á los que le hacen por primera vez, diciendo que al pasar la línea es preciso darles una zambullida atados á un cable, aunque dejándoles en libertad de conmutar esta pena con unas cuantas botellas de Champagne. El europeo que no es resuelto, se alarma y cree en realidad que hay que pasar por alguna prueba desagradable; pero el que no tiene condiciones para ser el *sonajero* de nadie, pone punto á la broma en cuanto empieza á ser pesada, en todo lo que se refiere á zarandearle, y la sigue en lo del Champagne.

Durante las horas del reposo, hemos pasado efectivamente la línea, y si no nos lo dijeran las cartas geográficas y la *nota* de á bordo, nos lo haría sentir el suave ambiente de la atmósfera, la mar juguetona y el cielo espléndido de las nuevas regiones.

Nuestro viaje tocará pronto á su término, y un firme y sólido continente será seguro apoyo para nuestros pies. Seguimos navegando y haciendo hasta trescientas millas por día. Hace dos ó tres que no hay emociones públicas en aquella sociedad, cuando

una tarde, después de comer, *señalan* un objeto á una gran distancia á estribor. Todos los pasajeros se arrojan á la banda ó suben á la cubierta del comedor. El capitán y oficiales miran desde la toldilla, los marineros desde proa, y todo el mundo que tiene gemelos maniobra con ellos..... La distancia es tan larga, que no es posible distinguirlo aún..... El primer rumor que circula siempre, es de que el objeto en cuestión es un monstruo. «¡Una ballena! dice uno de esos noticieros que estaría contrariado si alguno se le anticipase. — ¿Dónde? pregunta en coro aquel público ávido de impresiones.—Allá lejos, al terminar nuestro horizonte, en la dirección de aquella nube rosada que está á la derecha de nuestra proa.» Algunos momentos de suspensión siguen á esta conversación: todos miran al punto indicado. Efectivamente, un lomo negro y arqueado sobresale por momentos y flota sobre las olas. «Ahora arroja el agua por los agujeros de la cabeza», dice el noticiero. «¡Qué cabeza tan gorda!.....» repite. Y otro, de un carácter poco amigo de contemplaciones, le contesta: «Más gorda es la de usted, señor mío, que ve ballenas en lo que no es más que el casco de un barco abandonado.» Y en efecto, aquel es el escenario de un drama desconocido y terrible. Las imaginaciones impresionables de á bordo, y las señoras, empiezan á indicar sus deseos de abordar aquel casco y ver si hay algún desgraciado náufrago á su bordo: la fantasía toma vuelo, y todos, menos el capitán, creen que nuestra misión es acercarnos á ver aquel inmenso féretro que encierra quizá en su seno algunos muertos ó moribundos. El papel sentimental

entra en carácter y cada cual se figura acontecimientos terribles.—¿Cuántos días hace que flota ese casco? ¿De dónde procede? ¿Qué catástrofe representa? Estas preguntas le ocurren á todo el mundo; pero nosotros, según dice el capitán, no podemos variar nuestro rumbo para abordar aquel casco que está á dos ó tres millas del nuestro, porque esto nos haría perder algunas horas....» En los negocios no hay entrañas..... Un cuarto de hora después sólo veíamos, de cuando en cuando, un punto imperceptible, y nos quedaba en el corazón una penosa impresión de aquel encuentro.

Á medida que el viaje llega á su término, la vista de barcos es menos rara, y tres días antes de llegar á tierra es frecuente *señalar* media docena de buques. Por cierto que no se podrá nunca describir la belleza de un bergantín de guerra con todo el trapo al viento. A medida que el bergantín se va perdiendo de vista, va adquiriendo una belleza extraordinaria. La elegante forma del casco, y las vaporosas líneas formadas por sus palos y su velamen, destacándose con energía en la atmósfera, son de un efecto maravilloso. Parece que se levanta de las aguas y vuela en lugar de bogar aquel pájaro gigantesco.

Estamos en vísperas de llegar á la isla de Martinica, que debemos avistar al alba. En esta noche no se duerme: á cada maniobra en cubierta, se cree desde el camarote que vamos á fondear..... Hacia las cuatro de la mañana suenan dos cañonazos que hacen saltar de sus camas á los pasajeros y subir á cubierta. Su vista, ofuscada aún por el sueño, no percibe la tierra, perdida entre la obscuridad. Está lejos

aún, y el cañonazo que nos ha impresionado ha sido una deferencia del capitán hacia la ciudad de *Saint-Pierre*, donde ha nacido y tiene su familia. Con unos cañoncitos de bronce, sobre los que nos sentamos todos los días en cubierta, ha enviado los «buenos días» á su madre, que al oir aquellos cañonazos levantará al cielo su oración para darle gracias por el arribo de su hijo..... ¡Hijo feliz, que tiene una madre á quién advertir de su llegada!.....

La noche agoniza en tanto con la poesía y la solemnidad de los países ecuatoriales. Las brisas matinales barren la espesa cortina de nieblas que envuelve las costas: el rico manto de estrellas desaparece con la obscuridad, y el rápido crepúsculo de los trópicos precede, como un profeta, á aquel Mesías que va á aparecer por el Oriente. La Naturaleza celebra su misteriosa metempsícosis; el último misterio de la transición ha llegado: la expectación es universal..... El sol y la tierra brotan y brillan á la vez ante nuestros ojos encantados..... El astro celeste, con su grandeza, nos produce religiosa inspiración, y la tierra nos envía sus murmullos y sus canciones..... ¡Tierra! Palabra sublime después de algunos días de mar. No queda á su vista un corazón cuyas pulsaciones no sean más rápidas, ni sangre que no circule más agitadamente.

Hemos dejado atrás á *Saint Pierre* y nos dirigimos á *Fort-de-France*. Son las seis y media de la mañana, y la campanilla del hotel llama para servir el último té del viaje. El piloto y el capitán están sobre el tambor de babor, y desde allí mandan la maniobra, y el barco resbala airosamente sobre aque-

lla agitada superficie, hasta el punto en que recibe la visita de la Sanidad.

Próximo al muelle, es rodeado el barco por nna nube de muchachos *de color*, buzos en miniatura á quienes se arrojan desde cubierta monedas que ellos cogen chapuzando, y van reuniendo en la boca, que les sirve de bolsillo. Aquellos chicos hormiguean sobre el agua, como tres cuartos de hora, constantemente nadando y sumergiéndose, y cuando el barco se prepara para atracar al muelle, se vuelven á tierra tan frescos como sardinas, á pesar de la distancia y del movimiento continuo de sus nadaderas. Desde que llegan hasta que desaparecen, hablan sin cesar y gritan, pidiendo que arrojen monedas á la mar hacia la parte en que cada uno se encuentra. Aquella gritería incesante y su acentuación particular hacen el efecto de una bandada de cotorras.

El barco es atracado por fin: dos anchos puentes de madera son izados desde tierra por las máquinas de á bordo, y colocados, uno hacia proa y otro hacia popa.

Inmediatamente que hay comunicación, somos asaltados materialmente por los indígenas, cargados de collares, pulseras, cinturones y acericos de semillas artísticamente enlazadas; de objetos hechos con caracoles y conchas pequeñas, y de manufacturas de pluma. Cada uno de aquellos tipos de obscuro color, nariz chata y cara aplastada, aunque de airoso porte, brinda con sus mercancías hasta el cansancio. Se ve cualquiera más negro que ellos para librarse de su impertinente persecución. Las mujeres llevan unos pendientes de metal, del tamaño de las pulseras en

Europa; en el pecho llevan un alfiler del mismo metal del tamaño de un tintero ordinario; al cuello, gruesos collares de relumbron, y á la cabeza un pañuelo de vivos colores, puesto con extraordinario arte: los hombres alpargatas de cáñamo, camisa de color y sombrero de paja. A los unos y á las otras no se les cae el tabaco de la boca.

Dos días y medio ó tres estaciona en *Fort-de-France* el barco, que ha de seguir después su viaje al Pacífico. En esos dos días *hace carbón* y refresca sus víveres. Pequeños vapores que llaman intercoloniales salen desde allí con los viajeros que van á La Guaira y Cayena, á San Thomas, á Guadalupe, etc.

La faena de llenar las carboneras de un vapor en la Martinica es uno de los espectáculos más curiosos que pueden presenciarse. En primer lugar, se abren sobre cubierta todas las bocas de las carboneras; el barco se forra de lona por todas partes; los pocos viajeros que quedan á bordo se encierran en el comedor, y casi se asfixian tragando polvo del carbón mientras dura la operación.

Una centena de negras y algunos negros, *retintos* todos, salen de los depósitos, que están á treinta pasos del muelle. Cada uno de ellos lleva en la cabeza un cesto lleno de negro combustible, trepa por la escalera-puente, llega á uno de los agujeros carboneras y vacia su carga, que es el alimento de aquel ancho estómago. El movimiento y la confusión de aquel enjambre de demonios es indescriptible. Las mujeres llevan la falda levantada hasta medio muslo, y los hombres sólo llevan pantalón: dos negros tocan una especie de tamboras con la palma de la mano, y

son pagados por los que trabajan. Una canción extraordinaria, de un carácter salvaje, cantada alternativamente por uno de los acarreadores de carbón, y terminada siempre por el coro, tiene tal carácter de sombría resignación, que estremece y entristece.

Día y noche, sin tregua ni reposo, trabajan aquellos infelices: sus espaldas de azabache brillan empapadas de sudor: el monótono acompañamiento del canto estimula su resistencia. Si aquella bárbara tambora cesa, de seguro se desploman todos, y lo único que alienta y sostiene su trabajo es aquel desagradable instrumento y el estribillo de aquella canción, repetido por todos en cada minuto. Es imposible describir esta escena alumbrada durante la noche por hachones de resina: es preciso verla.

La mayor parte de los pasajeros desembarca y vive en tierra los dos días ó tres que estaciona el barco. Vamos nosotros á tierra también, mientras llenan las carboneras.....

Ya estamos en el país de los pájaros de brillante plumaje, de maderas preciosas, de extinguidos volcanes, de colinas de lava, de prodigiosa vegetación y de insectos terribles: la tez curtida de los habitantes expresa elocuentemente la fuerza abrasadora del sol. La sensación desconocida que se experimenta al poner el pie en aquella tierra malsana, nos recuerda las funestas catástrofes de sus temblores, que tan honda sensación nos han causado en los primeros años de la vida; en esa época en que la representación de *El Terremoto de la Martinica* era para un muchacho la última expresión de los espectáculos teatrales y el ideal dramático más sublime. Al poner

el pie en aquella costa y recordar las paredes de cartón que se derrumbaban en el teatro, las víctimas que se ahogaban entre las ruinas y los gritos de los actores que nos han estremecido y aterrorizado, y encontrarse con el verdadero escenario de aquellos horrorosos acontecimientos, se entrega la imaginación poeta y creadora á reconstituir aquella terrible tragedia de 1839, y se transporta con la voluptuosidad del terror á aquellos días en que el luto y la muerte habían convertido en un cementerio inmenso la isla en que nos encontramos. El astro colorado y candente que está en la bóveda celeste no ha alumbrado siempre dichas y goces. También ha lucido para las catástrofes y ha alumbrado la destrucción.

La que cito en este artículo fué de las más espantosas que recuerda la historia. Las faenas de la isla seguían normales en aquel día funesto. Colonos y esclavos trabajaban y mejoraban las plantaciones de café y cacao; la guarnición de la isla, dirigida por sus jefes, maniobraba en el fuerte Borbón; la población se movía como de costumbre..... De pronto ocurre en la Naturaleza algo desconocido: un ruido misterioso y sobrehumano detiene á todo el mundo: los caballos se plantan en medio de su carrera, el blanco y el negro son igualmente asaltados por el terror ante el cambio espantoso que de repente ha sufrido la Naturaleza: el cielo es de cobre, el curso de los ríos se detiene, el calor asfixia materialmente, y han cesado las brisas que agitaban las hierbas de la *sabana*. Las montañas oscilan sobre su base, la tierra se abre y se traga colinas y poblados, arrojando torrentes de agua sulfurosa y de lodo candente; el suelo

hierve, el trabajo de los siglos que ha enfriado la superficie del globo, solidificándola para hacerla habitable, está destruído..... «¡Terremoto!» gritan todos abatidos; y hombres, ganados, fieras y reptiles confundidos, vocean, rugen y corren sin saber dónde, y retroceden y se atropellan y pisotean al huir de los ríos que crecen enormemente y se desbordan por la llanura. El temor neutraliza los instintos, y las mujeres, desnudas y locas de terror, se confunden con los hombres, y los jaguares se mezclan con los antílopes; los pájaros caen palpitando sobre el suelo con las alas tendidas, y un olor insoportable de betún, de azufre y de pólvora invade la isla..... ¡Horas terribles fueron éstas, en las cuales se destrozaron las magníficas fortificaciones del fuerte Borbón, se destruyó la isla, y sucumbieron muchos de sus pobladores!..... Dejo, empero, esta descripción, que no es del caso, para seguir ocupándome de la isla, y especialmente de *Fort-de-France* tal como es hoy.

Martinica es, como todos sabemos, una de las pequeñas Antillas francesas formada de dos penínsulas reunidas por un istmo. Constituye un gobierno dividido en dos distritos, cuyo centro es *Fort-de-France* y *Saint Pierre*. Fue descubierta por Colón en 1493. En 1635 fué ocupada en nombre de Francia, y colonizada poco después con colonos de San Cristóbal. Fué atacada por los holandeses en 1674, y tomada varias veces por los ingleses, aunque devuelta á Francia por los tratados de 1814. (Mejor suerte ha corrido esta isla que nuestro peñón de la extremidad meridional de España, sorprendido por los ingleses durante la guerra de sucesión, á principios del siglo

pasado, y no devuelto nunca.) Su población sube á unos 150.000 habitantes, de los cuales son blancos sólo unos 9.000 ó 10.000. Está cubierta de bosques, poco cultivada y diezmada con frecuencia por la fiebre amarilla. La Harpe, en su *Abrégé de l'histoire générale des voyages*, dice que la Martinica era nombrada *Madanina* por los salvajes, y la dió diez y ocho leguas de anchura por cincuenta de circunferencia, comprendiendo los cabos, que avanzan en algunos sitios dos ó tres leguas dentro del mar.

El famoso misionero Labat desembarcó por primera vez en la isla el 29 de Enero de 1694, después de sesenta y tres días de navegación, y nos da cuenta de una enfermedad contagiosa que encontró allí, que se llamaba el mal de Siam, que causaba grandes estragos desde siete ú ocho años antes, lo cual nos prueba elocuentemente la condición insana de aquella región. Entre las singularidades de la historia de esta isla, hay una por demás graciosa, que voy á referir para dar alguna amenidad á este artículo. Cuando en 1674 fué atacada por los holandeses á las órdenes del almirante *Ruyter*, y éste hizo desembarcar sus tropas al mando del Conde de *Stirum*, éstas no encontraron resistencia en los primeros momentos, y empezaron á saquear los almacenes llenos de aguardiente, del cual bebieron con tan poca consideración, que les fué imposible sostenerse en pie cuando fué preciso marchar al asalto de las fortificaciones. Dos barcos franceses que se hallaban en la carena hicieron, bajo el mando del Marqués de *Amblimont*, tan terrible fuego de artillería sobre aquel montón de borrachos, que mataron más de novecientos, y su-

jefe entre ellos. El que se encargó del mando no pudo resistir el fuego de los barcos y de las empalizadas, é hizo tocar retirada, construyendo con los toneles vacíos una trinchera para poner á cubierto los vivos y los heridos y dar tiempo á que volviesen de su borrachera. Cuando *Ruyter* bajó á tierra, después de haber cañoneado todo el día la roca sobre que estaba *Fort-Royal*, hoy Fort-de-France, se quedó sorprendido ante la vista de mil quinientos holandeses muertos ó heridos, y resolvió abandonar la empresa y reembarcar el resto de su gente durante la noche, al mismo tiempo que el Gobernador de la isla dispuso la evacuación del fuerte, que tenía muchas brechas y se temía que no resistiese el asalto. Al ejecutar esta resolución se metió algún ruido, que oído por los holandeses, y creyendo que los sitiados hacían una salida y que les iban á sorprender sin poderse defender, se arrojaron azorados en sus chalupas, abandonando heridos, efectos de guerra y armamento, en tanto que los sitiados, al oir aquel estruendo, y tomándolo por la marcha de los holandeses al asalto se precipitaron asimismo sobre sus canoas, huyendo los unos de los otros llenos de terror, y no quedando en el fuerte sino un suizo, borracho también desde por la noche, y que se encontró al despertar solo, único y tranquilo poseedor del fuerte. D'Amblimont, que no había sido advertido de la doble retirada hecha durante la noche, empezó desde la madrugada á hacer fuego con su artillería; pero no viendo aparecer nadie en el fuerte, y no oyendo nada en el campo enemigo oculto á su vista, desembarcó un sargento y algunos soldados en observación, los cuales sólo

encontraron muertos, heridos y borrachos que dormían aún en los almacenes. Inmediatamente fueron advertidos los de á bordo, que tomaron posesión de la fortaleza con todas las fuerzas.

He aquí un episodio bien trágico-burlesco, que prueba, así los desastres que puede hacer en un ejército la intemperancia, como los éxitos que puede comprometer el miedo. La serenidad en el peligro es el verdadero valor que ha hecho casi todos los prodigios de la historia.

Este capítulo tiene más proporciones de lo que yo deseaba, y dejo su terminación para el siguiente.

III.

En el capítulo anterior habíamos desembarcado y pensábamos pasar en tierra los dos ó tres días que el *Panamá* ocupara en llenar sus carboneras y hacer el trasbordo á los pequeños vapores intercoloniales, de todos los efectos de los viajeros que se quedan en alguna de las Antillas y no siguen á Colón, adonde va aquél.

En marcha, pues; dejemos á la derecha los grandes y negros almacenes de carbón que están sobre el muelle: concedamos una mirada á algunos pequeños ranchos con paredes de caña y techo de hojas que se ven á cien pasos de nosotros en la cuesta que forma la tierra elevándose; bajo cuyo soportal de entrada se ven algunos mulatos: sigamos nuestro camino

saltando un hondo barranco hacia la izquierda, y deteniéndonos un instante ante una casita con paredes de persianas: entremos en *Fort-de-France*. Una larga calle, recta como todas las de la localidad, y guarnecida de casas cuajadas de gente de color, nos lleva al centro de la ciudad, y una vez allí, nos vamos al *Hotel Toulouse*, célebre hospedería que todos los pasajeros conocen, porque es un tema de conversación durante el viaje.

Mr. Toulouse, dueño del hotel, es un hombre excelente, casado y de buenas costumbres, á lo que parece: lo que se llama buen padre, buen esposo y buen ciudadano, aunque no tiene hijos ni apenas mujer: me explicaré. Mr. Toulouse es un hombre hiperbólico de peso, de gravedad y de condiciones: es un hombre que no tiene perfil; pesa sobre doce arrobas cuando menos, y tiene una soberbia barriga del tamaño de un tinajón, que sobresale más de medio metro de la vertical del resto de su persona: si está echado, es la cúpula de San Pedro su enorme vientre, chato entonces como la concha de una inmensa tortuga: si de pie, parece una gran caldera colgada en la pared, ó un enorme globo: boca abajo no puede estar sino haciendo una perpetua plancha sobre aquel bombo de sententa y seis pulgadas de circunferencia. *Madame Toulouse* es antitéticamente un espíritu: de cualquier punto que se la mire se la ve siempre de perfil; aquella pobre momia es de un valor extraordinario para hormillas: no tiene nada de lo que aparentemente constituye la mujer, y por supuesto que lo de bello sexo aplicado á ella es mitología: en cambio, á su voluminoso marido le está

bien lo de sexo feo; es imposible apropiar más el concepto.

Cuando llegamos á la plaza de la *Sabana* y leemos *Hotel Toulouse*, encima de una puerta al lado de la cual están sentadas tres ó cuatro personas, nos preguntamos atónitos la causa de poner la *enseigne d'auberge* sobre una puerta incomunicada, á la cual, sin embargo, nos dirigimos con otros prácticos ya de anteriores viajes.

A medida que nos acercamos, cada objeto va recobrando su forma, y por fin, á la distancia de una docena de pasos nos acordamos de las conversaciones de á bordo y reconocemos lo que cierra la entrada del hotel. Aquel gigantesco alambique no puede ser otra cosa que el enorme tripón de Mr. Toulouse, á quien en efecto creemos divisar detrás. A nuestra aproximación se mueve aquel raro objeto de historia natural, y nos franquea el paso.

Lo primero que le ocurre á cualquiera es pegar un bastonazo en aquella balija anatómica para saber qué sonido tiene. Hay quien desea abrirle como á un pato; pero hasta la fecha á que me refiero, Mr. Toulouse había tenido la suerte de salvarse. El mejor día dará un estallido y habrá otro cataclismo en la isla.

En el zaguan hay un mostrador lleno de baratijas, botellas y dulces; un poco á la derecha el comedor, enfrente, á la izquierda, la cocina y patio, y en el fondo del zaguán la escalera. Subamos unos cuantos escalones, y en el primer piso encontraremos una docena escasa de habitaciones con camas duras como piedras, muebles primitivos, lavabos de madera, y debajo y encima de estos muebles, en el piso y techo,

de madera también, cucarachas, ratas, hormigas, alacranes y otra porción de animalitos de Dios, cuyo objeto en la creación no he comprendido jamás.

Las negras encargadas del servicio hablan *francés negro*, y por lo visto es endiablado; pero con más ó menos trabajo se acaba por comprenderlas.

Arreglado ya cada cual, lo primero que ocurre es dar una vuelta por la población, y de paso remojarse un poco, porque el calor es insoportable. La casa de baños está cerca, y por cierto que no puede ser más sencilla. Un saloncito de espera con un velador y cuatro sillas, unos cuartitos cuyas puertas suelen no tener aldabas por dentro, y entre cuyas paredes de tablas quedan anchas grietas para la luz del día, de la cual no sería justo privar al bañista, una silla y una mesa completan el ajuar.

Yo he leído hace algún tiempo en la *Revue Britannique*, edición de París, una descripción de la Habana que da lástima. Según ella, en las casas de campo de los principales señores, la volanta ó cualquier otro carruaje se encierra en el salón de recibo: la mayor parte de los elegantes en un baile son alemanes, norteamericanos ó ingleses: el extranjero que sobrevive á los malos olores de la Habana, debe morir aturdido por el ruido insoportable de la población: las calles son sucias y algunas repugnantes, y por fin asegura el «Extrait analytique des correspondances du *Times*», que por todo el azúcar de Cuba no fijaría en ella su residencia el que escribe el artículo..... Desgracia es para España ciertamente que un inglés, *y por ende elegante*, sea tan nervioso que no pueda resistir los ruídos de carruajes en la Ha-

bana, y nos prive de su alegre sociedad, y extraño es que Mr. Amédée Pichot inserte en la revista de su dirección detalles tan absurdos como los que he mencionado. ¡Qué *Times* y qué *Revue!* ¡Qué ingleses y qué franceses! Cualquiera creería que la Habana no tiene un magnífico puerto, soberbios fuertes, ricos palacios de mármol, magnífica catedral, anchos y elegantes paseos, espléndidos teatros y lujosos cafés; cualquiera podrá sospechar que los yankees, los alemanes y los ingleses son los tipos elegantes de la Habana. ¡Qué tipos! Mr. Amédée Pichot podía darse una vuelta por *Fort-de-France* (Martinique) á cualquiera hora del día en los barrios del río, y podría saber lo que son perfumes; atravesar las calles de la población antes de las nueve de la mañana, y vería y olería algo que le haría apreciar la diferencia entre la Habana y *Fort-de-France;* es decir, entre nuestra casa y la suya. Por lo que no sería molestado ciertamente es por el ruido de carruajes.

El inglés que ha escrito el artículo en cuestión no ha visitado seguramente la sociedad escogida y elegante de la Habana: se conoce que ha entrado en alguna cochera puesta con tal lujo que la ha tomado por el salón, y al ver allí la volanta ó la *victoria*, ha estampado en sus memorias que en la Habana se colocan los carruajes en el salón de recibo. Así se escribe la historia.

Se queja y reniega dicho articulista del ruído que hacen en la Habana seiscientos ó setecientos carruajes, además de los tranvías, ferrocarriles, etc., y dice que es insoportable la vida allí..... ¿Qué se puede responder al *Times* y á la *Revista?*..... Que también

será insoportable entonces la vida en Londres, en París y en todas las poblaciones que tienen plétora de vida social, comercial, fabril, etc. ¡Válgame Dios! ¡Qué absurdos y apasionados razonamientos para desacreditar á la Habana, que tiene su reputación hecha en movimiento, en vida, en riqueza y en patriotismo! Si nuestra gran Antilla fuera una posesión inglesa, de seguro molestaría menos el ruido al que ha escrito la correspondencia.

Pues, como iba diciendo, las alcantarillas de *Fort-de-France* son unas atarjeas descubiertas, de un pie de ancho, que corren á lo largo de las aceras y al nivel del piso de la calle, medio pie más baja. En ellas se arrojan todas las aguas sucias, y por ellas corren, mientras se hace la limpieza, todas las miserias de la vecindad.

La hora en que el dios del reposo, del silencio y del sueño va perdiendo su imperio, y la aurora, tan poética y misteriosa, va recobrándole, es una hora fnnesta para el olfato y la vista. El que quiera admirar le *point-du-jour*, que duerma en el campo, porque si se asoma á una ventana en la población corre peligro de sentir náuseas y de aumentar el caudal de las atarjeas.

Enfrente del *Hotel Toulouse* está la plaza de la *Sabana*, cubierta en gran parte de *Rai-gras* y guarnecida de paseos de árboles. En medio se levanta una buena estatua de la empetratiz Josefina, primera mujer de Napoleón I, cuyo monumento fué erigido en 1856.

María Josefina Rosa Tascher de la Pagerie nació en la Martinica en 1762, y ésta es la razón de que,

aunque tarde, hayan consagrado ese recuerdo en *Fort-de-France* á la criolla que compartió con el capitán de la edad moderna el imperio de Francia.

El monumento está circundado por una elegante verja de hierro, y la inmensa plaza, que forma una pequeña península, termina por un lado en las fortificaciones (que arrancan del agua), y está bañada por los otros dos por el mar de las Antillas.

Lo que resta de *Fort-Bourbon*, y el imponente *Fort Saint Louis*, detiende el excelente puerto y la capital. Erizados de cañones y bien guarnecidos de artilleros, constituyen una verdadera garantía para la Francia.

La casa del gobernador también está en la *Sabana*. Es, como todas, de madera, con verja á su entrada, en la cual hay siempre dos centinelas; y con magníficos jardines en que luce el espléndido desarrollo de la vida vegetal que se realiza en aquella tierra tan privilegiada bajo el punto de vista de la producción.

Las Ursulinas y la Abadía son dos edificios cómodos con jardines y patios espaciosos.

Los cafés y el club son bastante regulares para la población. Las casas son todas de madera, y únicamente las que tienen *piso de alto* suelen ser de fábrica en su base.

Largas y anchas alamedas de árboles en la *Sabana* sirven de paseo, y al propio tiempo que se contempla la banda plateada que refleja el astro de la noche sobre la superficie de las ondas, se reconocen también á su claridad la criolla y la verdadera francesa. El tipo en general, blanco ó de color, tiene poco

de bello, á juzgar por lo que allí se ve todas las noches, y especialmente en las fiestas.

El tipo de color es en general de fisonomía chata y labio grueso: las mujeres de todos los colores tienen poco que admirar. Respecto al hombre nada puedo decir (pues no quiero juzgarle por Mr. Toulouse), y además casi no he visto por aquellas calles otra cosa que artilleros y marineros. (La Martinica es estación naval francesa.) Los chiquillos andan en cueros como en los primeros días de la conquista.

Alrededor de la plaza de la *Sabana* hay tiendas y alguna buena fotografía que visita todo pasajero para comprar reproducciones y tipos del país. Allí se ven en cuadros el interior de los jardines del palacio del Gobernador; *Fort-de-France*, tomado desde el fuerte *Saint Louis;* el muelle del paquebot transatlántico; bosques de bambúes; paisajes con el artístico árbol del viajero, en cuyo árbol la Providencia ha preparado sombra, frescura, alimento y bebida para el hombre; el exterior é interior de la catedral; la ciudad de *Saint Pierre;* montañas con caídas de aguas en el interior del país, etc., etc. Las fotografías están bien hechas, y se puede pasar en aquel museo dos ó tres horas á gusto. Rara vez se sale de allí sin gastar 40 ó 50 francos por lo menos.

Las expediciones á *Saint Pierre* durante la estación en *Fort-de-France* son frecuentes. Todos los días sale á las ocho y media de la mañana un pequeño vapor que en tres cuartos de hora hace el viaje, y no queda persona que no visite dicha ciudad, en donde reside todo el comercio, industria, fabricación, etc., de la isla.

La catedral, en donde oye misa el viajero con extraordinaria devoción y donde observa un orden y compostura por parte de los fieles que le edifican, no es de gran belleza arquitectónica, pero es un templo capaz y decorosamente servido, lleno de bancos reclinatorios en el centro de la iglesia, con sitios determinados en la cruz para diversas asociaciones y con sillones en el presbiterio, á los que en uno de mis viajes nos condujo el *suizo alabardero* encargado de velar por la compostura y la colocación de todos, viendo que no encontrábamos donde colocarnos.

Para concluir, voy á tomar de La Harpe, con referencia al misionero Labat, una curiosa descripción de la forma en que escondían en tiempo de guerra todo lo que querían salvar los naturales del país. Cuando eran muebles ó provisiones resistentes á la humedad, hacían á la orilla del mar un hoyo de ocho ó diez pies de profundidad, para que el enemigo, aunque metiera su espada en la arena no llegase hasta ellos, y allí metían vajilla, utensilios de cocina, barriles de carne, vino, aguardiente, etc. Después llenaban el agujero de arena, y la sobrante la echaban al mar, derramando agua sobre la del hoyo para darla más firmeza. Cuando los efectos no podían ser transportados á la orilla del mar, hacían el agujero en terreno seco, levantando la primera capa de tierra como si cortasen céspedes, y sacando después la del hoyo, la echaban sin derramarla en lienzos preparados para recibirla, á fin de que no quedase nada sobre la hierba que denunciase el escondrijo: el agujero por arriba tenía la menor anchura posible. Después de meter sus efectos le llenaban de tierra, echaban agua

encima y colocaban otra vez el césped ó las cañas levantadas, para que todo recobrase su apariencia natural: la tierra sobrante era llevada muy lejos. Las telas de seda, paños ó papeles que no pueden exponerse á la humedad, eran encerrados en grandes calabazas escondidas entre las más elevadas ramas de los árboles, y cubiertas por lianas de que siempre están coronados. A los negros jamás se les daba participación, porque eran puestos á tormento para obligarles á descubrir el tesoro de sus amos.

En las llanuras del *Far-West* tenía también la civilización india, y tenían también los cazadores de aquellos inmensos océanos de vegetación el mismo sistema, lo cual nos revela un idéntico procedimiento en Méjico y en Martinica. Aun hoy, en las *llanuras sin fin*, que confinan con Méjico y los Estados Unidos, nos describe Gustave Aimard, en *Les Pirates des Prairies*, que cuando los indios ó los cazadores, obligados frecuentemente á una vida aventurera ó fugitiva, ó á hacer una carrera rápida, ya para evitar una emboscada enemiga, ya para perseguir la caza, se ven en la necesidad de abandonar una gran parte del botín que poseen ó de mercaderías que llevan para tratar, entonces hacen lo que en español se llama *un escondrijo*, para lo cual se empieza por extender pieles de bisonte alrededor del sitio en donde se va á hacer el hoyo; después se levantan con un azadón anchas placas de césped en redondo, en cuadro ó en óvalo, según la forma que ha de tener *la cache;* luego se cava, teniendo cuidado de arrojar la tierra sobre las pieles de bisonte, de las cuales se reviste el fondo y paredes del hoyo, para evitar

la humedad, y por fin se verifica todo lo demás referido como en Martinica.

Quisiera continuar, pero acaba de oirse un cañonazo, y es preciso reembarcarse. Pidamos la cuenta al monstruo Mr. Toulouse y paguémosla á regañadientes, porque nos hace soltar 16 ó 20 francos diarios por una mala cama, un mal cuarto y una mediana comida, y demos un adiós á la célebre isla de la Martinica.



LA GUAJIRA.

Más allá de Maracaibo, al otro lado del golfo del mismo nombre, confinando con la república de Nueva Granada por un lado, y con la de Venezuela por e otro, se encuentra la península de la Guajira, aun hoy casi desconocida á los más intrépidos aventureros. El pérfido mar de las Antillas rompe sus olas en esta región desconocida, y el indio de piel roja y brillante, de miembros robustos y de aspecto sencillo y majestuoso, es el rey de este extraño país, por más que Venezuela y Nueva Granada, de común acuerdo, se hayan apropiado este territorio, *que sólo poseen en las cartas geográficas*.

Este hijo del desierto, tan astuto y tan bravo, atra-

viesa aquellas *sabanas* (1) con una velocidad increíble, conoce todas las vueltas y atajos, anda por sitios aislados y peligrosos, lucha con las fieras y duerme entre ellas, sin que los muchos peligros sin nombre que le rodean preocupen por un momento su espíritu.

En lucha constante con la civilización europea, que avanza siempre é intenta penetrar por todas partes, se defiende por lo menos retrocediendo y rechazando toda clase de comunicación que no le es indispensable para su vida ó sus placeres.

Del mismo modo que confinando con la república de Méjico se encuentra un inmenso océano de verduras en que los cientos de millas se suceden unas á otras, y al cual han dado los yankees el poético nombre de *Far West*, es decir, Oeste sin fin; más claro, la inmensidad, lo desconocido; así la Guajira es también un pedazo de tierra misterioso, del cual no se conoce nada escrito, ni aun en historia ni en geografía. La Guajira es una extensión de *sabanas* llenas de pasto con algunas sierras, á que no se puede subir sin estar muy acostumbrado al insoportable olor de creosota que sin duda contienen.

Todos saben que la república de Venezuela está dividida en veinte Estados soberanos, y que uno de éstos se llama el Estado del Zulia, cuya capital es Maracaibo. Pues bien; este Estado por la parte de Venezuela, y las ciudades de Santa Marta y Río Hacha por Nueva Granada, son los puntos por donde

(1) Se llaman así en América las llanuras de gran extensión que tienen pocos ó ningún árbol.

los indios guajiros hacen su comercio y cambian sus productos.

Su industria consiste en la cría de ganados de todo género, tejidos de hamacas (1) y chinchorros (2), pesquería y extracción de varias raíces, aceites, resinas, palos de tinte (que llaman brasil), dividive (fruto á propósito para curtir), cueros y fabricación de sal.

Los más civilizados del país salen á comerciar y permutar á las primeras guardias (3) en los límites, por Río Hacha y los barcos que tocan en su costa, cambiando sus productos por aguardiente, tabaco, telas, cobijas (4), maíz, panela (5), cuentas de vidrio, alhajas de oro y piedras que ellos llaman *tumas* (6) y aprecian mucho.

Constituyen diez y siete castas, que son las siguientes: jusallúes, puciainas, hipuanas, hurarillúes, epiñallúes, epiellúes, gitrúes, sapuanas, arapainas, jarariIlúes, urianas, seguanas, guaerariyúes, epiesies, cijanas, apucianas y uribanos.

Según los informes que tomé durante mi permanencia en Sud-América, pueden levantar de ocho á diez mil hombres de guerra, armados con malos fusiles y con *ymará* (7).

(1) Especie de cama suspendida, hecha con hierbas filamentosas en forma de red.

(2) Otra red más pequeña que la hamaca, aunque con igual objeto.

(3) Las fronteras.

(4) Mantas.

(5) Azúcar moreno ordinario.

(6) Ágatas.

(7) Flecha envenenada.

La vida del guajiro es enteramente salvaje. Vive en pequeñas chozas, ó bajo aquella espléndida vegetación tropical, de la que cuelga la hamaca ó chinchorro, y se mantiene con maíz, carne, leche y semillas de paja que ellos llaman *purá* (pata de gallina) por su forma, murujuro (1), peche (2), guayamuy (3), haipia (4), aripa (5), etc., etc.

Como no tiene hacia la mujer la estimación que la consagran la cultura y la civilización, y como en él no está modificada la energía instantánea de sus pasiones, que más bien son instintos, la poligamia forma parte de sus costumbres, y por consiguiente, el guajiro tiene cuantas mujeres puede comprar. Ellas son, además, las que hacen toda clase de trabajos, en tanto que el hombre fuma y se entrega á la indolencia, tan propia de aquellos países.

Estas mujeres viven juntas pacíficamente, como vive el ganado, y se casan, ó mejor dicho, se venden á voluntad de su tío materno. La verdad eterna é inmutable que España hizo conocer á la mayor parte de la América, no ha penetrado entre aquellos desgraciados, y la mujer es aún la hembra y la bestia de carga no redimida.

El padre entre ellos es casi nulo en cuestión de autoridad, porque ésta reside íntegra en el tío (6) *por parte de madre.*

(1) Cadillo.
(2) Granadilla.
(3) Cardón.
(4) Cují.
(5) Semilla de Tápara.
(6) Los guajiros no tienen seguridad absoluta de quién es su

El amor, ese dulce afecto que liga los seres y desarrolla en el corazón las más puras sensaciones, es completamente desconocido entre ellas, en cuyos sentimientos existe sólo el interés, que es el que mueve también á los hombres. La muerte de un deudo, la ofensa más grave, queda borrada con dinero. Son ostentosos, y hacen alarde de una fortuna que no tienen; viven entregados á los vicios, y tanto el hombre como la mujer se abandonan con mucha frecuencia á la embriaguez.

El guajiro es fuerte y muy buen jinete, gobernando muchas veces su pequeño caballo sin silla ni brida.

Es tan vengativo, interesado y mal agradecido (1), que interpreta la generosidad por cobardía; vive siempre con sus odios, y sólo desiste cuando vende su venganza; odia sin razón, de muerte, á la raza española, y transmite á sus hijos este odio injustificado al *castellano*, que ni ataca su independencia, ni se reparte su territorio como sus vecinas repúblicas.

Pero, á pesar de esto, puede un americano ó europeo penetrar en su civilización tomando un lenguaraz (2) y haciendo los regalos de costumbre á determinados jefes. Si hace esto, come y duerme con ellos, y es inviolable durante su permanencia.

Tiene también sus médicos y piaches (3), que abra

---

padre, en tanto que no abrigan la menor duda de quién es su tío y de esa certeza arranca su autoridad.

(1) Enfermedad general del país.

(2) Intérprete.

(3) Adivinos.

zan tal profesión por ofrecimientos que hace la familia en las grandes vicisitudes de la vida, y su creencia es que se realiza cuanto el piache dice. Su infalibilidad es perfecta, y se considera entre ellos sagrado, como sagrados son los despojos mortales de sus deudos.

El traje de las clases pobres es un *guayuco* (1), y el de en los ricos una manta de tela ligera, cruzada sobre el hombro como un manto romano. En la cabeza llevan adornos de plumas.

Las alarmas para defender el territorio, y toda clase de órdenes, se comunican por medio de indios, que arrojándose sobre un caballo, llevan con una velocidad eléctrica la noticia media legua ó una más allá, y de allí salen con la misma rapidez otros en diversas direcciones, y transmiten las órdenes, poniendo en armas en pocas horas á todo el país por medio de estos relevos.

Hay una raza entre los guajiros que se titula *cosina*, raza nómada, que pretende ser la verdadera dueña y señora de esta región, y está en perpetua lucha con el resto del país, que responde á cierta forma de organización.

Los cosinas son pobres y altivos; desdeñan toda clase de trabajo; se creen los más legítimos descendientes de sus antiguos é indómitos antepasados, y viven sólo del robo y del pillaje.

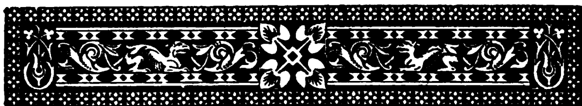
Tienen, por fin, pocos sentimientos religiosos. Su teología reconoce la lucha del bien y del mal: sus creencias son una especie de fantasía mitológica, aun

(1) Especie de toalla rodeada á la cintura.

cuando creen que hay un Marciba (1) que no ven hasta después de la muerte, y al que consideran como de su raza.

Todas estas noticias sobre la Guajira las recogí con algún trabajo, y no menos constancia, durante mi permanencia en Costa Firme, y con el deseo de hacer conocer una pequeña nación sobre la cual nada he visto escrito ni en América ni en Europa.

(1) Dios.



VENEZUELA.

No hace mucho tiempo que salíamos juntos de casa de la señora de Buschenthal algunos de los contertulios que frecuentaban diariamente el salón de dicha señora, y conversando hasta tomar el último tranvía de la noche, recayó la conversación sobre la libertad que se disfrutaba en las Repúblicas hispanoamericanas.

Un director de un periódico de ideas avanzadísimas envidiaba aquella libertad, de la cual no tenía más antecedente que la lectura de sus constituciones, que, dicho sea de paso, parecen reglamentos orgánicos de premios á la virtud. Un ilustradísimo General que no sólo había viajado y estudiado mucho, sino que había viajado y estudiado con gran provecho, se empeñaba en disuadirle de su error, asegurándole que las constituciones en todos aquellos países *eran papeles*, como dijo Bolívar, y que en

ninguna parte se violaban más descaradamente los principios consignados en los códigos fundamentales. La discusión seguía, y, por fin, se invocó mi opinión, como testigo, durante muchos años, de la práctica de aquellos principios constitucionales.

Si yo me propusiera referir todas las violaciones y los atropellos que he presenciado en América, podría escribir algunos tomos; pero en una conversación particular y á las altas horas de la noche, en el Barrio de Salamanca, con una temperatura de cero, no se podía uno detener mucho tiempo á referir aquellas garantías. Conté algo, sin embargo, que voy á referir aquí para asombrar á los lectores, del mismo modo que asombré al ilustrado periodista político á que me refiero al principio.

Allá va un poco de historia de Venezuela. Había tomado Guzmán Blanco, el que se hizo llamar el ilustre americano, la ciudad de Caracas después de tres días de combate, y reinaba de hecho en la *casa de Gobierno.* Los *azules* estaban vencidos y los amarillos eran vencedores, y excusado es añadir que para los primeros no había sagrado. Pasaron, sin embargo, los primeros días de violencia y empezaron á salir de sus escondites ó de las Legaciones los que se habían *alcanforado*, según dicen allí. Uno de éstos era un joven de buena familia llamado Carrillo, y con el grado de general, como algunos cientos de venezolanos. Este General, que tendría veintiocho años, hacía la corte á una señorita de una familia decente, en cuya casa pasaba algunos ratos. En uno de éstos se rodeó la casa de soldados, según costumbre; entraron otros en el domicilio, á pesar de que el ti-

tulo III de su Constitución dice que el domicilio es inviolable y que «no se puede privar de su libertad á ningún venezolano por motivos políticos, restablecido que sea el orden», y fué arrancado de allí el General y conducido á la cárcel.

Habían pasado muy pocos días, cuando una noche, después de comer, entretenía Carrillo su tedio haciendo unas bolas con la miga del pan, á las que puso tres palillos de los dientes por piernas y otros dos palillos articulados por brazos. En esta operación le sorprendió el alcaide de la cárcel, que también era general como casi todos sus compatriotas.

—¿Qué hase, General?—le preguntó.

Y Carrillo le contestó:

—Ya lo ve, General; entretener mi aburrimiento.

—¿Pretende representar con esa figura de tres patas al general Guzmán? ¡Pues tome!

Y sacando del cinto su revólver, le descerrajó un tiro en la cabeza y le mató. En un carro de la basura le recogieron y le echaron en cualquier parte, sin que su familia tuviera el consuelo de poderle hacer sufragios y sin que aquella prensa se atreviese á decir una sola palabra.

Se contaban el crimen al oído los caraqueños cuando lo supieron, y el terror era tal, que todo el mundo huía de estas confidencias.

Allá va otra historieta. Paseaba el mismo Guzmán por las calles de Caracas, y las señoras del partido azul, en cuanto le veían de lejos, cerraban las ventanas y no las volvían á abrir hasta que había pasado la cabalgata que le escoltaba. En una de estas ocasiones, una señora, distraída, no le vió hasta

que estaba ya muy cerca. Entróse de repente y cerró sus ventanas, pero no sin exasperar con esta demostración al ilustre americano, que, volviéndose á uno de los numerosos generales que le acompañaban, le dió en voz baja una orden..... Media hora después, la casa estaba convertida en cuartel; las señoras, á empellones, en la calle, y veinticinco ó treinta soldados, con un general, en posesión de los muebles, de las camas y de las provisiones. El art. 14 de la Constitución dice que el hogar doméstico no podrá ser allanado sino para impedir la perpetración de un delito *con arreglo á la ley.*

Vaya otra historia. Dice la Constitución de aquel país que «la nación garantiza á los venezolanos: 1.º La inviolabilidad de la vida, quedando abolida la pena capital, cualquiera que sea la ley que la establezca.....» Que cuente lo que significa esta irrisoria garantía el general Salazar, primer designado de la República, que fué fusilado por el..... ilustre americano, á pesar de ser el llamado por la Constitución á reemplazarle, *ó quizá por eso;* el general Carrillo, asesinado en la cárcel sin que se castigase tal crimen, y tantos otros también pueden contarlo..... desde el otro mundo.

Y ya que estoy metido en este curso de historia, vaya otro caso joco-serio-histórico. Dice aquella Constitución que «queda abolido el reclutamiento forzoso para el servicio de las armas»; y yo, sin embargo, he visto siempre reclutar allí á machetazo limpio y á tiros. A las puertas de la ciudad, á las del mercado, á las de la iglesia ó á las del teatro, cuando estaba abierto, se ponían partidas reclutadoras de

ocho ó diez hombres con un jefe á su cabeza, y se incorporaba á todo arriero, sirviente, hombre de color ó blanco pobre, á las filas, sin atender á si era alto ó bajo, casado ó soltero, enfermo ó sano, ó de veinte años ó cincuenta. Esta recluta se prolongaba á veces ocho y diez días; y como la noticia circulaba y el escándalo cundía, se representaba la comedia de irritarse los Estados soberanos independientes donde se hacía desde una semana ó quince días antes la recluta, y se dictaban enérgicas órdenes en las que se anatematizaba tan indigno procedimiento; se invocaban los preceptos constitucionales; se autorizaba á las víctimas para que rechazaran la recluta con la fuerza, y se hablaba de independencia, de dignidad, de libertad, de igualdad y de fraternidad. Una compañía de infantería con su música y un oficial que leía en voz alta la resolución suprema, completaban la representación teatral á que me he referido antes, y momentos después iban saliendo de sus agujeros los hombres (1) que se habían alcanforado para evitar *el voluntariado*. Salían á darse un apretón de mano *los compadres* en medio de la calle, y cuando estaban más en sus glorias y disfrutando de sus garantías, venía detrás una partida reclutadora que les decía: «¡Agréguense!» y si estaban algo mohinos, añadía el jefe: «¡Agréguense breve, ó miren que les doy una redondilla!» Una redondilla no es más que una bala; pero dicho así tan superficialmente, parece hasta una broma.

(1) Durante estos períodos no salen más que las sirvientas á la calle.

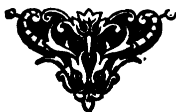
No acabaría nunca si hubiera de contar lo que yo he presenciado de muertes, palizas, violaciones de todo género, allanamientos de domicilios, silencio forzoso de la imprenta, imposición de tributos arbitrarios, de caballos aperados para el servicio, etc.

A propósito del silencio de la imprenta, referiré, para concluir por ahora, un hecho reciente. Me dirigía yo á Centro-América, en cuyas cinco Repúblicas estaba nombrado representante diplomático de España, y pasaba por La Guaira, puerto de Venezuela, en cuyo país yo había desempeñado el mismo cargo algunos años antes. Sabiendo que me hallaba á bordo, vino el Cónsul acompañado de varios venezolanos, entre ellos tres ó cuatro periodistas. Como conocía ya de antiguo la forma en que se cotizaba allí «la libertad del pensamiento por medio de la prensa sin restricción alguna», de que habla la sexta garantía del art. 14, tít. III de su Constitución, pregunté á mis antiguos conocidos si la prensa juzgaba bien á Guzmán Blanco y á su Gobierno. Allá va la contestación que me dieron: «Ya sabe usted que á Guzmán se le han levantado estatuas; se ha puesto su nombre á las plazas, á los mercados y á los paseos; se han hecho cantos á su pie arqueado y aristocrático; se han pintado de *amarillo* hasta los altares, y se ha llevado hasta el tedio la humillación delante de los deseos del grande hombre. Cansado él sin duda de esta monotonía, aprovechó la ocasión, hablando á sus conciudadanos en un acto solemne, para decir que «vería con gusto en el país alguna »prensa de oposición, para que fuera fiscal y acicate »del Gobierno.» Creyeron algunos, de los muchos que

hay en América que no aprenden jamás, en la sinceridad de las palabras de Guzmán, y se fundaron varios periódicos de oposición; pero al segundo número, según mis antiguos conocidos, fueron golpeados rudamente los redactores, se acabó la oposición, y la poca prensa de aquel país siguió moviendo el incensario y quemando en él perfumes delante de su ídolo.

¡Sombras respetables de Francia, de Rosas, de López!..... sonreíos y abrid vuestras filas.

En un libro exclusivamente destinado á Venezuela que pronto verá la luz, me ocuparé con detenimiento de aquella nación, como de las demás en que he representado mi país.





VIAJES POR LA AMÉRICA DEL SUR.

I.

Al otro lado del Atlántico, en una de las cinco partes del mundo que se llama América, y en su lado meridional, se encuentra la República de Venezuela, limitada al Norte por el mar de las Antillas, al Este por el Atlántico y la Guyana inglesa, al Sur por el Brasil y al Oeste por las Repúblicas de Nueva Granada y el Ecuador.

Venezuela, como todos saben, recibió este nombre de los españoles, á causa de la semejanza que encontraron en la época de su descubrimiento entre diversas poblaciones indias, confinantes con el lago de

Maracaibo, y la de la reina del Adriático, construída sobre lagunas.

Perteneció á España esta parte de Sud-América hasta 1821, en que se constituyó la República de Colombia, que más tarde, en 1830, se disolvió, fundándose entonces las del Ecuador, Nueva Granada y Venezuela como hoy existen. Mi objeto, al ocuparme en este artículo de Venezuela, es darla á conocer bajo el punto de vista de su producción y comercio. Próxima á Europa por su situación geográfica, y próxima digo, porque hoy ya las distancias han desaparecido, gracias á los triunfos de la ciencia y á las fuerzas de la Naturaleza aprovechadas por aquélla, es importante conocer su admirable fertilidad y todo aquello que produce, como todo lo que necesita.

El comercio, que es hoy la comunicación y el trato de unas naciones con otras, su riqueza, y el medio más poderoso de civilización y de fraternidad, podrá quizá sacar partido de este artículo, y sobre todo el comercio español.

Tengo también el objeto de hacer conocer en España esta pequeña nación, que es relativamente desconocida. Si bien es pequeña bajo el punto de vista de su población, es bastante grande por su extensión territorial y por los productos de su tierra bendita. En ella he pasado tres años, y aun cuando no fuí bien tratado por aquel Gobierno, como representante de España, no por eso dejaré de hacer esfuerzos para hacer conocer el país en que he vivido y en el que tengo cordialísimas amistades.

Las producciones más importantes de Venezuela son, ó consisten, en café, cacao, reputado por el se-

gundo, añil, algodón, cueros de res, tabaco (1), ganado, amargo (2) de Angostura; maderas, como el cedro, caoba, granadillo, vera (*Zigophylum arboreum*) (3) de tinte como el palo de mora (*Moras tinclorius*), el guayacán, el brasil (*Cæsalpina*), el sangre de drago, el fruto del onoto (*Bira orejana*); para curtidos, como el dividive y el mangle blanco; perlas, oro, plata, azufre, sustancias medicinales, como la quina, zarzaparrilla, tártago, guaco; gomas y resinas, como caraña, copey, tacamaca, frailejón y caucho; azúcar (4), añil (5), maíz, sal, pescado, plantas farináceas, como el árbol del pan, moriche y pichiguao, etç.

Produce también casabe, yuca (6), fréjoles, que allí llaman frijoles, patatas, que ellos llaman papas (7),

(1) De su jugo sacan el *mó* y el *chimó*, que es un licor convertido en jalea por la ebullición, y que usan en algunos Estados desliéndolo en la boca.

(2) Es sensible que este amargo, uno de los mejor reputados, se importe poco en España.

(3) En mi poder tengo muestras de ochenta y cuatro clases de maderas distintas, y á cual más bellas, y á propósito para muebles, construcción, etc.

(4) El azúcar no se exporta porque no puede sostener la competencia en belleza de elaboración ni en precios con el nuestro. Abastece solamente los mercados y el consumo de la República.

(5) El añil se halla en Turmero y Maracai y en San Sebastián de los Reyes, en el Estado Barinas, y en los Estados Bolivar y Carabobo. El añil de Caracas tiene buena reputación en los mercados.

(6) La yuca es una raíz farinácea, indispensable para las largas excursiones. El pan que se hace con ella dura meses, y es además de muy poco peso.

(7) Se calcula que una fanega de patatas en Venezuela produce veinticuatro mil libras por término medio.

ñames (1), maíz (2), apios (3), mapueyes (4), capachos, batatas, judías, alberjas, tapiramos, quinchonchos, garbanzos, lentejas, chícharos, mijo, arroz, sulú, anís, etc.

La enumeración de sus frutos sería interminable. El coco, del que se extraen dos clases de aceite, uno cristalino y otro obscuro, del cual hacen jabón sin conocer otro aprovechamiento, es hoy de un gran cultivo y mucho producto entre Cumana y Maracaibo; la perfumada piña, á cuyo fruto ha dado la aNturaleza una corona á fin de proclamarla la reina de las frutas; el mango, que se da con tal abundancia, que desgaja los árboles, y cuya fruta dicen que desarrolla la fiebre amarilla; los melones y patillas (sandías), que son allá de un sabor insípido; el cambur, tan sabroso y alimenticio, y tan mortal si se bebe sobre él un licor alcohólico; la parcha, tan delicada y tan propia para la galantería en toda comida; el suavísimo aguacate ó manteca vegetal, como le llaman allá, é infinitas frutas de que se hacen conservas y jaleas deliciosas, aunque estas últimas, que llaman *delicada* ó cristalina, se hacen rara vez.

(1) De mayor producto aún que las papas y de igual nutrición es esta verdura.

(2) Hoy se prepara el pan de maíz lo mismo que antes del descubrimiento. Machacan entre dos piedras el grano hervido; hacen en seguida panes pequeños (que llaman arepa) y los ponen á tostar sobre un platón de tierra puesto al fuego. Se calcula que una fanega de maíz produce desde ciento cuarenta y cuatro á trescientas sesenta, según la calidad de los terrenos.

(3) Verdura farinácea, distinta por completo de nuestros apios.

(4) Raíces que se aprovechan como verdura, pero que podrían reemplazar al pan.

Se producen varias clases de cacao y de café.

El cacao se divide esencialmente en criollo (el superior) y en trinitario (el inferior), que es de semilla extranjera. Los del Choroní, Ocumare, Barquisimeto, Yaracuy, Trujillo, Mérida, Táchira y puertos del litoral al Occidente de La Guaira, son generalmente criollos puros, existiendo también algunos, según tengo entendido, en los valles del Túy, á quince leguas de Caracas y veinte de La Guaira, y en Orituco, á unas treinta de ambos puntos.

Su valor se estima, en el orden de clases citado, entre 200 y 120 pesetas la fanega de 110 libras españolas, influyendo en los precios, además de las fluctuaciones naturales del mercado, la apariencia y calidad especiales del fruto, como, por ejemplo, si es bien granado ó pasilloso (grano menudo), si tiene buen aroma, hermoso color y pulpa roji-obscura y bien dulce. Las demás clases se evalúan teniendo en consideración lo expresado, y sobre todo la mayor ó menor cantidad de granos trinitarios que constituyen la mezcla. Cuanto mayor sea ésta, tanto menos vale el fruto.

Los cacaos de Oriente, Río Chico, Río Caribe, Carúpano, Barcelona, Güiria, etc., tienen generalmente mezcla, por ser semilla trinitaria, y sus precios oscilan entre 60 y 120 pesetas.

Las clases de café se determinan esencialmente por el beneficio que reciben, ya sea porque se le trille ó porque se descerece, siendo este último procedimiento más detenido el que deja el grano más limpio, aumentando por lo mismo su valor.

La clase del descerezado de tierra fría (las alturas), de grano grande, limpio y de color verde, es el más

estimado, y se vende en algunas ocasiones hasta á 72 pesetas el quintal. El de los valles de Aragua y de los del Túy (tierra caliente), varían entre 64 y 56. Los trillados se pagan desde 56 á 44, según clase y procedencia.

Los precios citados se refieren á los puntos de embarque, siendo del todo imposible determinarlos con exactitud, porque los fletes de los puntos de procedencia varían continuamente. Además de esto, en guerra (1), y aun en paz, se establecen peajes para el sostenimiento de las obligaciones y fuerzas beligerantes, y como el estado de beligerancia es casi perpetuo, se aumenta con estos recargos el coste del fruto.

La exportación de café que se hace por La Guaira en un año de regular cosecha, calculando aproximadamente, asciende á 140.000 quintales anuales: la de cacao á 52.000. El mismo resultado da, siempre aproximadamente, la exportación por el puerto de Maracaibo, y á igual proporción en cafés y menos en cacao llega Puerto Cabello (2).

La exportación de pieles de venado por La Guaira llega al número de 150.000 al año, y la de otras reses á 25 ó 30.000. y quizá doble cantidad por Puerto Cabello.

La Guaira exporta asimismo sobre 45.000 quintales de algodón, 700 de añil y 50.000 astas de res.

---

(1) Siempre en tal situación los peajes constituyen un elemento necesario para el sostenimiento de las fuerzas.

(2) De este puerto salió la expedición filibustera contra Cuba, compuesta de venezolanos, y mandada por los herma nos Quesada el año 71.

El cacao que se exporta por Ciudad Bolívar no pasará cada año de 200 (1) quintales: el café subirá á 5.000: la exportación de pieles de venado llegará á 70.000: la de las demás reses á 140.000: las de tigre á 100: del amargo de Siegert (2) se exportan más de 100.000 botellas: el tabaco en rama llega á 6 ó 7.000 quintales: el del bálsamo de copaiba no bajará de 6 á 800 quintales.

Por el puerto de La Guaira se exporta el algodón para Barcelona (España), Hamburgo (Alemania), Burdeos (Francia) y Liverpool (Inglaterra); añil para estos puntos, Nueva York (Estados Unidos), San Sebastián (España) y Génova (Italia); cacao para España, Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Italia y la colonia danesa de San Thomas; café para Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, España é Italia; y cueros para los Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, España é Italia (3).

El primer país consumidor de cacao es España; siguen después Francia, Alemania (4), Inglaterra y Estados Unidos.

(1) Estos guarismos son resultado de datos oficiales; pero puede asegurarse, á pesar de ellos, que la exportación alcanza proporciones importantísimas, puesto que el contrabando alcanza idénticas proporciones.

(2) Vulgarmente se conoce por amargo de Angostura, en cuya capital, hoy Ciudad-Bolívar, lo prepara el doctor Siegert. Es el *bitter* ó amargo más aromático y más saludable que se conoce.

(3) Téngase presente que el orden en que están colocadas las naciones guarda proporción con el consumo que hacen de cada uno de los productos que cito.

(4) Alemania recibe este artículo, como todo lo procedente de Venezuela, por el puerto de Hamburgo.

A estos tres últimos países es muy reducida la cantidad que se remite, y de clases muy inferiores.

Para no hacer demasiado largo este artículo, que si tiene importancia porque contribuye á hacer conocer un país del que no todos tienen noticias muy seguras y sobre todo á dar una aproximada noticia de sus productos y su comercio, carece del atractivo que rodea á una narración sobre viajes ó aventuras más ó menos fantásticas, voy á concluir, sin perjuicio de continuar y acabar en otros detallando en ellos, según me he propuesto, todo cuanto produce cada uno de los Estados de la República, los países con quienes sostienen directamente relaciones comerciales, por qué puertos verifican la exportación, naciones que importan en la República y objetos ó géneros en que comercian; terminando por un estado detallado de precios en los mercados de la República, como complemento de este trabajo.

II.

Terminé el capítulo anterior hablando del cacao, y comienzo éste ocupándome del café.

El café descerezado de tierra fría (las alturas) va principalmente á Hamburgo y á Francia.

El café trillado de tierra fría y caliente y el descerezado de tierra caliente (los valles), se exporta también para los expresados destinos de Alemania y Francia.

A los Estados Unidos se mandan también grandes partidas de trillados, y se estima mucho en aquel país el café de grano blanco y hermoso, de Barquisimeto, Barinas y Pedraza (exportación por Puerto Cabello), cuya clase imita muy bien el renombrado café de Java.

En resumen, y antes de empezar el cuadro de productos de cada Estado de los que constituyen la federación de Venezuela, añadiré que su cacao y su añil son buscados con avidez en los mercados, así como sus maderas de tinte, de curtimbre y de construcción, etc., y que si la República tuviese la inmensa fortuna de vivir en paz (que no vivirá), tendría bastante para cubrir todas sus atenciones con sólo los productos de las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello, administradas como Dios manda.

He aquí el cuadro de productos de cada Estado:

Estado Bolívar (1).—Capital, *Caracas.*—Exportación por el puerto de La Guaira.—Sus relaciones comerciales son con Hamburgo, Estados Unidos, España, Francia é Inglaterra.—Café, cacao, añil, algodón, cueros de res, sustancias medicinales, cochinilla, aceites vegetales, maderas de construcción, dividive para curtir, pieles y palos de tinte.

(1) Se empieza á cultivar el onoto, que introdujo hace pocos años en el Estado Aragua y en sus haciendas un Sr. Zérega. Es el onoto una planta de la que se saca una tinta rosa que sirve para preparar las lanas blancas que deben teñirse. La primera exportación que hizo el Sr. Zérega (joven laborioso y apreciabilísimo como toda su familia) para Guadalupe, fué de 22 quintales, que vendió á 100 pesetas cada uno. Se calcula una utilidad de 50 por 100 en este cultivo.

ESTADO ARAGUA.—Capital, *La Victoria*.—Exportación por Puerto Cabello y La Guaira.—Sus relaciones comerciales son con España, Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania.—Café en gran cantidad (1), algodón, añil, trigo en escasísima proporción, caña de azúcar, cacao, maderas, arroz en grande escala, maíz é infinitos frutos menores. En los valles de este Estado se empezó á cultivar hace algunos años el algodón Sea Island que introdujo la casa Boulton, con gran resultado; evaluándose cada paca de 100 libras en 240 á 280 pesetas.

Este Estado es exclusivamente agrícola.

GUÁRICO.—Capital, *Calabozo*.—Exportación por La Guaira y Puerto Cabello.—Relaciones comerciales con los Estados Unidos y Hamburgo (Alemania).—Rebaños de ganados y caballos, añil y cueros de res (inclusos los de venado), café y cacao en corta cantidad.

CARABOBO.—Capital, *Valencia*.—Exportación por Puerto Cabello.—Sus relaciones son con Europa y los Estados Unidos.—Café, cacao en cantidad, algodón superior y en gran escala, caña dulce en abundancia (2), tabaco, añil, maíz, yuca, plátanos, ñame, arroz, papas, frijoles, vainilla, bejucos para bastones, en cantidad; gran cantidad también de cueros al pelo y cocos. Los campos de este Estado, así como los del

(1) La producción de café ha llegado á ser en algunos años de 100.000 quintales.

(2) Á orillas de la laguna llamada de Valencia, puede durar la misma caña hasta veinte años, bastando sólo cortarla para que retoñe.

Estado Aragua, son propios para el cultivo del algodón.

Estados de Oriente.

NUEVA BARCELONA (1).—Capital, *Barcelona.*—Exportación por los puertos de Piritu y Barcelona.—Sus relaciones comerciales son con las colonias inglesas, francesas, holandesas y danesas.—Cacao, café, caña, algodón muy bueno, maíz, yuca, plátanos, pieles de res, queso, sebo vegetal, reses, miel, cera, manatí y tasajo. Hay minas de carbón de piedra, que empezaron á explotarse en 1852, sin éxito por entonces.

NUEVA ANDALUCÍA.—Capital, *Cumaná.*—Exportación por Carúpano, Cumaná, Río Caribe é Irapa (2).—Sus relaciones son con las colonias, Alemania, España é Inglaterra (3).—Cacao, café, algodón, caña dulce, pescado, maíz, yuca, plátano, cocos, maderas de construcción, palos de tinte, tabaco bastante regular, que podría hacerse excelente si se supiera cultivar y elaborar. Hay en el departamento Carúpano minas de azufre, plata y plomo, explotadas por una compañía inglesa que exporta sus productos para Inglaterra. El tabaco se exporta para Alemania,

(1) En este Estado no hay españoles ó es muy escaso su número.

(2) Los españoles cargan sus barcos en los dos últimos puertos.

(3) La aduana de Cumaná hace también el comercio de cabotaje con Nueva Esparta, Carúpano, Puerto Cabello, Cariaco, La Gnaira, Barcelona, Piritu, Higuerote, Matuvín, Ciudad Bolívar, Río Caribe y Güiria.

donde se elabora y vende, ó se exporta de nuevo á otros mercados con envases falsificados y se vende como habano.

ESTADO NUEVA ESPARTA (3).—Capital, *Asunción*.—Exportación por Pampatar y Juan Griego.—Sus relaciones son con las colonias.—Salazones de pesca en gran escala para las colonias, cocos, sal qne se importa en el resto de la República ó sale para las Antillas; cueros al pelo y curtidos (de cabra en su mayor parte); dividive ó guatapanare para curtido de pieles, sombreros ordinarios de palma, hamacas superiores; se construyen muchos zapatos comunes para el resto de la República, especialmente para la Guayana. También se pescan perlas, aunque hoy en escasa cantidad.

Estados del Oeste.

ESTADO DE YARACUÍ.—Capital, *San Felipe*.—Exportación por Puerto Cabello.—Sus relaciones son con Europa y los Estados Unidos.—Trigo, café en gran cantidad, cacao, maíz, añil y algodón.

ESTADO BARQUISIMETO.—Capital, *Barquisimeto*.—Exportación por Puerto Cabello.—Sus relaciones son con Europa y Estados Unidos.—Café, cereales, caña dulce, tabaco regular, cacao, cueros, pieles de chivo y de venado en gran cantidad, palos de tinte y de curtimbre, maderas de construcción, entre ellas la *vera*, que se petrifica al cabo de algún tiempo debajo de tierra y dentro del agua, y el *cedro amargo* que

(3) Tampoco viven españoles en este Estado.

es incorruptible; sustancias medicinales, hamacas de hilo y de cocuisa (1), y cocuí, con cuyos filamentos se tejen los chinchorros que se hacen en el país, así como los sacos, alpargatas y redes para pescar; sangredrago, copaiba, caraña, tacamahaca, quina, suela y cordobán. También se extrae aguardiente de la parte carnosa de estas plantas, y con filamentos de la segunda se han hecho pruebas con éxito para el tejido de driles en Alemania. Hay gran abundancia de ganado vacuno, lanar y cabrío, y la carne es muy gustosa á causa de los pastos, que son de orégano y otras plantas aromáticas.

ESTADO DE CORO (2).—Capital, *Coro.*—Exportación por Puerto Cabello.—Sus relaciones son con Europa y los Estados Unidos.—Café, cacao, plátano, algodón, caña dulce, carbón de piedra, cochinilla, quesos, maderas de construcción y aguardiente de cocuí.

ESTADO ZULIA.—Capital, *Maracaibo.*—Exportación por Maracaibo.—Sus relaciones son con Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y la colonia holandesa de Curazao.—Cacao, arroz, cocos, plátanos,

(1) Planta que se produce tan abundantemente en este Estado, así como la de cocuí, y con tal espontaneidad, que forma bosques. Si la industria procurase explotar estos elementos estableciendo máquinas de exprimir, dejando sólo la parte filamentosa de la planta, que es carnosa, y husos y telares para hilar, podría establecerse una gran industria y hacer rico el Estado. La ventaja que ofrece para el caso esta planta es la especie de obstinación con que se produce y reproduce sin necesidad de cultivo.

(2) El cocuí y la cocuisa se producen en este Estado como en el de Barquisimeto.

maíz, algodón, caña dulce, maderas de construcción, palos de tinte y de curtimbre, asfalto, cueros de venado en abundancia, sombreros de palma (1), artículos medicinales, como copaiba, tacamahaca (2), caraña (3), urao (4), que va á Mérida, y dividive para el curtido de pieles.

ESTADO TRUJILLO.—Capital, *Trujillo*.—Exportación por Maracaibo.—Sus relaciones son con Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y la colonia holandesa de Curazao.—Cacao, café, añil, caña, trigo, cebada, plátanos, algodón, maíz, garbanzos, judías, tabaco (5), aceite mineral y cría de bestias.

En este Estado mascan una pasta de tabaco llamada chimó (6).

ESTADO MÉRIDA.—Capital, *Mérida*.—Exportación por Maracaibo.—Sus relaciones son con Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos y la colonia holandesa de Curazao.—Cebada, trigo, arroz, maíz, algodón, tabaco, café, cacao, añil, caña dulce, urao, gran cantidad de vainilla, que exportan al precio de 1.600 pesetas el quintal de buena clase; sarapia (7). Tam-

(1) Se importan algunos y se comercia con ellos.

(2) La tacamaca es una sustancia resinosa de sabor y olor fragante, producida por un árbol balsámico. (*Tacamaca ex-populo balsamifera*).

(3) La caraña es otra resina que fluye de una especie de palma (*Gummi vel resina indica*).

(4) Sexqui-carbonato de soda.

(5) Se elabora en el país, y para darle un sabor especial, le dan un baño de urao.

(6) Véanse las notas del primer artículo.

(7) La sarapia es una especie de almendra negruzca y arrugada, de aroma muy agradable, que conserva por muchos años. Tiene

bién se cultiva algo el onoto, como en el Estado Aragua, y se elaboran alpargatas de cocuisa.

ESTADO DEL TACHIRA.—Capital, *San Cristóbal.*—Exportación por Maracaibo.—Sus relaciones (1) son con Europa y los Estados Unidos.—Café, cacao, caña dulce, trigo y palmas para la construcción de sombreros.

ESTADO ZAMORA.—Capital, *Barinas.*—Exportación por Ciudad-Bolívar.—Sus relaciones son con las Antillas, Estados Unidos y Hamburgo.—Café, cacao, algodón, añil, caña dulce, maíz, plátanos, arroz, y tabaco regular que se exporta para Alemania, donde se elabora, y se vende en los mercados como tabaco habano.

ESTADO PORTUGUESA.—Capital, *Guanave.*—Exportación por Ciudad-Bolívar.—Sus relaciones son con las Antillas, Estados Unidos y Hamburgo.—Sus producciones son las mismas del *Estado Zamora*, y ganados.

Además de estos productos, en todos ellos se dan mil frutos menores, propios para el consumo, como *papas*, *arvejas*, *apios*, *ñames*, *frijoles*, *carautas*, y además hierro en las alturas, etc., etc.

Estados del Sur.

ESTADO DE APURE.—Capital, *San Fernando.*—

diversas aplicaciones, y sirve, además del uso medicinal, para perfumar tabaco, ropas, etc.

(1) Téngase presente que el orden en que coloco las naciones, en sus relaciones con los Estados, es el que las corresponde por su importancia comercial con los mismos.

Exportación por Ciudad-Bolívar.— Sus relaciones son con las Antillas, Estados Unidos y Hamburgo.— Maíz, yuca, plátanos, arroz, caña dulce y gran cantidad de ganados.

En las orillas del río Apure se produce un árbol que da en vainas un fruto llamado *chioja*, del cual se saca una gustosa harina.

Estado de Guayana.—Capital, *Ciudad-Bolívar*.—Exportación por la capital.—Sus relaciones son con las colonias inglesas, Alemania, Estados Unidos y España.—Maíz, caña dulce, café, cacao, algodón, arroz, plátanos, ganado vacuno, cueros de reses, pieles de león, de tigre, de oso palmero y de cunaguaro, salazones y quesos, oro en barras en cierta cantidad, cortezas y frutos medicinales, como el cusparo (1) (*Bompl. trifoliata*), cuasia (2) (*Kuasia*), cruceta real (3), fruta de burro (4) (*Cunona febrifuga*), rosa de montaña, ipecacuana (5), piñón (6), jalapa (7) (*Mirabilis jalapa*), tuatua (8), emético (9), peramán, sasafras (10), caraña, carapa y copaiba (11),

(1) Corteza.
(2) Idem y madera.
(3) Idem.
(4) Fruto.
(5) Raíz.
(6) Fruto.
(7) Raíz.
(8) Fruto que alimenta un gusano de seda tan rico como el de la morera.
(9) Fruto.
(10) Aceite.
(11) Los árboles de donde se extrae por medio de la sangría son infinitos.

zarzaparrilla, chiquichique y otras resinas aromáticas; amargo llamado ó conocido por de Angostura (de Siegert); maderas de construcción, como las llamadas *zapatero*, cereipo, alcornoque, guallabillo, alapurite, morea y palo blanco; palos de tinte y de curtimbre, aceites vegetales y de tortuga, caoutchouc, materias filamentosas ya elaboradas, en cables de todas dimensiones y tamaños, chinchorros de moriche con flecos y adornos de pluma, sarrapia en gran cantidad, tabaco gusipatí y tabaco montañero, algodón de upata y algodón pajarito, trabajos bellísimos de pluma de pájaro, minas de oro (1).

En este Estado se produce un árbol llamado merey (*Anacardium* americano), con cuyo fruto se ha hecho un ensayo vinícola con buen éxito. (No se explota sin embargo.) También se produce gran cantidad de onoto, cuyo fruto se exporta y se aplica al tinte de telas.

En los seis primeros meses de 1869 entraron en este puerto y cargaron cuatro barcos de Hamburgo, uno de Bremen, cuatro de Nueva York, uno de Barcelona de España, once de Trinidad y uno de Demenare, además del tráfico marítimo venezolano que hace el comercio de exportación.

Antes de concluir este artículo, que es el tercero de los que me propuse escribir sobre productos de Venezuela (2), debo mencionar, aunque sea como de

(1) Explotadas por yankees.

(2) Téngase siempre presente que yo no he residido mucho tiempo en Venezuela; que allí no hay estadística como en Europa, y que los datos que resultan los tomé de los que tiene allí

pasada, algunos otros que tienen propiedades particularísimas. Uno de ellos es un árbol muy común, de una madera llamada marfil, casi tan tersa y compacta como el colmillo de elefante. El tronco es casi siempre derecho, de altura muchas veces de quince varas, y la madera, de una duración extraordinaria. En Caracas había un general negro que vendía bastones por todas las casas, con puños de marfil vegetal figurando imperfectamente animales.

Hay también un vegetal que se llama carricillo, cuyo producto es tan suave y tan flexible, que sirve como el terciopelo y la seda para hacer toda clase de adornos y flores, que son de un efecto maravilloso. Yo he traído y conservo una fosforera figurando una flor del trópico, de una tercia de larga, una relojera y dos almohadillas de raso con adornos de carricillo que han sorprendido á cuantos las han visto.

Como particularidad notable, referiré también que en el Apure, río cuyo curso es de doscientas trece leguas, de las cuales son navegables ciento ochenta y ocho, se produce un pez pequeño, llamado *caribe*, el cual no molesta á los nadadores si al atravesar sus aguas no presentan en la piel nada que excite su voracidad, pero que ataca y devora instantáneamente,

---

el Gobierno, de los que me facilitaron los vicecónsules españoles á quienes dirigí un interrogatorio, de los que recogí personalmente de las principales casas de comercio de la capital y de los que me proporcionaron los conocedores del país. Reciban, pues, mi agradecimiento y tomen la participación que les corresponde los Sres. Boulton, Rojas, Dr. Acosta, Leseur, Marturet, Soto, Fombona, Zeneya, Rohl y otros, que tuvieron la bondad de contestar á mis preguntas.

arrojándose en enjambres sobre el desgraciado que presente un grano en que haya saltado la sangre, un arañazo ó un punto cualquiera en que el *caribe* vea el estímulo á su sed de sangre y á su crueldad instintiva.

Continuando la exposición de los productos, fenómenos ó animales notables, añadiré una ligera noticia sobre el *temblador* ó *gimnoto* (1), que se encuentra en los grandes ríos, lagunas y aguazales de la América del Sur, y por consiguiente en Venezuela. Suele conocérsele también por el nombre de *anguila eléctrica*, por la terrible cualidad que posee de comunicar con su contacto una sensación idéntica á la que produce una descarga eléctrica, y tienen tal potencia estas descargas, que un búfalo ó un caballo caen muertos instantáneamente si al cruzar á nado los ríos se ponen en contacto con él. Los llaneros de Venezuela, que saben que el fluido eléctrico del temblador sólo puede producir varias descargas, obligan á los caballos salvajes á arrojarse á los aguazales, y una vez que consideran gastada la terrible propiedad de aquellos animales, por el número de víctimas, y que observan que los nuevos caballos que hacen entrar no caen desvanecidos, entran ellos y atacan á los fugitivos con arpones.

Si hubiera de citar todos los prodigios que la Na-

(1) Se parece á la serpiente; mide sobre siete pies de longitud; pesa sobre un quintal; se contrae ó se dilata por medio de divisiones anulares, y nada avanzando ó retrocediendo. La electricidad la tiene en la cola, y se transmiten sus efectos hasta los pescadores por medio de los aparejos. Cuando se agota su propiedad huyen.

turaleza ha repartido pródigamente en la América, no acabaría. Hay un árbol en la tierra fría, cuyas ramas, cargadas de hojas, forman una soberbia cúpula. Este árbol, de naturaleza balsámica, tiene la rara propiedad de alejar de él toda clase de insectos, en tanto que es inofensivo para el hombre, los cuadrúpedos y los pájaros.

Hay también otro arbusto cubierto de hojas, que tiene la bienhechora propiedad de devolver á la sangre su calor y su circulación cuando el pobre y yerto viajero es envuelto entre ellas en las grandes alturas (1).

Voy á terminar por hoy, para dar alguna amenidad á este capítulo, citando como cosas poco comunes también algunos fenómenos naturalcs. En el cerro del Duida, y en la roca Guaraco (orillas del Orinoco) (2), se ven á la entrada y salida de la estación de las aguas unas llamas, iguales á otras que arden en la gruta del cerro Cuchinano (Cumaná), lo mismo que en las llanuras de este Estado y el de Barinas, donde corre una llama por las *sabanas*, sobre la paja, sin quemarla (3).

(1) Yo he visto este arbusto en las montañas costaneras, que están entre el Océano y Caracas, y me he detenido admirando aquellas benditas propiedades que poseen sus hojas.

(2) Tiene cuatrocientas veintiséis leguas de curso, de las cuales son navegables cuatrocientas.

(3) Allí dicen que es el alma de un tirano, y como de costumbre, siendo tirano, tiene que ser español. Los españoles les llevaron todo lo bueno y lo salvador que hoy tienen; los españoles descubrieron y civilizaron aquel país, que sin esto se encontraría probablemente en el mismo estado que *la Guajira* con que con-

Otro fenómeno luminoso, llamado *farol de Maracaibo*, es una luz que todas las noches se ve del lado del mar, como en el interior del país: es como un relámpago intermitente, y su posición tal, que situado casi en el meridiano de la boca del lago de Maracaibo, sirve de guía á los navegantes.

Por fin, en el Estado Trujillo hay tufos ardientes que espantan á los que no los conocen, y consisten en la inflamación de una mezcla gaseosa que se halla acumulada en la parte superior de la cueva del cerrito de Monay.

---

fina; los españoles fertilizaron con su sangre aquella tierra; los españoles levantaron ciudades en los páramos, construyeron puertos para contener la furia del mar, desecaron pantanos, importaron el cultivo de muchos frutos, llevaron la religión moralizadora de Cristo á aquellas regiones, y por fin, después de la guerra de la Independencia (estimulada por imprudencias políticas de Madrid), los que querían á España emigraron de aquel país, y los patriotas ó hispano-americanos se quedaron en él: es decir, que se quedaron los descendientes de los *odiosos tiranos*. No hay allí escritor ni hombre político que no meta en sus escritos ó discursos las conocidas frases de «las tres centurias de coloniaje y esclavitud», «la soberbia de la metrópoli» y otras cuantas ideas de *quincalla* que hacen llorar á un poste. ¡Pobres gentes! ¡Cuándo se persuadirán de que ellos son los únicos descendientes de los de las *tres centurias consabidas*, y no nosotros! ¡Cuándo se convencerán de que allí los vencidos y los vencedores fueron los mismos (pocos españoles y muchos criollos); y cuándo, por fin, caerán de su burro y comprenderán que ni soñamos en aventuras, ni pretendemos imposibles, ni nos acordamos del pasado, ni les queremos mal! ¡Un poco de sensatez, de reflexión, de benevolencia y de fraternidad, señores..... injustos! Y..... un poco más de prudencia para que no esté abierto eternamente el libro de los agravios. Olvidarlos es cultura, y España los olvidó hace mucho tiempo.

En el artículo próximo presentaré un cuadro de todas las naciones que importan en Venezuela, y objetos en que consiste su comercio.

III.

Terminada en el capítulo anterior la enumeración de productos de la República federativa de Venezuela, productos que tendrían mayor desarrollo si el estado perpetuo de perturbación en que vive aquel país, como otros de Sud-América, no hiciera en ellos imposible el cultivo en muchos de sus fértiles campos, y en gran parte de sus *haciendas* (1), voy á

(1) Propietario hay que posee tres magníficas haciendas y no ha tenido que comer por no poder trabajar en ellas. El procedimiento á que sujetan las haciendas es el siguiente: una de las muchas guerrillas que asolan siempre el país, mandada siempre por un general, se acerca al dueño ó mayordomo, y le exige cincuenta pesos mensuales por respetársela; otra guerrilla, mandada por otro general, se acerca á la hacienda y le lleva reclutados los peones que en ella trabajan, y si le deja á fuerza de ruegos la mitad, le exige tres ó cuatro pesos mensuales por cada uno que le deja: otro general de cualquiera de los partidos que disputan el poder repite el procedimiento con los que quedan; el jefe militar y civil del Estado le exige adelantada la contribución que en su día debe pagar al recoger el cacao ó el café, etc., sin que esto sea un obstáculo para que al cogerlo realmente se la vuelvan á cobrar *velis nolis*, y el propietario, que no encuentra protección más que en la Providencia, abandona el cultivo de su hacienda y aguarda mejores tiempos (que será difícil que vengan) para trabajar en ella. Por esta razón es pobrísimo un país que con paz y con garantías y con administración viviría en la abundancia y en la felicidad.

continuar hoy completando el cuadro comercial que me propuse presentar, con la enumeración de las naciones que sostienen relaciones comerciales con Venezuela, y géneros ó artículos en que consiste la importación.

Empiezo pues:

ALEMANIA (1).—Quincalla en abundancia, papel para imprenta, tinta, muebles, cristalería, loza, relojería, joyería, libros en diversos idiomas, drogas en abundancia, artículos de fantasía y de uso doméstico, de cacería, tabaco elaborado de mediana calidad (cuya primera materia sale antes de la República), artículos de montar en pequeña cantidad, armas (revolvers y espadas, que allá llaman siempre machetes), sombreros para hombre y mujer, tejidos de hilo y algodón (2), lana y seda y sus respectivas mezclas, toda clase de pieles para calzado y talabartería, artículos de punto para abrigo, arroz, cerveza, cintas en cantidad, holandillas, licores, papel florete, perfumería, pianos, pañuelos de algodón, vinos, acero en bruto, zinc laminado, ginebra (imitación de la de Holanda), mantequilla, queso, paño, cachemir y velas de estearina.

DINAMARCA.—Toda la importación de este país, por falta de navegación directa, va por la vía de Hamburgo y Liverpool.

ESPAÑA.—Vino de Málaga seco y dulce en gran

(1) Los mercados alemán é inglés son muy concurridos para cuanto hace referencia á productos de Indias, y decrecen los de los Estados Unidos.

(2) En tejidos blancos de algodón importa poco, por no poder sostener la competencia con los precios de los géneros ingleses.

proporción (en barriles de dos arrobas), vino catalán en envases iguales (por ser fácil el trasportarlos de un punto á otro de la República), algún vino de Jerez, barajas, cuerdas de guitarra, pasas de Málaga, almendras, higos en cajas, aceitunas sevillanas, aceite de olivo (en botijas de diez libras), garbanzos, cominos, alcaparras, papel de escribir, aguardiente de uvas (de 36 grados) (1), sardinas prensadas, conservas en latas (en corta cantidad), tabaco manufacturado y en rama (de la Habana), cuerdas catalanas para tiples y bandolas, alpiste en gran cantidad, chorizos de Extremadura, avellanas en gran cantidad, plomo en barretas de á libra y en barriles de á quintal, perdigones en sacos de arroba, cordeles de diversos gruesos, hilo de cáñamo (para redes), harinas que tienen aceptación, pero que no pueden sostener la competencia en precios con las de los Estados Unidos, patatas en cestos (de Canarias), jabón en cajas de peso de 25 libras, dinero (2), paños, cachemires, mantillas de casco (de señora), tejidos de seda (3), pastas para sopa.

Estados Unidos.—Harinas, manteca de puerco, mantequilla, aceite de kerosene, cuerdas de varios gruesos y tamaños (embreadas y sin embrear), pimienta negra y dulce, triqui-traques (4) (hechos en

(1) Todos los aguardientes pagan el mismo derecho y sólo importa el comercio los de mucha fuerza.

(2) Todos los capitanes de la costa de Cantabria van con harina, que venden en Puerto Rico y llevan á Venezuela el dinero después.

(3) Tienen gran crédito allá nuestras telas de seda.

(4) Tirillos de pólvora, dispuestos en un papel con varios do-

China), arroz, libros en español, inglés y francés, artículos de escritorio, maquinaria de todas clases, artículos para alumbrado público y particular, tipos, prensas y artículos de imprimir (1), té procedente de China, artículos de farmacia, algo de perfumería, artículos de caoutchouc, caballos de tiro y carruajes, manzanas, jabón y velas de sebo y de parafina, armas (revolvers y cápsulas), jamones en gran cantidad, agua de la Florida, tabaco Virginia y Maryland (en rama), pez rubia, escobas de palma, patatas, bacalao en cajas y tambores, arenques ahumadas, cigarrillos, dinero, pinturas y barnices, petate (2) construído en China.

FRANCIA.—Telas de todas clases para vestidos de hombre y de mujer, vinos y licores de toda clases, conservas y gran número de artículos de comer, dulces secos y en almíbar, artículos de perfumería y tocador, artículos de fantasía en gran cantidad, muebles, artículos de salón, algo de ferretería, libros en todos idiomas, artículos de escritorio, de caza y de viaje, tinta, papel y otros artículos de imprenta, cristalería y loza, artículos de juego, algo de ferretería fina (de mesa y uso doméstico), artículos para estudio de ciencias, toda clase de estuches, brújulas, teodolitos, barómetros, termómetros, etc., medicinas, sombreros, gorras, grabado, pintura, fotografía y es-

bleces, de cada uno de los cuales resulta un estallido. No hay solemnidad en Venezuela en que no tomen parte los triqui-traques, que revientan entre la gente sin hacer daño á nadie.

(1) Antes importaban los Estados Unidos papel y tinta de imprimir; pero hoy es más barato el mercado europeo.

(2) Estera de paja más fuerte que la nuestra, de verano.

cultura, relojería, joyería, armas de todas clases (de guerra, de salón, de cacería), soda en polvo y cristalizada, guantes (1), aguas minerales, cintas de seda, dinero, calzado, queso, oro para dorar, bronces, drogas nacionales y del Mediterráneo (de Marsella), velas de composición y perfumadas.

HOLANDA (2).—Harinas, ginebra, arroz, cerveza, licores, manteca, aceite de olivo, ladrillos, papel florete, medicinas, perfumería, telas de algodón, de hilo, de seda y de lana, quincalla, cobre, bayeta, cintas, encajes, holandillas, loza, manteca, sombreros de hombre y mujer, almillas y pañuelos de algodón, hilaza, vino y dinero.

INGLATERRA (3).—Ferretería en gran cantidad, telas de hilo y algodón (4) en gran cantidad también, galletas, jamones, quesos, cerveza, brandy, cristalería, aceite para hacer el jabón, arroz, telas de lana y seda en corta cantidad, géneros de punto, encajes de algodón, maquinaria, carbón de piedra, salsas, mostazas, encurtidos, medicinas, conservas en latas y planchas de cobre.

ITALIA.—Pastas para sopa, vinos y licores, mármoles pulidos, losas para pavimentos, goma arábiga, crémor, maná, nueces, salchichón de Génova, aceite

---

(1) Los de primera clase cuestan á dos pesos el par.

(2) Todo viene en buques holandeses cuya procedencia es Curazao.

(3) Los mercados inglés y alemán son muy concurridos para cuanto hace relación á Venezuela y decaen algo los de Norte-América.

(4) El primer país importador de géneros de algodón es Inglaterra y el segundo Alemania.

en botellas, papel (imitación del español), hilo de cáñamo para redes, cuerdas inferiores y esencias de olor.

He terminado el cuadro de las naciones que importan y comercian con Venezuela, he cumplido también mi propósito, que era el de publicar todas las noticias y datos que con el mejor deseo, y no sin algún esfuerzo, reuní durante mi permanencia como encargado de Negocios de España en Caracas. Desearé haber hecho un beneficio al comercio de mi patria, y me satisface hacer conocer de algún modo la inmensa extensión de tierra que se llama República de Venezuela, que, como todo Sud-América, lucha con la falta de población para su inmensa superficie (1).

(1) Venezuela tiene 36.000 leguas cuadradas de superficie, y apenas tendrá poco más de un millón de habitantes.



ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA EMIGRACIÓN Á AMÉRICA.

A pesar de las dificultades legales de que se ha rodeado en nuestro país, bajo el punto de vista oficial, la tendencia á emigrar á América que tienen algunas provincias de España, es lo cierto que nada ó muy poco se ha conseguido, y que hoy, como hace trescientos años, hay una gran masa de infelices que, soñando con regiones de oro, y dejándose arrastrar por la creencia ilusoria de que en las pampas de Buenos Aires, en los vírgenes bosques del Perú, en las llanuras de Méjico ó en las sabanas de Venezuela se consigue realizar una inmensa fortuna, empren-

den un viaje á ese mundo que su fantástica ignorancia considera como un oasis donde reposar, y suele frecuentemente ser el término de todos los que han de hacer ya en la vida.

La emigración de nuestras provincias sólo estaría justificada cuando reconociera por causa la dificultad de poder ganar su subsistencia en el suelo de la patria; pero cuando esta patria tiene grandes extensiones de tierra aún sin roturar, y ofrece fáciles medios de subsistir, es casi un crimen abandonarla. Las revoluciones políticas ó religiosas, las guerras, las conquistas, la pasión hacia las aventuras podrían disculpar la emigración; el exceso de población también podría explicarla, pero no la insensata codicia.

Las expediciones de los tres hijos de Noé reconocen como causa providencial la necesidad de poblar el mundo, y así se ve llenar esta misión á Jafet en Europa, á Sem en Asia y á Cam en África, del mismo modo que después á sus hijos.

Las excursiones de los fenicios, los cartagineses, los griegos y los romanos tenían la justificación de sus hábitos guerreros, sus necesidades comerciales, su sed de gloria, la aspiración al ensanche de sus dominios.

Las invasiones de los bárbaros se explican, así por la escasez de territorio en que vivían aquellos millones de hombres, como por la decadencia de aquella época (siglo v) del Imperio romano, que destruyeron. Naciones sin hogar fijo, que variaban de itinerario según sus triunfos, sus derrotas ó sus necesidades.

La irrupción de los árabes ó sarracenos (siglo VIII), tiene su explicación en el fervor religioso y en la

propagación del Islam, ideada por Abu-Behr, sucesor de Mahoma.

Los descubrimientos y conquistas en América del siglo XVI eran el resultado natural del genio de Colón y Vasco de Gama, y de la audacia y valor de aquellos gigantes en fuertes pasiones, que se llamaron Hernán Cortés, Pizarro, Magallanes, etc.

Pero la emigración española, por algunos millares de sus tibios hijos, no tiene explicación. En Buenos Aires inmigraron, desde 1862 á 1870, ciento setenta y un mil setecientos individuos, de los cuales la mayor parte fueron españoles.

Refiriéndome á Venezuela, en donde hay una inmensa inmigración de nuestros compatriotas naturales de las Islas Canarias, procuraré, en beneficio de futuros emigrantes, dar una idea del porvenir que en aquellas regiones realizan la mayor parte de ellos, al propio tiempo que haré las deducciones lógicas de lo que pierde nuestra patria con la emigración de esos infinitos brazos útiles, arrancados al cultivo de nuestros campos que tanto los necesitan.

Hay además de estos puntos de vista otro no menos importante, que debía el gobierno mirar con preferente atención, y es el embarazo indispensable que todos estos españoles llevan á la representación diplomática de su país, acreditada en el que ellos residen.

En Venezuela, por ejemplo, hay una masa de españoles, que no bajarán de catorce ó diez y seis mil, en tanto que apenas habrá dos ó tres mil alemanes, otros tantos franceses, menos ingleses é italianos y norteamericanos, algunos daneses y holandeses, y rarísimos brasileños.

En tanto que los *yankees*, los ingleses, franceses y holandeses se dedican, en su mayor parte, á la banca, al comercio ó á la explotación de minas, y los de otras nacionalidades á industrias que se ejercen en las capitales ó pueblos de alguna consideración, la población española de Venezuela se compone en los puertos, de pescadores y cargadores de buques; en las poblaciones del interior, de merceros ó pulperos (1), y en los campos de labradores, arrieros y carreteros.

Pocos son los españoles (en Venezuela) que se ocupan en el alto comercio, en operaciones de banca ú otra industria de esas que dan importancia en el orden social.

El resultado natural y lógico es que por cada conflicto en que se ve cualquiera de las legaciones acreditadas en Venezuela, tiene la de España ciento. Y otro resultado, aunque triste, es que en tanto que las demás naciones, con más ó menos trabajo, consiguen hacer efectiva, cuanto es posible, la protección á sus nacionales, la de España tropieza con inmensas dificultades para realizarla.

La tristísima tradición de que el Gobierno español transige con todos los atropellos en América, con el propósito de demostrar una fraternidad que allá interpretan como debilidad, inutiliza de tal modo, ó dificulta por lo menos, la acción de la legación de España, que en tanto que las otras viven atendidas por el Gobierno del país, la española vegeta desauto-

(1) Comerciantes, con tienda abierta, en los artículos más ínfimos.

rizada, no por sus representantes, sino por la falta de solidaridad de nuestro Gobierno para con ellos.

Nuestros pobres compatriotas, además, viven siempre en los campos ó por los caminos, á merced de todos los que constantemente se hacen la guerra perpetua que desde hace muchos años constituye el modo de ser de Venezuela; en ellos son reclutados, á pesar de los tratados y de la Constitución del país, ó allanada su casa y saqueada su pequeña fortuna, ó entregados sus campos de caña á pasto para los caballos de las fuerzas beligerantes, ó llevados sus carros, ó algo más, para las necesidades del ejército, ó tomados sus caballos, á pesar del séptimo mandamiento, sin satisfacer jamás un solo real, ya sea el Presidente (1) el que los tome, ya el último de los descendientes de algún cacique.

Cuando algún *indiano* regresa de América á su antiguo hogar, cargado de años y de dolores, no ven en él los codiciosos otra cosa que su fortuna, y no piensan ni se acuerdan de los muchos compatriotas del indiano que murieron obscuros, lejos de su patria y de su familia, ó vegetan difícilmente en medio de una vida de sobresaltos y de peligros.

Cuando reciben esos mismos codiciosos alguna carta de uno de sus parientes en América, carta en

(1) En la última campaña de 1870, hecha allí por el Ilustre Americano, tomó éste algunas reses y firmó pagarés por valor de mil quinientos pesos. Los pagarés fueron endosados á un español, éste los presentó al Ministro de Hacienda después del triunfo, el Ministro puso el visto y el paguése, y..... en efecto, á pesar de mis gestiones oficiosas, dos años y medio después no estaban pagados aún.

que el amor propio exagera su bienestar para justificar su resolución, el avaricioso no medita en que si tal fuera la fortuna de quien le escribe, la realizaría y volvería á su país; no pasa lista á los muertos en el período de aclimatación; no sabe que allí se recluta á machetazos y á balazos; que se sacan anticipadas, *velis nolis*, contribuciones dobles; no sabe que allí se encarcela, sin previa formación de causa, y se mata á palos ó á tiros (1) en las cárceles; no sabe que hay en las playas del Nuevo Mundo muchos españoles que se dejaron como él arrastrar por la ilusión de enriquecerse, y hoy andan pordioseando, padeciendo toda clase de penalidades, abatidos, miserables y desgraciados.

Los que cuentan con alguna protección y á fuerza de la más constante y angustiosa economía llegan después de algunos años á ser *medianeros* en una hacienda de caña de azúcar ó de café, ó á realizar un pequeño capital con el que compran un conusco (2) ó se establecen como pulperos, arrieros ó carreteros, ven desaparecer de la noche á la mañana la remuneración de largos años de trabajo penoso, en una de las tantas revueltas que son constante azote del país.

(1) Durante el tiempo que permanecí en Caracas, se mataron á palos algunos infelices en los cuarteles y á tiros en las cárceles, entre estos últimos un general llamado Carrillo, por el grave delito de haber hecho con miga de pan una figura que el alcaide de la cárcel (general también) supuso ser el presidente Guzmán Blanco. El crimen, como otros mil, quedó impune.

(2) Una mala cabaña de cañas y hojas de plátano con alguna tierra de cultivo á su alrededor.

En el país no hay, como entre nosotros, casas de beneficencia, ni de socorro, ni de locos (1), ni de asilo, ni de reclusión. Sólo hay cárceles (muy malas por cierto). El desgraciado que allí enferma, muere. Le alcanza la misma suerte que á los primeros aventureros que iban en busca de oro á esa inmensa necrópolis que lleva el nombre de América.

La América, como la Australia y la Argelia, son otros tantos osarios de Europa.....

Aun suponiendo que sobreviva al período de aclimatación, que haga una pequeña fortuna y que la saque á salvo de aquella agitación permanente, es muy triste pensar que su destino es vivir bajo la más vergonzosa dependencia de aquellas autoridades negras, indias, pardas ó semiblancas (que son las peores), que le encarcelan, le amenazan, le insultan ó le maltratan (2) de una manera bárbara y sin responsabilidad alguna. La persecución contra españoles suele ser un mérito (3).

(1) Un pobre español loco á quien encerraron en la cárcel, fué apaleado brutalmente y atado al sol en medio de los patios de la prisión.

(2) Un español, llamado Mariaca, fué preso de orden del primer designado de la República, colgado de los pies en un cuartel de la policía de Caracas, y apaleado y amacheteado cruelmente por los oficiales de la institución. Me quejé á dicho primer designado de la República y al presidente del Estado Bolívar, y en ninguno encontré otra cosa que ofrecimientos, pero no hechos que revelasen sentimientos de justicia. El designado se llamaba Vicente González Delgado, y no recuerdo el nombre del otro; nombres que arrojo á la execración pública.

(3) El gobernador de Caracas, un tal Ponce, ha abofeteado en su despacho á un español por contestarle que era español, y la

La Naturaleza, que tanto se gasta en esos países, consume la vida de nuestros infelices emigrados, y el excesivo trabajo les agobia. La persecución incesante que sufren, los peligros que corren y la ansiedad en que viven, les envejece prematuramente, y cuando en su país estarían en la fuerza y vigor de los cuarenta años, presentan allá un aspecto de vejez, de arrugas, de sufrimiento y de decrepitud que asusta.

Nunca podré yo pintar el cuadro de amarguras que están reservadas por lo general á nuestros compatriotas, cuya nacionalidad, además de todo, es desconocida en sus hijos por el Gobierno del país y aun con frecuencia en ellos.

Algunos de esos desgraciados son malos hijos de España que se han sustraído al servicio honroso de su patria y son allí después reclutados y conducidos como reses á morir (1) sin socorro de ningún género en alguna de aquellas extensas sabanas, en justo y providencial castigo de su falta de patriotismo.

Todos ellos, con tan escasas como honrosas excepciones, tienen muy tibio el sentimiento de la patria, á la cual la piden todo y no la dan nada.

Todos ellos tienen derechos y no tienen deberes.

---

segunda vez que le preguntó sobre su nacionalidad y el español repitió su contestación, sacó el gobernador su revólver (que todos llevan en la cintura), y le amenazó con matarle si repetía que era español. Después le mandó á la cárcel, de donde salió por mis repetidas gestiones.

(1) Allí no hay Sanidad ni Administración militar, ni tiendas de campaña, ni asociaciones de la Cruz roja. El herido se desangra y muere: el hambriento come raíces ó rabia: si hace sol le toman todos, y si llueve todos se mojan.

Todos ellos con sus brazos ó su inteligencia llevan física ó moralmente á Venezuela un aumento de riqueza, que quitan ¡ingratos! á la madre patria.

Y todos ellos se casan en el país, fundan en él una familia, crean cada vez más vínculos en América, y por fin, se *aplatanan*. Son, por fin, hijos perdidos para España.

¿Por qué, pues, no ha de pensarse en ilustrar por medio de la prensa á esos emigrantes? ¿Por qué el Gobierno no ha de imponer responsabilidad al que en vez de emigrar se fuga sin llenar las obligaciones que las leyes le imponen? ¿Por qué no se exige una seria responsabilidad á los capitanes que conducen ilegalmente á estas pobres víctimas de la trata blanca? ¿Por qué no se dan instrucciones terminantes á nuestros agentes consulares en las repúblicas hispano-americanas? ¿Por qué se ha de estar dando eternamente protección al que se ha fugado de su país ó ha renunciado para siempre á volver á él? ¿Por qué no se adopta una política vigorosa en América para que aquellos gobiernos reconozcan la nacionalidad española del mismo modo que la de otras naciones, ó se retira la protección á todos los que permanezcan allá más de un año?

Una ú otra resolución sería conveniente, y especialmente la segunda, como uno de tantos medios de reprimir la numerosa emigración que hoy va de nuestras islas Canarias, Cataluña y nuestra costa cantábrica á las repúblicas hispano-americanas, y en particular á Venezuela, que es al país á que yo me refiero.

Precisamente son los brazos más robustos y más

laboriosos de que tanta necesidad tienen muchos de nuestros fuertes terrenos de Castilla. El vigor y la honradez que van á viciarse en aquellas regiones tan perturbadas por las razas, la política y la indolencia. A viciarse en un país que carece de fuerzas para soportar el desarrollo político que aparenta tener. A llevar instintos de orden, de respecto á los poderes, y de laboriosidad á un país que vive en profunda perturbación.

Mediten sobre esto los que están llamados á hacerlo. Conserven para España esos elementos de riqueza que se nos escapan. Hágase saber á los capitanes de barcos españoles que nuestros cónsules en los puertos les exigirán responsabilidad por las ilegalidades que protejan y nuestro Gobierno les castigará severamente. Hágase comprender á los barcos italianos que se dedican á este tráfico que se harán cerca de su Gobierno las reclamaciones consiguientes para que se les aplique la penalidad que merecen. Ordénese á los agentes consulares que no dejen pasar *un solo caso* (bajo la más estrecha responsabilidad), sin dar cuenta al representante diplomático de España en el país en que se encuentren ó al cónsul general si no hubiera ministro diplomático acreditado; *no se reconozca nunca la nacionalidad española á estos prófugos*, y habremos hecho algo para dificultar esa emigración que nos empobrece relativamente y es con frecuencia causa de miseria y muerte para los desgraciados emigrantes.



GLORIAS DE ESPAÑA EN AMÉRICA [1].

Si el valor y el patriotismo de las naciones no hay duda alguna que constituyen la base más esencial de su independencia, no puede negarse tampoco que un inteligente sistema de fortificaciones robustece la fuerza de los Estados, dificulta su conquista para los enemigos y alienta para su defensa.

Y empiezo así este artículo, recordando toda la historia antigua, y especialmente la del descubrimiento y conquista de América, en la cual, con la previsión de acontecimientos venideros, construyeron los conquistadores en todas partes castillos al par que ciudades, éstas para vivir y poblar, y aquéllos para defenderlas de toda clase de agresiones.

---

(1) Me ha inspirado este artículo un folleto antiguo, impreso en Caracas, dando cuenta de «la gloriosa y singular victoria conseguida por las armas de S. M. Católica contra una escuadra británica que invadió la plaza de La Guaira el día 2 de de Marzo de 1743».

Y téngase entendido que cuanto más perfecto sea el estado de defensa de un país, cuanto mejor organizado tenga su ejército, cuanto mejor provistos sus almacenes, y cuanto más espíritu de nacionalidad engendren sus instituciones sociales, más poderosa será la nación y tendrá más garantías de paz que si descuidase estas esencialísimas atenciones.

Las naciones débiles ó desorganizadas son miradas con desdén en la gran familia de los pueblos, y ni conservan su territorio, ni son tratadas con dignidad, ni detienen ó enfrenan la codicia, la ambición ó la soberbia de otros pueblos.

Las naciones previsoras, por el contrario, son respetadas, y si alguna vez son atacadas, tienen en su mano medios poderosos de defenderse y de responder con resolución á los ataques de sus contrarios.

Así sucedió en el siglo pasado, cuando las Repúblicas hispano-americanas de hoy constituían virreinatos ó capitanías generales españolas, y vivían á la sombra de la gloriosa bandera de España, con todos los elementos de inteligencia y fuerza que ésta tenía y con todo el prestigio de sus triunfos y su poderío.

Y así sucedió en el puerto de la Guaira, de la provincia española de Venezuela, el día 2 de Marzo de 1743, cuyo puerto fué atacado por una escuadra británica, compuesta de diez y nueve barcos.

La relación oficial á que me refiero en la única nota que tiene este artículo, relación de que nadie se acuerda y pocos conocen, es más elocuente que cuanto yo pudiera decir. Durante mi permanencia en Venezuela, me la hizo conocer D. Arístides Ro-

jas, y me proporcionó medio de encontrarla en una antigua librería, en que aún conservaban rarísimos ejemplares.

He aquí ahora la relación de esta gloriosa jornada para las armas españolas:

«RELACIÓN

DE LA GLORIOSA Y SINGULAR VICTORIA QUE HAN CONSEGUIDO LAS ARMAS DE S. M. CATÓLICA CONTRA UNA ESCUADRA BRITÁNICA QUE INVADIÓ EL DÍA 2 DE MARZO DE 1743 LA PLAZA DE LA GUAIRA, COMANDADA ÉSTA POR D. MATEO GUAL Y AQUÉLLA POR D. CARLOS WNOLES.

»A las seis de la mañana (de este día) el vigía de la atalaya del Zamuro avistó tres velas á barlovento, las que tocó, como es costumbre; y habiéndolas apuntado con las banderillas, prosiguió esta diligencia hasta el número de diez y nueve, que descubrió como á distancia de cuatro ó cinco leguas, con cuya novedad se mandó inmediatamente tocar la generala; la guarnición ocupó prontamente los puestos que antes á prevención se le tenían destinados; y las milicias acudieron á la Plaza Mayor, en donde recibieron nuevas órdenes, y pasaron á cubrir los parajes que se les señalaron. Al mismo tiempo se dispararon dos tiros de cañón de veinticuatro del baluarte de la Caleta, para que practicase lo propio la guardia que se mantiene á distancia de dos tercios del camino de la ciudad de Caracas, con un cañón de á cuatro, en conformidad de lo ordenado por el Excmo. Sr. Go-

bernador y Capitán general D. Gabriel José de Zuloaga al citado comandante, quien asimismo le despachó correo con carta de aviso.

»(De todas las embarcaciones) se adelantó un paquebot con bandera encarnada en popa, acompañado de una balandra, hasta ponerse frente del anclaje fuera del tiro de cañón. A esta hora, que serían las diez de la mañana, se había reconocido la calidad de vasos de que se componía la escuadra, siendo en todos diez navíos, un paquebot, un transporte, una bombarda, una goleta y cinco balandras, que aun se mantenían á la capa sobre la punta de Caraballeda. Procurando el paquebot reconocer el puerto, se acercó más, y el comandante de la plaza mandó asegurar el estandarte de S. M. (Q. D. G.) en el baluarte de San Jerónimo con un tiro de cañón con bala, haciendo su tiro corto, á prevención, para que los enemigos se acercasen más de lo regular, creídos no hubiese artillería de á veinticuatro (la que poco antes se había recibido), á que correspondió el paquebot con tres, arrojando las balas para tierra, y virando al propio tiempo en redondo, hizo seña á la capitana con un gallardete largo encarnado, la que luego aseguró su bandera con un tiro de cañón por la parte de estribor y se dirigió al anclaje con toda la escuadra; los navíos sólo con las gavias y el demás paño aferrado. El que representaba la capitana traía en el palo mayor un estandarte encarnado, que llaman corneta, en la mesana una bandera listada de blanco y amarillo. A esta nao se adelantó otra de igual porte, que se consideró la almiranta, y estando ya á distancia proporcionada del baluarte de la trinchera,

en donde el citado comandante esperaba el primer fuego, mandó se disparase otro tiro de cañón con bala, como el primero, y continuando su entrada, se dispuso á descargar toda su banda de babor, compuesta de treinta y cinco cañones, y pasó á tomar puerto; á la que siguiendo la capitana, los demás navíos y transportes se anclaron en una línea, los siete navíos de mayor fuerza proporcionados con los baluartes y baterías, con la banda de estribor para tierra como á tiro de fusil, según se deseaba; las demás velas, á excepción del paquebot primero y balandra, que se mantuvieron á la vela, dieron fondo por fuera de los expresados siete navíos á corta distancia, combatiendo incesantemente á un tiempo con igual valor de una y otra parte, persuadiéndose cada uno por la suya ya triunfante; pues atropellando los enemigos, no sólo el fuego de la plaza, sino también el peligro evidente del mal puerto, parece que quisieron valerse para rendir las armas católicas, no de sus lanchas, y sí asaltando por los bauprés, como se manifestó en el ímpetu con que comenzaron el combate, arrojando gran porción de balas de á veinticuatro, diez y ocho, diez y seis, y un sinnúmero de á libra y media y libra, que usaron por metralla, repetidas bombas comunes y otras incendiarias, y granadas reales, sin que hubiese intermisión de su artillería y marciales máquinas, con que osadamente ciegos se lisonjeaban rendir la infatigable bizarría de los sitiados, cuya constancia y valor les hizo abatir su orgullo en una empresa que miraban como conseguida.

»Entre las cuatro y cinco de la tarde, con el motivo de las muchas bombas incendiarias que arroja-

ban los enemigos, se incendió una casa inmediata á un paraje en donde se ocultaban más de cien quintales de pólvora, á que acudió prontamente el alarife con la gente y herramientas destinadas anticipadamente para precaver estos sucesos, y procurando socorrer el peligro que amenazaba el almacén y apagar el fuego, se consiguió sin desgracia.

»En el baluarte de San Jerónimo, que domina este puerto por estar sobre un cerro dentro de su recinto, cayó una bomba incendiaria, que voló su cuartel, á cosa de las cinco de la tarde, y al mismo tiempo que se procuraba libertar algunos pertrechos de la artillería, cayó otra en el mismo paraje, que hizo suspender el fuego de aquellos cañones, cuyo accidente dió margen entre los enemigos á una gran gritería y á arrojar los sombreros al aire. Con este motivo, el comandante mandó se avivase el fuego de las baterías y que se continuase el dicho baluarte; pero pareciéndole se retardaba éste, pasó con una partida á reforzarle, y luego que lo consiguió, hizo también extinguir la llama del cuartel, de modo que desvaneció á los enemigos este objeto de vanagloria, habiéndose quemado sólo un quintal de pólvora que había quedado en cartuchos, de los destinados para la artillería, y algunas granadas de mano que se reventaron. Puesto ya en orden este baluarte, se prosiguió el fuego de todos los puestos, graneado como antes, y continuando el comandante su tarea de recorrerlos, dió la providencia, entre otras, de que se sacasen de un almacén treinta frazadas, á fin de que sirviesen para lanadas, y refrescar, á más del ordinario modo, los cañones, cubriéndolos con ellas mojadas, lo que

fué de tanta utilidad, que hubo cañón que hizo sesenta tiros durante la acción, sin que en ella se reventase ninguno después de esta diligencia.

»La escuadra referida estuvo haciendo fuego continuo desde las doce y media del día hasta las siete y media de la noche, en cuyo intermedio dispararían más de nueve mil tiros de cañón, muchas granadas reales, bombas comunes é incendiarias, sin que de nuestra parte se experimentase desgracia considerable, siendo en el todo cuatro los muertos y nueve los heridos, según relación que se tomó aquella propia noche; y el buen orden que se obtuvo en el fuego de la plaza causó el horroroso estrago que han manifestado las ruinas, que, á pesar de los enemigos, nos han servido de despojo. No se encontró flaqueza en el más débil hombre, así de los artilleros como de los soldados y particulares que se destinaron al manejo de la artillería, siendo tal la conducta que se practicó en disponer la gente que estaba exenta de este ejercicio, que ocultándola del rigor de las balas, se puso en parajes donde acudiesen á cualquier desempeño de desembarco prontamente, cuya diligencia no fué de poco útil, porque parece increíble que, convertida esta plaza en mongibelo por espacio de siete horas largas, no fuesen muchos los muertos y más los heridos, sin que los enemigos pudiesen obscurecer ni encubrir su quebranto, pues á las cuatro de la tarde en dicho combate la almiranta picó los cables y se salió de él haciendo morrón, recostada sobre la banda de babor, disparando tiros de cañón, como á pedir socorro; á esta nao siguieron otras dos de la primera línea, con la propia seña; la capitana y demás com-

batientes se fueron saliendo del fuego desde las siete y media de la noche en adelante, dejando todas sus anclas y cables á más no poder; y habiéndose considerado fuera del tiro de cañón, dieron fondo frente del anclaje, habiéndoseles hecho á cada una respectivamente un vivo fuego, según iban saliendo; y luego, en la misma noche, se pasó á reforzar los parapetos de las baterías con salchichones y faginas.

»A las tres de la mañana, en virtud del aviso que se le había pasado al Excmo. Sr. Gobernador, bajó á este puerto con diez compañías de las milicias de la ciudad de Caracas, dejando las cuatro en la playa de Maiquetía para su resguardo y del camino real, é introdujo las seis restantes en la plaza, y consiguientemente pasó á visitar todas las fortalezas en compañía del citado comandante para dar expediente á los negocios que pudieran ocurrir y estar prontos á hacer rostro al enemigo el siguiente día.

»El día 3 amaneció la escuadra anclada, como queda dicho, fuera del tiro de cañón, y el comandante dió orden para que saliera una canoa con gente de mar y cortasen ó ahogasen todas las boyas que habían dejado por guía de sus cables, lo que se ejecutó sin dilación; y habiéndose participado por los guardias de la compañía que en las playas de sotavento se hallaban varadas lanchas y botes, se providenció su reconocimiento, y se halló una lancha grande con sus remos, seis pedreros, cinco fusiles, un cabo nuevo y un anclote; asimismo una falúa grande y dos sereníes, gran armazón de obras de navíos, cureñas hechas pedazos y un tonel de ciento y sesenta frascos de aguardiente, cinco guardacartuchos, tres de á

veinticuatro y dos de á diez y ocho, y otros vestigios que manifiestan las ruinas que les ocasionó su engaño, como se manifestó á nuestra vista en los reparos que á toda diligencia practicaron, pues el costado de la capitana palpablemente demostraba sobre el betún lo blanco del sebo de los tapabalazos, destrozada toda la jarcia, y aun se le vió conducir de otro navío un mastelero, que á no tener de él necesidad, no se hubiera tomado este trabajo, cuando el de la bomba y demás faenas se descubría era muy continuo. Otro navío salió del combate con el mastelero de mesana menos, y asimismo otra fragata con el bauprés hecho pedazos, y todos bien lastimados.

»El día 4, lunes, tuvo Su Excelencia aviso de la ciudad de Caracas de hallarse conturbada aquella capital por cierta voz que se levantó de que los enemigos habían hecho desembarco á sotavento de este puerto y marchado para dicha ciudad por el camino de Agua Negra, con que le fué preciso á Su Excelencia subirse luego á poner en sosiego los ánimos de aquellos vecinos, y, con efecto, así que llegó á dicha ciudad se aquietó con su presencia, y halló ser supuesta la noticia.

»En este propio día, á las tres de la tarde, se levó la bombarda y el transporte y dieron fondo á distancia de media legua á barlovento de la capitana, la cual, disparando un tiro de cañón, largó un gallardete en el trinquete, con cuya seña se volvieron á levar los sobredichos y se pusieron por la banda de tierra de su escuadra, dentro de su artillería y fuera de la nuestra. A las cinco de la tarde de este día comenzó la bombarda á hacer fuego á la plaza con sus

morteros á bombas, acompañada del transporte, con granadas reales sin cesar, hasta las siete de la mañana del día martes: muchas reventaron en el aire, algunas se apagaron, y de ninguna se experimentó desgracia.

»En esta propia noche intentaron los enemigos sacarse del puerto tres fragatas de las del comercio, lo que no consiguieron, ni el quemarlas como pretendían, en defecto de no poderlas llevar; porque como se había advertido en tiempo todo lo que pudiera servir de agravio, se habían hecho arrimar todas nuestras embarcaciones al baluarte de la Caleta bajo del tiro de fusil, desde que se descubrió la escuadra, echándoles en tierra las velas y timón y trayéndose la gente de la tripulación, por ser muy precisa para el uso de la artillería, y dejándolas con una amarra secreta á cada una, para que, aunque picasen las principales, no lograsen la empresa de sacarlas: esta prevención fué de tanta utilidad, que habiendo entre tres y cuatro de la mañana sentido las guardias de tierra las lanchas y faena que tuvieron los ingleses á bordo de una fragata nuestra, se les hizo fuego del citado baluarte de la Caleta á metralla, y se providenció mandar de tierra lanchas con gente á reconocer el intento ó hechos de los enemigos; y habiéndose pasado á bordo de la fragata, se halló tener los cables principales picados y que se mantenía sólo sobre amarra secreta, y asimismo se encontraron dentro cuatro fusiles, cinco sables, dos pares de pistolas, dos hachas, dos mechas encendidas, media barrica de camisas embreadas y mixto de pegar fuego, y unos cartuchos. Pasaron á reconocer las otras dos

fragatas, y hallaron no haberlas tocado, sin duda por haber sido sentidos los enemigos inmediatamente y causarles su precipitada fuga el fuego que se les hizo de la plaza.

»El día 5, martes, á las seis de la tarde, continuó la bombarda con el fuego incesante de sus morteros hasta las nueve de la noche, y aunque el transporte ó fragata comenzó á arrojar granadas reales, no surtió efecto el que continuase, porque habiendo tirado hasta el número de doce, todas quedaron en el mar.

»El día 6 al amanecer se hizo á la vela la capitana, y alternativamente los demás navíos de guerra, siendo los últimos la bombarda, el transporte y demás embarcaciones menores, siguiendo la derrota para la costa de sotavento de este puerto, de donde se avistaron todo el día por ir á poca vela. La almiranta y los dos navíos que salieron á medio combate, no parecieron más á incorporarse con la escuadra, ni un paquebot y balandra que les acompañaron; considéranse dichos tres navíos arribados ó perdidos.

»Los cañones que se consideraron haciendo fuego del enemigo á la debilidad de esta plaza, fueron 210, y el número fijo de hombres que se ocuparon en nuestra artillería, 216, entre artilleros, soldados de la tropa de España, hombres de mar y particulares, los cuales fueron remudados, y todos con singular esfuerzo procuraron señalarse y cumplir exactamente las órdenes que recibieron del comandante, quien no perdió de vista todos los parajes donde consideró precisa su asistencia, para que consiguiesen las armas de S. M. Católica una completa victoria.

»Han salido á las playas en estos días veintidós

cuerpos muertos, ligados los pies, en que manifiestan haber reventado el lastre con que los arrojaron al agua.

»Habiéndose calibrado las bombas y granadas reales, se halló tener de diámetro, así las comunes como las incendiarias, once pulgadas y once líneas por el pie de rey, y las granadas nueve pulgadas y una línea.

»Todas las providencias del Sr. Gobernador y Capitán general de esta provincia para proveer esta plaza de los víveres necesarios, pólvora, balas y demás pertrechos de guerra, se han visto bien logradas, y continúa Su Excelencia con su acostumbrado celo en daı las que tiene por conveniente, y se prosigue en el trabajo de las faginas, reforzando los baluartes y baterías, como los demás parajes necesarios, á fin de continuar con el mayor desempeño en cualquier acontecimiento que intentaren los enemigos en ofensa de esta plaza.

»Guaira, 11 de Marzo de 1743.»

El motivo del ataque á que se refiere la relación anterior, era el deseo de fundar una colonia nueva protegida por la nación inglesa, destruyendo antes la Compañía guipuzcoana, que lo mismo en La Guaira que en Puerto Cabello y otros puntos, había llegado á tener una inmensa importancia social y comercial.

El resultado del ataque y proyectado desembarco, según las noticias más circunstanciadas que recibieron las autoridades españolas en Venezuela, procedentes de la isla de Curaçao, fué funesto para los ingleses.

Según ellas, aparece que el 5 de Marzo entraron en Curaçao un navío de setenta cañones, otro de sesenta y otro de cincuenta, un paquebot y una balandra con objeto de repararse, después de obtenida la venia del Gobernador holandés. Los navíos entraron muy maltratados, y especialmente el de setenta, que entró yéndose á pique. La pérdida en su dotación fué de 270 muertos y muchos heridos, entre los cuales se hallaba el segundo comandante, que murió el día 6, después de desembarcarle y ser hospedado en casa del Gobernador. En el mismo día murieron 14 de los heridos.

La muerte de este jefe fué muy sentida por las tripulaciones, que aseguraban que era uno de los mejores oficiales, así en valor como en experiencia.

El día 7 fué enterrado, y asistieron todos los oficiales de los navíos ingleses, los de un navío de guerra holandés, y el Gobernador y los oficiales de la plaza.

El mismo día murió, también de sus heridas, el capitán de la compañía de infantería del navío de setenta, y fué enterrado por la tarde, desembarcando su compañía, que le hizo honores.

El día 8 celebraron los oficiales ingleses un consejo, y acordaron despachar para La Guaira el navío más pequeño y el paquebot de los que entraron el día 6, con 200 marineros y 50 granaderos, para aumentar las dotaciones de los que quedaron en aquel puerto, no pudiendo verificarlo porque muchos de ellos se tiraron al agua al saber la determinación y se fueron á tierra, á donde fueron recogidos por agentes de la autoridad y reembarcados.

El 9 se observó que el navío hacía mucha agua, y zarpó sólo el paquebot con parte de los hombres y rumbo á La Guaira.

El 10 y 11 arrojaron á la mar muchos muertos de sus heridos y enfermos.

El 12, á las siete de la mañana, se avistaron desde la plaza un navío y un paquebot, y se reconoció que eran ingleses.

El 13 entró en el puerto el paquebot que había salido el día 7, el cual, habiendo encontrado al navío avistado, vino acompañándole. El navío trajo á su bordo otros 243 heridos, que el paquebot tomó y repartió entre los navíos que estaban en el puerto.

El 14, á las siete y media de la mañana, se avistaron doce barcos, que luego se reconocieron por el resto de la escuadra inglesa que había atacado é intentado desembarcar en La Guaira. Entró el primero el navío en que se enarbolaba la insignia del comandante, y traía 43 balazos en la banda de estribor, los dos masteleros, el palo mayor y el trinquete hechos pedazos, y habia tenido 175 hombres muertos, y heridos en proporción. Siguió luego otro navío de 54 cañones con 26 balazos en la misma banda que el primero, y con el palo mayor hecho pedazos.

El día 15 acabó de entrar la escuadra con un navío francés que habían apresado, y en el mismo día dió orden el comandante en jefe para que todos los barcos remediasen como pudiesen sus averías, y estuviesen listos para salir á los diez días. Pidió también 1.000 hombres al Gobernador de la plaza, el cual respondió que no podía obligar á ninguno, pero consintió el enganche de voluntarios.

El mismo 15 salieron dos fragatas, de 24 cañones cada una, y dos paquebots, á establecer un bloqueo por la parte de costa en que está situada La Guaira, para que no pudiese entrar socorro á ninguna fortaleza.

El propósito de los ingleses fué volver á La Guaira con más navíos aún y arrasarla, hacer lo mismo con Puerto Cabello y fundar una colonia. La Guaira y Puerto Cabello en pie prueban evidentemente que no pudieron realizar sus propósitos.

El combate sostenido por una y otra parte fué terrible. Los barcos tenían 293 balazos, y algunos de banda á banda, sin contar los que darían en vergas, velas y jarcias, las anclas y lanchas perdidas, los palos tronchados, y una pérdida de 1.350 hombres.

Esto es cuanto resulta en extracto de la relación citada, y su lectura me hace entrar en algunas consideraciones sobre lo que eran las imponentes fortificaciones de La Guaira en la época á que me refiero, cuando Venezuela era colonia española, y sobre lo que son hoy.

Hoy sólo existen los restos de entonces, con una artillería antigua y unos artilleros que son con frecuencia víctimas de sus cañones, que se niegan también algunas veces á funcionar.

Cualquiera corbeta armada á la moderna, con una colisa de á ciento, podría arrasar hoy La Guaira sin ser alcanzada por un solo proyectil del puerto; pero ni ésta es la tendencia de los pueblos, ni sería humano ni justo.

Mi solo objeto es hacer comprender la inmensa diferencia que hay entre la grandeza de entonces, y

lo imposible que sería resistir hoy á la décima parte de aquella escuadra.

Que cada cual haga los juicios que de esta relación se desprenden, que yo he conseguido ya mi objeto, que es sólo el de hacer constar este desconocido ú olvidado hecho de armas, honroso para todos los que combatieron de un lado y de otro, pero glorioso sin duda para las armas españolas.





DE CARACAS Á LA GUAIRA (1).

El viajero que desee admirar extasiado la más espléndida naturaleza de la creación, la verdadera obra del Creador, debe visitar la América. La vigorosa luz del ardiente sol de los trópicos; la brillante y plateada claridad del poético astro de la noche; el vibrante resplandor de las estrellas en el Eter; el purísimo é inmaculado azul de su cielo; aquel majestuoso mundo vegetal; aquel placer inefable que se

(1) Américo Vespucio recorrió los países descubiertos por Colón algunos años después que éste; pero publicó primero sus cartas, privando á Colón del honor que sólo á él pertenecía. Así dice el historiador que el primer momento en que la América fué reconocida, se marcó por una injusticia. ¡Presagio fatal!

siente al contacto de una atmósfera dulce, deliciosa y perfumada, y aquella sensación vital, tan fuerte, que sobrexcita y enerva al propio tiempo, no se puede describir. Es preciso verlo y sentirlo.

Lástima es que en medio de este paraíso, que yo no sé representar, la humanidad pase su existencia en la más profunda perturbación y entre las agitaciones del alma.

Lastima es que las repúblicas creadas por Bolívar no tengan en general otra política que la de «*Ote toi de là que je m' y mette*» que tan infelices las hace.

Lástima es que la raza española que vive entre el Atlántico y el Pacífico, presente obstinada y constantemente tantos obstáculos á la fraternidad que tan sinceramente les ofrece la nación en cuyos dominios no se ponía jamás el sol.

Aquel inmenso genio (1) que después de ofrecer

(1) No puedo renunciar al deseo de hacer constar aquí hasta qué punto llega, por parte de algunos, la animosidad contra la gloria española en América. Hallábame yo en una comida oficial en Caracas, al par que otros señores con el mismo carácter. El secretario de una legación americana se levanta y brinda por Colón, ofreciendo el brindis al Ministro del país. Un representante de Italia, americano, hace lo mismo, extendiéndose en hablar de la gloria de Italia con este motivo. Ninguno de los dos señores citó á España una sola vez, y fué necesario, para establecer el juicio verdadero, que tomase yo la palabra y rectificase la intención de tales discursos, diciendo que la grandeza del hombre estaba al par de la grandeza de la mujer que supo comprenderle, y la nación que le dió cuanto necesitaba; que no comprendía, por consiguiente, que se pudiese hablar de Colón sin hablar de Isabel la Católica y de España; que lo de haber nacido en Génova era un detalle, y que lo mismo pudo nacer en la cafrería, sin que por eso la gloria fuese para los cafres.

á las naciones del viejo mundo, Génova, Francia, Inglaterra y Portugal, otro mundo que él veía en los horizontes vastísimos de su inteligencia (1), y que sólo encontró los medios para descubrirlo en la inspirada Reina de Castilla, no creía ciertamente que al llevar el idioma español y la civilización cristiana á las apartadas regiones de la América, pudiera llegar un día en que hijos ingratos odiasen á su madre, y que para su propia confusión, como he leído en unos versos publicados en la Habana,

Al maldecir el nombre de Castilla
Tienen que maldecirle en castellano.

Cristóbal Colón llevaba en sus carabelas el pendón de Castilla, entre cuyos pliegues cabía la América entera, como más tarde cupieron Flandes, Italia, el Rosellón, Portugal, el Bearn, Palestina, Africa, Bélgica, las Filipinas, las Marianas, las Canarias, las Azores, etc., etc. (2).

El descubridor de América no llevaba allá el odio de España, sino su idioma, su fe, su religión y su historia, como se llevaba en aquellos tiempos. Llevaba más. Llevaba su heroísmo y su grandeza.

---

(1) Colón calculó que, siendo esférica la tierra, debería existir un camino á las Indias más corto que el ya conocido, en el que encontraría territorios de gran riqueza.

(2) El gobierno de España dominaba en esta época diversos países ó regiones en las cinco partes del mundo. La población del colosal señorío español ascendía entonces á más de sesenta millones, que ocupaban casi la octava part del mundo conocido.

Cristóbal Colón, como todos los que más tarde poblaron la tierra virginal de sus conquistas en nombre de España, serán en la historia, así que pasen veinte centurias de años sobre el mundo, seres perfectamente mitológicos: tal es la proporción asombrosa de sus empresas.

Todo cuanto hicieron los descubridores, conquistadores y pobladores es gigantesco y sobrepuja los límites de lo humano.

Sin conocimientos náuticos, sin derroteros marcados, sin cartas geográficas y sin faros en las costas, se arrojan á merced de las olas, y más tarde en una tierra desconocida, con la fe que vence todas las dificultades ó muere. Con ella triunfaron en Otumba y con ella llevaron las naves sobre hombros desde Veracruz á Méjico, con ella se abandonaron á la corriente del Amazonas, explorando los bosques poblados de fieras y de salvajes, treparon á los montes y descubrieron el Pacífico; quemaron sus naves, y fundaron á Santa Fe de Bogotá, Bahía, San Salvador, Buenos Aires, La Plata, El Potosí, La Asunción, La Paz, Santiago, La Concepción y Valdivia, etc., etc.

Me ocurre mencionar, aunque á la ligera, la grandeza de los hechos de nuestros padres, con motivo de una obra atrevida y colosal que existe aún en la República de Venezuela, y que, como casi todo lo grande que tiene Sud-América, procede de los españoles, que dejaron allí por todas partes las huellas de una civilización superior quizá á su época.

Me refiero á una vía de comunicación, aun hoy muy frecuentada, que se llama el *camino antiguo*, el

cual pone en relación, por medio de las montañas, la capital de la República y el primer puerto comercial, es decir, Caracas y La Guaira.

La República de Venezuela fué descubierta por Colón el 31 de Julio de 1498, y en 1731 se estableció la Capitanía general de Caracas, cuya jurisdicción alcanzaba á todo el territorio que hoy forma la federación venezolana.

En la necesidad los españoles de establecer su comunicación con el litoral, y especialmente con La Guaira, construyeron un camino de herradura empedrado como la calle de una ciudad, que hoy existe aún en gran parte, á pesar del descuido que es consiguiente á la construcción de otro (1) para carruajes, que faldea la montaña, hecho durante la presidencia dictadura del señor Páez.

Este camino, que arranca de la misma ciudad de Caracas y comienza su desarrollo en el barrio que llaman de la Pastora, enviste recto en su acometida hacia la montaña, se extiende rígido con una anchura de veinte pies por lo menos en una extensión de quinientos metros, y después se oculta en los recónditos senos del Avila (2), apareciendo más arriba y serpenteando entre todos los accidentes de aque-

(1) Este camino, no mal estudiado, es el peor conservado que yo he visto. Andarle á pie, á caballo ó en coche, un verdadero tormento. Es también el trayecto más caro que existe, puesto que yo he pagado á un M. Lerou, que era quizá el mejor cochero de Caracas, diez y ocho pesos por las tres leguas y media ó cuatro de su extensión.

(2) Monte á cuya falda está construída Caracas. Su mayor altura, en el sitio llamado la Silla, es de 3.146 varas.

llos escabrosos montes, hasta llegar á lo más empinado de las mesetas.

El aspecto que desde allí ofrece el risueño valle en que está fundada Caracas, con algunas palmeras coronando su caserío, es uno de los panoramas más bellos de que puede disfrutar la vista, aunque con poco carácter tropical. La ciudad, perfectamente delineada, presenta la figura de un tablero de ajedrez, cuyos cuadros se llaman allí cuadras y aquí manzanas. La cordillera de montañas al Norte y los murmuradores riachuelos el Guaire, el Arauco, el Caroata y el Catuche rodean la capital de la República, que parece un nido de ruiseñores en medio de aquella perpetua verdura que brota por todas partes, y de aquella eterna primavera (1) que eternamente sonríe á sus habitantes. Las colinas de otros valles y otras montañas que cierran el cuadro en el horizonte, dan un realce incomparable á aquella ciudad que fundaron los españoles, y que hoy es capital de una nación independiente.

Y ya que hablo de lo bello de Caracas, dedicaré dos palabras á las caraqueñas. Es la mujer en Caracas morena, como decimos nosotros, ó trigueña como allí dicen; con ojos de fuego, facciones simpáticas y agradables, formas admirablemente modeladas, talles esbeltos, caderas pronunciadas y pie pequeño y arqueado. Sus ricos cabellos sueltos, sus vestidos blan-

(1) Caracas se encuentra á más de tres mil pies sobre el nivel del mar, y á los 10°,30 latitud N. y á 67° longitud O. de Greenwich como situación geográfica. Fué fundada por Diego de Losada en 1567. Su temperatura media es de 20° centígrados.

cos, flotantes, la ondulación voluptuosa de su modo de andar, y su gracia y modestia en la conversación, la dan un encanto irresistible, y á su sociedad una afabilidad extraordinaria.

Pero me he separado de mi objeto y vuelvo á él. Más adelante quizá me ocuparé de costumbres, y entonces describiré despacio esa bella derivación de España. Entonces no miraremos á Caracas desde el *camino viejo*, obra de los españoles, sino que bajaremos á ella, pasearemos por sus mal conservadas (1) calles, y entraremos dentro de sus *coquetas* casas.

Tomando, pues, el camino, y después de haber disfrutado de la hermosa vista que acabo de describir, por un lado, y del mar de las Antillas por el otro; después de enviar á aquellas olas que se ven á lo lejos un recuerdo para la patria y la familia, y á las frescas auras que le envuelven á uno un pensamiento de ternura para los afectos; después de meditar á aquella formidable altura sobre la grandeza de cuanto se ve y la pequeñez de lo que somos, se recogen las riendas de la mula que se han abandonado al detener aquella, y se pone uno de nuevo en marcha. La bajada para ir á La Guaira (2) es más larga y profunda que la subida. Sólo se puede bajar al paso y haciendo ziszás, pero á pesar de eso toda la arriería, los pliegos urgentes, la mayor parte de los destacamentos militares y el viajero artista, se dirigen por este camino (3).

---

(1) Tengo entendido que hoy se están empedrando de nuevo.

(2) La Guaira está casi el nivel del mar. El calor allí es fuerte.

(3) Dos veces le he atravesado yo. La primera por gusto; la

En la larga extensión de dos leguas y media ó tres, y á pesar de las lluvias torrenciales que arrastran cuanto encuentran por la montaña, y que en aquellas vertientes rápidas abren surcos profundos por todas partes, el camino construído por los españoles continúa firme y sólido, y en la mayor parte de su extensión empedrado como le tenía la colonia.

La vegetación tropical forma una cúpula embalsamada sobre él en muchos puntos; pintorescas y aisladas casas de cañas y hojas se encuentran de tiempo en tiempo; cantinas bastante concurridas del indolente hijo del país; caídas de agua y puntos de vista bellísimos, y por todas partes la enredadera y el bejuco trepando, enlazando y cubriendo de flores cuanto encuentran á su paso. Aquellas bóvedas de verdura dan sombra; aquellas caídas de agua dan frescura; aquella vegetación que forma belvederes naturales narcotiza de placer. ¿Cómo enumerar los productos de esta naturaleza primitiva que se envisten, se chocan, se entrelazan una y mil veces describiendo arcos, arrastrándose como serpientes y colgando de aquel techo siempre verde como los cordones de tan rico cortinaje?

Por fin, bajando siempre por aquel camino atre-

---

segunda por necesidad, puesto que recibí confidencias respetabilísimas que no puedo descubrir (porque se me exigió palabra de no hacerlo nunca), de que los filibusteros contra Cuba intentaban asesinarme, porque defendía los intereses españoles atacados poco lealmente. Aunque no dí un completo crédito á las noticias y á los anónimos, salí acompañado de media docena de personas resueltas y armadas, y atravesamos la montaña.

vido que sesenta años de completo abandono no han podido destruir, y remontándose á la época de aquellos hombres de hierro para cuya voluntad no había dificultades, y en cuyo Diccionario no estaba escrita la palabra imposible, se llega por fin á La Guaira, donde concluye el camino y va también á concluir mi artículo. Hoy hablan en Caracas todos con admiración aún de esa soberbia, aunque trabajosa vía, tan perfectamente acabada en su género, que ha luchado con las impetuosas vertientes y con las locas lluvias, y aun presenta la mayor parte de su explanación cubierta de apiñados borrillos, mucho más compactos y artísticamente incrustados en la tierra que los de las mismas calles de Caracas. Sólidas, unidas y tenaces estas piedras, pregonan elocuentemente, como tantas otras cosas en América, lo que fué el poderío español, y lo que dejó en memoria de su civilización, hoy tan injustamente censurada en aquellos países.

Antes de concluir, y ya que dispongo de este poderoso vehículo que se llama libro y llega á todas partes, quiero enviar á mis amigos del otro lado del Atlántico un cariñosísimo recuerdo. No cito sus nombres, aunque tendría mucho gusto en hacerlo, porque en América, á pesar de su tan decantada libertad, hay que ser muy prudente en citar nombres.





DE VENEZUELA Á PUERTO RICO.

(TRES DÍAS Á BORDO DE UN BARCO DE GUERRA.)

I.

El 9 de Marzo de 1872, á la una de la tarde, después de haber dicho ese amargo y triste *adiós* de las despedidas, salía yo de Caracas, en donde había representado tres años seguidos á España, acompañado de media docena de personas resueltas, en dirección al puerto de La Guaira.

El sol ardiente de los trópicos brillaba espléndidamente, y la ciudad casi dormía en esa hora de reposo, de postracción y de siesta.

Mi salida de Caracas reconocía pòr causa los pasaportes que me había dado el Gobierno de la Repú-

blica, por la irritación que le habían producido mis reclamaciones contra la violación del tratado de 1845 (1), celebrado entre España y Venezuela con objeto de asegurar la paz y amistad entre ambos países; tratado cumplido lealmente por mi patria y violado por el *gobierno de Guzmán Blanco*, presidente de aquella República, que ha consentido y protegido expediciones filibusteras contra nuestra gran Antilla.

Los rumores que habían circulado de que los filibusteros intentaban asesinarme; las confidencias que me hicieron con el carácter de reserva absoluta, personas muy allegadas al Gobierno, viviendo en la esfera oficial y visitando con frecuencia la casa del presidente Guzmán (en íntima amistad con los enemigos de España); los anónimos que recibí aconsejándome que tomase precauciones para salir de casa por la noche; los consejos de algunos caballeros venezolanos que me recomendaban (*porque conocían su país*, según decían), que saliese siempre con revólver y me hiciese de noche acompañar por un sirviente, y la circunstancia de haber sufrido una noche á las diez y media (hora en que Caracas parece un desierto),

(1) El art. 12 del citado tratado dice lo siguiente: «Animadas de este mismo espíritu, y con el fin de evitar todo motivo de queja ó de reclamación en lo sucesivo, *ambas partes prometen recíprocamente no consentir que desde sus respectivos territorios se conspire contra la seguridad ó tranquilidad del otro Estado y sus dependencias, impidiendo cualquiera expedición que se prepare con tan dañado objeto, y empleando contra las personas culpables de semejante intento los recursos más eficaces que consientan las leyes de cada país.*» Todo lo contrario ha hecho el Gobierno de Venezuela, y consta en piezas justificativas.

cuando salía de una de las casas respetables adonde concurría diariamente, un tiro del policía-sereno que estaba en la esquina, cuyo tiro apareció escapado por descuido, pero cuya coincidencia para mí fué cuando menos sospechosa, eran motivos suficientes para obligarme á tomar precauciones en los momentos de mi salida (1).

Tan pocos (2) *como leales amigos* me acompañaron hasta los últimos momentos de mi partida, y salí por fin, dejando los intereses españoles bajo la protección de una legación extranjera; mi casa (puesta con el decoro con que yo entiendo que debe representarse una nación) trastornada, y mis muebles, como en feria, puestos en venta.

Jamás podré olvidar la impresión de aquellos momentos. A la puerta de mi casa, los buenos amigos que se quedaban encargados de vender como pudieran todo aquello que seis meses antes me había costado más dinero del que yo debí gastar; á mi alrededor, montados en cabalgaduras propias para trepar por la montaña, otra media docena de esas almas fuertes que sólo se aquilatan en los momentos del

(1) Durante mi permanencia en Caracas no tomé absolutamente ninguna de las precauciones que me recomendaron, y contesté á las diversas personas que me lo aconsejaban, que «en tanto que representase á España había de hacerlo con la dignidad, en todos los terrenos, propia del cargo, y que jamás daría motivo á que se dijese algo que pudiera mortificar el amor propio español. Tengo la conciencia de haberlo cumplido.

(2) Varias personas me escribieron ó se me acercaron para excusarse de rodearme en aquellos momentos, temiendo persecuciones y compromisos si el Gobierno se apercibía de que me daban muestras de simpatía.

peligro; en alguna que otra reja algún curioso (á esa hora todas las ventanas están herméticamente cerradas), y dentro de mí mismo la tempestad propia de la situación.

Al alejarme de aquella población en donde he encontrado en muchas familias ese cariñoso afecto con el que se establecen los estrechos vínculos de la amistad; al romper con aquellas plácidas costumbres que habían por tanto tiempo formado mi vida; al separarme de las flores que yo mismo había cultivado, de mis pájaros que alegraban mi jardín con sus cantos, de mi pequeña *menagerie* que yo cuidaba y de mis leales sirvientes, confieso que se me rompían esas fibras delicadas del sentimiento, que son, en mi juicio, la ejecutoria más noble del corazón.

Si á esto se añade que la tempestad de mi pecho se aumentaba con la triste idea de la moral humana que la conducta del señor Ministro de Relaciones extranjeras de Venezuela me había hecho formar, y se piensa en que calumniosamente se pretendía presentarme como divorciado con el país, cuando sólo lo estaba de muy pocos de sus hombres políticos, enemigos declarados de mi patria; si se añade el descorazonamiento que sigue á esas grandes crisis de los juicios del alma, en que se ve la calumnia, la perversión y el pecado arrastrándose iracundos é impotentes ante la imposible misión de justificar indignidades, y tiene uno que pensar en la descendencia de Judas Iscariote y mirar con desdén á algunos de sus semejantes, se comprenderá la amargura, el sentimiento y las emociones que se sucedían en mi pecho.

Hice por fin un supremo esfuerzo, y *recogiendo en mi pensamiento con gusto* todo lo que quería, y *olvidando sin esfuerzo* lo que despreciaba, arranqué, rodeado de mis seis compañeros de viaje, hacia el barrio que llaman de la Pastora, en donde empieza el camino de la montaña.

Uno tras otro, y por desfiladeros imposibles, hicimos nuestra peregrinación, atravesamos la cima de aquellas montañas que están entre el Océano y Caracas, cruzamos por medio de la niebla espesa que las coronaba, y desfilamos por entre aquella elegante y graciosa vegetación, obstinada en su desarrollo hasta el punto de no dejar más senda que la necesaria para una sola persona.

Cada ziszás de la estrecha senda descubría distintos cuadros geográficos llenos de magia y de variedad; al anochecer tomaron un nuevo carácter fantástico: aquellos perfiles de la montaña que ya íbamos dejando atrás, las ruinas de un antiguo castillo español por donde pasamos, y el ruido de las aguas despeñándose y formando cataratas en algunos sitios, centuplicaban el encanto del Avila (1).

Algunos de mis compañeros, previsores y prudentes, llevaban el revólver en la mano.

Ya era cerrada la noche cuando llegamos á La Guaira. Un bote tripulado por ocho marineros pertenecientes á la dotación del vapor de guerra español *Hernán Cortés* me aguardaba en el muelle. Así lo habíamos acordado su comandante y yo, y con objeto de manifestarme que todo estaba dispuesto y de escol-

(1) Nombre de la montaña.

tarme (cariñosa manifestación que no olvido), subió el segundo comandante á Caracas y se volvió á caballo en mi compañía.

La rada de La Guaira es tan expuesta, tan molesta y tan abierta, que sólo un profundo conocimiento de aquel mar, una gran costumbre de luchar con sus olas turbulentas y una vigilancia á bordo, como si se estuviera delante del enemigo, pueden salvar los barcos de funestas averías.

Con gran trabajo y con alguna exposición salimos de aquellas rompientes, no sin que al estrellarse en el bote nos cubrieran completamente de agua salobre; y aunque con mar gruesa y *bailando bravamente*, una vez fuera del peligro gravísimo de dar un vuelco, remaron nuestros marineros, y un cuarto de hora después un *¡ah del bote!* bien acentuado, dado por el centinela del portalón de estribor y contestado por el patrón del bote con el de *«señor Ministro á bordo»*, nos indicó que estábamos cerca de nuestro barco de guerra. ¡El suelo de la patria en medio del Océano! ¡Bendita patria! ¡Qué reposo tan grande encontró mi espíritu en aquellos momentos!.... *¡Proa!* gritó el segundo comandante que me acompañaba, y los primeros remos del indicado sitio cesaron de funcionar. *¡Dentro!* repitió con la concisión propia del mando, y las aguas dejaron instantáneamente de ser batidas por los remos y el bote atracó á la escala. El primer comandante me aguardaba en el portalón, la guardia estaba formada, y yo, después de algunas sensaciones y algunas fatigas, volví á ver el uniforme español, los tostados rostros de mis compatriotas y el leal é hidalgo suelo de mi país.

La cena estaba dispuesta, la elegante cámara del comandante (D. Manuel de la Puente) iluminada, y yo libre del mareo que jamás he sentido en mis viajes, y dispuesto á hacer los honores más á la atención de mi anfitrión que á los suculentos manjares con que me obsequiaba.

A bordo encontré oficiales conocidos con quienes cambié cariñosas frases; á la mesa nos acompañó el segundo y uno de dichos oficiales, y á los postres entraron todos. El dorado jerez y el espumoso champagne animaron los primeros momentos de mi permanencia á bordo, y España fué saludada desde aquellas latitudes. A las doce de la noche se empezó á alistar todo para zarpar á las dos de la mañana.

Habíamos sabido el señor comandante y yo confidencialmente que el Gobierno de la República, en su propósito de aislar al Ministro español y presentar su despedida como una cuestión personal, había dado órdenes á las autoridades militares de La Guaira para que, al levar ancla el *Hernán Cortés*, izaran en el fuerte el pabellón de España y saludasen con veintiún cañonazos.

La medida no podía ser más maquiavélica, puesto que la cortesía internacional impone el deber de contestar al saludo; y á tener ellos más reserva, no hubieran quedado burlados como quedaron.

Ni el comandante ni yo, á fuer de honrados españoles, queríamos cruzar este saludo hipócrita después de los ataques inferidos por aquel Gobierno á España.

Se saluda al que se estima y no debe saludarse al que se desprecia. He sabido más tarde que al siguiente día, temiendo las consecuencias de su conducta, hicie-

ron al vacío la cortesía de veiutiún cañonazos, que no les fueron contestados por nadie, y se anticiparon tan..... oficiosamente á dar una satisfacción á España.

Rendido de cansancio, á media noche me acosté en la cama del comandante, que se empeñó delicadamente en que la ocupase, y al otro día, cuando abrí los ojos y salté de mi lecho, los primeros rayos del sol iluminaban, pero lejos..... muy lejos ya, las verdes montañas que acababa de dejar, y que á pesar de una transparente atmósfera apenas se dibujaban en el horizonte.

A medida que la forma real se perdía, la forma ideal se acentuaba: á medida que me separaba, quizá para siempre, de mis amistades, se aumentaba dentro de mí el cariño que por ellas sentía.

Una vez vestido y aseado, la primera necesidad fué subir á cubierta, no sin pasar antes por la cámara de oficiales, que está al lado de la del comandante, y haber saludado á algunos de ellos que estaban tomando café.

En cubierta encontré un mundo lleno de vida, una faena llena de animación, y el aspecto de la mar y del cielo á cual más sublimes.

En el puente sobre cubierta había una toldilla que ocupa en momentos graves el comandante; sobre el puente paseaba y vigilaba el oficial de guardia (1), y en cubierta se agitaba ordenadamente la tripulación.

Al salir de La Guaira perdimos un ancla, y durante las primeras horas de la mañana siguiente hubo

(1) Cada una de éstas es de cuatro horas en viaje y de veinticuatro en puerto.

necesidad de reemplazarla con otra que había de repuesto. La faena fué ruda. Un ancla de un barco grande que hay que sacar del fondo de él, exige poner en juego poleas, cables, botalones y hombres. Una vez sobre la cubierta, hay que sacarla fuera del barco y colgarla, y tienen que funcionar nuevas poleas y empezar el cabrestante su movimiento de rotación por medio de una irradiación de palancas, á cada una de las que está afecto un marinero. Toda la dotación estaba á los cables y al cabrestante; el comandante y los oficiales sobre el puente animando con la voz la faena; el oficial de cuarto la dirigía, y transmitía las órdenes del comandante al contramaestre, y el barco en tanto seguía majestuosamente su derrota en dirección á Puerto Rico, donde pensaba detenerme.

Las horas de comer en un barco de guerra ofrecen un nuevo aspecto que no carece de interés. La corneta da la señal, y todos responden á ella. Aquellos hombres, acostumbrados á luchar con las tempestades y con el Océano, se acuestan indolentemente sobre cubierta, se sientan sobre los cables, sobre los armones de la artillería, ó en el reborde interior de las bandas, y toda la parte de proa aparece cubierta de grupos como la pradera de San Isidro de meriendas el día 15 de Mayo: la ración es abundante, la galleta sobra siempre, el rancho lo mismo, y el vino y el tabaco no faltan á ninguna comida.

Los soldados de marina y marineros tienen un rancho; los fogoneros, otro; la maestranza, otro; ciertas clases que ya comen de su cuenta, otro, y la cámera de oficiales, su repostería separada. El comandante come solo y tiene cocina especial.

Así como á bordo cada pieza tiene su aplicación, así también cada uno de los hombres tiene su misión.

De hora en hora, un oficial de mar hace tirar la corredera y viene á dar cuenta al oficial de guardia de los nudos que marca ó millas que se andan.

El oficial de derrota hace todas las anotaciones relativas al rumbo y dirección del barco; marca en la carta el camino hecho y precisa el derrotero del viaje; cuida los cronómetros; toma con el sextante (1) la altura del sol, y llena, en fin, todas las importantes obligaciones que son propias de su cargo á bordo.

El contramaestre cuida, vigila y manda todas las operaciones del barco bajo las órdenes del oficial de guerra; los marineros cosen las velas, pintan y limpian el barco, tienden los toldos, bruñen el hierro y el cobre y lavan la ropa; los soldados y marinería vacantes hacen el ejercicio de carabina; allá arriba en las vergas de juanete va un hombre tranquilo y sereno, que alguna vez grita: «vela á babor»; y allá abajo en el fondo del barco, quince pies lo menos bajo la rasante del agua, se ven desde cubierta los fogoneros medio desnudos, alimentando incesantemente aquel triunfo de la mecánica que se llama un vapor.

Al comandante se transmiten todos cuantos accidentes ocurren en aquel pequeño mundo flotante.

La mañana del primer día la pasé visitándolo: la enfermería con sus camas colgadas del techo, en el

(1) Instrumento astronómico que consiste en una sexta parte del círculo.

primer puente á proa; los diversos pañoles con un surtido asombroso; los armeros con fusiles, aparatos para cohetes, hachas y cuchillos de abordaje; los depósitos de víveres, de agua y de vino, y el orden y el método por todas partes. En la tarde me invitó el comandante, como medio de pasar el rato, á tirar al blanco con un revólver suyo de gran precisión, y para llevarlo á efecto subió un marinero á las vergas y ató á un penol una cuerda de la cual pendía una botella, que hice pedazos desde el puente al segundo tiro. Después arrojamos otras botellas vacías al mar y las tiramos con carabina desde uno de los tambores, sin poderlas alcanzar. Es verdad que la rapidez de la marcha y el constante movimiento de las olas nos las hacían perder de vista al momento.

A la puesta del sol se arría el pabellón, que saluda el centinela con una descarga de su carabina; la gente forma, la corneta toca la oración, y una vez lleno este deber religioso se entra en el reposo consiguiente á la noche, que se acentúa más después de la retreta.

Cuando se hace alguno de esos largos viajes por mar, se pasan los días en mirar las ondas verdosas del Océano, y las noches en contemplar las estrellas, que todos los días presentan constelaciones distintas, según la latitud.

En las noches hay muchas horas en que se mira y se medita sin conciencia de que los ojos y la inteligencia ejercen sus funciones naturales. Se siente cierta especie de estupor ante la grandeza del Océano. Hay otras horas en que se habla con intimidad con personas á quienes se ha conocido cuarenta y och horas antes. A bordo las amistades se hacen pron

Una noche, á las once, nos hallábamos el oficial de cuarto y yo sentados sobre uno de los tambores (el *Hernán Cortès* es vapor de ruedas) en el puente, y fumábamos uno tras otro cigarro. La conversación se había agotado, y yo me entregaba á ese delicioso bienestar de las noches tropicales. Arrebatado por el sublime espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos, no pude menos de decir á mi compañero que comprendía que los poetas encontrasen una indescriptible poesía en la mar, y que el verso aquel de Camprodón que dice:

«Dichoso aquel que tiene
La casa á flote»,

me parecía de una propiedad asombrosa en aquel momento.

Siempre recordaré la indignación de aquel oficial (Sr. González), cuando me contestó:

—¡Poesía! Que vengan aquí todos los poetas juntos y naveguen sin reposo, como yo ocho años, á ver la poesía que encuentran á la mar. Que venga ese pobre Camprodón á que el mar le meza en su camarote, y le haga arrojar el alma cada temporal que se corre, y le tire de la cama al suelo en su más profundo sueño. ¡Qué bien se pica un toro desde la barrera! ¡Qué bello es el mar sobre una azotea en la costa!

Convine con él, y variamos de conversación.

España y mi situación fueron asunto de nuestro entretenimiento.

—El Gobierno de nuestra patria —decía él— no puede menos de hacer justicia. Todos han visto su

conducta de usted, y saben, como sabemos nosotros, que es usted un buen español. Todos le hemos visto á usted defender con decoro la dignidad de la patria y hacer frente al filibusterismo.

—Es cierto todo —le contestaba yo;—pero Jesucristo era inocente, y no por eso dejó de ser crucificado entre dos ladrones.

Después de un año de aquella conversación, era aún encargado de Negocios de España en Venezuela, y esto prueba que había tenido mejor suerte que Jesús, y que el Gobierno español, aunque no resolvió la cuestión pendiente, no hizo caso de aquellos que, unidos con los Quesadas (1) de Cuba, conspiraban diariamente contra la integridad del territorio español, y se irritaron contra el Ministro de España porque no quiso ser cómplice de sus atentados. Si esto fuera estar vencido, preferiría mil veces mi derrota á su triunfo.

Yo llevaba por distracción un acordeón, que en medio del rugido de la mar y el estruendo del vapor dejaba oir sus armoniosas notas. El instrumento estaba siempre en el puente, y excusado es decir que siempre estaba en manos del que allí subía. El primer comandante, el segundo, los oficiales y yo contribuíamos á alborotar la toldilla con aquel expresivo organillo.

La marinería llevaba loros, canarios y monos, y al acercarse á la plataforma de proa en ciertas horas, se sorprendía uno ante el bullicio alegre de todos

(1) Estos al menos hacían su causa como tales insurrectos, sin esconderse tras la hipócrita frase de gobierno amigo.

aquellos animalitos que hacían el encanto de los marineros y les dejaban alguna utilidad con su venta al llegar á puerto.

El día siguiente era domingo. Al amanecer nos despertó el toque alegre de diana. A las ocho se izó el pabellón con una descarga-saludo igual al de la tarde anterior. A las nueve llamaron para misa (la corneta á bordo avisa para todo). En la popa, al lado de una colisa de á ciento (1), se levantó una mesa de altar con dos luces y un Crucificado sobre ella, una bandera española formando dosel en el fondo, además de la que ondeaba sobre nuestras cabezas, y en las bandas de babor y estribor del barco toda la fuerza de á bordo con sus oficiales. Entre estas dos dobles filas, los dos marineros de la rueda con la vista fija en la brújula; en las vergas el marinero de guardia con la suya fija en la mar; y en el puente el oficial de cuarto con la atención al barco, á la mar y á la misa. Cuando alzaron á Dios, y los que guarnecían el altar bajaron las armas y todos nos arrodillamos, el espectáculo fué conmovedor. Las trompetas hicieron oir la Marcha Real, y sus marciales sonidos reemplazaron las melodías de los órganos con la energía propia para hacerse oir en medio del choque de todos los elementos.

Terminada la misa, las dobles filas de babor y estribor dieron dos pasos al frente para acercarse, se leyeron en medio de un silencio absoluto las leyes

(1) Esta colisa se mueve en todos sentidos por medio de un ferrocarril semicircular. Otra de igual calibre, y también giratoria, está en la batería de proa.

penales por un condestable, dió el comandante un ¡viva el Rey! y desfilaron las dos columnas hacia proa, en donde rompieron filas.

El día de fiesta lo es completo á bordo. Todos tienen ropa de gala, ó cuando menos limpia, y todos se entregan á juegos permitidos, como la lotería, para lo cual hacen varios corros, y como todos tienen dinero, porque están bien pagados, juegan á cuartillo ó á medio real el cartón. Los que cantan ganan siempre algo que les dan los que ganan.

El canto es una charada continua. El 1 se llama el recién nacido; el 90, el abuelo; el 15, la niña bonita; el 11, los gemelos; el 68, la gloriosa; el 44, las monteras catalanas; el 45, la Constitución; el 7, la horca; el 8, el par de huevos; el 34, la peseta; el 9, cabeza arriba; el 6, cabeza abajo; las docenas secas son siempre *peladas;* el 33, es la edad de Cristo; el 50, el medio siglo; el 12, la docena, y el 13, la docena del fraile, etc.

Por la noche cantan y bailan alegremente hasta la retreta, á cuya hora todo vuelve á la marcha metódica y solemne de costumbre; y cada cual, excepto los de guardia, se acuesta donde más le acomoda y duerme con la tranquilidad de un patriarca.

Los oficiales juegan en la cámara (1) al tresillo ó al ajedrez, escriben ó leen sentados en cómodas butacas, ó se entregan á los gustos é inclinaciones á que tienen más afición; en general se aburren. Todo eso

(1) En la cámara de oficiales se pinta, se hacen juegos de manos, se dan comidas y se saca partido de todo lo que puede servir de entretenimiento, dentro de la cortesía y del deber.

de que el marino sólo vive á gusto en la mar, quedamos en que es pura poesía.

El comandante pasea, atiende á todo, sube al puente, mira al horizonte, consulta las ondas, presencia los juegos, tiene palabras afables *para todos*, aunque guarda siempre aquella actitud que es necesaria á bordo al que tiene toda la responsabilidad de aquellas preciosas vidas y de aquel inmenso capital que representa un barco armado.

El tercer día de viaje ya divisamos la costa; y el cuarto, desde las primeras horas de la mañana, ya me encontraba sobre el puente, contemplando enfrente, aunque largo, el grupo de la capital de nuestra pequeña Antilla. ¡Gracias á Dios que ya veía una provincia española! (1).

El práctico vino á bordo; el comandante y él ocuparon el puente; el segundo de á bordo se estableció en la plataforma de proa; cada oficial en su puesto y la marinería toda ocupada: la máquina y el timón recibían órdenes minuto por minuto, ya por el telégrafo ya de viva voz: el momento era solemne; la faena de á bordo, interesante, y el espectáculo del puerto, nuevo.

El barco, obtenida la venia de la Sanidad, entró majestuosa y reposadamente en la honda y tranquila bahía de San Juan de Puerto Rico y ancló á poca distancia del muelle. Una nube de botes con toldillas á popa para preservarse de aquel sol fuerte vinieron hacia nosotros, y en tanto se arriaban en nuestro

(1) Durante todo el viaje tuvimos fuertes ventarrones de proa y no poco balance á causa del fuerte oleaje.

costado algunos de los de á bordo, en uno de los cuales se embarcó el señor comandante para hacer las visitas de ordenanza, y en otro algunos marineros con mi equipaje y un oficio para el Excmo. señor Capitán general, dándole cuenta de mi llegada y pidiéndole hora para conferenciar.

Pero este capítulo va teniendo ya demasiadas proporciones, y como lo mismo puede terminar aquí que en otra parte, aquí doy fin. En otro continuaré con Puerto Rico.

II

Terminé el capítulo anterior en el momento en que el *Hernán Cortés* ancló en la bahía de Puerto Rico y en que el comandante, según costumbre, fué á tierra á cumplir con la etiqueta que la ordenanza y reglamentos del cuerpo previenen.

Otro de nuestros barcos de guerra, el *Vasco Núñez de Balboa*, de estación allí, alistó uno de sus botes, y en él vinieron á bordo algunos de sus oficiales á saludar á los del *Hernán Cortés*. ¡Qué saludos y qué abrazos tan expansivos! ¡Qué interrogatorios tan variados!—¿De dónde venís?—¿Olvidó ya X..... sus amores de La Guaira?.....—¿Qué noticias de Cuba? A lo cual contestaban los interrogados:—De Venezuela.—X..... sigue cada día más loco.—Nunca faltan traidores y perdidos para la manigua.

Yo, en tanto, casi tendido sobre la borda del

barco, que no se movía, contemplaba el espectáculo que tenía ante mi vista fascinada. Los rayos del sol iluminaban por todas partes las verdes colinas que nos rodeaban y las tranquilas aguas del puerto, en tanto que delante de nosotros, por la banda de babor, se desarrollaba la ciudad de San Juan de Puerto Rico, apareciendo en anfiteatro sus casas unas sobre otras, coronadas de graciosas azoteas como en Andalucía, y brillando todo á través de una atmósfera transparente. El castillo del Morro á la entrada del puerto, y el respetable San Cristóbal al extremo opuesto, son los dos centinelas armados de cañones que la ciudad tiene perpetuamente vigilando en medio del Océano. Al pie de estos dos baluartes se estrellan eternamente las olas del mar de las Antillas, y nuestros soldados allí de guarnición duermen al arrullo de su fuerte oleaje.

Sobre algunas azoteas veía yo aparatos de señales para los barcos, que, según me dijeron más tarde, tenían por objeto el de entenderse con sus capitanes las casas de comercio, cuando los barcos que á ellas vienen consignados entran y anclan á la vista, después de ser anunciados por el telégrafo establecido en el fuerte de San Cristóbal.

Sobre los sólidos y bien construídos muelles, y en torno de la Aduana y numerosos almacenes, se observaba ese movimiento que tan elocuentemente habla en favor del comercio de un país. Según mis noticias, no produce menos de 200.000 bocoyes de azúcar (más de dos millones de quintales), 200.000 quintales de café, 100.000 ídem de tabaco, de 75 á 80.000 bocoyes (más de 800.000 quintales) de miel

de purga (1), algodón, cueros, ganado vacuno, maderas, etc., etc.

Un poco más arriba, en la puerta que por esta parte sirve de entrada á la ciudad, distinguía yo el uniforme de la infantería que daba la guardia á aquel punto. A la izquierda, el arsenal y el poblado barrio de la marina; hacia estribor, y al otro lado de la ensenada, la costa, sembrada de casas de madera bañadas por las olas.....; en fin, la pequeña de las Antillas españolas estaba allí delante de mí con todos los vicios y todas las virtudes de las poblaciones de Ultramar, con todos los sentimientos nobles y patrióticos y todos los ruines y separatistas. Algunas horas más, y yo también tomaría parte en la vida de aquella ciudad, hasta entonces para mí desconocida.

Puerto Rico fué descubierto por Colón en 1493, y es la más oriental de las dos grandes Antillas. Tiene sobre 32 leguas de longitud por unas 12 de latitud. Su forma es la de un cuadrilátero rectángulo; su suelo es fértil, su clima templado y sano, su población de 650.000 habitantes, de los cuales son de color la mitad, y su situación á 17° 50'-18° 32' latitud N., y 68° 3'-69° 30' longitud OE.

Atraviesa de E. á O. una cadena de montañas poco elevadas, en las que nacen muchas corrientes de aguas que van á perderse en el Océano, y su te-

---

(1) Encerrado el azúcar en los bocoyes ó toneles, se col el *purguero*, que es una oficina que tiene un emparrilla rantes. Los bocoyes tienen tres agujeros, y por ellos [illegible] miel que cae por el emparrillado á otra habitación dispu recibirla.

rritorio está poblado como ninguna otra de las colonias del Nuevo Mundo.

Caminos bien construídos, telégrafo eléctrico, faros, puertos, enseñanza y movimiento comercial, revelan bien claramente el progreso, la civilización, la cultura (1) y la riqueza, que aunque no lo reconocen algunos díscolos y pérfidos hijos de España, ha sabido llevar allí ésta.

Si también allí hay ingratos que, olvidando los beneficios recibidos, conspiran menguadamente contra su integridad; si ha habido hasta funcionarios públicos (poquísimos para honra de la nacionalidad) que se han aprovechado de la importancia de su destino para ponerse *traidoramente* en relación con los revoltosos de la isla y conspirar contra la madre patria que les da su representación; si hay, por fin, algunas, aunque pocas señoras (para prestigio del sexo), que olvidando su tierna y delicada misión en la vida, descienden también al terreno de la ingratitud, y haciendo causa común con la traición y la deslealtad, estimulan y avivan el sentimiento de insurrección, compadezcamos á los instrumentos, tendámosles siempre nuestra mano amiga, demostrémosles cordialidad, y, ó serán unos malvados, ó el menor resto de honor les corregirá y hará germinar en su conciencia esa inquietud interior que engendran las malas acciones y que es..... el remordi-

(1) La isla es tan poblada como hospitalaria y segura. Por todas partes se encuentra una puerta abierta, un honrado *gíbaro* (como se llaman los habitantes del campo) que acompañe al viajero, y la salvaguardia de la honradez y la moralidad.

miento (1). Para los instigadores pido el castigo en nombre de la integridad española.

Hacia las once de la mañana del día 13, listo un bote y á mi disposición, salté á él con el sentimiento natural de separarme de aquel barco, en el que había ya hecho un viaje desde La Guaira á Puerto Cabello para observar de cerca los planes de los Quesadas contra Cuba, y que ahora había sido mi refugio; y de su comandante y oficiales. El primero, además, me había saludado con sus seis tremendos cañones al separarme de él en aquel viaje, y con los segundos había establecido en aquellas largas horas de mar esos vínculos que establecen la educación y la necesidad por un lado, y la edad por otro. Tres días más tarde zarpó el *Hernán Cortés* para Venezuela, á seguir observando los movimientos filibusteros.

Ocho minutos después saltaba en tierra firme, atravesaba la puerta que veía desde el barco y entraba en las calles de la ciudad en busca del mejor hotel, que me informaron ser el del Universo, y en el cual me albergué.

Mi primer cuidado, después de mi instalación, fué prepararme para una entrevista con el señor Capitán general, que había tenido la atención de indicarme que me recibiría á cualquiera hora.

Era el general D. Ramón Gómez Pulido, antiguo

(1) En Puerto Rico como en Venez[illegible] tiene buenos sentimientos. Unos cuantos aven[illegible] lítica es manantial fecundo de bien[illegible] en extraviarle y los únicos responsa[illegible] que tanto prodigan.

conocido mío, y en él encontré la misma agradable y cortés persona que había conocido en los salones del Casino de Madrid. Hablamos largo rato, y el cable se encargó de transmitir el resultado de nuestra conversación. Tres días después recibí la contestación del Gobierno de mi patria *pidiéndome datos* y encargándome que *aguardase órdenes*.

Antes de despedirme del Capitán general me indicó su deseo de que le acompañara á comer el día siguiente, al cual condescendí gustoso y honrado, y sofocado en aquellas horas de calor volví al hotel á aligerarme un poco de traje y á ordenar mi revuelto equipaje.

No he dicho antes de ahora que me acompañaba como amigo el que durante mi permanencia en Caracas había desempeñado, por nombramiento mío, el cargo de canciller del Consulado general de España. Mareado desde el instante en que pisó la cubierta del *Hernán Cortés*, y no sosteniéndose de otro modo que sobre un colchón que se le tendió en la toldilla del comandante, sobre el puente, para que estuviese más fresco, no ha podido aparecer su acción hasta el momento en que le presento en escena.

Ansiosos los dos de conocer la capital, aguardamos que el sol fuese descendiendo para poder pasear, y en tanto, un fresco baño y una comida sabrosa nos prepararon para nuestro intento.

Salimos, por fin, á la calle, y nos quedamos admirados. ¡Qué policía! ¡Qué empedrados! ¡Que aceras tan anchas! ¡Qué risueña fisonomía en todo! ¡Qué soldados tan lujosamente vestidos! Los artille-

ros con sus pantalones y casacas blancas como la nieve, cubiertas de botones dorados, con los dos cañones cruzados y la pila de balas en medio, con sus bombas doradas, con su cuello de camisa blanco y su pañuelo de seda negro, su rico jipi-japa con la escarapela española y su ancho machete de dorado puño al costado izquierdo; la infantería con su cómodo uniforme rayado de azul, el magnífico jipi-japa de ordenanza y la aguda bayoneta al costado; la salvadora institución de la Guardía civil con su alta bota de montar y el uniforme propio del clima, con su sable de caballería arrastrando; la plaza principal llena de soldados de diversos institutos, enlosada como un salón de recibo y guarnecida de un elegante balcón con asientos corridos de piedra y farolas de gas sobre ellos; el palacio de la Intendencia al testero de esta plaza (1), y el del Municipio á uno de los lados; el del Segundo Cabo en la calle de la Fortaleza; el del Capitán general (2) al arranque de la misma, lindísimo palacio con una escalera cubierta por una elegante linterna, en cuyo techo y hornacinas hay pinturas y estatuas con atributos españoles, y cuyos ricos salones ó galerías de crista-

(1) Hay en esta plaza una tienda de objetos de plata, oro y piedrás preciosas, cuyo dueño, el Sr. Furiati (italiano) y sus dependientes son personas agradabilísimas. En esa tienda encontré siempre una silla en que sentarme las noches de retreta, y la mayor benevolencia y agrado.

(2) Lo mismo al palacio que al que lo habita, puede acercarse todo el mundo. La representación de España no se hace sentir fuera de la ley á nadie, y aun dentro de ella con una gran benignidad. La mayor benevolencia en la administración y sencillez en el trato son los rasgos característicos de las primeras autoridades.

les encierran cuadros, muebles y objetos notables. Aquellos suelos de alabastro tan limpios, al par que frescos, y aquellas ventanas y balcones abiertos desde las cinco de la tarde para dejar paso á la brisa cargada de sales marinas; la temperatura dulce de las habitaciones..... todo..... todo nos decía elocuentemente que vivíamos en medio de la civilización, del progreso y del orden, bajo el espléndido cielo de los trópicos.

Una cosa notabilísima tiene este palacio, que allí llaman *La Fortaleza*, y es que no tiene puertas, y por ende que esté siempre franco el paso para todos. Cualquiera puede llegar hasta las habitaciones del Capitán general sin hacerse anunciar, pues aunque hay dos centinelas siempre (de la guardia de palacio) en la entrada, ni interrogan ni impiden jamás el paso á nadie, aunque sean las doce de la noche, hora en que yo he entrado alguna vez. Al llegar á la última meseta de la escalera se entra en un salón donde están los ayudantes de guardia, é inmediatamente después empiezan las habitaciones que ocupa el Capitán general. A no ser por los ayudantes, se podría llegar al dormitorio del General sin tropezar con la menor dificultad. ¡Qué lisonjera es esta confianza para el Gobierno y para los gobernados!

Excusado es decir que en Puerto Rico encontré conocimientos y relaciones de Madrid. El Intendente de Hacienda ó jefe económico, el jefe de Estado Mayor, algunos jefes y oficiales de artillería, el Comandante jefe del presidio y otros empleados de la Administración, me hacían recordar constan-

temente la vida de Madrid y las diversas épocas á que se refería nuestro conocimiento. Los setenta y tantos días que pasé en San Juan de Puerto Rico, en donde refresqué algunas amistades y creé otras, serán siempre para mí de un grato recuerdo.

Allí encontré media docena de periódicos diarios y semanales que *defendían diversos intereses*, y recordé, comparando, que en Caracas *sólo había uno* que cantaba constantemente las glorias del Gobierno. Caracas, sin embargo, es capital de una República federativa, y tiene sobre 50.000 almas, y San Juan de Puerto Rico es sólo capital de una provincia española, y tiene menos de la mitad. Y allí conocí al director de uno de ellos, el del *Boletín Mercantil*, que me visitó, y trató la cuestión de mi salida de Venezuela con una verdad y un españolismo que le honran.

III.

Presentado en diversas casas y frecuentando su trato, pude apreciar los atractivos de su sociedad. El baile es un elemento principal en todas las reuniones; pero..... ¡qué baile! Yo no conocía nada que se asemejase á la danza de Puerto Rico, ni conozco nada que tenga más seducción, ni que despierte más sensualismo, ni se suba más á la cabeza. Yo no comprendo que bailen aquella danza tan impunemente (en apariencia por lo menos), como si leyeran el

Kempis. Hasta tal punto es la tal danza provocativa, que comprendiéndolo aquellas criollas la hacen perder su carácter por darle otro más conveniente, habiendo yo observado que cuanto más distinguida es una señorita, tanto más contenida está, y cuanto más despreocupada, más suelta. La danza, sin embargo, no pierde nunca la gracia, y el piano, acompañado del *güiro* (1) ó *güicharo*, forma la orquesta obligada de todas las reuniones.

La música de las danzas es realmente inspirada, como la letra. Una recuerdo, cuyos versos voy á copiar para que los conozcan mis lectores.

¡Bellísima trigueña,
Imagen del candor,
Del jardín de Borinquen
Pura y fragante flor!
Por tí se queda extático
Todo el mortal que ve
Tu aire gentil, simpático,
Tu breve y lindo pie.
Cuando te asomas
Á tu balcón,
La luz eclipsas
Del mismo sol.
Que tus ojos, niña,
Dos rayos son,
Que al que los mira ciego,
Abrasan el corazón:
El corazón..... el corazón.

(1) Una especie de calabaza hueca con surcos hechos á lima, sobre los que se pasa una barilla de hierro llevando cierto aire encontrado con la música. Las primeras veces que se oye hace un efecto desapacible; á medida que se oye se considera necesario, y más tarde es lánguido y frío todo cuanto no está acompañado por el *güiro*.

Es imposible decir todo el sentimiento, toda la melancolía con que empieza este canto y la languidez con que termina. La música espira realmente cuando la canción se acaba; y cuando la voz repite: «el corazón, el corazón», parece que corre por las venas un estremecimiento desconocido, y las últimas notas, vibrando en el aire, le envuelven á uno como un precioso perfume. Es verdad que yo *la he oído* en circunstancias que no he de olvidar.

Durante mi permanencia allí daban reuniones semanales tres ó cuatro de las principales familias. La del Sr. Mena, respetabilísimo caballero que vivía con sus hijos y una hija política, modelos todos de atención y cortesía; la de un magistrado, cuya hija, algo dada á la mística por la mañana y al baile por la noche, fué algunos días después presidenta de una sociedad de hijas de María, é instrumento, según dieron en decir, de conspiraciones carlistas (que yo nunca creí), por lo cual se deshicieron sus reuniones; y la de un señor Tamariz, en cuya casa se hacían charadas al par que otras diversiones.

Y por cierto que he de referir un lance ocurrido en esta última casa (á la que no concurrí), en una noche de reunión. Se había puesto un juego en el cual un caballero tenía que ir preguntando á todas las señoras: «¿Qué me da usted para mi boca?» Sabido es que estos juegos, aunque pesados, cuando no hay algún interes de por medio, dan sin embargo anchos motivos á la cortesanía y á la agudeza, y son un honesto é inofensivo entretenimiento. Pues bien; el caballero se dirigió á una de las señoritas (que no nombraré) y la hizo la pregunta de precepto: la señorita

se detuvo un momento, y después, con una gran solemnidad, como quien dice algo oportuno, contestó que le daría un *freno*. Excusado es decir el estupor de los dueños de la casa y de todos los concurrentes, y el esfuerzo de prudencia que para no estallar tendría que hacer el aludido. Yo recuerdo que en el café se contaba con indignación.

Algunas familias, aunque no lo tengan por costumbre, improvisan con una docena de parejas un baile que se prolonga hasta las dos ó las tres de la mañana, y recordaré siempre algunas de estas reuniones á que fuí invitado con el amigo que me acompañaba, en casa de la señora Gautier, distinguida poetisa y no menos distinguida señora, madre de dos hijas encantadoras.

El trato familiar es muy agradable; pero las visitas no deben hacerse sino por la noche. El calor es fuerte durante el período en que en Europa se cambian esas fórmulas de la cortesía, y las puertorriqueñas tienen un traje de completo abandono durante esas horas de fuego. Hacia las cinco de la tarde refresca, y después de comer reciben ya coquetamente vestidas.

Los paseos, si han de ser un poco largos, se dirigen siempre á *Puerta de tierra* y por fuera de las primeras fortificaciones (1). Allí hay una extensa alame-

(1) Toda la parte interior de estas fortificaciones está sembrada de pirámides de balas de cañón cubiertas de una capa de fábrica para que la lluvia no las perjudique. Sin duda habrá algunos miles de todos calibres, á juzgar por las infinitas pilas que hay en todo el largo de sus recias murallas.

da (1) azotada de un lado por la furiosa rompiente y del otro bañada por unas aguas eternamente tranquilas, y por ella alejándose hasta *Cangrejos* (2), que es un pueblecito construído en su mayor parte, como todos, sobre estacas y al aire, se pueden hacer un par de leguas entre ida y vuelta (3).

Hay otros paseos alrededor de la ciudad por los muelles, el campo del Morro, puerta de San Juan, paseo de la Princesa, etc., sin contar el paseo de las Azoteas.

La azotea que tienen todas las casas está enlosada con el esmero que puede estarlo un salón y rodeada de un balconcillo. Desde todas ellas se ve, de un lado ó de otro, la mar, y en todas ellas se disfruta de aquella consoladora brisa que aspira uno con delicia, paseándose de un extremo á otro de su terraza, como hace más allá la familia vecina y todas. Á las seis de la tarde se ven estas azoteas cubiertas de se-

(1) Por esta alameda ó paseo, que se llama de la Glorieta, se comunica por tierra con la isla.

(2) En este pueblecito hay bastantes casas de campo, donde van á pasar las familias acomodadas muchos días de fiesta, y largas temporadas. Una de ellas, de la familia Latimer, es un verdadero hotel, con sus jardines, fuentes, elegante verja y todo cuanto puede constituir un pequeño palacio. Todas ellas tienen una fisonomía alegre, y la mayor parte tienen su verja y su pequeño parque ó jardín.

(3) Prolongando el paseo en coche hasta doce kilómetros, se encuentra el pueblo de Río-Piedras, en donde hay una quinta para recreo del Capitán general de la isla, elegante aunque modesta casa; está encerrada entre jardines y flores. En los de la espalda hay una soberbia alameda de árboles gigantescos. Esta quinta se llama *La Convalecencia*, y en ella he pasado un día agradable.

ñoras que se reunen pasándose de unas á otras (1).

Por esta razón se ven muy pocas señoras en paseo.

La retreta con música, que se verifica los martes, jueves y domingos, llama alguna concurrencia á la plaza principal. Allí alternan las tres músicas militares de los regimientos de guarnición y la de los voluntarios (2), escoltadas por sus brillantes escuadras de flanqueadores, y allí, de ocho á nueve, es el punto de reunión del sexo feo y de bastantes señoras. Los balcones de las casas aparecen muy concurridos, y las tiendas y cafes de la plaza también. Es de rigor que la retreta empiece con una danza y termine con otra. Tributo bien agradable que se paga al país.

Después de la retreta se pasa hasta las once de la noche en alguna de aquellas casas en que se encuentra una fresca mecedora de paja, un balcon largo y ancho como un paseo y una conversación agradable (3). Yo he pasado algunas noches en uno de esos balcones

(1) Esto dió motivo á uno de nuestros festivos escritores, que pasó allí una larga temporada, á decir que en Puerto Rico las personas andaban por los tejados y los gatos por la calle; y efectivamente, dominan desde las altas horas en plazas y calles estos cuadrúpedos domésticos.

(2) Hay en la capital un brillante batallón de voluntarios con su música, armamento, uniformes de diario y gala, costeados por ellos mismos, y en perfecta armonía con el ejército é intereses españoles. Su instrucción militar es tan sorprendente como su brillante equipo.

(3) En el palacio del Capitán general se reunían, durante mi permanencia, el Segundo Cabo, el Jefe del arsenal, el Obispo, el Jefe económico de Hacienda, jefes de los cuerpos de guarnición, Comandante del presidio, particulares de la población, oficiales y ayudantes, y la tertulia duraba alguna vez hasta la una y media ó dos de la noche, que aun quedábamos un par de contertulios.

contemplando extasiado aquella hermosa luna y disfrutando aquella perfumada brisa. Como si esto no fuera bastante, he encontrado también hallí cariñosos vínculos de amistad y delicadas muestras de simpatía, que he devuelto generosamente y que no olvido.

Los cafes están abiertos hasta la una de la noche, y en ellos, para tomar un delicadísimo sorbete, nos reuníamos algunos amigos, ó en la plaza principal á la luz de aquella espléndida luna. Y no éramos solos nosotros los que trasnochábamos, puesto que de varios de los balcones no se retiraban las señoras hasta cerca de las doce. Algunos ruiseñores enjaulados llenaban de armonía con sus repetidos cantos el silencio de la noche.

Por las tardes se preparaban también paseos á Cataño y á Bayamón, que son dos pueblecitos al otro lado de la bahía. Un vaporcito de ruedas para quince personas azota constantemente con sus paletas en miniatura aquellas pacíficas aguas, y multitud de botes están yendo y viniendo á la vela ó al remo constantemente. Es muy grato alquilar uno de aquellos botes con un remero, y ajeno al movimiento y á la vida de la población, entregarse al placer indefinible de la meditación y del aislamiento en aquella ancha ensenada.

Las mañanas las pasaba hasta las diez á la orilla del mar en un sitio de los muelles próximo á la puerta de San Juan. Es el sitio más fresco que hay en las primeras horas del día. Desde allí se ven entrar ó salir todos los barcos, y allí venía con frecuencia á atracar un bote y á recogerme para pasear.

¡Cuántas horas he pasado sentado en un asiento formado por el desprendimiento de una piedra del muelle! ¡Cuántas veces me he entregado á la contemplación de aquel mar tan uniforme y tan variado á la vez! Esa sucesión constante de las olas que avanzan, se alejan y desaparecen, para empezar de nuevo por una eternidad la misma evolución, me ha sumergido con frecuencia en un abismo de ideas nacidas al choque de mi imaginación y de aquellas mansas olas que se rompían á mis pies y que eran la heroica pulsación de aquel terrible océano que se revolvía sin diques ni trabas en el horizonte. Sentado allí, he leído el *Fausto* y el *Werther*, y he sentido lo que leía. Allí he escrito también mi sentimiento, aunque imperfectamente, y esas cuartillas, hijas de mi inspiración mejor sentida que expresada, las tiene hoy una de mis amigas de Puerto Rico que quiso conservarlas y á quien yo se las dí con el mayor gusto.

Después de este paseo matinal, la recalada era en el café donde concurren en las primeras horas de la mañana diversas personas á tomar un *rabo de gallo* (*cok-teil*) (1). Allí nos reuníamos media docena de amigos: el coronel de estado mayor, algún jefe de artillería, algún otro de los cuerpos de la guarnición, un marqués que si como tipo aristocrático es nega-

(1) Bebida muy agradable que se usa mucho en Norte-América, de donde se ha extendido el uso á las Repúblicas hispanoamericanas y á las Antillas. Se compone de un *amargo* (bitter), cognac, agua y azúcar, bien batido con un molinillo de metal y bien refrescado con hielo. Es un buen tónico, y excita el apetito.

tiv[illegible]
y [illegible]
tica [illegible]
oí á [illegible]
pones [illegible]
la [illegible]
media [illegible]
[illegible]
seriedad [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
los [illegible]
cada [illegible]
[illegible]
[illegible]

Desde [illegible]
bamos [illegible]
ciones que á se ve [illegible]
[illegible]
el jardín [illegible]
Princesa, [illegible]
está el presidio, que [illegible]
Un local vasto [illegible]
catres limpios y [illegible]
penados (2) [illegible]

(1) Hay penados que [illegible] morosos, [illegible] Todos los días [illegible] familias de la [illegible]

(2) Hay [illegible]

siempre, y buena policía y moral interior, son los rasgos que caracterizan al establecimiento. Algunas veces he comido en casa del comandante Sr. Hermosa, y desde allí he oído cantar la salve con el vigor y energía propia del forzado, pero al propio tiempo con el fervor y entusiasmo religioso.

«Dios te salve, Reina y Madre de misericordia», cantaban armoniosamente aquellos que tanto la necesitaban; «vida y dulzura, esperanza nuestra», repetían como un consuelo aquellas varoniles voces; y nosotros, que las oíamos claramente desde el comedor, suspendíamos por un instante nuestra comida y nos asociábamos mentalmente á aquella consoladora oración. Siempre recordaré con placer una tarde en que debía castigarse una falta en un penado, en favor del cual intercedí con éxito cerca de mi anfitrión, cortesía que recuerdo con reconocimiento. Cada penado (1) gana en su trabajo una cantidad, y las cuentas se fijan en tablillas para que hagan las reclamaciones que crean justas. Allí hay talleres de sastre, zapatero, ebanista, herrero, etc.; muchos se colocan de criados ó de cocineros en casas particulares (2);

---

en que su carácter es rencoroso y se vengan siempre que creen haber recibido algún agravio, y también porque son consignados á aquel establecimiento penitenciario desde la isla de Cuba. Para el chino la pena capital es casi ineficaz, porque creen recobrar una nueva vida en su patria.

(1) Trabajan la paja y la palma con ingenio, haciendo de ella cajas, abanicos con adorno de estambre, canastillos, culebras y otros objetos á cual más ingeniosos.

(2) Casi todos los chinos son competentes en el arte de cocina.

otros trabajan en los campos; algunos en las fortificaciones.

El arsenal, los bien artillados castillos del Morro y San Cristóbal, las soberbias fortificaciones que rodean y defienden la ciudad, los diversos palacios, el teatro, la catedral (1), la maestranza y parque de artillería, los hospitales y cuarteles, los muelles y paseos, me ocuparían demasiado si hubiera de describirlos.

Todos los meses tocan allí dos paquetes ingleses y uno francés, sin contar los de la línea española. En uno de los segundos resolví *de repente* hacer el viaje á la Península, y me embarqué el 26 de Mayo después de setenta días de grata permanencia en San Juan de Puerto Rico. Uno de los pocos amigos de quien pude despedirme, D. Fidel Gatell, me acompañó al muelle; el comandante de artillería señor López Sánchez y capitán Sr. Mena fueron á bordo á darme la satisfacción de estrechar manos amigas; el teniente de navío Sr. Eulate llegó en un bote á decirme adiós cuando el vapor arrancaba ya, y más tarde aquella inflexible máquina en cada una de sus revoluciones nos fué separando de la graciosa capital, de

(1) La misa mayor en la catedral se dice con solemnidad y se oye con respeto. Cuando se abren las puertas que hay á los pies de la iglesia, atraviesa la vista los vastos y elegantes atrios, la ancha escalinata de piedra, y pocos metros de declive hasta la puerta de San Juan, y se ve por término del cuadro la inmensa extensión de la mar enfrente del altar mayor. De este espectáculo he disfrutado *á propósito* alguna vez, oyendo misa á los pies de la iglesia y cerca de las puertas, y puede disfrutar todo el que viva allí y quiera sentir algo fuera de lo vulgar.

la que tan agradables recuerdos conservo (1), y alejándome al propio tiempo de Costa Firme, con cuyo país y habitantes tantos vínculos creé durante mi larga permanencia.

---

(1) En el momento en que terminé este artículo, publicaban los periódicos la discusión de la Cámara, en la que el señor general Sanz ha hecho conocer la nueva insurrección de *Camuy*, realizada al grito de «*Muera España*», «*Viva Puerto Rico libre*», «*Mueran los voluntarios*», y sofocada *gracias á la salvadora institución de la Guardia civil* (tan odiada por los traidores separatistas), y por la decisión de los bravos voluntarios. Diez de los primeros y once de los segundos han sido bastante para vencer á trescientos amotinados. La traición es siempre cobarde. Reciba el señor general Sanz mis profundas simpatías por su digna conducta; recíbanlas asimismo los señores Zugasti, Ardanaz y firmantes de la proposición presentada en la sesión del 19 de Marzo. Y aun cuando al señor Sanz le baste la conciencia de cumplir honradamente con su deber, quiero, y le ruego que me lo permita, asociarme á cuanto él y los demás buenos españoles dijeron en esa sesión, y protestar enérgicamente de lo que protestaron.



GUATEMALA.

Hay tan pocas noticias de Centro-América en Europa, que todo lo que se escriba de aquel país tendrá el carácter de novedad, además del interés que naturalmente despierta cuanto se refiere á países separados del movimiento y de la vida febril que agita hoy las sociedades en general, y por lo mismo escribo este capítulo.

De Centro-América casi podría escribirse como Comettant ha escrito de *las civilizaciones desconocidas*.

Lo que antes se llamó Confederación de Guatemala y lo que hoy podría tener verdadera importancia política si constituyera un solo Estado, es al presente Centro-América, fraccionada en cinco repúblicas liliputienses que se llaman Guatemala, Salvador, Costa Rica, Nicaragua y Honduras, alguna

de las cuales cuenta por toda población 300.000 habitantes, los cuales tienen que soportar las cargas anexas á la organización de un Estado con su presidente, ministros, Cámaras, tribunales en todos sus grados, representación diplomática, etc.

Únicamente Guatemala puede sostener á duras penas el rango de nación, gracias al millón y pico de habitantes que la pueblan, aunque de ellos son indios sobre 800.000, y se encuentran casi en el mismo estado en que los dejaron Alvarado y Cortés.

Es curioso el tipo de aquel pobre indio, que es de buen carácter. Si va á Guatemala desde sus rancherías, ó desde los pueblos en que vive, á vender sus frutas, hortalizas ó confituras, jamás se vuelve con el dinero á su casa, sino que lo emplea en objetos de comercio, con los que anda cargado algunas leguas hasta llegar á su morada y venderlos.

Los objetos que el indio carga no los vende en el camino, aunque le den triple de lo que valen. Él comprende que en el momento que tenga dinero, entrará en la primera chichería del camino, y allí se le dejará, cambiándolo por aguardiente adulterado, con que se embriaga aquella pobre indiada; en tanto que, conservando su carga, la vende en su pueblo, en donde puede conservar ó emplear su dinero.

Los caminos en aquellos países son tan primitivos, que hay que abrirlos en el monte á machete ó hay que trepar con frecuencia por los ya abiertos como las cabras.

No puede formarse una idea de ellos no cruzándolos. Subidas escarpadas y bajadas rapidísimas, casi despeñaderos, con una explanación elemental, sin

otro afirmado que el que la Naturaleza establece y con un piso en el que no hay en muchas partes un solo metro sin rocas y troncos de una cuarta de desnivel.

Por aquellos caminos, sin embargo, van y vienen coches y carros; ellos son las grandes arterias para la arriería, y por ellos cruza la indiada, cargada lo mismo que animales y sosteniendo con la cabeza todo el peso que gravita sobre sus costillas, suspendido con una especie de cincha.

La mujer lleva su carga en la cabeza y su muchacho en una especie de bolsa que hace sobre su espalda con una tira de tela ancha, que se pone á manera de banda y que se ata sobre el pecho.

Todos ellos hablan el *cakchiquel* ó el *quiché*, y aunque muchos comprenden el castellano, hay que hablárselo con cierta corrupción muy propia de los países hispano-americanos para que lo entiendan. Es verdad que desgraciadamente las gentes cultas allí pegan cada sablazo á la gramática, que la transforman por completo cuando hablan (no cuando escriben).

El traje de aquellas pobres gentes es el menor posible. El hombre lleva un pantalón muy..... lacónico, que le cae apenas hasta medio muslo. Una camisa y un sombrero de paja completan su ropaje. La mujer varía mucho, según la localidad.

Algunas hay que podrían hacer sensación en la ópera *Aida*.

Cubren su cuerpo hasta la cintura, sacando los brazos por dos anchas aberturas de una especie de saco, que llaman *güipil*, y que no carece de gracia; va adornado con franjas de colores vivos sobre blanco; llevan después una especie de manta azul,

en que se envuelven desde la cintura á las rodillas, y se sujetan este *envuelto* con una faja de color. Se ponen cintas en la cabeza, y á pesar de no llevar calzado y no brillar por su belleza, puede asegurarse que no carece este traje de cierto gusto ni de cierta gracia primitiva.

Hay muchas y variadas modas entre ellas; pero, así y todo, no dan la menor importancia á la ropa: su tendencia es á volver al estado primitivo, y la lucha entre éste y la civilización es tenaz.

El pudor que colorea el semblante de las mujeres de nuestra raza, por el menor descuido de su tocado, por una mirada importuna ó apasionada; el recato y el cuidado con que se cubre cuanto puede despertar la más ligera manifestación de sensualismo ó de deleite, son desconocidos casi de la raza india. Sus piernas, sus brazos y su pecho pertenecen al público, y allí sí que se podría aplicar aquello de «la libre enseñanza».

Guatemala es una ciudad bastante regular, con buenas y anchas calles, con elegantes iglesias, con vastas plazas y con casas bajas, que si por fuera no ofrecen nada de extraordinario, por dentro son muy cómodas, y tienen la grandeza y el aire de suntuosos claustros las tiradas de corredores alrededor del patio con su columnata correspondiente.

El tamaño de estos patios y de las habitaciones excede á las proporciones ordinarias, y con frecuencia se entra en salones y comedores de 10, 15 y 20 varas de largo, en los que dos jardineras, cuatro mesas-repisas, dos muebles de fantasía, dos sofás, tres mesas de centro, un piano, catorce ó diez y seis

sillones, seis espejos grandes y varios cuadros, bailan aún aislados en esta especie de salones-mundos.

La mujer es de un trato agradable en su casa, de la cual casi no sale. Su secuestración es absoluta, y sólo por las mañanas, envueltas en pañolones de muy mal gusto, suelen dar algún paseo para ir al baño y después esconderse inmediatamente.

Los volcanes de que está sembrada Centro-América la amenazan constantemente de un cataclismo igual al de Java ó al de Ischia; pero aquellas poblaciones se han acostumbrado ya de tal modo á sus terribles vecinos, que reposan indiferentes y confiadas sin pensar en la sentencia que pesa sobre ellas.

Aquellos países, que más pronto ó más tarde serán absorbidos por los yankees, empiezan ya á *yankizarse*. Allí sólo se habla de Nueva York, y se mal imitan instituciones norteamericanas, y se viaja á los Estados Unidos, en lugar de empaparse cada vez más en sentimientos propios de la raza latina, y sobre todo de la familia española, como la muralla más fuerte que podrían presentar á la invasión que les amaga.

Aquellos pueblos son cortos de vista y escasos de criterio en ciertos casos, y lo mismo duermen á pierna suelta *sobre los volcanes*, que se prestan inconscientemente á la propaganda tenaz de los norteamericanos.

El clima y la temperatura son excelentes en Guatemala, y hasta podría calificarlos de deliciosos. Todas las oscilaciones del termómetro están entre 14 y 28 centígrados. Noviembre, Diciembre y Enero es el tiempo frío y sin lluvias.

Se llama invierno allí á la temporada de lluvias,

durante cuyo período se reproduce el diluvio universal por entregas, y añadiré que cuando truena, y truena con mucha frecuencia, salta uno hasta el techo de su habitación y tiemblan hasta las estrellas; y cuando caen rayos y caen con harta frecuencia también, no queda casa á la que no la toque su media docena. Afortunadamente aquella es la ciudad de los pararrayos, y todas las casas están erizadas de ellos.

En Guatemala falta el movimiento y la vida de otras ciudades; y en cuanto llega el anochecer, se cierran todas las ventanas, suponiendo que se hayan abierto durante el día; se cierran no sólo los cristales, sino también herméticamente las maderas para que no se perciba ni el más ligero rayo de luz, y del mismo modo que es raro ver señoras á las rejas durante el día, es extraordinario ver luz en las habitaciones durante la noche. De día, como de noche, el aspecto de la ciudad es triste, por consecuencia de estas costumbres monacales y de esta secuestración tradicional.

La gente es agradable y tranquila, y la mujer, en su hogar, como digo antes, de buen trato y afectuosa. En el comercio social es cuanto puede ser, dados los elementos con que se forman aquellas sociedades y los apagados ecos del mundo que tan tardíamente llegan á aquellas latitudes.

En cuanto á la forma política por que se rige aquel país, como los demás de América, nada puedo decir de nuevo. Es exactamente la copia de los demás países americanos (que yo conozco) que se rigen por iguales instituciones. Me refiero sobre el particular á Bolívar y al juicio que él formó de ellos en sus me-

morias. No creo que me rechacen el texto los pueblos que acaban de celebrar su centenario, y mucho menos el que ha dado en llamarse ilustre americano y en erigirse estatuas en Venezuela, que la actual administración ha derrumbado, el célebre Guzmán Blanco.

Todas las manifestaciones en aquellos países se hacen con pólvora. Un acto político, una conmemoración patriótica, el santo del Presidente, un bautismo, una boda, un grado académico..... todo, absolutamente todo, se celebra con cohetes, triqui-traques, bombas, bengalas y cascadas de fuego, con tal profusión, que si el dinero que queman tan alegremente lo empleasen en obras públicas, estarían las repúblicas cruzadas de buenos caminos y no sería preciso vadear aquellos ríos, economizando así muchas vidas de hombres y animales.

Allí nació durante mi permanencia una grande idea que por iniciativa de aquel Presidente se pretendió realizar con capitales del país. Era un ferrocarril desde el Atlántico al Pacífico. Si el general Barrios hubiera realizado su pensamiento, habría hecho al país un inmenso servicio y al comercio europeo un señalado favor, y si hubiese podido realizar la unidad de Centro-América, cuyo digno proyecto acariciaba, habría dado á aquella gran faja de tierra una relativa personalidad respetable en la familia internacional y podido constituir algo serio con Méjico contra la insaciable, absorbente y pertinaz doctrina yankee; en tanto que, continuando el fraccionamiento actual, les cuesta trabajo entenderse y significan poco en el mundo internacional.

Una de mis observaciones allí fué, la de que aquel

pueblo no canta. En todas partes del mundo he oído yo á los obreros al dirigirse á sus moradas y á la juventud, siempre bulliciosa, endulzar su trabajo con el canto y dar salida á su alegría con aires populares. Allí nadie canta. Ni una sola voz se oye por la calle, y tal es la costumbre, que allí se tendría por loco al que cantase.

De España no se tiene idea, y muy raros son los que conocen su país de origen. Ni su sistema administrativo, ni su crédito, ni su organización militar, ni su fuerza, ni sus ideales de orden, ni la figura inteligente y simpática del rey D. Alfonso fueron allí apenas conocidos. Es verdad que muchos de los que debieran hacer conocer su patria en los países americanos sólo se ocupan en desacreditarla por lo general; y, según aquellos *traga-reyes*, la España sólo puede empezar á ser grande con la república, que *ya nos dió grandes pruebas de su sensatez en el ensayo aquel de marras y gran consideración ante las naciones*. Afortunadamente, hay otros españoles buenos patriotas que á dos mil leguas de la patria no hacen política *ni son más que españoles*.

En varias partes de la América del Sur tienen extrañas é insostenibles tendencias francesas, y allí las tienen yankees. ¡Qué ofuscación! Aquellos pueblos ni deben ni pueden optar por otra representación que por la propia de su carácter, que es la hispanoamericana, ó por la india. Todo lo demás es absurdo, y hora es de que lo comprendan.

¿Lo comprenderán? Lo dudo, á pesar de los buenos propósitos de que algunas veces hacen alarde. ¡Palabras! ¡palabras! y..... ¡palabras!



UN PRESIDENTE DE GUATEMALA

El general de división D. J. Rufino Barrios, presidente de la República de Guatemala, del que se ocupó oportunamente la prensa con motivo de los acontecimientos de Centro-América, era una personalidad digna de estudio, que ha sido hasta hoy objeto de elogios y censuras, apasionados unos y otras, en las cinco repúblicas centro-americanas, en Méjico y en los Estados Unidos.

Fué uno de mis buenos amigos á quien debí toda clase de consideraciones de las que no era muy pródigo para con otros, y á su memoria rindo tributo con esta biografía.

Nació el Sr. Barrios en San Lorenzo, departamento de San Marcos, el 21 de Julio de 1835, de don Ignacio Barrios y D.ª Josefa Aiyón, y en dicho pueblo se formó su primera educación con los pocos me-

dios disponibles en aquella época. Más tarde pasó á cursar el latín en la ciudad de Quezaltenango, y por fin perfeccionó su instrucción en la carrera jurídica hasta recibirse de escribano público, con cuyo título volvió al seno de su familia para ocuparse en la dirección y cultivo de las tierras que poseía.

Sus ideas exaltadas le llevaron más adelante á la conspiración contra el Gobierno de aquella época; y con algunos pocos compañeros atacó el cuartel de San Marcos (ciudad de su residencia y la de su familia).

No tuvo éxito su empresa, y se vió precisado á huir y ampararse en territorio de Chiapas (Méjico), desde donde siguió conspirando contra el Gobierno dominante.

Unido al general D. Serapio Cruz, atacó las fuerzas del Gobierno en el departamento de Huehuetenango; pero fué gravemente herido y el general Cruz derrotado.

Vivió oculto por los indígenas de Chiautla, y algo restablecido después, se dirigió á Soconusco (Méjico), de donde fué internado por el Gobierno á Chiapas.

En ese período se dirigió á la prensa para levantar el espíritu de sus amigos, invocando ideas de progreso; y organizó los medios para derrocar el Gobierno de Guatemala.

Unióse al general García Granados en 1870, y provistos de armas, organizaron una fuerza de 60 hombres, y con ella entraron en territorio guatemalteco en Abril de 1871, á pesar de las prudentes observaciones de los amigos políticos que consideraban des-

cabellados los planes que bullían en la cabeza de Barrios.

Cinco combates empeñadísimos en Tacaná, Retalhuleu, Quiché, Conchón y San Lucas, precedieron al triunfo de las ideas que sustentaba el general Barrios.

El 30 de Junio del 71 entró en Guatemala el que se llamó entonces ejército libertador, compuesto de 2.000 hombres, y se encargó del mando supremo el general García Granados, en virtud de los poderes que acordaron concederle los jefes militares en el acta que lleva el nombre de Patzicia.

El general García Granados contaba con prestigio en el país, pero carecía de condiciones de carácter para ocupar la primera magistratura. Por esta razón recogió el general Barrios el bastón de mando que sostenía débilmente Granados, y le sostuvo con energía, haciéndose respetar por todos los partidos.

La vida del general Barrios continuó siendo de lucha, con la única diferencia de que á la lucha de los campos de batalla, y frente á frente, que estaba en perfecta armonía con su carácter, sucedió la de sutilezas, disimulos é intrigas que le era completamente refractaria.

Le han atacado sus enemigos siempre desde muy lejos, *y con frecuencia después de haber recibido de él muchos beneficios*, atribuyéndole instintos sanguinarios y censurando agriamente las resoluciones en que resaltan los rasgos de autoridad.

Voy á probar que en el ataque sobresale la pasión, sin pretender por eso justificar todos sus actos.

Llega, como he dicho, el general Barrios á la presi-

dencia, después de haber sido ésta escarnecida, en la casa del Gobierno, en la calle pública y en la misma casa particular de su antecesor; y en estas circunstancias la recoge, la devuelve su prestigio y hace sentir, como era natural, el peso de su brazo á los que trataban de desconocer su autoridad.

Conspiran contra él y fusila á los conspiradores; convierte en soldados á hordas indisciplinadas; saca bienes considerables de manos muertas; domina al partido que allí representa el atraso y la rutina, y que se opone á toda clase de reformas; da á su país la preponderancia que le corresponde en Centro-América; pero no consigue todo esto sin que resistan las masas, sobre las que ejerce su acción bienhechora, y sin que tenga que encauzarlas alguna vez *con violencia*. Por esto le llamaban autócrata sus enemigos, y sin embargo, gracias á esa autocracia el país gozó desde hace años una paz octaviana; prosperó y se instruyó relativamente; é identificó, en cuanto es posible, aquel millón de indios, que son la principal base de la población, con lo que constituye la civilización europea.

El gran ascendiente que Barrios conquistó en el país que rigió *once ó doce años*, y el principio de autoridad que hizo prevalecer, le sirvió para establecer telégrafos que no se conocían allí; para construir ferrocarriles; para organizar el ejército y uniformarle; para fundar una Escuela militar con distinguidos profesores del ejército español; para montar una Escuela de veterinaria; para realizar Exposiciones industriales; para crear un cuerpo de policía modelo; para proteger, sobre todo, á los agricultores, y

para alentar todas las empresas que significan instrucción, adelanto y laboriosidad.

La agricultura era una de sus aficiones predilectas.

Poseía Barrios varias fincas, en las cuales sembraba caña, café de diversas clases, árboles, hierbas y plantas con diversas aplicaciones, y estimulaba á todos cuantos se le acercaban para que le imitasen.

Repartía con mano pródiga, porque era muy generoso, dinero y semillas á todo el que queria trabajar, y recibía afectuosamente á cuantos hombres útiles se le acercaban.

Importaba soberbios caballos andaluces y se ocupaba en el cruzamiento con yeguas norte-americanas, produciendo razas admirables. Era gran admirador de nuestros caballos, y tenía en sus caballerizas soberbios tipos de raza española, llevados á Guatemala á fuerza de gastos.

Era, por fin, el hombre creador y emprendedor de la República, y puede asegurarse que, con algunos que le imitaran, el país progresaría rápidamente.

Pero en lo que ha brillado su poderosa iniciativa es en el proyecto de ferrocarril interoceánico, en vías de realización.

Todos en Guatemala consideraban como un sueño esta idea, y el general Barrios fué el único que se empeñó en que era realizable.

Logró que se abriera una suscrición por acciones, y á ella acudieron los capitalistas, los propietarios, los comerciantes y los extranjeros; y por una ingeniosa combinación administrativa, todas las clases proletarias que ganasen ocho pesos al mes.

Los unos por entusiasmo; los otros por política;

muchos por no desagradar al Presidente; bastantes por recelo á que se les considerase como enemigos de toda idea progresista, y algunos porque, creyendo irrealizable la idea, no dudaron en tomar acciones que esperaban no pagar, es el hecho que los amigos y los enemigos fueron arrastrados por el general Barrios, que los trabajos empezaron, y que la duda se convirtió en fe y la indiferencia en entusiasmo.

Sin embargo de estos y otros grandes beneficios hechos á su país por el general Barrios, pretendieron por dos veces atentar contra su vida, aunque en vano.

La primera vez fué castigado duramente el crimen. La segunda vez perdonó la vida á sus enemigos, y eso que eran personas á quienes él honraba con su confianza y que le debían todo cuanto eran algunos, y casi todo los demás.

El estudio que había hecho de las cosas y de los hombres durante su largo período de mando, le había enseñado á reprimirse; á conocer á los que le rodeaban y á los que se le acercaban; á estimar á algunos; á disimular con otros; á despreciar á varios, y á persuadir á todos que era peligroso no considerarle con respeto.

En el seno de su familia, compuesta de una tan interesante como distinguida esposa y de seis hermosos niños, se recogía el general como en un santuario; y allí, en medio de los goces tranquilos del hogar, reposaba de la lucha diaria y de fatigas incesantes que soportaba, puesto que él entendía en todo y se ocupaba en todo cuanto se refería al gobierno, sin que por eso abandonase un solo instante sus asuntos particulares.

Si el último acto intentado por el general-presidente no se realiza por fin, Centro-América, dividida en cinco naciones, de las que cuatro son de muy escasa fuerza, pierde quizá la coyuntura de formar una agrupación poderosa.

En cuanto á los rumores que circularon sobre que el general Barrios pretendió establecer una monarquía en Centro-América, y constituirse como rey, me atrevo á desmentirlos conociendo tanto al hombre cuya biografía escribo.

Lo verdaderamente sensible es que el General Presidente cayera muerto de un balazo en Chalhuapa, cuando al frente de sus fuerzas avanzaba contra los salvadoreños que resistían los planes unitarios de Barrios.

Sin aquella bala homicida, hoy sería la unión de Centro-América un hecho.





TERREMOTOS Y VOLCANES.

I.

Aun recordamos las terribles y grandiosas manifestaciones de la Naturaleza que convirtieron en vasto campo de ruinas y de duelo algunos pueblos de las provincias de Granada y Málaga, y á propósito me ocurre relatar otra triste página de esas convulsiones terrestres, escrita en la historia de Centro-América.

Antes de describir la terrible noche del 8 de Septiembre de 1541, en que la ciudad de Santiago de Guatemala, fundada por los conquistadores españoles, dejó de existir, así como la catástrofe de 1773, que destruyó también gran parte de la ciudad de los Caballeros de Santiago, he de ocuparme, aunque

ligeramente, de ese espantoso fenómeno que se llama un terremoto, y que con tanta frecuencia se reproduce en los países americanos en donde yo he representado diplomáticamente el mío bastantes años.

Durante cierto tiempo se creyó que los volcanes y los temblores tenían entre sí una dependencia inmediata, y la ciencia establecía que las erupciones volcánicas y los terremotos reconocían la misma causa y obraban acordes.

Andando el tiempo, y sujetándosele á la observación, se vió que se hundían pueblos enteros y que se movía la tierra en países en donde no existían picos volcánicos, y se dedujo científicamente que son ó pueden ser independientes el uno del otro, con la ventaja de que los países que tienen esas gigantescas chimeneas están en algún tanto libres de los temblores, que son de poca intensidad en general, pues es indudable que la salida de vapores y gases inflamados por un foco volcánico puede evitar los terremotos, tanto más lamentables y funestos, cuanto más obstruídas están las salidas.

El químico y físico Berthelou compara la electricidad atmosférica con la del seno de la tierra, que, al llegar á la corteza terrestre, rompe el equilibrio que debería existir entre esa corteza y la atmósfera; y propone, para neutralizar los efectos, enterrar grandes barras metálicas cuyos extremos terrestre y atmosférico deben tener puntas divergentes muy agudas que derramen en la atmósfera el exceso de la electricidad.

Sospechan los hombres, que la influencia de la Luna sobre la corteza del planeta en que habitamos

es la causa de los terremotos. Establecen en cuanto es posible como causa también las grandes corrientes eléctricas que existen en el seno de la tierra. En el centro de ésta hay una costra en fusión cubierta por una masa solidificada. Los gases que se desprenden y se enfrían, se condensan y sacuden la tierra buscando su expansión. Hay opiniones sobre inmensas filtraciones de aguas del mar que al llegar á las profundidades de la tierra se descomponen, desarrollando fuerzas desconocidas de vapores y gases que hacen estremecer determinadas zonas.

Es el hecho que esas fuerzas plutónicas, á pesar del espesor extraordinario de nuestra costra terrestre, son de tan imponderable potencia, que en el terremoto ocurrido en la Martinica en el año de 1839 fueron sensibles los estremecimientos en todas las Antillas, en muchos puntos de la América del Sur, en las costas del Golfo mejicano y en la Florida. Total de extensión, 370.000 leguas cuadradas.

El terremoto de Lisboa (1755) fué sensible en toda Europa, en el Norte de América y en alguna parte del Nuevo Mundo.

Remontándonos á épocas antiguas, citaré el terremoto de la época de Tiberio, el segundo emperador romano, que en algunas horas arruinó trece grandes ciudades en una extensión de ciento y pico de leguas de diámetro.

He leído en una recopilación de teorías científicas sobre terremotos, que ni las corrientes de aires bajo de la tierra, ni el hundimiento de grandes masas de rocas interiores, ni las espantosas explosiones de los gases desarrollados por el calor de la tierra, ni el

hervidero de tanta materia ígnea en el centro del globo, podrían reconocerse como origen capaz de producir las fabulosas crisis que han acompañado siempre los grandes terremotos.

Volviendo al terremoto del tiempo de Tiberio, dice Stukeley que su centro de acción debió encontrarse á 70 leguas de profundidad, poniendo en movimiento un cono de tierra de 350 á 400 kilómetros de altura, sobre una base de 50 leguas. Toda la pólvora inventada hasta nuestros días, según parece, no sería bastante para realizar la conmoción de estas masas inmensas de tierra.

El mismo Stukeley agrega que, tomando por base estos cálculos, son extraordinarios é inexplicables los efectos del gran terremoto que en un momento destruyó en Africa cien ciudades.

Figuier y Zimmermann citan ejemplos, en su obra intitulada *El Mundo antes de la creación*, que demuestran, sin embargo, la enorme extensión que pueden abrazar los terremotos, cambiando el aspecto de dilatadas regiones, suponiéndose desde luego que la causa motriz de estos fenómenos ha debido tener lugar en las más lejanas profundidades del globo: y con este motivo se recuerda entre otros, como el terremoto de la Martinica, los acaecidos en Chile, que tiene una extensión de costa de más de 300 leguas, y se propagaron á la distancia de 170 en el mar, lo cual da una superficie de más de 50.000 leguas cuadradas (1).

(1) Véase *Apuntamientos sobre la topografía física de la República del Salvador*, por David J. Guzmán.

Mucho podría extenderme copiando aquí muy curiosas teorías científicas y no pocos de esos dramas universales de que es escenario el Nuevo Mundo, lleno por todas partes de caudalosos ríos, de interminables montañas, de extensos lagos y de numerosos volcanes.

Sólo en Centro-América, en donde por haber yo visitado sus pueblos y haber pasado allí algún tiempo he tenido ocasión de estudiar algunas de sus propiedades, existen 71 volcanes entre activos y extinguidos.

En aquella región, á la que llegan lenta y tardíamente los latidos de Europa, y hasta las pulsaciones de los Estados Unidos que están más próximos, acontecen fenómenos extraordinarios.

Uno de ellos es lo que se llama *Volcán de agua*, que es el volcán de Ipala, que se encuentra á seis leguas de Chiquimula, y cuyo cráter encierra un lago con tres millas de circunferencia, cuya agua es cristalina y potable, en la que, sin embargo, no vive ninguna clase de peces. Su profundidad es tal, que hasta ahora no se ha podido apreciar por nadie.

Otro de los *volcanes de agua* es el de que me propongo tratar en otro capítulo, y fué causa de la catástrofe que voy á relatar, de la cual quedan en pie restos elocuentes del cataclismo de aquella funesta noche á que me refiero al principio de este escrito.

Pero como realmente va haciéndose largo este exordió por irme engolfando en cierta clase de consideraciones, terminaré ahora haciendo votos por que aquellas cinco Repúblicas, de una de las que me

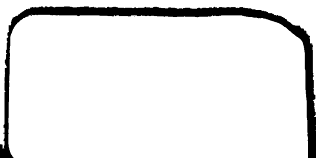
ocuparé en el capítulo próximo para referir la fundación de Guatemala, ó mejor dicho, la destrucción de la Ciudad Vieja (Santiago de Guatemala) y La Antigua (Caballeros de Santiago); terminaré, repito, haciendo votos por que se reconstituya la patria centro-americana, aspiración de los antiguos Morazán y Barrios, é ideal de grandeza patriótica acariciado, por algunos discretos americanos amantes de su país.

II.

Terminé el capítulo anterior ofreciendo relatar una de las páginas terribles de Centro-América, bajo el punto de vista de las convulsiones terrestres, y voy á cumplir mi compromiso, aunque deteniéndome antes en algunos recuerdos históricos.

Estamos en el siglo XVI, y la escena pasa en la ciudad de Santiago de los Caballeros (Guatemala).

El gobernador y capitán general de aquellas provincias, D. Pedro de Alvarado, de vuelta de España después de triunfar de algunas prevenciones cortesanas, obtiene en Méjico el nombramiento de teniente gobernador de Guatemala para su hermano Jorge, y posesionado éste de su cargo, reune los vecinos para fijar definitivamente el sitio de la ciudad y residencia de las autoridades.



El sufragio ó voluntad de los vecinos, esparcidos en ranchos y viviendas sin orden, se declaró por el valle de Almolonga, con un clima dulce y una fisonomía fértil y risueña, y en él se estableció la capital el 22 de Noviembre de 1527.

¡Cuán efímeras son las obras de las hombres! Después de catorce años escasos debía desaparecer aquella ciudad en el trascurso de una tremenda noche de horrores sin cuento.

Pero no anticipemos el relato de los hechos. El espíritu aventurero de los conquistadores españoles, su deseo de adquirir gloria y fortuna, y su ciego valor y temerario arrojo estaban bien encarnados en don Pedro de Alvarado, el cual, creyendo encontrar en el Perú la fortuna al par que la gloria, se fué allá con gente de guerra de Guatemala y en barcos montados en Iztapa, á pesar de la oposición absoluta á esta expedición manifestada por la Real Audiencia de Nueva España (Méjico).

Al volver á Guatemala Alvarado, después de muchos contratiempos y con una cantidad de consideración, producto de los barcos que había vendido en el Perú á Almagro y Pizarro, y sabedor de que la Real Audiencia citada mandaba uno de sus ministros á Guatemala para residenciarle, se marchó, con pretexto de arreglar dificultades en el gobierno de Honduras, y hacía Junio ó Julio de 1536 se embarcó en Puerto Caballos con destino á España, en donde esperaba encontrar amigos bastante poderosos en la corte para arreglar sus cuestiones con la Audiencia.

No salieron fallidas sus esperanzas, y dos años más tarde desembarcó de vuelta en Puerto-Caballos (Hon-

duras), é inmediatamente dirigió al Ayuntamiento de Guatemala mensajeros, manifestando el favor de la corte, su llegada con tres grandes naves, trescientos arcabuceros y alguna más gente de guerra.

Decía además que venía casado con D.ª Beatriz de la Cueva, á la que rodeaban como damas y amigas veinte jóvenes españolas de las primeras casas nobiliarias.

Desde Puerto-Caballos pasó á San Pedro de Zula; desde allí á Gracias, en donde negoció con Montijo la gobernación de Honduras, que quedó unida á Guatemala, y el 15 de Septiembre de 1539 entró en Guatemala, siendo reconocido como gobernador y capitán general el 16.

Rodeado de damas, de caballeros, de soldados, y seguido de innumerables indios, se encaminó á la ciudad fundada en la falda del soberbio volcán que los indios cakchiqueles llamaban *Hunahpu*.

La población entera se agitaba por todas partes, deseosa de ver á D. Pedro, á quien amaba, y de admirar la apostura noble de los caballeros que le acompañaban, la belleza de las damas y la marcialidad de las tropas.

En el palacio del Adelantado, casi abandonado dos años, había un escuadrón de pajes y lacayos preparando el recibo; á las rejas de la población se colgaban tapices, bandas y lazos, y al llegar D. Pedro todo fué entusiasmo, admiración y alegría.

En la ciudad entró rodeado de los caballeros que habían salido á recibirle, y entre vivas incesantes, á las nueve de la mañana.

El Ayuntamiento, con el juez de residencia Mal-

donado, le aguardaba en el Cabildo para enterarse de las Reales provisiones.

Era D. Pedro, según las crónicas, de mediana estatura, rubio como el oro, de alma varonil y aspecto noble, y tenía entonces cuarenta años. Montaba un fogoso caballo andaluz; vestía acerada armadura, con la cruz de Santiago en el pecho, y cubría su cabeza un bruñido casco coronado de una garzota de plumas blancas y encarnadas.

A su derecha cabalgaba la hija de D. Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara y almirante de Santo Domingo, y sobrina del Duque de Alburquerque; y después seguían las veinte damas nobles, entre las cuales se destacaba por su belleza D.ª Juana de Artiaga, según dicen las crónicas de aquel tiempo (1). La numerosa servidumbre de D. Pedro y de D.ª Beatriz iba envuelta con los nobles de la ciudad, y en marcial columna los arcabuceros de España seguidos de buen número de indios.

La ciudad de Santiago de los Caballeros celebró este fausto suceso con fiestas públicas, y durante algunos dias las funciones de iglesia, los saraos y los torneos alternaron con los paseos, las corridas de cañas, la explosión de los cañones, las descargas de la arcabucería y el repique de las campanas.

Los fuegos artificiales, indispensables en América, la encamisada y el estafermo hacían las delicias de las altas clases y del vulgo, en tanto que la Gobernadora recibía en Palacio á las más distinguidas damas.

El que vea hoy los pueblos americanos y no co-

(1) Aún hay familias con este apellido en Guatemala.

nozca su historia, no puede formarse idea del fausto y la grandeza de aquellos tiempos.

Los caballeros lucían damasquinadas armaduras y brillantes cascos, las damas ricos brocados, los pajes seda y terciopelo, los lacayos lujosas libreas y los indios sus más espléndidos adornos.

Los joyeles de brillantes, los áureos y argenteados adornos, las plumas que coronaban airosamente las severas y arrogantes cabezas de los indios, los caballos luciendo ricos y bordados arneses y los mantos bordados de oro deslumbraban la vista.

En las galerías del Cabildo se veían blasonadas colgaduras de terciopelo y oro, y por todas partes caballeros en arrogantes caballos andaluces, damas en sillas de manos, sacerdotes, soldados, indios y servidumbre.

La ciudad que hoy se llama la «ciudad Vieja», tenía un soberbio palacio para el Gobernador, otro para el Cabildo, casas de la nobleza, cuyas puertas ostentaban escudos nobiliarios; algunas magníficas iglesias, cuyas fachadas estaban cubiertas de estatuas en hornacinas; palacio episcopal y barrios numerosos.

Al contemplar hoy los restos de aquel soberbio pasado, se podría exclamar con nuestro poeta Rojas:

> Estos, Fabio ¡oh dolor! que ves ahora
> Campo de soledad, mustio collado,
> Fueron un tiempo Itálica famosa.

Yo he visitado aquellos sitios famosos; yo he marchado sobre aquellas profundas arenas y me he abismado largo tiempo en la contemplación de aquella

escena lúgubre de los melancólicos acontecimientos que voy á referir.

Para las almas del temple de Alvarado, de aquel que en la funesta noche de Méjico dió aquel salto terrible en las lagunas, apoyando su lanza en los cuerpos muertos que iban llenando la esclusa; para los hombres de su prodigiosa fuerza y agilidad no había reposo posible. Su descanso era el batallar, como dicen los romanceros del Cid; su verdadera aspiración la gloria, y su noble deseo el de establecer relaciones comerciales con la China y otros países.

Su múltiple inteligencia se consagró á la organización de fuerzas de infantería y caballería, á la construcción de barcos, á la reglamentación administrativa; y en Junio de 1540, después de dejar encargado de la gobernación del reino de Guatemala á D. Francisco de la Cueva, se fué á Acajutla, en cuyo puerto le aguardaban varias naves, con las que se hizo á la vela para Jalisco (Nueva España ó Méjico), en donde conferenció con su virrey Mendoza, y juntos fueron los dos para la capital, en la que permaneció hasta Mayo ó Junio de 1541.

Volvió entonces á Jalisco, y pronto ya á verificar una de aquellas atrevidas y fantásticas expediciones de las que constituyen la epopeya de la conquista de América y su descubrimiento, acudió antes con su gente al llamamiento de Cristóbal de Oñate, gobernador de la Nueva Galicia, que le pedía auxilio para dominar el distrito indio de Nochistlan.

El término de la vida de D. Pedro se acercaba, y al acceder al pedido de Oñate firmaba su propia sentencia sin saberlo.

Lleno de vida y rodeado de soldados, se encamina á Guadalajara; ataca las altas posiciones de los indios en gran número reunidos, y después de una batalla encarnizadísima se retira con sus fuerzas, cuando un caballo despeñado le alcanza y le hace rodar largo trecho con grave exposición de su vida.

Pocos días después, el 29 de Junio de 1541, entregó D. Pedro á Dios su alma, dejando por universal heredera de sus bienes á su esposa D.ª Beatriz, y ordenando que Santiago de los Caballeros de Guatemala diese tanta solemnidad á sus funerales como á su gobierno.

D. Pedro había sido el fundador de la ciudad, y por una misteriosa é inescrutable coincidencia, la ciudad estaba irremisiblemente condenada á morir con él.

El 29 de Junio muere D. Pedro, y el 11 de Septiembre, es decir, poco más de dos meses después, debía desaparecer la ciudad por él fundada, en medio de uno de esos cataclismos que espantan, como todos los espléndidos horrores que no puede combatir el genio del hombre y que le demuestran su impotencia ante ellos.

Es larga aún la descripción de aquella lamentable noche del 11 de Septiembre de 1541, y bien merece un capítulo separado.

La gran figura del fundador del reino de Guatemala me ha ocupado con justo título. En el tercer capítulo terminaré la catástrofe que empecé á contar en el anterior.

III.

Terminé el capítulo anterior con la muerte del fundador de la ciudad de Guatemala, cuyas ruinas se llaman hoy «Ciudad Vieja», y voy á continuar aquella interrumpida historia.

Cumplidos fueron con esmero los deseos del Adelantado, y luego que se tuvo en Guatemala noticia de su muerte, vistieron las familias de luto, doblaron lúgubremente las campanas y se elevaron al cielo preces durante muchos días por el descanso de su alma.

El sentimiento fué universal, pues era D. Pedro hombre muy estimado, á pesar de los defectos inherentes á aquella época y aquellos hombres.

El palacio del Adelantado fué todo enlutado, interior y exteriormente, levantándose entre los demás edificios como un inmenso féretro en que se encerraba la memoria de D. Pedro.

Pasados los términos de estas postreras demostraciones, asumió la valerosa y enérgica viuda del Adelantado el Gobierno del reino, no sin tener que luchar con poderosas ambiciones rivales.

La «sin ventura D.ª Beatriz», como firmó la aceptación del gobierno en 9 de Septiembre de 1541, entregó la vara, símbolo de su autoridad, á D. Francisco de la Cueva, al que nombró su teniente.

Sin ventura fué por cierto, pues acababa de perder

á su marido, de triunfar enérgicamente de bastardas aspiraciones, y ya empezaba á rugir en el espacio el monstruo que había de acabar con la ciudad, con el gobierno y con los gobernados.

Los acontecimientos que acabo de describir se desarrollaron el viernes 9 de Septiembre. El domingo 11 todo debía terminar, y aquella ciudad, demostración poderosa del genio español, debía sucumbir en medio de la confusión y del dolor más aflictivo.

Habíase fundado la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala en un pintoresco valle rodeado de no muy altos montes, por los que se despeña el agua más cristalina y transparente que yo he visto jamás.

El palacio del Adelantado y Gobierno se levantaba en la falda del volcán (llamado de agua desde la noche del cataclismo), y después se distinguían notabilísimas iglesias, entre las que descollaban la catedral, palacio arzobispal, consistorio, cuarteles, casas nobiliarias y otras de menos importancia.

En los patios de las casas y en los jardines de los palacios bullía en artísticas fuentes y pilones el claro y transparente líquido que venía aprisionado á la ciudad desde las montañas próximas, y se perfumaba la atmósfera con el balsámico aroma de sus flores.

En las hornacinas de las fachadas de sus templos se ostentaban numerosas estatuas de bienaventurados.

Por sus arterias, que eran sus calles, circulaban sus 30 ó 40.000 pobladores, que eran su vida, y su templado clima era uno de sus más poderosos atractivos.

El día 8 de Septiembre comenzó uno de esos inmensos aguaceros tan frecuentes en América, y continuó sin reposo el 9 y el 10.

La bóveda celeste iba tomando cada vez tintes más sombríos, y el trueno retumbaba con fragor en el espacio. Los animales domésticos manifestaban una inquietud extraña, y la tempestad arreciaba con gran alarma de los moradores de la ciudad.

Llegó, por fin, el último día de Guatemala: el funesto y terrorífico domingo 11 de Septiembre de 1541.

A la sombría claridad del día reemplazó el rápido crepúsculo vespertino y la densa obscuridad de la noche.

En los palacios como en los *ranchos* se unían las familias en sus hogares para implorar al Dios de la misericordia, á fin de que cesase aquel obstinado aguacero y aquella implacable tormenta que les tenía atribulados, y que azotaba incesantemente sus casas desde hacía setenta y dos horas, sacudiéndolas con satánica rabia.

La oración era ferviente y consolaba aquellas almas sencillas que se albergaban en aquellos cuerpos esforzados, y no se oía más ruido que el de la furiosa tempestad en el paroxismo de su delirio.

Eran las ocho de la noche cuando de repente se oye un sordo rugido que sale del fondo de la tierra. La población sorprendida adivina sus peligros, pero no comprende en medio de su estupor lo que ocurre.

Pasan algunos pocos y angustiosos momentos, y el rugido se reproduce con una intensidad centupli-

cada. Las fuerzas encerradas ó contenidas en el centro de la tierra agitan y sacuden el suelo; todas las fuerzas de la creación se sublevan contra la ciudad fundada por Alvarado, que se desploma sobre sus habitantes, muchos de los cuales reciben la muerte de rodillas y orando. El pánico se apodera de todos con una potencia eléctrica, y la Naturaleza se identifica en una terrible melodía con el cuadro que se desarrolla entre el cielo y los abismos.

En medio de las tinieblas, de los rugidos de la tempestad y de aquellas descargas de cien parques de artillería que salen de la región de las nubes y del fondo de la tierra, se ve correr por la ciudad á los más animosos armados de una lanza, una espada ó un arcabuz, con dirección al palacio de la Gobernadora.

Un segundo azote se adelanta, devorando el espacio con rapidez vertiginosa, á aumentar, si es posible, el horror de esta escena.

Las bestias salvajes, locas de terror y arrojadas de sus madrigueras ó de sus cuevas, corren desenfrenadamente y se mezclan las razas más irreconciliables.

Los gritos de los hombres, las plegarias de las mujeres y los ayes de los heridos y moribundos, se mezclan al relincho estridente de los caballos, al prolongado aullido de los perros, al espantoso mugido de los bueyes y al melancólico balido de los corderos.

Del ancho cráter del volcán, que se alza 13.300 pies sobre el nivel del mar, sale, como empujada por poderosa máquina, una enorme masa de agua, que se reproduce incesantemente y se precipita con rapi-

dez asombrosa sobre la ciudad, arrastrando en su curso inmensos peñascos y arrancando de cuajo cuantos árboles encuentra en su paso.

El ruido siniestro de esta inmensa catarata, mil veces más elevada que el Niágara, que forma tres anchos y espumosos torrentes, aterra por lo inesperado y desconocido á los que sobreviven á los primeros sacudimientos del terremoto.

En escasísimos momentos se acerca aquel nuevo peligro, que no se ve, y que por lo mismo asalta más fuertemente el espíritu.

El volcán de fuego, que se alza sobre el mar 12.800 pies, y que está muy próximo al del agua, corona su cráter de fuegos plutónicos y alumbra como antorcha funeraria la destrucción de Guatemala.

A su siniestro resplandor vieron los de la ciudad avanzar vertiginosamente aquel ancho río, rodando sobre una áspera pendiente que semejaba en su salvaje grandeza un océano azotado por la tempestad.

Todas las cóleras de los elementos se habían mezclado para revelarse en su majestuoso y terrible esplendor, y el genio, la fuerza y el heroísmo eran impotentes para afrontar aquel peligro.

El gigante de los bosques que crece en la falda de la montaña, y los enormes peñascos que la forman, son débil barrera para aquel furioso mar que se abalanza con todos estos despojos y salta sobre todos los obstáculos con un ruido sordo y prolongado como el trueno; más furioso aún, por lo mismo que ha sido detenido un instante.

Montes de arena que vomita el cráter son arrastrados también entre las aguas; y el faro lúgubre en

actividad sigue alumbrando aquel espectáculo de horrores.

La primera barrera que atacan en la falda del monte las espumosas ondas, los montes de arena y de pinos y los inmensos peñascos que arrastra, es el palacio del Adelantado.

Por sus anchas galerías corren atribulados los maestresalas y pajes; en las entradas están como petrificados los valientes arcabuceros de Castilla; en la sala de armas, con estoico continente, los caballeros, y en el oratorio, rodeada de sus damas y con serena resignación, D.ª Beatriz.

La inundación fué violenta, y la destrucción ó anegamiento del palacio fué obra de algunos minutos.

Algunas damas crisparon sus manos en las rejas y mostraron sus rostros trastornados para pedir socorro.

Algunos hombres saltaban entre las ruinas, pretendiendo instintivamente sustraerse al peligro.

¡Vano intento! Las oscilaciones de la tierra y la inundación no perdonaban á nadie.

En el oratorio del palacio murió D.ª Beatriz, gobernadora del reino de Guatemala, y con ella muchas damas españolas, y sepultados entre las ruinas ó ahogados muchos caballeros de esclarecido linaje.

La Gobernadora abrazaba un crucifijo y las damas oraban cuando se desplomó gran parte del techo sobre ellas. En los bajos del palacio se hallaba todo inundado, y el silencio de la muerte reinaba en todas partes. Algunas horas después todas las frenéticas cóleras se calmaron. La tempestad cesó, y las aguas se detuvieron en el cráter del volcán; los sacudi-

mientos de la tierra no se reprodujeron, como si aquella legión de monstruos hubiera ya saciado su voraz apetito, y el crepúsculo del siguiente día alumbró una ciudad arruinada y muchos cientos de cadáveres flotando sobre las ondas ó enterrados entre los escombros.

Así fué el último día de Guatemala.....

Aun existen algunos restos del palacio del Adelantado. Por un boquerón del suelo se ven las galerías, á unos 20 pies de profundidad: como á 50 pasos de este boquerón hay algunos muros cuarteados, restos del oratorio de D.ª Beatriz: un poco más lejos se levanta aún una iglesia, cuyos claustros suntuosos se adivinan en sus grandiosos restos: en el patio hay una espléndida fuente en medio de una vasta pila, que revela el buen gusto de los antiguos fundadores. Delante de dicha iglesia, cuya fachada conserva aún una docena de estatuas salvadas del naufragio, hay un gran árbol, debajo del cual es tradición que se dijo la primera misa.

Lo que en otro tiempo fueron calles concurridas y casas nobiliarias, son hoy cercos de propiedades sembradas ó terrenos incultos.

El pie se hunde entre aquellas movedizas arenas, que atestiguan aún la catástrofe de 1541, y la vista asombrada percibe aún claramente, á pesar de los trescientos cuarenta y cuatro años transcurridos, los profundos y anchos barrancos marcados desde el cráter de la montaña hasta su falda.

Aquí puedo repetir con Volney ante Palmira: «¡Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, muros silenciosos! ¡Cuántas reflexiones patéticas ó fuer-

tes no ofrecéis al espíritu que os sabe consultar!.....»

Los españoles abandonaron aquellas ruinas y fundaron otra ciudad (que hoy se llama La Antigua, como la anterior se llama La Vieja) á una legua de aquélla y aún en la falda del volcán. Su población llegó á 35.000 habitantes.

De su grandeza pasada es demostración elocuente el esplendor de sus ruinas.

Las armas de España se ostentan aún en palacios y basílicas medio arruinadas, y arranques de atrevidas arcadas, altas cúpulas aun en pie y robustos muros, aunque agrietados, al par que elegantes columnas rotas, revelan el empuje, el lujo y la piedad de los conquistadores.

Un terremoto ocurrido en 1773 convirtió en ruinas la segunda Guatemala, fundada por los españoles, y en cuya catedral reposaban los restos de Alvarado y de D.ª Beatriz.

La tercera Guatemala, que es la actual, fué fundada por el tesón incontrastable de España en 1774.

Es una bonita ciudad de casas bajas, para neutralizar el efecto de los terremotos, con elegantes templos, anchas calles, cómodas habitaciones, larguísimo y notable acueducto, vasto hipódromo, elegante teatro y suntuosos centros de educación.

Como no es mi propósito escribir hoy sobre la actual capital de la República no me puedo ocupar de sus institutos de educación ni de sus adelantos industriales, que son relativamente notables.

Lo que no puedo menos de hacer constar es que gran parte de cuanto hay grande y útil en América ha sido realizado por el genio español.

Del mismo modo que en el viejo mundo dejó el pueblo de Roma escrita por todas partes su grandeza en monumentos, calzadas, acueductos y leyes, así los españoles, que son los romanos de América, han dejado tradiciones robustas de su brillante historia en legislación, en páginas de piedra ó en dramas llenos de heroísmo.

En mi excursión á La Antigua y á Ciudad Vieja estuve acompañado de dos personas cuyos nombres quisiera mencionar; pero cómo al citarlos tendría necesidad de citar á dos ingratos (que por serlo, lo han sido hasta con su patria nativa), prefiero volver la cabeza á otra parte, repitiendo dos tercetos de los que el divino poeta pone en boca de Virgilio en el tercer canto de su visita al infierno:

«Questi non hanno speranza di morte
E la lor cieca vita è tanto bassa
Che invidiosi son d'ogni altra sorte.
Fama di loro il mondo esser non lassa
Misericordia e giustizia gli sdegnā,
Non ragioniam di lor, ma guarda, e passa.»

Olvido, pues, á los dos..... desdichados y algún otro que vale tan poco como ellos, y envío con gusto mis cariñosos sentimientos á la ciudad en que he vivido un año entero, y en la que conservo aún muchos afectos gratos para mi corazón.





BRASIL.

I.

PETRÓPOLIS.

Al norte de Río Janeiro, corte reciente del Brasil, y al otro lado de la grandiosa bahía (1), en cuyos bordes reposa indolente y caprichosamente la extensa y, por desgracia insalubre ciudad de San Sebastián, se halla la Sierra de la Estrella, y en uno de sus pliegues, la ciudad de Petrópolis, residencia de verano.

Es tan curioso el modo de hacer el viaje, que considero necesario mencionarlo. Se embarca en Río en cómodos y elegantes vapores que hacen la travesía

(1) Excede de 30 leguas el circuito de esta bahía, cuya profundidad es, en general, de 22 á 23 metros.

hasta el otro lado de la bahía en cinco cuartos de hora (tres y media leguas); se desembarca en la estación Mauá y se toma el ferrocarril (estrada de ferro) (1) hasta la estación Fragoso, que está al pie de la sierra (raíz da serra), en cuyo trayecto se emplean veinticinco minutos (tres leguas), tomando allí los coches (carros), que en dos horas y media escasas y siempre al trote, cuando no al galope, suben aquella escarpada sierra (2) por un hermoso camino y entre majestuosas montañas cubiertas de una vegetación magnífica (dos y media leguas). Sólo falta en este viaje un globo, para apurar todos los medios de locomoción en una distancia de nueve á diez leguas hechas en cuatro horas.

Petrópolis es como si dijéramos entre nosotros el Real Sitio de San Ildefonso, ó el de Aranjuez, ó el Escorial sin su magnificencia ni su riqueza artística. Está á tres mil pies sobre el nivel del mar, en un sitio encantador y sano, al pie de montes siempre verdes, cubiertos de árboles y arbustos, y ofreciendo, desde todas partes, á la vista paisajes los más seductores.

Cuando se admira esta ciudad con sus alegres calles (3) (ruas) guarnecidas de regulares casas; cuando

---

(1) Es el primer ferrocarril construído en Brasil, y su inauguración se remonta al 30 de Abril de 1854.

(2) Desde su altura se descubre un panorama asombroso, en el que se extiende la vista por un horizonte de siete leguas.

(3) Atraviesa además por Petrópolis la magnífica carretera llamada «Unión é Industria», con un desarrollo de veintidós leguas; ligando comercialmente la provincia de Río de Janeiro y la de Minas-Geraes, y facilitando la exportación de productos de todas las comarcas que recorre.

se ve el Palacio imperial, aunque modesto, y los palacetes y chalets de que por todas partes está sembrada; cuando se pasea por los lindos jardines salpicados de lagos y cascadas en miniatura; cuando se cruza, sobre numerosos puentes, alguno de los tres pequeños ríos que corren paralelamente á las calles y dan á la ciudad un aspecto veneciano, no puede uno menos de asombrarse comparándolo con lo que era en 1837.

En esa época era una *Fazenda* á la que el emperador D. Pedro I y la Emperatriz venían á convalecer de sus enfermedades, quedando una vez tan satisfecho el primero con la pureza del aire y amenidad del clima, que propuso la compra á su propietario Valle. Pidió éste 40.000 cruzados, ó sean 16 millones de reis (sobre 8.000 duros), cuyo precio fué aceptado por el Monarca.

Su intención era edificar en lo más alto de la sierra un palacete de recreo y disfrutar desde allí del fantástico panorama en que se desarrollan infinitos accidentes del paisaje, después la bahía de Río y más allá el *bouquet* de pequeñas ciudades que forman la inmensa ciudad de Río Janeiro.

Surgieron cuestiones políticas, en virtud de las cuales se retiró el Emperador para Europa, en donde murió, sin poder realizar su ideal, quedando el Petrópolis de hoy, entonces *Córrego Seco*, tal como estaba; es decir, con una casa vieja para vivir y un rancho para ganados.

En el inventario y particiones que se hicieron de sus bienes particulares, correspondió á su hijo don Pedro II, último emperador, la citada *Fazenda* por un valor de 14 millones de reis.

Apenas llegó éste á la mayor edad, queriendo ver algo de su patrimonio, atravesó un día la bahía y subió la sierra, quedando encantado del sitio y del clima y comprendiendo desde luego el porvenir de este oasis providencial.

Á esa previsión deben hoy los extranjeros y muchos brasileños el restablecimiento de sus fuerzas y la conservación de sus pulmones. El Emperador fué además profeta por esta vez. Sin su previsión, la permanencia en Río todo el año sería imposible, y la fiebre amarilla acabaría periódicamente con sus moradores.

Era entonces presidente de la provincia de Río de Janeiro (gobernador) el Conde de Sepetiba, hombre de merecimiento real y muy emprendedor. El Emperador y el Presidente, con vistas superiores, hablaron del asunto, y el segundo comprendió al primero.

Una circunstancia imprevista ayudó sus planes. Tenía el Gobierno, por medio de sus agentes, hecho un contrato de colonos para diversas provincias, y en lugar de llegar seiscientos de aquéllos, llegaron seiscientas familias, todas de raza sajona.

Embarazado realmente el Gobierno con tal remesa y en relación con el presidente Sepetiba, se combinó el establecimiento de todos ellos en la *Fazenda de Córrego Seco.*

S. M. cedió todo cuanto allí tenía, bestias, tierras, útiles; y aun cuando ellos en los primeros días extrañaron el aislamiento, inmediatamente se distrajo su espíritu, pues el Emperador mandó luego dividir en lotes toda la *Fazenda*, cediendo gratuitamente á cada

familia grandes terrenos por ocho años (de 1846 á 1854), cuya propiedad adquirirían después mediante un foro de diez reis por cada veinte brazas cuadradas; cuyas ventajosas condiciones aceptaron casi todos, y hoy muchos tienen alguna fortuna y son independientes.

Mandó además el Emperador hacer su palacio inmediatamente, empleando así infinitos inmigrantes, y siguieron tan digno ejemplo algunas personas de la corte, consiguiendo por fin el Conde de Sepetiva que se hiciese una carretera sobre la sierra.

Éste era entonces el encantador Petrópolis de hoy. Hoy la colonia es ya ciudad desde 1846, con un millar de casas, con una población de más de 8.000 almas, con sus ríos artísticamente canalizados, con anchas calles, con dos pequeñas iglesias, buen hospital, un teatrito, instituciones de enseñanza, tiendas, hoteles (1), coches, caballos de alquiler y todo lo demás necesario á la vida (2).

Durante los meses de verano (estação calmosa), es decir, desde Diciembre á Abril inclusive, ha sido siempre el favorito de la familia Imperial, del Cuerpo diplomático, de algunos Ministros del país y de varias familias de Río que tienen allí sus palacetes y chalets. Esta es la población fija y la que puede decirse que da el tono á la residencia; pero hay, además de esta distinguida emigración, otra numerosísima,

(1) En general caros y muy mal tenidos, e[illegible]ante los ingleses.

(2) Es extraño que no haya un solo estab[illegible] helados.

compuesta de muchas familias de negociantes ricos que residen allí una temporada más ó menos larga y que está constantemente reemplazándose, pudiéndose calificar de población flotante, en gran masa, hasta el punto de ocupar gran número de casas y llenar los hoteles de la ciudad.

Algunos Ministros diplomáticos residen siempre en Petrópolis y tienen lindas casas lujosamente amuebladas y montadas, en las cuales se encuentra un *menu* que le indemnizaba á uno alguna vez de la eterna vulgaridad del hotel brasileño, con el aditamento de que sea tenido por un inglés, y una sociedad completamente diferente de la del país.

La vida social en Petrópolis es rutinaria y se resiente del carácter del país. El brasileño no es expansivo, ni subordina en el fondo su modo de obrar á los delicados principios de la cortesía como el europeo. En general, le basta con las formas, y es curioso ver á toda la sociedad brasileña encontrarse en las calles, darse recíprocamente tratamiento de ilustrísimo los simples comerciantes y de excelencia desde doctor, preguntarse «como passou», es decir *¿cómo está V.?* figurando un interés que no existe, y seguir su camino sin aguardar siquiera la contestación. No se devuelven visitas casi nunca y reciben con un *sans façon* de mal gusto; pero en cambio á todo el mundo se le saluda por sus títulos y jamás por su nombre «Bons dias, Conselheiro», ó Comendador, ó Doctor, ó Desembargador, y nunca «buenos días, Sr. Guimarães ó Sr. Vasconcellos». Yo he visitado allí la casa de un personaje político que siempre estaba en el seno de su familia (señora, hija é hijos) con un som-

brero hongo encasquetado, y así recibía á las visitas. Yo he hecho una visita á un Presidente del Consejo de Ministros que me la volvió un año después, y á otro que le reemplazó que no me la pagó sino después de seis meses.

La mujer participa del carácter del hombre: se viste muy bien; toca el piano; habla idiomas; es admirablemente formada, y desde los primeros años tiene, como diría Lamartine, *une taille où se revelent déjà les gracieuses inflexions de la jeunesse.....*; pero deja que desear bastante en sociedad. Hay, como es natural, numerosas excepciones de familias agradables, atentas y delicadas, y yo tuve la suerte de tratar algunas que nunca podré ponderar bastante.

En Petrópolis la vida es rutinaria y sencilla. Las señoras se levantan y salen á paseo á horas imposibles que no comprenderán nunca nuestras elegantes expedicionarias de verano. ¡Á las cuatro y media, á las cinco y á las seis de la mañana! Sí, señores, á las seis de la mañana, lo más tarde, están vestidas, peinadas y..... planchadas, ó, como allí se dice, *engomadas*.

La misma vuelta rutinaria por el Palatinado (1), ó la Renania, ó la Westphalia, la recalada *ao Paseio publico*, y á las ocho y media á casa.

Si el tiempo está lluvioso, y allí como país montañoso tal estado atmosférico es frecuente, las familias se encierran en casa, y si el tiempo está esplén-

(1) Allí todo es alemán. La población, la denominación de calles y el idioma.

dido, también. Sólo á las seis de la tarde, á cuya hora llegan diariamente las diligencias de la corte, es cuando se vuelve á salir de casa para ir rutinariamente á la *Serra* á presenciar la llegada.

Al anochecer vuelven á sus agujeros, y aunque la luna espléndida de aquellos países convide á admirarla, y aunque el cielo más hermoso de la creación excite á contemplarle, y aunque la más suave y perfumada temperatura provoque á sumergirse en ella, y aunque el más suntuoso manto de estrellas haga de la noche un fantástico crepúsculo, muy pocas tienen la fortuna de comprender la grandeza de lo que poseen, ni demuestran el menor entusiasmo ante las espléndidas escenas de la Naturaleza.

Esto me hace recordar la antítesis entre tal modo de ser y el de las mujeres de nuestra raza. En Caracas, donde he pasado tres años, las mujeres se puede decir que adoran la luna, y revelan un sentimiento de melancolía y de admiración sublime hacia el poético astro. Allí las familias y algunos privilegiados hacen expresamente paseos á la luna, y yo recuerdo uno hecho hasta el puente de..... en el cual nos sentamos inundados por la reina de la noche y en donde permanecimos extasiados. También yo podría decir hoy como un poético y delicado autor:

Astre indiscret des nuits!
Arrête toi sur elle! Et regarde, et poursuis!.....

¡Qué diferencia entre las que descienden de españoles ó de portugueses!

En nuestras residencias reales de verano todo es

animación, vida, placeres, paseos y juegos durante el día, bajo las enramadas de los vastísimos jardines de Palacio; el relevo de la guardia que da la parada, con sus músicas, es una distracción más. Por la tarde, los paseos; las músicas tocando en los jardines; los juegos de aguas en las numerosas y monumentales fuentes; las extensas y anchas cascadas que descienden de la sierra sobre pisos, recipientes y conchas de mármol; las infinitas estatuas, templetes, monstruos y grupos de variados mármoles; los juegos hidráulicos que se elevan á fabulosa altura; y sobre todo esto, aquella sociedad bulliciosa, expansiva, fácil, sociable y cariñosa, son un verdadero encanto. La corte fastuosa de nuestros Reyes con su inmenso servicio; la Guardia real de á pie y á caballo; los regimientos de guarnición con sus brillantes oficialidades; los Ministros que acompañan al Monarca y la sociedad aristocrática, oficial y rica que va detrás de todo esto, convierten las residencias reales en estaciones de placeres. En Petrópolis no hay nada de eso, casi todo lo que no es Naturaleza, es mudo: en cambio ella es bien elocuente.

Allí la corte era modesta, modestísima. El Emperador llevaba consigo, todo lo más, un semanario, un veador, un guardarropa y un médico; la Emperatriz, una dama; y los Príncipes, apenas la mitad de este servicio.

El Emperador paseaba sencillamente, visitaba algunas casas, se detenía á hablar con las familias que encontraba paseando, y entretenía el tiempo en estudios, á que es muy aficionado.

La Emperatriz llevaba por todas partes, además

del prestigio de su posición, el brillo de sus virtudes. El respeto y la simpatía más profunda eran el cortejo que la rodeaba en medio de su corte y en medio de su pueblo.

Los Príncipes paseaban también sencillamente á caballo ó á pie por la mañana, y en un cesto por las tardes. La Princesa gobernaba siempre este sencillo equipaje.

El Cuerpo diplomático visitaba, por lo menos una vez al mes, á los Emperadores y Príncipes. El Emperador conversaba detenidamente en estas visitas con los Ministros extranjeros, discutiendo mano á mano con ellos asuntos de variadas índoles, hablando al español y al italiano en sus respectivos idiomas, y á los demás en francés.

La Emperatriz recibía siempre, como es natural, en sus habitaciones, de pie y con una dama respetuosamente colocada que la acompañaba. Sus palabras llevaban el carácter de la bondad y de la atención más exquisita.

Los Príncipes recibían como particulares. La Princesa heredera ocupaba, en sus recepciones, el sofá del estrado; el Príncipe, Sr. Conde d'Eu, un sillón, y las demás personas el resto de los sillones.

El Cuerpo diplomático tenía el derecho de prioridad sobre los demás, y entraba, por consiguiente, siempre el primero.

Lo mismo la Princesa que el Emperador, cuando estaban allí, iban una vez cada semana á Río, durante la jornada, para despachar con los Ministros. El Conde d'Eu, casado con la Princesa, cuando se quedaba de Regente, la acompañaba siempre; pero

se alejaba delicadamente de todo cuanto tenía relación con la Regencia.

Después volvían al seno de aquellas montañas, y allí vivían sencillamente, sin corte, sin cortesanos, sin ruidoso esplendor, es verdad, pero sin cuidados también, y entregados al cariño de sus hijos el Príncipe del Gran Pará (título del primer hijo, del Príncipe heredero) y de los demás Príncipes.

Esta era la vida de Emperadores y Príncipes, que ciertamente no me parece preferible á la de los simples mortales.

Nosotros, y digo nosotros aludiendo al Cuerpo diplomático, teníamos la buena fortuna de que las señoras organizasen *soirées*, en que se bailaba y se jugaba, casi se puede decir, en familia, ó *pique niques*, cabalgatas y expediciones á la *Foret vierge* (matto virgen), Carangola, Cascada de Itamaraty, Presidencia, Serra, etc., encantadores sitios llenos de grandiosidad, y algunos de ellos poéticos paseos á través de la creación.

Las nubes en la cima de estas montañas; el sol en perpetuo combate con ellas rasgándolas y disipándolas; alguna vez, al atravesar la *Foret vierge*, un escape de vista de un horizonte inmenso.....; sobre los árboles de la floresta, el cielo.....; y á nuestros pies, profundas perspectivas de valles sin fondo.....; tres infinitos que uno contempla conmovido desde una roca escarpada ó atravesando un sendero pérfido, cubierto de verdura y flores del campo, en donde han ocurrido ya trágicas escenas.

Allí está la decoración sublime y natural de los más inspirados poemas.

Todo aquello, sin embargo, no conmueve á los expedicionarios del país. La mayor parte de ellos no conocen la *Foret vierge*, aunque está á una legua de Petrópolis; la mayor parte de ellas la atravesarían con la misma indiferencia con que pasean de madrugada ó tarde por las mismas calles-alamedas.

¡Cómo recuerdo ahora aquellos versos de Trueba, que expresan tanto!

Vulgo que no ves nunca,
Flor si no nace,
Día si no amanece,
Sol si no sale.....
Estas canciones no oigas,
Que estas canciones,
Gustan al que las siente,
No al que las oye.

Es verdaderamente lástima que un país tan tranquilo como aquél, en donde casi todas las ejecutorias se fundan en el trabajo, y donde la vida comercial se desarrolla con fuerza, sea tan poco artista.

Los intereses materiales de un pueblo deben desarrollarse al propio tiempo que las ciencias, las artes, la poesía, la pintura (1), la arquitectura, etc.

Los corazones se petrifican en medio de la prosaica vida del dinero y del comercio, y se necesita llamarlos al sentimiento por virtud de ese fuego divino de las artes, que son el alma de las naciones.

---

(1) De diez exposiciones de Bellas Artes que se han hecho en los últimos doce años para impulsarlas, cada año ha sido menor el número de obras presentadas, y nunca han pasado de 125.

¿Qué son hoy los pueblos que en el mundo sólo han brillado por su riqueza, como los fenicios? ¿Qué son los que han brillado por las artes, como los griegos? De los primeros no hay una piedra que recuerde su existencia en el universo. Los segundos llenan con sus despojos, que son contemplados con admiración, los mejores museos del mundo. ¡Qué diferencia para los que no viven sólo del presente!

No es decir con esto que no haya en el Brasil mujeres sensibles á la poesía propia del clima que las rodea; hombres superiores que hagan esfuerzos para impulsar su país, ni que falten clases inteligentes, no; pero es lo cierto que el poeta, el pintor, el escultor, no tienen porvenir, en tanto que lo tiene el que establece un *armarinho*, y que mientras el que vive de la inspiración, del genio, del sentimiento y de la inteligencia lucha con inmensas dificultades, el vendedor ó tratante en carne seca, ó el negociador de esclavos, viven en la opulencia.

El uno, pobre y miserable, llevará en la frente esa centella divina que ilumina la marcha de los pueblos: el otro..... llevará en su figura marcada la vulgaridad..... Los pueblos, sin embargo, adoran siempre el becerro de oro en la llanura..... y se olvidan del espíritu que se cierne sobre ellos; y la mujer forma parte del pueblo y está materializada en aquella sociedad en que sólo oye hablar de *negocio* y de *fazendas*, y en que lo que nosotros llamamos un hortera es allí el héroe de muchas historias de amor.

Volviendo á Petrópolis, de donde me he separado para hacer algunas consideraciones, diré que la que fué primero una *fazenda*, después con los colonos

una *freguesía*, más tarde una *villa* y ahora una *cidade*, es hoy un oasis en Sud-América.

Muchos de los colonos están ricos; gran parte de ellos tienen bienestar y ninguno se muere de necesidad. Viven tranquilos, ejercen sus oficios ó industrias, cultivan sus tierras, tienen sus animales domésticos para el consumo de su casa, y casi puede decirse que, aunque lejos de su patria, son felices.

Muchos de ellos han fundado allí una familia, y aquellas calles están llenas de *crianças* (niños), *meninas* y *meninos* (muchachas y muchachos), blancos, rubios y sonrosados como ángeles, que hacen olvidar el país de la tez morena y ojos negros.

Durante la estación de verano (de Noviembre á Abril inclusive) había exposiciones de flores, frutos, industrias y ganados, bajo la inteligente protección de S. A. el Sr. Conde d'Eu. En mi tiempo se inauguró un magnífico hospital; funcionó una compañía ecuestre (Casalli); y la Naturaleza, siempre cubierta con el tesoro de su opulencia y de sus galas, dejó caer sobre nosotros como rocío, algo dulce como los cantos del *sabiá* (1), algo melancólico como el eco de una campana en el desierto y algo tranquilo como el murmullo de aquellos domésticos ríos cuyas aguas corren reposadamente por las calles de Petrópolis.

Aquel es un sitio á propósito para levantar un poco el espíritu, extasiarse, soñar y llorar de emoción alguna vez en la intimidad de un amigo que sepa

---

(1) Pájaro del país cuyo canto se parece al de nuestro ruiseñor.

comprender los movimientos estusiastas ó melancólicos del alma.

Como dice el poeta brasileño Gonçalves Dias:

Uma alma que me entenda, irma da minha
Que escute o meu silencio, que me siga
Dos ares na amplidao!
. . . .
. . . .

Este es el Petrópolis del tiempo del Imperio, que yo he conocido.

II.

Con motivo de alguna ejecución de justicia en España, atacó rudamente *O Globo*, de Río Janeiro, nuestras costumbres, á cuyo ataque contesté con la siguiente carta, que insertó el periódico, precedida de los siguientes juicios:

O Sr. Ministro da Hespanha.

Do Sr. Manoel Llorente y Vasques, representante da Hespanha nesta capital, recebemos a carta que em seguida publicamos.

Os deveres da hospitalidade aconselhan-do-nossa cortezia de inserir integralmente a carta de S. Ex., vedam-nos a faculdade de acceitar uma polemica intempestiva, para demonstrarmos de que parte existe a exageração; si no louvavel espirito de patriotismo

por parte de S. Ex., si na apreciação severa com que todo o mundo civilisado tem o direito de espantar-se diante da frequencia com que o governo da Hespanha, em todos os regimens, recorre ao systema do mais excessivo rigor na applicação das penas consagradas pelo seu codigo criminal.

De boa mente acreditamos que Madrid seja uma capital civilisada e ávida dos praceres. Talvez até que não seja sómente a cidade de Madrid a parte da Hespanha que melhor possa representar, na politica como nas artes, como em tudo mais, esse sensualismo original que vai até o punto de exagerar a intemperança das paixões, na politica como na guerra, nas artes como na vida, pois que toda a actividade expansiva do povo hespanhol não póde deixar de obedecer á indole romanesca do seu caracter e das suas tradicções.

Mas quanto á brandura das suas leis e dos seus costumes não podemos nós, que respeitamos e prezamos tantas qualidades brilhantes do povo hespanhol, deixar de reconhecer que a sua legislação penal ainda se resente da influencia perniciosa que sobre ella exercem as proprias tradicções da sua historia e o fanatico arrebatamento que constitue a indole peculiar dos partidos e dos governos desse bello paiz— victima de si proprio.

Seja qual seja a indecisão dos espiritos quanto á moralidade, efficacia e legitimidade da pena de morte, não é menos certo que a philosophia christã repelle essa pena e que si não ha desdouro para os paizes que ainda a toleram nos seus codigos, não ha tão pouco motivo de vanagloria por possuila.

Em sua louvavel susceptibilidade patriotica, o Sr. Llorente vae até o ponto de acreditar o seu paiz um paiz modelo por ter assegurada, no seu entender, a vida e a propriedade dos hespanhóes pela garantia da lei salvadora que lhe offerece aquillo á que S. Ex. singelamente qualifica—a suppressão da vida!

Nos respeitamos, sem duvida, o sentimento que dicta ao Sr. Llorente a sua reclamação, mas sentimos profundamente não o poder acompanhar no lyrismo da sua admiração, pelo perfeito codigo das leis penaes da sua patria, quando nos lembramos dolorosamente que a Hespanha é o unico paiz do mundo que ainda conserva entre as suas penas *a do garrote vil*, resto do barbarismo inquisitorial, que deshonrou a Hespanha perante a humanidade, e a arruinou moralmente para a reconquista da sua perdida grandeza.

A historia sangrenta da lucta ainda persistente no solo da desgraçada Cuba, a memoria das violencias exercidas contra as republicas do Pacífico e a cronica das revoluções civis no seio da propria Hespanha não são, infelizmente, para nós outros americanos, factos gloriosos que nos imponham nem a admiração nem a sympathia por um paiz ainda tão achacado embora conte, entre outras fortunas, a de possuir um representante como o Sr. Llorente, illustrado e patriotico, que busque dignamente vindicar os fóros do seu paiz quando os julga, embora injustamente, menospresados por uma parte da imprensa.

Concluindo, permittir-nos-ha o Sr. Llorente que ao nosso turno vindiquemos, como jornalistas, os fóros da imprensa.

Esta, que tem de facto por missão esclarecer os povos e robustecer a consciencia da humanidade pela diffusão dos sãos principios e pela constante elevação do nivel moral das nações, nunca atraiçôa a sua missão quando, como no caso occurrente, assignala por um traço firme uma das aberrações dessa lei suprema que deve reger á todos os povos—o acatamento ao dereito, a começar pelo respeito ao principio da inviolabilidade da vida humana.

Eis a carta do Sr. Llorente:

Sr. Director do *Globo*.--No seu jornal de hontem 25 e sob a epigraphe—Execuções—se da conta de «terem sido executados em Cuellar, provincia de Segovia (Castilla la Vieja) dois criminosos accusados de roubo e assassinato», e aproveitando o ensejo, diz a redacção (gracejando sem duvida) que «em Hespanha o funccionario publico que mais trabalha é inquestionavelmente o carrasco, que não tem tempo siquer de enchugar as mãos tintas de sangue humano».

Ha de me permittir, Sr. director, que eu proteste digna e cortezmente contra tal invenção, que, passando sem correctivo, fará crer aos ignorantes que o cadafalso na Hespanha é um adorno das praças publicas de todas as cidades.

E' sensivel certamente que a imprensa, cuja missão é a de fazer a luz e illustrar por todas as partes, responda alguma vez negativamente a seu transcendental destino.

Na Hespanha, como em quasi todos os paizes que hoje passam por ser os que vão á frente do movimento progressivo da humanidade, os criminosos atrozes são castigados com a morte.

A lei tão justa como inexoravel, que garante a vida e a propriedade de todos os hespanhóes, castiga com a morte ás feras.

E só sendo feras podem ser punidas com a ultima pena; porque o codigo hespanhol difficulta extremamente a applicação deste supremo castigo.

Todas quantas attenuantes podem occorrer á mente humana estão lá. Os criminosos desgraçadamente tem encontrado toda classe de considerações exageradas nos legisladores.

As execuções na Hespanha ha já alguns annos tem sido tão raras, que provam ao mesmo tempo a verdade da que estabeleçe e a inexactidão do que diz o paragrapho a que me refiro.

A quem escreveu essas poucas linhas, eu lhe pediria cortezmente: 1° que estude o codigo penal hespanhol, e depois, que quando faça alguma viagem á Europa, não fique em Paris (como costumam fazer quasi todos os sul-americanos) quando é tão facil (en 36 horas ou 40) chegar até Madrid.

Lá achará uma capital de 600,000 almas, anciosa sempre de divertir-se e onde não se tem feito uma execução ha alguns tempos, o que prova, quando menos, que esse terrivel funccionario das mãos tintas de sangue humano, tem por demais tempo de enchugal-as.

Lá achará uma organisação de policia urbana e rural bastante perfeita e uma *Guardia Civil* superior á toda ponderação. Achará nas cidades e nos campos, apezar de nossas convulsões civis, garantias para a propriedade e a vida dos hespanhóes; e eu lhe asseguro desde já que lhe seria quasi impossivel pre-

senciar um desses sanguinolentos espéctaculos que élle crê tão frequentes na Hespanha.

Muito mais diria, porém sendo só o meu fim rectificar razoavel, breve, e politicamente o alcance da tal noticia, terminarei dizendo-lhe que a escola dos philantropos que economisa tanto o sangue dos criminosos e quasi se esquece das victimas, e uma escola que não produzirá nada de respeitavel nem solido: e que se na Hespanha, como na Inglaterra, França, Estados-Unidos, etc., constitue parte da legislação penal a suppressão da vida; é certamente por que a sociedade precisa ter leis salvadoras, á sombra das quaes viva a familia humana tranquilla e socegadamente.

Terminarei, Sr. director, rogando-lhe que desculpe os erros de orthographia desta carta, e que se sirva acceital-a só em seu fundo e significação: Escrevo em portuguez sem nenhuma pretenção e só por um movimento de cortezia.

Aproveito com prázer esta opportunidade para apresentar-lhe os meus sentimentos de estima e consideração.

Seu attento S. S. Q B S M.—MANOEL LLORENTE V.

Petropolis, 26 de Maio de 1876.

III.

LA REVOLUCIÓN DEL BRASIL.

He sido ministro de España en el Imperio del Brasil durante tres años, y en ellos he tenido frecuentes ocasiones de conversar con los Emperadores y Príncipes de aquel país y con muchos de sus hombres notables. Hoy, que se han verificado en aquellas latitudes acontecimientos tan trascendentales, acaso resulten de algún interés los antecedentes que sobre los mismos voy á dar.

Entre los múltiples accidentes de la vida que pueden aparecer á los ojos del emperador D. Pedro II como un sarcasmo, por ser la ironía más amarga de su actual situación, me ocurre recordar y citar el artículo 99 de la Constitución de aquel país, que decía así: *«A pessoa do Imperador é inviolavel e sagrada: elle não esta sujeito á responsabilidade alguma.»* Á pesar de esa inviolabilidad constitucional, un General osado y unos soldados sin disciplina pusieron la mano en el Jefe Supremo de la Nación, al par que desgarraron con sus bayonetas su Código político, cambiando violentamente las instituciones sin que el país se pronunciase previamente sobre metamorfosis tan radical.

¿Cómo se habría juzgado la conducta del Emperador, si poniéndose un día cualquiera á la cabeza

de unos cuantos batallones hubiera dado un golpe de Estado y ahogado todas las libertades y todas las iniciativas de la Nación? Y, sin embargo, esto mismo han hecho los Sres. Fonseca, Bocayuva y compañeros, y por ello han merecido plácemes y felicitaciones de todos los que dentro de un ideal político creen, ó aparentan creer, que él es el único que dignifica á los hombres y hace brillar la justicia sobre la tierra.

De nada sirve el espectáculo anárquico de algunas de las Repúblicas hispano-americanas, ni la vista de sus soldados medio desnudos y descalzos y cogidos á la leva, ni de los derechos constantemente violados, ni de las montoneras siempre en armas, ni su falta de seriedad y consideración diplomáticas, para que desistan de propagar sus ideales, que seducen en general á los ignorantes, arrastran á los que no han podido encontrar un modo decoroso de vivir, y sólo aprovechan á algunas docenas de explotadores que pescan en río revuelto.

¡Qué importa el porvenir de un país ante el triunfo de esas ciegas teorías que se asocian casi siempre con la anarquía y los desastres!

Y si no, que me contesten los que han celebrado el triunfo de la insurrección brasileña. ¿Qué intereses ni qué identidad creen ellos que va á establecer la República entre el habitante del Pará y el de Minas Geraes, ni entre el de Matto Grosso y el de Maranhao ó el Bahiano y el Ríograndense, ni qué vínculos van á establecerse entre el habitante de Alagoas en la costa del Atlántico y el ribereño del caudaloso Amazonas?

Perpetuamente á caballo, el habitante de Río Grande mira con desdén á todo el que no tiene idénticas aficiones. El Pernambucano y el Bahiano se detestan.

El de la provincia de San Pablo se considera tan superior á sus demás compatriotas por el progreso y riqueza de su provincia, que le cuesta siempre trabajo identificarse con cualquiera otra población del Brasil.

Sólo una institución fundada en tradiciones históricas que se remontan al año de 1500, en que el Brasil fué descubierto por Cabral, podía sostener esta gran nacionalidad; porque ha de tenerse presente que el Brasil comprende la décimaquinta parte del globo habitado, la quinta del Nuevo Mundo y más de tres séptimas partes de toda la América meridional.

Para dar una idea de la imposibilidad de entenderse ó de las dificultades que la misma Naturaleza presenta, bastará añadir que la superficie del Brasil consta próximamente de 8.500.000 kilómetros cuadrados, y que hace falta una tradición poderosa y una institución llena de prestigios para sostener la unidad de tan vasto territorio. Sólo la provincia de Amazonas tiene cerca de 2 millones de kilómetros cuadrados; la del Pará, algo más de un millón; la de Matto Grosso, cerca de 1.500.000, etc., y cualquiera de estas provincias es mayor que España, Francia, Portugal é Inglaterra juntas. ¡Qué autoridad tan grande no es necesaria para sostener la unidad de comarcas tan monstruosas!

Así lo comprendían los mismos directores de la

insurrección, constituyéndose en Gobierno provisional; y si por fin se proclamó la República, fué porque las masas inconscientes, allí como en todas partes, no gritan otra cosa, cuando se lo permiten, ni saben cantar más que la Marsellesa, sin conocer la letra ni saber quién fué el autor.

La República, si se sostiene y consolida, empezará por federalizar el antiguo Imperio; no mucho más tarde se proclamarán provincias independientes, y concluirá por la guerra civil y la disolución de estos novísimos Estados Unidos, que pasarán bajo la dictadura, como pasó la llamada Gran Colombia siendo Bolívar el dictador, y fraccionándose en tres Repúblicas.

Si yo extendiera mis juicios sobre esta evolución política del Brasil, serían ciertamente poco favorables para D. Pedro II, así porque creo que él ha vulgarizado la alta representación que tenía y ha sido el factor más importante de esa funesta etapa revolucionaria, como porque después no ha acertado á cumplir con su deber, según se dice que han cumplido algunos oficiales, soldados y particulares, que no han abandonado el campo en el dia de la pelea.

Cómodo sería, ciertamente, ceñir la corona de un gran Imperio, ser en él una especie de Luis XIV, hasta el punto de intervenir en el nombramiento de los destinos más secundarios, cerrar la boca con carteras ministeriales á los enemigos de la institución monárquica, y pasearse envuelto en un ancho levitón negro por las calles de Petrópolis ó de Río Janeiro, entregándose á sus gustos é inclinaciones. Pero no es de este modo como los países se elevan á

grandes destinos, si éstos han de depender del que los gobierna.

En primer lugar, hoy no es un cuákero con una flotante hopalanda el llamado á apoderarse de un ejército, ni un pedagogo el que va á regir un Imperio. Yo sé que el Emperador estaba animado de los mejores deseos para atender los clamores de su pueblo; pero también sé que no le he visto vestir una sola vez el uniforme de su ejército y acercarse á los que defienden con las armas en la mano el orden y la independencia de la patria.

Abandonado este resorte importante del mecanismo general de una nación á la casualidad, y entregado como si fuera hecho expresamente á las aventuras de un juego de azar, no es sorprendente lo ocurrido en el Brasil; y en cuanto al Emperador, aunque hoy es más digno de toda clase de respetos por tantas amarguras como le rodean, casi puede decirse que él ha buscado su destronamiento.

Hasta tal punto se creía necesario á su patria, que diciéndole un día en mi tiempo una persona que conversaba con él, que quizá no era prudente abandonar el país por largos meses como S. M. lo hacía, porque podría exponerse á dejarle Monarquía y encontrarle á su vuelta República, contestó: «*E que tem isso: entao eu seria o Presidente.*» No hay que añadir qúe se engañaba, como han probado los hechos.

En otra de las ocasiones en que le visité en Petrópolis, apenas me vió entrar me dirigió algunos cargos benévolos que sirvieron de motivo para nuestra conversación, sobre una crítica verbal que yo había hecho de la libertad de imprenta, que alcanzaba allí

proporciones incomprensibles y escandalosas, y comprendía con frecuencia al Jefe del Estado. El Emperador, sin alarmarse, me dijo «que la tal libertad sólo se hacía daño á sí propia, sin otras consecuencias.» También en esto se equivocó el Emperador.

No es D. Pedro II, á pesar de todos los respetos que inspira, el que necesita defensores, puesto que ni se defiende ni lucha. Su actitud se asemeja á la de Luis XVI, en aquella terrible noche del 10 de Agosto en las Tullerías, en que la Reina, cogiendo las pistolas de la cintura de Mr. de Maillardoz, comandante de los suizos, se las presenta al Rey, diciéndole con exaltación: «*Voilà l'instant de se montrer ou de mourir avec gloire au milieu de ses amis*», y que el Rey devolvió á Mr. de Maillardoz, creyendo que su mejor defensa eran su inviolabilidad y la ley. ¡La inviolabilidad! ¡La ley! Á caballo y con la espada en la mano se hacen respetar en circunstancias anormales.

Mi juicio es, que si el Emperador, en lugar de constituirse como prisionero en su palacio de San Cristóbal de Río Janeiro, se hubiera ido derecho á las fuerzas sublevadas y las hubiera dirigido su autorizada voz, llamando en el acto á Saldanha Marinho, á Silveira Martins, á Bocayuya y al mismo Fonseca á su Consejo de Ministros, la revolución habría perdido su primer instante.

No es, repito, el Emperador, que no ha hecho lo que pudo hacer, quien me sugiere estas modestas observaciones, pues no he de ser yo más realista que el Rey, como se dice frecuentemente. Es la Emperatriz, la noble y augusta señora, arrastrada en esa sorprendente evolución hasta la muerte: es el señor

Conde d'Eu, tan calumniado, y de quien se ha dicho, con notoria injusticia, en varios telegramas que era blanco de grandes odios, y á quien se pinta como un avaro, no siéndolo: es S. A. la Princesa Imperial, tan interesante por su virtud y su talento.

S. M. la Emperatriz fué siempre una señora llena de raros méritos: daba al regio hogar tonos sencillos, á su conversación notas dulces, y á su trato sabor distinguido y aristocrático, sin hinchazón alguna. Animaba á los que á ella se acercaban con su benevolencia, y se alejaba cuanto podía de las intrigas palaciegas. Las desventuras han apresurado su muerte, que ha sido tranquila y resignada como su vida.

S. A. la Princesa es vivo reflejo de su excelsa madre: quizá exagera un poco el sentimiento religioso, como les sucede á casi todas las señoras; pero yo no encuentro nada que presentar como cargo contra ella.

S. A. el Conde d'Eu es un príncipe instruído, discreto, ordenado, valiente y con grandes condiciones para regir los destinos de un pueblo. Consagrado al Brasil, ni se acordaba ya de venir á Europa, cuando la revolución nos le envía. Lo único que yo me permito criticar al Sr. Conde d'Eu es su ofrecimiento de servir á una forma de gobierno tan antagónica á lo que él representa, si es verdad que lo hizo.

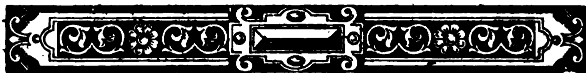
Yo he sido testigo, durante mi permanencia como ministro de España en el Brasil, de la vida decorosa y en ciertas ocasiones espléndida de los Príncipes Imperiales. Cada quince días recibían doscientas á trescientas personas por turno, y no se veía nada de esa avaricia de que acusan al Príncipe. ¿Será que no

se puede ser ordenado y recto administrador de su hacienda como el Sr. Conde d'Eu, ó religioso sin gazmoñerías como la Princesa, sin acarrearse las prevenciones de los disipados y los ateos?

La Princesa Imperial tenía muchos enemigos en el Brasil, porque el Imperio estaba minado por todas partes de logias masónicas que públicamente abren sus templos y constituyen una fuerza importante, á la que da dirección con su altísima inteliligencia el conselheiro Saldanha Marinho.

Por lo demás, ni los Emperadores ni los Príncipes debían tener odios en su país. Buenos, sencillos y con una lista civil de míseros 800 contos de reis para el Emperador, 80 para la Emperatriz y 50 para la Princesa Imperial, gastados en limosnas y donativos generosos; habiendo rechazado el Emperador lo que las Cámaras le han señalado para su representación en los viajes á Europa, nadie hubiera creído en la confiscación de sus pocos bienes por el nuevo Gobierno del Brasil, que no se ha atribuído con esta medida, si es cierta, ninguna ejecutoria envidiable.

Los únicos que están de enhorabuena por lo acaecido en el Brasil son los argentinos. Ya no es el Imperio la potencia importante de Sud-América. Gran parte de su influencia ha pasado á Buenos Aires, que empieza á ser señora en aquella asociación de naciones.



SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA.

I.

Hace algún tiempo ya que tengo contraída una deuda de gratitud con la capital (no la oficial) de la alta California, y voy á pagarla hoy.

Pocos años han pasado desde que al volver á España de Centro-América, en cuyas cinco repúblicas había tenido la honra de representar á mi país, quise conocer los Estados Unidos y hacer el fantástico viaje en ferrocarril de San Francisco á Nueva York, atravesando toda la América del Norte y visitando de paso las ciudades de Salt-Lake (Lago Salado), Chicago, el Niágara y Nueva York.

En San Francisco encontré muchos afectos particulares y consideraciones oficiales que voy á pagar con esta manifestación de reconocimiento.

Pero antes de llegar á San Francisco, just dedique dos palabras á mi viaje, aunque n

que para hacer constar que salí de la ciudad de Guatemala (en donde viví en íntima amistad con el Presidente y principales familias) acompañado por muchos españoles y americanos en carruajes y á caballo; que horas después estaba en la ciudad de Escuintla, y poco más tarde, por ferrocarril, en el puerto de San José, donde me dió una comida el jefe de marina, embarcándome por fin bajo un sol abrasador, que es el esplendor y el azote de toda aquella costa del Pacífico.

A los tres días se llega á Acapulco, ciudad de Méjico, en donde el calor es sofocante; á los cuatro días, á Manzanillo, de tierra mejicana también; dos días y medio después llegamos á San Blas; al día siguiente, á Mazatlan, situado como todos los demás puntos en la costa mejicana del Pacífico, y tres días más tarde fondeamos en la extensa bahía de San Francisco, después de ver desde á bordo la encantadora residencia de verano de Monterrey, en la que pasé después una corta temporada y cuya descripción sería siempre pálida si pretendiera hacerla.

No es mi propósito por ahora describir los accidentes de este viaje, ni decir dónde hicimos carbón ó cargamos cueros, madreperla en conchas, café, etc. Mi objetivo enfoca sólo en aquella grande y majestuosa ciudad que está en la embocadura del río Sacramento y que en el año 45 era una malísima población con algunos cientos de habitantes viviendo en unos malos cobertizos de madera.

Ya que he retrotraído mi artículo á esa fecha, justo es que me ocupe un poco de la transformación de San Francisco.

La población era tan escasa hace medio siglo en la alta California, como en el Oregón, Nevada, Arizona, Utah, Colorado, Sonora, etc., y sólo los aventureros y los desheredados acudían por diversas causas á aquellas latitudes de la Unión y de Méjico.

Los buscadores de pistas, los cazadores del *Far-West*, los piratas de las praderas, los indios y los que estaban fuera de la ley, eran los únicos que penetraban en aquellos bosques sombríos, que atravesaban aquellas llanuras sin fin y que escalaban aquellas ásperas montañas, y puede decirse, por consiguiente, que hace cuarenta años la California era casi tan desconocida como el gran Chaco, la Pampa ó el desierto, á pesar de haber sido aquélla descubierta por D. Diego Hurtado de Mendoza, enviado de Hernán Cortés, en 1532; de que en 1578 un explorador, de nombre Francis Drake, había asegurado, sin que nadie le diera crédito, que aquella tierra era toda oro; y que en 1829 otro viajero alemán, llamado Herman, también aseguró, en vista del color análogo de aquellas rocas con las del Oural en medio de las estepas rusas, que aquel suelo escondía en su seno inmensos tesoros.

Algunos años más tarde se realizaron estos pronósticos.

El capitán Sutter, oficial que había sido de la guardia suiza del rey de Francia Carlos X, se fué tras la fortuna á América y se estableció en el valle de Sacramento, en donde se le acordó gratuitamente una vastísima extensión de tierras. Para defenderse de los continuos ataques de los indios [illegible] piratas, el capitán levantó una pequeña [illegible]

una altura, desde la cual dominaba una gran extensión, se prevenía contra las invasiones y protegía las culturas á que se había dedicado.

Más tarde, en 1847, al establecer unas máquinas para serrar madera, trató de ahondar el cauce donde debía establecerse una rueda del molino, y al verificarlo, saltaron de aquel privilegiado suelo chispas deslumbradoras de oro y pedazos ó pepitas de diversos tamaños que sorprendieron al capitán Sutter y asombraron á los pocos peones á su servicio.

Comprendió desde luego Sutter la inmensa riqueza que tenía bajo sus pies, y, pretendiendo disimularla, mandó cesar el trabajo; pero los pocos ojos que se habían fijado en aquel espectáculo habían comprendido lo que Sutter pretendía hacerles ignorar con objeto de aprovechar para él solo la explotación de aquellos ricos *placeres ó criaderos de oro*, que eran la fortuna de un reino.

Es imposible determinar la extraordinaria cantidad de oro que la California ha hecho circular por el mundo desde el año 48, por más que de los documentos oficiales resulte una exportación anual de 250 á 260 millones de pesetas declaradas, sin contar el contrabando del oro y lo gastado en responder á las necesidades locales.

Si fuera posible hacer una estadística estrictamente sujeta á la producción y establecer una organización fiscal perfecta, se contarían con asombro las cifras, que parecerían fantásticas, del oro que se ha extraído desde el instante en que la fiebre de las riquezas llevó á California á los habitantes de los diversos países del globo.

Para dar una idea más de la riqueza fabulosa que se arrancó desde esa época á aquellas tierras auríferas, bastará decir que en 1839 fueron presentadas á las oficinas de contraste de Hermosillo barras de oro y plata procedentes de la Sonora representando 20 millones de reales sencillos, pudiéndose asegurar sin recelo de equivocarse que otra suma igual ó mayor no se presentó á los ensayadores, para evitar el pago del 4 por 100 en el oro y el 5 por 100 en la plata que cobraba el fisco.

Las minas de Quitorac y Sonoitac en la provincia de Arispe, descubiertas en 1836, produjeron durante tres años 200 onzas de oro por día.

Pepitas de oro se encontraban con facilidad que valían 8 y 10.000 duros.

La alta California, como las otras comarcas vecinas, tenía en sus entrañas oro para enriquecer el mundo, aunque ningún ejemplar en bloc haya llegado á los que se recogieron en Miask, en el Oural (Rusia), uno de los que tuvo el valor intrínseco de 41.822 pesos fuertes.

Sin embargo del sagaz disimulo que, como digo antes, pretendió aparentar Sutter, su casual descubrimiento, circuló por los Estados Unidos y Méjico con una rapidez vertiginosa, y casi al mismo tiempo el eco conmovedor de esta maravilla llegó con una velocidad eléctrica á todos los extremos de la tierra, y de todas las partes del mundo lle[illegible]fornia multitud de hombres de todas la[illegible]dos los colores.

Estas legiones de hombres de [illegible] dente, del Mediodía y del Nort[illegible]

que en el oro, y se encontraron, al concentrarse, sin provisiones ni medios de vivir. Todo había sido abandonado por el afán desordenado de enriquecerse en un día; lo mismo el cultivo de la tierra que la cría de ganados; y el hambre se apoderó de toda aquella comarca hasta tal punto, que por un huevo se pagaban 125 pesetas, por una caja de sardinas 200, una libra de harina 50, y un racimo de uvas se vendía, cuando se encontraba, á peso de oro.

Los útiles para el trabajo alcanzaban los mismos fabulosos precios: una azada costaba 150 pesetas; por una pala se pagaban 200; un caballo, que antes se compraba por 8 ó 10 duros, se llegó á alquilar por 100, y el jornal de un indio, que había sido hasta entonces de media peseta, llegó á 100 y 150 pesetas por día.

Este anómalo estado me recuerda lo ocurrido trescientos catorce años antes en otra parte del Nuevo Mundo.

Los conquistadores españoles en el Perú llegaron á poseer tal tesoro en Caxamalca, después de la muerte de Atahualpa, y en el Cuzco, que cada soldado de á caballo cobró 6.000 pesos de oro cada vez, y la mitad los de infantería; y llegó á ser tal el influjo de tanta riqueza entre gente no acostumbrada á poseerla, que en un solo día se perdían y se volvían á ganar sumas capaces de convertir en millonarios á muchos de aquellos valientes aventureros, y en mendigos á los que á fuerza de fatigas habían conseguido realizar el ideal que les había llevado al Nuevo Mundo.

Los efectos de la abundancia del oro y plata se

dejaron sentír inmediatamente. Una mano de papel costaba 10 pesos oro; una botella de vino, 60; una espada, 50; una capa, 100; un par de zapatos, 40; un buen caballo, 2.500; en suma, allí como en California y en la Australia, el oro y la plata parecían cosas sin valor por efecto de su abundancia.

Casi puede decirse, como ya he indicado antes, que la California entonces era el desierto, y por consiguiente, que no llegaba allí ninguna de las instituciones que son la garantía de seguridad de las propiedades y la vida; pero en cambio cayeron sobre aquella latitud los indios bravos, los piratas, los fugados y los cumplidos de presidio y todos los aventureros de la peor condición que no podían vivir dentro de la civilización, los cuales, organizándose en partidas de bandidos, atacaban á los mineros aislados y los asesinaban para robarles el fruto de su trabajo, á pesar de la conocida ley de Lynch, que era la única justicia del desierto.

A propósito de la ley de Lynch, voy á rectificar ahora la explicación que da de ella el reputado novelista francés Mr. Gustave Aimard, en su libro escrito con tal título: *La loi de Lynch*. Dice Mr. Aimard que esta ley existió en América desde el primer día que los europeos desembarcaron en ella, y la atribuye á un colono que la aplicó por primera vez, y más afirmativamente á la palabra *light*, que quiere decir *luz*, y que por corrupción, según él, puede haberse llamado *lynch*.

Con el respeto debito á tan notable escritor, al q
he conocido en América en casa de un ministro fr
cés, colega mío, le diré que esta ley se llama así p

que, no alcanzando la acción de la justicia á territorios casi despoblados de los Estados Unidos, en que se robaba y asesinaba con la mayor impunidad, consultaron de muchas partes al gobierno supremo, y entonces uno de los legisladores llamado Lynch les aconsejó que, donde no alcanzase la acción protectora de la justicia, se reuniesen los vecinos próximos y juzgasen y ejecutasen sumariamente á los criminales; comprendiendo que, si no tenían protección legal, debían protegerse recíprocamente los que iban á aquel país con el propósito de trabajar.

Hoy sigue aún aplicándose esta ley en oposición con la legislación positiva de los Estados Unidos y con poco prestigio para su cultura.

En la ciudad, que consistía en una aglomeración de casas de madera, abundaban los *bar-rooms* ó tabernas, en donde se jugaba sin cesar día y noche, y en donde, lo mismo que en el campo, se robaba y asesinaba con la más completa impunidad. En aquellos infectos tugurios, llenos de la espesa humareda del tabaco, refugio de todos los vicios y todas las licenciosas costumbres del mundo, resonaban espantosos juramentos, se jugaban sumas enormes por gentes de aspecto mísero, y se cambiaban las puñaladas por cuestiones de juego ante el círculo de curiosos que se formaba para presenciar tranquilamente el espectáculo.

¡Qué diferencia de la California de entonces á la de hoy!

Hoy es un Estado de la Unión desde el 9 de Septiembre de 1850, en que dejó de ser territorio, y casi puede decirse que más rico que en la epoca en que

bastaba arañar el suelo para adquirir una fortuna.

Los cereales, los vinos, la madera, las fábricas de fundición, la caña, la sal, las pieles, la cerveza, el mercurio, el cinabrio, etc., han reemplazado al oro que, sin embargo, se sigue explotando por compañías que atacan con fuerzas hidráulicas las montañas para extraerle.

El ascenso de territorio á Estado de la Unión, se celebra todos los años, y yo he presenciado un aniversario en el que todos los antiguos *pioneers* que viven aún, forman orgullosamente y con preferencia en la solemnidad, en la cual toman parte los clubs uniformados, los masones lujosamente vestidos con sombreros de tres picos, grandes bandas bordadas y magníficas espadas, los milicianos armados y las músicas.

En San Francisco vi por primera vez los tranvías de cable, que más tarde se establecieron en Chicago y alguna otra ciudad del mundo. Con ellos se suben y bajan constantemente aquellas pendientes sobre las que está fundada la rica capital. Por todas partes ilumina cafés y restaurants, teatros y hoteles, portadas de bazares y su interior la luz eléctrica.

San Francisco es una ciudad grandiosa, con todos los refinamientos y comodidades de la vida, y desde la bahía y por la entrada que allí llaman *Golden Gate* (Puerta de Oro), defendida por un gran castillo artillado á la derecha, se disfruta de su vista panorámica y accidentada, que es de un gran efecto.

Aquí termino este capítulo, por no hacerle demasiado pesado. En el siguiente desembarcaré en San Francisco y me ocuparé largamente de la ciudad y de sus habitantes.

II.

Prometí en el capítulo anterior desembarcar y ocuparme largamente de la ciudad y de sus habitantes.

Si hay tareas agradables y ofrecimientos que, al cumplirlos, dan una grata satisfacción al espíritu, son seguramente esta que yo emprendo y el que realizo escribiendo estas páginas que me acercan, por efecto de una alucinación mental, á una ciudad, á una época y á muchas familias é individuos cuya memoria guardo constantemente entre mis afectos queridos.

Al empezar este capítulo tengo que abandonar la parte histórica de que me ocupé en el anterior y saltar á tierra después de haber admirado la ciudad desde á bordo en la noche que pasamos *stopados* en su gran bahía.

Al día siguiente de la llegada, muy temprano, desembarqué, sin que la Aduana, con una delicadeza que no todas las Administraciones fiscales tienen, me molestase para nada en cuanto conoció mi cargo oficial, y una hora más tarde estaba aposentadó en uno de los más soberbios alojamientos de San Francisco, llamado *Palace Hotel*.

Mi propósito fué sólo pasar tres ó cuatro días en aquella capital; pero su fisonomía risueña, su lujo su *comfort*, sus grandiosas calles, sus ricos bazares y

el cariñoso trato que encontré en muchas familias, me hicieron alargar hasta ochenta días mi permanencia en ella y sentir vivamente el dejarla.

Las familias Baum, Schleiden, Wilcox, Molera, Pope, Hurtel, Cooper, Niklas, Chissman, Costa, Parrot, Elliott, y los Sres. Hollander, Kelton, Tams, Hooker, Kimbold, Francis, Walt, etc., la Sociedad de Ciencias, bibliotecas y clubs serán recuerdos gratísimos siempre para mí.

El general Pope, general de verdad (y no de los muchos de nombre que hay en los Estados Unidos) cuya jurisdicción militar alcanza á distancia inmensa, y cuya posición es importantísima, me hizo el honor de recibirme en la colonia militar que está á pocos kilómetros de la ciudad, con todo su estado mayor de gala, así como las fuerzas de caballería y artillería, que desfilaron al galope, al trote y al paso delante de mí, al propio tiempo que una batería me saludaba á cañonazos. Después visité los cuarteles, y ¡cuál no sería mi asombro cuando en todas las salas encontré, fijada artísticamente en la pared, la frase cordialísima y cortés con que el general, sus jefes oficiales y soldados, todos, por cierto, de un tipo militar admirable, me felicitaban por mi llegada: el *Wellcome* en letras de un metro de altas y formadas con flores!

Al visitar los edificios destinados á casas y cuarteles de jefes, oficiales y soldados, observé con admiración que los soldados tienen salones de recepción, piano y billar, que, según me dijeron los oficiales, les habían comprado ellos por encargo de aquéllos y con su dinero. Las casas de los oficiales están rodea-

das de lindos jardines á la inglesa, y todo allí respira bienestar. Es verdad que hay que tener en cuenta que todo el ejército de los Estados Unidos era entonces de 25.000 hombres, y que están pagados de tal modo, que un coronel, después de cinco años de servicio, tiene 320 dollars al mes; un teniente coronel, 275; un mayor, 239 ;un capitán montado, 289; á pie, 165; un teniente montado, 146; á pie, 137, y un soldado, 13, subiendo siempre esta paga cada cinco años.

Me sería imposible decir todas las atenciones que merecí á aquellos oficiales, al jefe superior militar á quien me refiero, al cual visité varias veces en *Black Point*, á donde tiene una casa-palacio, á la orilla del mar, que le da el Gobierno, así como le pasa coche y una guardia de honor para su persona.

Su señora, que tenía un verdadero aire regio, y una sobrina muy interesante que vivía con ellos, además de los niños del general, fueron verdaderos y cariñosos vínculos para mí en San Francisco.

La Sociedad de Ciencias me dió una comida en uno de sus museos, en medio de elefantes y rinocerontes, boas y ballenas, tigres y leones, y rodeados de verdaderas riquezas vegetales, minerales y animales. Las señoras que pertenecían á la Sociedad servían la mesa como en familia, y todo adquiría el sello de familiaridad cariñosa que tanto agrada al extranjero.

Los clubs, que son muchos; las bibliotecas y otros establecimientos me pasaron tarjetas de socio; los periódicos se ocuparon harto lisonjeramente de mí, y por todas partes sólo encontré atenciones que tengo siempre muy presentes.

En una de las bibliotecas me presentó el señor general Elliott, y sin duda por esta causa en el billete que me dieron para cuatro semanas se me daba también el título de general.

El Sr. Molera, á quien conocí á mi llegada á San Francisco, me colmó de atenciones. El Sr. Costa me prestó también buenos servicios, y algunas familias me invitaron á comer. Entre otras, dió, con el modesto nombre de *lunch*, una espléndida comida la señora de Hurtel, y para que su atención llegara al colmo de la cortesía, cada uno de los convidados tenía al lado de su cubierto un *Ave María* en verso que yo había hecho, y que ella había encontrado de su gusto, sin duda porque su composición estaba en armonía con los sentimientos piadosos de aquella joven é interesante viuda. Ese *Ave María* ha sido también del gusto de algunos periódicos extranjeros y nacionales que le han publicado espontáneamente hace un par de años, con gran satisfacción mía.

Para que las atenciones fueran siempre en aumento y yo nunca pudiera olvidar las que recibí en San Francisco, el periódico *The Ave Maria* (número 45, año 1884) publicó una traducción de una oración dominical que yo había puesto en verso, y que una mano amiga protegió para el caso con su influencia.

La familia Wilcox, compuesta de esta amabilísima y hermosa señora, de una hermana muy interesante y de tres bellísimas hijas, que vivían en un precioso hotel, rodeado de jardín, fueron para mí otro núcleo protector y otro hogar amigo en cuya mesa encontré varias veces un sitio dado con tanta cortesía como cordialidad.

El Sr. Molera y su señora y niños se excedieron en constantes y delicadas atenciones que yo deseo llegue la ocasión de devolver, para probar que no he olvidado ninguna de aquellas manifestaciones á que fuí, y aun soy, en extremo sensible.

Entre los recuerdos que más indeleblemente se grabaron en mi memoria y que me sorprendieron verdaderamente, está el de Miss Malvina Schleiden, ciega de nacimiento, pero llena de instrucción, gracias y atractivos. Dios, al privarla de un sentido, le había dado pródigamente en compensación tantas perfecciones físicas é intelectuales que apenas podía sentir aquellas eternas tinieblas. Hablaba alemán, español, francés é inglés; tocaba muy bien el piano y tenía un repertorio musical vastísimo; subía, bajaba y andaba por su casa con un desembarazo admirable, y al verla en una sociedad con sus anteojos azules, dirigirse del brazo de un caballero al piano, se creía uno víctima de una mistificación.

Su hermano, el Sr. Schleiden y su señora, así como su hermana, casada con un Sr. Baum, y sus hijos, fueron para mí verdaderas providencias en San Francisco, y sus respectivas casas, rodeadas de vastos jardines, fueron el puerto amigo en donde yo encontraba siempre caras agradables y sentimientos cordiales para recibirme. Su mesa fué muy frecuentada por mí, y en su compañía pasé muchas y buenas horas de verdadera amistad. ¡Cuántas noches he dejado de ir al teatro para hacer furiosas partidas á un juego chino, con Miss Baum, sin pensar en las horas que pasaban y en medio de su familia tan respetable como respetada para mí! ¡Cuántas veces me

he entretenido en regar el jardín de Mr. Schleiden, viviendo ya en su casa, como viví la segunda vez que visité aquella ciudad!

Bellos recuerdos son éstos, pero hay que separarse un poco de ellos y dar una vuelta por las calles.

En ellas hay muchos y sólidos bancos, establecidos en edificios como palacios, aunque este aspecto le tienen las calles enteras en San Francisco, como *Van Ness Avenue*, en donde vive (en casa propia) el Sr. Molera á quien me refiero antes, cuya amistosa benevolencia me fué tan útil, que nunca podré ponderar ni agradecer bastante.

Al lado de estas instituciones de crédito en donde se da tortura al dinero para que produzca bajo todas las formas y en todas las empresas imaginables susceptibles de producto, está *The safe deposit* en *Montgomery Street*, con 4.600 cajas de hierro, que es un establecimiento construído á prueba de fuego, en el cual, por una suscrición anual de 24 dollars, el tipo más bajo, tiene el suscritor una caja, cuyo tamaño depende de la suma que paga, en la cual conserva sus valores, alhajas y papeles de familia, con muchas más garantías que en su casa. El establecimiento se compone de diversas galerías de hierro, cuya comunicación se cierra á la caída de la tarde y no se puede abrir sino á la hora en que, mecánicamente, lo determina un doble reloj cuyas combinaciones dan movimiento á unos cilindritos de hierro que hasta las ocho de la mañana no dejan expedita la cerradura; sin que esto que llamo reloj tenga esfera ni haya medio de hacerle andar más de prisa. Cuesta esta ingeniosa combinación sobre 450 dollars.

Por manera que, aun suponiendo que la policía anexa al establecimiento y el *Manager* (administrador) se pusieran de acuerdo para abrir las galerías, á cualquiera hora de la noche, la llave no funcionaría sino á la hora en que la mecánica interior funciona para el efecto.

Alrededor de estas galerías y como ornamentación hay guerreros en bronce dorado, armados de punta en blanco y apoyados en la espada desenvainada.

Los edificios destinados á la contratación de valores son suntuosos, y en ellos se presencian pugilatos extraordinarios que son verdaderas luchas. Yo he visto en uno de ellos (la Bolsa de valores), soberbio edificio por cierto, con un gran salón, y en él más de cuarenta butacas que pertenecen á otros tantos agentes, y fuera del vasto círculo cuatro filas de sillas para el público, así como un anfiteatro circular en el piso superior; he visto, repito, una puja de acciones en que se luchaba á brazo partido, se gesticulaba, se empujaba rudamente, se gritaba agitando los brazos, y cuya escena hubiera sido increíble para mí, á no presenciarla.

Para probar hasta qué punto ha llegado esta contratación en San Francisco, haré constar aquí que por una plaza de agente se pagaban hace veinte años 50.000 dollars.

Coincidiendo con la época de mi permanencia en San Francisco, se verificaba una exposición, la *Mechanics fair industrial exhibition*, y para cerrarla, había, entre otros premios, uno á la belleza, que interesaba, como era natural, á las señoras; y la galan-

tería del Jurado fué tal para conmigo, que fuí nombrado el único juez para elegir la mujer más hermosa, como lo hice, aunque teniendo la discreción de preguntar á los que tan cortésmente delegaron en mí sus atribuciones, quién era el ser privilegiado, según su juicio, y pidiendo que me guiasen hasta donde se encontraba.

Las músicas tocaron aires españoles, y yo compartí con Miss Sherry Thompson, en medio de una inmensa concurrencia, los honores del acontecimiento, de que se ocupó la prensa.

Ya que me refiero á esta Exposición daré de ella una idea, apelando á mis recuerdos.

Allí vi toda clase de máquinas funcionando: aserradoras, tejedoras, quebrantadoras del cuarzo, productoras de luz eléctrica, etc. Allí vi cómodas camas que se convertían, en algunos segundos, en elegantes armarios, confortables sofás ó muebles de adorno; vi hacer buenos cepillos de ropa en pocos minutos, y por todas partes productos de cerámica, hierro, instrumentos, sedas, pieles, monturas y guarniciones para carruajes, perfumería, etc.

Por todas partes se veían bombas hidráulicas, máquinas é instrumentos de agricultura, manufactura de tabacos, gusanos de seda, cristalería de colores, estatuaria y pintura que revelaban el estado de cultura y progreso de aquel país.

En medio del vastísimo salón central había una fuente monumental, y cerca de ella una gran meseta para la orquesta, dirigida por Schultz.

Considero discreto terminar aquí este [illegible] que va saliendo de las proporciones de ta[illegible]

para otros, la descripción del barrio chino, con sus teatros, cafés, tiendas, etc., que le dan un aspecto de ciudad del Celeste Imperio; los bazares, alrededores, paseos y teatros de la ciudad; algo de sus costumbres sociales y políticas, visitas á establecimientos científicos que si yo supiera referir no carecerían de interés, pero que por lo menos afirmarán lo que pretendo probar, que es la afectuosa hospitalidad que encontré en San Francisco y el agradecimiento con que la recuerdo siempre y la pago ahora.

No voy á decir nada nuevo para muchos lectores americanos; pero daré á conocer San Francisco, y probaré que me acuerdo de todo cuanto he visto en aquella gran ciudad.

III.

Terminé el capítulo anterior, consagrado á San Francisco de California, como tributo de agradecimiento por la hospitalidad afectuosa que allí encontré las dos veces que he visitado aquella gran ciudad, refiriendo la atención delicada de nombrarme único juez para otorgar un premio á la belleza en una Exposición en que había miles de personas; y ahora voy á continuar recordando mis impresiones en aquella rica y risueña población, que yo elegiría con gusto para vivir, si razones poderosas personales, mi carrera y vínculos de familia no me lo impidiesen.

Empezaré este tercer capítulo, ó mejor dicho, continuación del primero y segundo, por dar una idea á los que no conocen los tranvías de cable, de su mecanismo.

El efecto de estos medios de locomoción consiste, para el que los ve por la primera vez, en la marcha de los *carros*, sin ganado ni máquina que los arrastren. Por medio de los dos rieles de los lados en que se ajustan las ruedas, hay otro equidistante riel partido en dos en toda su longitud, y paralelo á los mismos, por cuyo hueco entra una tenaza, que forma parte de todos los carros de este sistema. Algunos centímetros por bajo de este riel pasa un cable que siempre está funcionando, movido por grandes máquinas de vapor, instaladas en los extremos de la misma línea. Inmediatamente que el conductor del carro pone en juego el mecanismo para que la tenaza se cierre y coja el cable, el carro y los que él arrastra detrás, se ponen en movimiento y suben ó bajan pendientes asombrosas, del mismo modo que cuando se abre la tenaza y se aprieta el freno, se detienen casi instantáneamente.

Vamos ahora á dar una vuelta por el barrio chino y por sus establecimientos.

En el centro de San Francisco, y próximo á las calles de más circulación, vive una población del Celeste Imperio (30 ó 40.000 almas), con habitaciones, tiendas, bazares, barberías, cafés y teatros de color local chino.

Por todas aquellas calles no se ven más que coletas y bonetes, y por rara excepción se ve el traje europeo. La vida de Cantón ó de Pekín se reconstituye al

Aquella población industrial y sucia se ha agrupado y tomado posesión de una parte de la ciudad, y los súbditos de la dinastía Tártara Mandchú arrancan muchas industrias y ocupaciones materiales al país.

Por regla general gastan muy poco; viven mal, envían á su país, en pesos mejicanos nuevos y brillantes, todo lo que ganan, y jamás se asimilan al en que viven, ni fundan una familia, ni se arraigan en él. Consumen parte de lo que importan, y no se separan de su coleta, de su traje, de su calzado y de su arroz.

Los norteamericanos realizarán muchas empresas difíciles, pero no harán de los chinos ciudadanos americanos.

Por todas aquellas calles se ven bazares llenos de armas; de muebles de laca; cofres y armarios preciosos; ricos tejidos; ropas bordadas en seda y oro; soberbios jarrones con inscrustaciones maravillosas; abanicos y pantallas de mil formas y de exquisito trabajo; biombos de ricas telas; faroles ricos y delicadas porcelanas; artísticos bronces; variadísimas preparaciones pirotécnicas; té en cajas, en frascos y en paquetes; maderas perfumadas; juegos de todo género en marfil, en sándalo y en hueso; muebles; dragones, y todo cuanto produce la fantástica industria china y japonesa.

Sabido es que San Francisco es la primera estación de la China á América, y por consiguiente su gran depósito. El bazar llamado *Ichi-ban* es una suntuosa y palpable muestra de lo que digo.

Al pasar delante de una barbería, se ven varios

chinos rapando la cabeza, el interior de la nariz y de las orejas á sus compatriotas. En otras tiendas están planchando ropa blanca ó lavándola; en otra, fabricando lámparas de papel barnizado, y en todas se ven las muestras de la industria á que se dedican, escritas en chino en sentido vertical. Los nombres de los propietarios son siempre breves; he aquí algunos como por ejemplo: Chang-Po, Yuen-Thi, Toa-hi, Chin-Lee, etc.

Asistí, durante mi permanencia en San Francisco, á parte de una representación en uno de los teatros chinos, y según los informes que tomé, se trataba del bien y del mal, simbolizados por dos serpientes, una blanca y otra negra. Los dos chinos que representaban estos principios llevaban las serpientes sobre su cabeza, y estaban pintados con tal perfección que parecían mujeres (en el teatro chino rara vez representan éstas).

Los trajes de los actores eran talares, lujosos y pintorescos, llenos de alas ó aspas que arrancan de la cintura ó de la cabeza, y con unos cascos complicadísimos. Los zapatos tenían dos dedos de espesor en la suela.

Sus representaciones son siempre históricas, mitológicas ó simbólicas, y se llaman, según creo, *Sing-Song*.

La orquesta se compone de un gong, de una especie de violín de dos ó tres cuerdas, de otra especie de guitarra (*syam-sya*) del mismo encordado; de unos platillos inmensos y de un aparato, como timbales pequeños, uno de los cuales tiene parche de tambor y el otro una tabla. El que toca el gong ataca tam-

bién una especie de hierros que producen un sonido seco.

Es preciso oir esta música, que no tiene descripción posible. En primer lugar, hacen sin armonía alguna, y con sólo dos ó tres notas, el ruido más agrio y desagradable que existe.

De repente, el que toca los timbales á que me refiero, que es el director de aquella..... cencerrada, varía el compás en uno de sus tambores, y el gong, los platillos, los hierros, la guitarra y el violín se entregan á la más desenfrenada bacanal, los actores cantan con voz chillona afectada y desagradable, ó mejor dicho, hablan cantando como de costumbre, y resulta una algarabía infernal.

La danza del *scalp* de los indios Sioux, Apaches ó Comanches, con sus tambores, sus chichikoes y sus gritos insensatos, podría rivalizar sólo con ésta á que me refiero antes. Paganini dijo en su tiempo que toda orquesta en que hay más de quince ejecutantes, se cambia en estrépito. ¡Si hubiera oído esta que sólo contaba cinco! ¿qué habría dicho?

Los músicos, ó lo que sean, están á la vista del público, y en el fondo el palco escénico que no tiene bastidores ni decoraciones.

Cuando algún personaje debe salir á caballo, basta con que lleve un látigo en la mano: si debe figurar que entra en otra habitación, basta con que levante bien la pierna, como para pasar el dintel: si el asunto exige un viaje, es necesario que den los actores dos ó tres vueltas por el escenario.

La decoración se la debe imaginar el espectador. En el teatro chino todo debe suponerlo el público.

Por atención especial, que uno á tantas como allí recibí, yo estuve en el escenario todo el tiempo que permanecí en el teatro, viendo de frente al público y siendo visto de él, y desde mi observatorio contemplé á todos aquellos adoradores de Budha embebidos y extasiados escuchando con la boca abierta aquella interminable y enrevesada leyenda dramática, y aquella bárbara desentonación caótica de los músicos.

También visité durante mi permanencia en la ciudad un café chino, con amos, criados y concurrencia asiática. Los veladores, las banquetas y el servicio eran originales. Algunos jugadores gritaban desentonadamente en círculo, detrás de un largo biombo montado y coronado por maderas maqueadas de complicadas y caprichosas labores. En otra habitación había un hueco en la pared como el camarote de un barco, y en él cuatro ó seis chinos embriagándose con las pipas cargadas de opio y algunos otros ya en el período de éxtasis que idiotiza su existencia. Por todas partes mesas, banquetas, pantallas y biombos de prolijo y delicado trabajo.

En uno de los salones había un altar, y delante de él dos preciosas linternas de vivos colores y caprichosa montura. El cuadro de altar representaba una de las numerosas divinidades del panteismo chino, y sobre una ancha repisa ofrendas de bizcochos y pastas diversas para que el dios no se muriese de hambre.

Quizá pensarán algunas almas caritativas que estas pastas que se ofrecen á la divinidad se las comerían algunos de sus adoradores, partiendo con

las ratas. No seré yo el que me empeñe en disuadirles de tal idea.

La forma en que se sirve el té en aquellos cafés es curiosísima. El chino que nos servía entró lo menos quince veces en media hora con unas tacitas como juguetes y las teteras, todo bien tapado: nos servía y se marchaba para volver con otro servicio á los dos minutos y servir de nuevo. También puso sobre la mesa una extraordinaria variedad de dulces.

Pasando por Market Street vi un entierro chino, y voy á trasladar aquí la impresión que me dejó y el recuerdo que aun conservo de él.

Primero un coche con varios chinos envueltos en lienzos blancos, que eran los que formaban el duelo; seguía el carro fúnebre, y después una especie de vagón descubierto, con ocho ó diez chinas envueltas también en telas blancas, cubierto el rostro y completamente acostadas unas sobre otras, llorando ó haciendo que lloraban al finado.

En el cortejo iban varios coches con su música fúnebre, que consiste en un gong colgado, que toca acompasadamente con su mazo uno de los chinos, alternando con unos grandes platillos que toca otro. Cada cuatro ó cinco golpes alternados repite el de los platillos un golpe más. Los timbales de que antes hablo también funcionan.

Desde los coches se arrojaban tiras de papel llenas de picaduras, que son oraciones, y todos ellos llevaban una pegada al cristal de la ventanilla.

Dejemos, por ahora, á los chinos, y vamos á la verdadera civilización, por más de que en el Imperio chino se nos conozca con el nombre de bárbaros. Así

llamaban también los griegos, antes de Jesucristo, á todos los que no eran de raza helénica, y sin embargo, carecían de muchas virtudes y adelantos que aquéllos tenían.

Ya dije en el capítulo anterior que había sido presentado en una academia científica, de la que dependía un museo rico en botánica, mineralogía y zoología, y que me habían dado una comida en medio de los tres reinos.

En aquella Academia (en relación con casi todas las del mundo, y á la que yo puse en alguna relación con la de Madrid, á cuyo efecto me dirigí al Ministrio de Fomento, y me encargué de traer cajas con semillas, coleópteros, etc. para España) hay cuartos de observación y estudio donde se encierran los sabios á resolver los problemas intrincados de la ciencia.

Uno de ellos, cuyo nombre siento en el alma no recordar, me mostró una manzana con una manchita producida por un bichillo, que le había pedido la Sociedad de Agricultores que estudiase, para evitar la propagación á otras frutas que empezaban á ser atacadas.

También me hizo ver, con un aparato microscópico, una hoja de té traída de Ceylán, cubierta de una pelusita en ciertos sitios de su superficie, cuya pelusa era una parásita que quitaba todo el jugo á la planta á que estaba adherida.

Por causa de aquella imperceptible parásita, cuyo nombre científico es *Hemeleia vastatrix*, según me dijo el atentísimo sabio á quien me refiero, quebraron bancos ingleses y casas respetables que habían

hecho considerables empréstitos sobre la cosecha de té de la India, que se perdió por completo.

Me hizo ver con el miscroscopio ejemplares curiosísimos y raros de la flora californiana, y me enseñó también trufas descubiertas por él, sobre cuyo descubrimiento había dado ya algunas conferencias. No sería nada extraño que cualquier día la California empezase á hacer la competencia á Perigord.

Todos los miembros de aquella Academia (y en ella también hay señoras) trabajan, estudian y clasifican, por amor á la ciencia y sin costarle nada al Estado; pero cuenta para sostenerse y enriquecerse con legados cuantiosos que le han dejado algunos otros apóstoles de tan noble religión, y con un peso mensual que paga cada miembro.

En la ocasión en que yo me encontraba en la Academia, llegó una señora (miembro de la misma), de Sonora, con plantas nuevas y con flores que crecen y se reproducen en la arena, y sin ir á su casa fué á dar cuenta á los compañeros de su viaje y descubrimientos. Con ella traía ejemplares para sembrar en el parque que, como todo San Francisco, es arenoso.

Por gracia especial, y en mi obsequio, se abrió el Museo en día extraordinario (sólo se abre los sábados), y entre las varias cosas notables en que me fijé y llamé la atención del director del establecimiento y del ingeniero Molera, que tenían la bondad de acompañarme, fué un friso ó faja de 25 ó 30 metros de largo y uno de ancho, con muchas manchas impresas de la forma de un pie gigantesco, y otras como de patas de pájaros, de proporciones también exage-

radas. Estas marcas reproducidas en la tela á que me refiero y en yeso, formaban entonces el estudio y eran objeto de examen científico en casi todas las academias del mundo.

Fueron observadas aquellas huellas en Carson City (Nevada), sobre piedra arenisca al hacer algunas obras en la cárcel. Sobre ellas había una capa de piedra de 32 pies.

También había marcas de pisadas de manmouth, de caballo, de pájaro, además de las del gigante citado, que tiene quizás 50 centímetros de extensión por 10 de anchura.

Hay un modelo de plesiosaurus en esqueleto de 8 metros de largo, encontrado en Inglaterra; otro de tortuga, encontrada en la India (tortuga de tierra), que mide la concha 2 metros y medio de diámetro, y en medio del salón la copia exacta de un manmouth encontrado en 1799 en los bancos de Lena (Siberia), que tiene 6 metros de altura y 8 de largo. Este elefante gigantesco y antidiluviano estaba, según se dice, tan perfectamente conservado al encontrarle, que se hubiera podido comer su carne. En el esófago guardaba aún toda su última comida á pesar de miles de años transcurridos.

Una cosa curiosa que me explicó el director del Museo, y que para mí era nueva, es que todos esos paquidermos tienen de altura la suma doble de la circunferencia de la pata delantera, cuya exactitud pude comprobar inmediatamente.

Allí vi esqueletos de megaterios, elefantes, chimpancés, y también una numerosa colección de calaveras, como tipos de varias razas. Apreciando á la

simple vista la depresión facial de ellas, encontré menos desarrollo angular en las de Maori (Nueva Zelandia), Saranguey, Imar (Bolivia), Mongol, indio chinook (Oregón), á los que deprimen la cabeza en la infancia; Isla de Sacrificio (Méjico), Makoka (negro de África), caribe de Islandia y Malgache.

Había allí también unos grandes platos ó tazas de madera, de los indios caníbales de las Islas del Almirante, que tienen sobre metro y medio de luz, en los que ponen en adobo los caribes á los que preparan para comérselos. Como los platos son de madera y no pueden ponerlos cerca del fuego, preparan la carne poniendo grandes piedras en estado candente y metiéndolas entre la carne y la salsa de sangre, que hacen hervir con tal procedimiento. El título de este plato en el Museo es *Canibal-Bowl.*

Entre las muchas curiosidades científicas, artísticas y naturales que guarda aquel Museo, se pueden contar unos modelos de pueblos indios de *El Colorado*, en forma de anfiteatro, y sin puertas de entrada para las casas; dos imitaciones de dos pepitas de oro encontradas en Australia en 1855, una de las cuales (no se conoce mayor) valió 41.882 pesos 70 céntimos, y la otra sobre 30.000.

Nunca podría referirse mejor que ahora aquella conocida historieta del minero que contaba á un andaluz las maravillas de California, y le decía así: «El oro se encuentra allí á puntapiés, y escarbando un poco se sacan ejemplares prodigiosos. Un día saqué yo una pepita de un peso enorme que me valió 20.000 duros. ¡Hombre de Dios! repuso el andaluz en seguida, ¿y á ezo le llama osté Pepita? ¡Ezo

ze llama D.ª Jozefa en toaz partez del mundo!»

No puedo terminar este tercer capítulo sin ocuparme de *Woodwadrs Garden*, que es un paseo agradable, instructivo y digno de llamar la atención. Fué fundado por un particular, que se lo legó á su familia á su muerte, ocurrida dos años antes de mi estancia en California, y el Estado nada tiene que ver con aquello que ha realizado la iniciativa particular, como tantas otras cosas.

Por la entrada, para contemplar las riquezas que allí se encierran, se pagan 20 ó 25 centavos de dollar.

Allí se puede visitar una verdadera casa de fieras con leones, panteras, tigres, osos, hienas, jaguares, camellos y muchos otros animales. Los osos están en anchos fosos rodeados de una balaustrada, y no como en Madrid en jaulas estrechas. Los monos en jaulas espaciosas, y detrás de un cristal de dos metros se veía la habitación de una mona criando, y á la que se sorprendía por el cristal en todas las expansiones del amor maternal.

Si la bizarra afirmación de Darwin, ó sea el transformismo ó la evolución, debe sostenerse, allí podría verse una buena ejecutoria de amor, de paciencia y de sacrificio en aquella mona que abrazaba á su retoño con apasionamiento, y le daba de mamar como la más acostumbrada nodriza, en tanto que el monillo saltaba por todas partes y dejaba el pecho, hacía muchas monadas con su mamá, se colgaba de sus orejas, y como niño consentido hacía cuantas diabluras le daba la gana.

También se sorprende allí en el *Aquarium* la

vida íntima de las salamandras, carpas, crustáceos de diversas formas y tamaños é infinitas clases de pescados, plantas marinas y criaderos de ostras. En un gran estanque hay varios lobos marinos, y algo más allá un museo de historia natural y otro pequeño de pinturas.

Allí se ve el árbol en que fué muerto el capitán Cook, en las islas Sandwich.

También se ve la corteza de uno de los gigantescos árboles del *Yosemite valley*, cuya corteza tiene más de medio metro de espesor, y muchos objetos notables.

En situaciones pintorescas se encuentran lujosos restaurants y pabellones de bebidas. En uno de los primeros hay un órgano grandioso y representaciones diversas, y por todas partes hay *Skating rink*, teatros, plataformas, terrazas, pabellones, gimnasios, lagos, asientos cómodos en sitios bien estudiados, belvederes, espectáculos cosmorámicos, y entre otros uno que consiste en una especie de bóveda giratoria dividida en cinco compartimientos, que va mostrando en su pausada y mecánica revolución las cinco partes del mundo á todos los que se sientan á descansar en uno de los varios pabellones de esta múltiple variada exposición.

El estanque para remar está siempre muy concurrido por niños y por familias, y tiene la ventaja de no ofrecer el menor peligro aquel sistema de botes giratorios y eslabonados entre sí.

Por muchos sitios serpentea un riachuelo sobre el cual evolucionan varias clases de palmípedos, y los lagos, las fuentes y las cascadas dan más encanto á muchos de aquellos deliciosos sitios.

Entre las plantas se veía el lhujopsis delobrata del Japón, tarus lubérnica, ulums americana péndola, araucarias, criptomeria del Japón, elegans, dracæria, flagrans de África, cedros, yucas, etc.

A la entrada de este jardín, se encontraba y se verá hoy probablemente también, un busto inmenso de Washington, estatuas de piedra y esferas de cristal.

Para proveer á estos y otros museos de todo cuanto es de notar en el mundo en los tres reinos de la Naturaleza, hay que dirigirse á un Mr. Ward, que tiene en Rochester (Nueva York), museos particulares con este objeto, y viaja por todo el mundo para enriquecerlos. Cuando en cualquier parte hace falta una colección, es á los museos de Mr. Ward á donde hay que dirigirse para comprarla.

Aquí hago punto, por ahora, pues aun tengo mucho que contar de San Francisco, y ya que he empezado, saldaré en dos ó tres capítulos más todas mis cuentas de cariño con aquella capital y con mis amigos.

IV.

Dije en el tercer capítulo que tenía aún mucho que contar, y es cierto.

Allá va la prueba.

Durante mis ochenta días de permanencia la pri-

mera vez y treinta la segunda, en el transcurso de un año, concurrí, como era natural, á los teatros.

En *California Theatre* oí varias óperas cantadas por Cianini, Servolini, la Peri, la Damerini, la Mestres, Benedicti, etc., que eran, como otros muchos ilustres bohemios, antiguos conocidos míos; y vi alguna noche á los *Minstrels*, especialidad sajona en que todos los actores se pintan de negro, y los que hacen el papel de mujer engañan de tal modo, por la perfección de sus formas y por sus maneras, que á no saber que en los *Minstrels* no hay representantes del sexo tímido, se les tendría por tales.

En *Baldwin Theatre* vi *Orpheus and Eurydice*, representada por encantadoras rubias, entre las que se distinguía una de quince años que representaba á Cupido con una gracia inimitable y un desenfado sorprendente.

En *Tivoli Opera House* oí un *Ballo in maschera* cantado en inglés. En el telón de boca de este teatro se ve un camino montañoso, y por él, levantando torbellinos de polvo, una diligencia que baja vertiginosamente por una pendiente, tirada por ocho mulas, en primer término; y otro coche que apenas se vislumbra, detrás. Por las ventanillas asoman varias cabezas de viajeros, de los que también va coronada la imperial. Jaeces jerezanos deslumbradores, mantas, penachos y borlas de vivos matices, moviéndose y ondulando en aquel cuadro, y zagales y mayorales con sus largos látigos, animando el ganado, con sus marselleses y caleseras de colores fuertes, con sus pañuelos de largas puntas cayendo por detrás de la cabeza y con sus fajas rojas á la cintura, le

dan una vida y una animación extraordinaria (1).

Al lado del camino se ven dos mendigos alargando el sombrero á los del coche, y algo más á lo lejos un pueblo. Debajo de esta escena fantástica y oriental había un tarjetón corrido que decía: *Spanish Mail.*

Confieso que no me desagradó ver aquella escena, aunque exagerada, con las mulas encabritándose al bajar por el despeñadero y siendo el objetivo de todos los espectadores, que no cesaban de ocuparse de ella.

Cerca de mí hablaban español unas señoritas y un señor; pero no me dí por entendido, aunque me miraban como si supiesen que yo conocía aquella lengua.

Concurrí también á la *Grand Opera House*, y vi *Devil's Auction or the Golden Branch*, comedia de magia en la que salían juglares, acróbatas, musulmanes, chinos, tártaros, demonios, reptiles, mongoles, etc., según donde van desarrollándose los acontecimientos, y además una nube de turcas, chinas y bailarinas rubias, blancas y de formas á lo Rubens, de un efecto admirable á la luz eléctrica, que siempre enfoca la escena cuando bailan.

Los acróbatas son notabilísimos, y los demonios son todos descoyuntados que voltean, saltan y se retuercen en la escena como verdaderos diablos.

Casi todos los teatros tienen una platea en forma de suave anfiteatro (*orchestra*), encima un balcón (*bal-*

(1) La reproducción de este telón puede verse actualmente en el teatro de la Quinta Avenida, en Nueva York. Es un cuadro que llama verdaderamente la atención.

cony) que avanza sobre la platea, y galerías á los dos lados (*dress circle*) y en el segundo piso otro balcón menos saliente y las mismas galerías (*admission* y *gallery*); dos palcos de proscenio en cada piso, y otros dos ó tres á cada lado en forma de gran repisa.

Los adornos son de buen gusto.

La costumbre española de ponerse en pie durante los entreactos y volverse para mirar al público no está admitida allí, y se consideraría poco cortés al que se permitiese tan inocente libertad.

Las señoras se ríen, si es gracioso lo que pasa en la escena, con una espontaneidad que nos asombraría en Madrid.

Un dato curiosísimo de mis recuerdos es, que los silbidos allí son aplausos, y el teatro, en los momentos de entusiasmo, es una tempestad espantosa de silbidos como en una plaza de toros.

En las calles de San Francisco hay una gran circulación todos los días de la semana, excepto el domingo. Los sábados, á las cuatro y media ó las cinco, en *Geary Street* se veían, cuando yo estuve allá, todas las bellezas de San Francisco, y se admiraba el lujo y la hermosura al propio tiempo, á la salida de las *matinées*.

La mujer es, en general, bien formada, demasiado escultural quizá, de facciones finas, esbeltos cuerpos y sólida estructura. Anda sola y sabe á lo que se expone: acuerda ciertos favorcillos, á los que no da una gran importancia; pero en general es respetada, y la piratería no está en las costumbres como entre nosotros. El andar sola y bajo su palabra de honor á todas horas, no deja, sin embargo, de ofrecer sus peligros.

También visité los clubs que cortésmente me enviaron tarjeta, y aprovecho esta ocasión para presentar mis sentimientos de gratitud al *Union Club*, *Pacific Club*, *Mercantile Library Association*, *Biblioteca Española*, *Bohemian Club*, y otros que no recuerdo.

En el *Bohemian*, que tiene por emblema un buho, se encuentra en todos los salones, ya pintado, disecado ó modelado, y en una pajarera grande, toda forrada en negro, hay uno vivo. Es el pájaro sagrado que da nombre á aquellos bohemios. Tienen fiestas mensuales y anuales de noche en los bosques, que son muy extravagantes y características. Sobre una pira se quema, en medio de la noche, y delante de algunos cientos de miembros, la melancolía, y después todos se entregan á la locura.

Para probar que en todas partes se cuecen habas, como dice el refrán, y que si aquí hay corridas de toros, en donde todo es valor, gracia y energía, en otras partes hay luchas de gallos, armados los espolones con cuchillas, como en casi toda la América Española; combates diarios á espada, como en las Universidades alemanas; *box* como en Inglaterra y Estados Unidos; *Can-can*, que es peor que todo, como en Francia, y muchas corrompidas costumbres, como en Italia, añadiré que, durante mi estancia en San Francisco, concurrí á algunas luchas de *box* y á lucha romana.

En la primera hay golpes que hacen caer de espalda á los luchadores, y hay otros que repetidos en el pecho y la garganta ahogan la respiración.

En la segunda se atacan de frente los luchadores

como en el *box*, y se enlazan con gran habilidad. El triunfo consiste en hacer tocar al contrario con toda la espalda en el suelo, siguiendo las leyes de la lucha greco-romana.

Es imposible decir los prodigios de destreza que despliega el luchador cuando cae, para no tocar con los dos costados en el suelo, arqueándose, apoyado en la cabeza y en los pies, cimbreándose, revolviéndose y reponiéndose prodigiosamente.

En ambas luchas están los combatientes ó *fighters* vestidos con un calzón de punto, y desnudos de medio cuerpo arriba, y en las dos hay jueces para declarar la victoria.

Una de las luchas á que concurrí en *Woodwards* empezó á las ocho de la noche y terminó á las cuatro de la mañana sin decidirse el triunfo.

El espectáculo es propio para aquella raza que silba y grita, pero no pasa de ahí. Nosotros tiraríamos todos los bancos al tablado en que se verifica la lucha si nos tuvieran aguardando ocho horas sin resultado.

Concurrí también á un duelo entre un francés, que se decía capitán del 7.º de dragones, y un norteamericano. El campo tenía á un lado la bandera francesa y al otro la de los Estados Unidos. Los campeones y los padrinos estaban á caballo, así como dos trompetas, uno en cada campo, y alrededor no menos de 6.000 personas que habíamos pagado 5 reales de entrada para presenciar la más ridícula parodia de las antiguas justas caballerescas.

En el mes de Agosto del 84, que es cuando visité á San Francisco por primera vez, hacía cada partido

su propaganda para la próxima elección de presidente, y con ese motivo vi desfilar grandes manifestaciones de republicanos ó demócratas, proclamando cada partido su candidato.

De improviso, á las nueve de la noche se oía por una calle el ruido de tambores que batían marcha, y aparecían ochocientos ó mil hombres formados con mucha regularidad, cada uno con una candileja colgada al extremo de un palo que llevan al hombro, á guisa de fusil, y de cuando en cuando lanzaban unísonos hurras en favor de su candidato.

La lucha es siempre entre republicanos y demócratas, que es como si dijéramos entre las clases privilegiadas y el pueblo; pero á pesar de aquellos tambores, de aquellas formaciones y desfiles nocturnos, de aquellos *clubs* uniformados y de aquellas espadas que brillan en la mano de todos los jefes que los dirigen, nadie se alarma, ni hay corridas, ni se cierran tiendas.

Doscientos soldados habia de guarnición en el castillo artillado que está á la entrada de la bahía, y cuatrocientos policías en la ciudad. Es decir, ¡seiscientos hombres para una ciudad de trescientas mil almas!

San Francisco encierra dentro de la ciudad muchas distracciones que cuestan poco dinero, como cafés con variados espectáculos de canto, baile y representaciones.

Hay cantinas ó *bar-rooms* donde se ven numerosos platos sobre aparadores, de los que toma cada cual lo que quiere sin pagar nada. Lo único que se paga es lo que se bebe, es decir, los líquidos.

A propósito de distracciones baratas, voy á referir, si puedo, una que presencié y que no es de las que producen menos emoción. Había llegado á San Francisco una compañía ecuestre (Barnum) y con ella fenómenos de todo género, fieras, notabilidades cómicas y tipos extraordinarios, y se trataba por el empresario de llamar la atención general, en lo que pocos pueblos ganarán al norteamericano.

Se anunció la exhibición por las calles, de toda la compañía para un anochecer, marcándose en los diarios el itinerario de aquella *great attraction*, y excusado me parece añadir que la carrera estaba cuajada de gente, lo mismo que las ventanas de todas las casas. De pronto aparecen numerosos hombres á caballo con trajes de todas las épocas y con hachas de viento encendidas; y en medio de aquella doble fila, dromedarios y camellos montados por beduinos, elefantes sobre los cuales, en palanquines, se ven princesas indias, tendidas indolentemente sobre cojines y tapices bordados de oro, jaulas montadas sobre furgones y arrastradas por fogosos caballos, en las cuales se oye gruñir por intervalos, aullar ó rugir siniestramente leones, tigres, jaguares, osos, panteras, lobos, y hienas; coches abiertos en que se exhiben mujeres con matas de cabellos colgando hasta el suelo; enanos vestidos de generales, y mujercitas de su tamaño; gigantes cuya cabeza sobresale por encima de todo el mundo, amazonas en traje escénico, hércules de membrudos brazos y domadores de sombría catadura.

Todo esto pasando por la carrera marcada, como un huracán, alumbrado fantásticamente por aquellos

hachones que despiden numerosas chispas y acompañado por roncas notas de trompas de caza, por gritos salvajes, y por un *hurrah* universal, constituye una especie de visión delirante que desvanece y embriaga al mismo tiempo.

Yo no he visto en ninguna parte, y eso que he visto mucho en Europa y en América, nada que se parezca á aquella escena.

Decididamente San Francisco es una gran ciudad, con todas las distracciones y todas las comodidades de la vida.

En cuanto á hoteles, dudo yo mucho que puedan exceder al *Palace Hotel* todos los demás del mundo.

Yo conozco el Grand Hotel, de Stockolmo; el Hotel D'Angleterre, de Copenhague; el Kaiserhof, de Berlin; el Continental, de París; el Hotel Metropole, de Londres; el Hotel du Nord, en Colonia; el Hotel dos Extranjeiros, en Río de Janeiro; el Grand Hotel, en Panamá; el del mismo nombre en Bruselas; el Central, de Lisboa; el Palmer House, de Chicago; y muchos otros de Nueva York, Liverpool y otros países, y declaro que no he visto nada que exceda á los suntuosos y confortables hoteles de San Francisco, como no conozco tampoco coches más cómodos ni más ricos para viajar en ferrocarril y para dormir que los *Pullman Palace* de los Estados Unidos.

Ya que hablo de estos *Pullman*, como allí los llaman (*Sleeping-cars*), voy á referir su historia, que es curiosa.

Uno de aquellos yankees emprendedores gastó su fortuna de algunos miles de dollars en ensayos y pruebas de inventos que no pudieron tener aplica-

ción práctica. Arruinado ya, pudo colocarse de empleado subalterno en ferrocarriles, y arrastrado siempre por la fiebre inventora que le dominaba, pensó en mejorar las comodidades del viajero é ideó el *sleeper* de que me ocupo. Dibujó el plan y lo explicó á un rico industrial llamado Pullman, el cual comprendió al obrero de ferrocarriles, proponiéndole formar una compañía en la cual él se hizo la parte del león.

Hoy Pullman tiene en las cercanías de Chicago una población completamente ocupada en la construcción de sus carros-palacios, y en Chicago un soberbio edificio para sus oficinas.

Estos capítulos van siendo un viaje por el interior de San Francisco, y como todo viaje cansa, me parece prudente reposar un poco y no abusar ahora más de la benevolencia de los lectores.

V.

Terminé el cuarto capítulo, dedicado á San Francisco, con la historia de los Pullman y la justa ponderación de sus hoteles.

Al dar fin hoy á esta serie de artículos y saldar mi deuda de agradecimiento con aquella capital, no he de perdonar aún medio alguno para darla á conocer en todas partes donde se lea este libro y se hable el castellano.

Al ocuparme en el capítulo tercero de la población

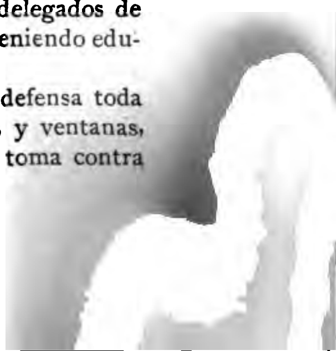
china y japonesa, se me olvidó citar una Exposición de trabajos japoneses, en donde pude admirar la ejecución de labores en esmaltes, embutidos de metales, bordados, tejidos, pintura y laca, forja, fundición, etc. También visité el interior de una casa japonesa, en la que había una docena de mujeres de aquel país, ofreciendo el té en tazas pequeñísimas, y vestidas con una especie de bata ceñida de telas brillantes y una cosa como un colchoncillo sobre la cintura por detrás; es decir, un polisón á la vista.

Los *saloons* para comer merecen también que los cite entre mis recuerdos, y quizá sirvan de guía á algún viajero.

Hay algunos, como la *Maison Dorée*, los de los primeros hoteles y otros, en que se come muy delicadamente á subido precio; pero los hay también, como el *Popular dining saloon* ó *Campis*, en donde, por medio dollar ó poco más, se pueden tomar tres huevos fritos, un *beefsteack*, una buena ración de salmón fresco, media botella de vino, un plato de fresas, café y manteca, con lo cual creo que hay para satisfacer el apetito más voraz.

En San Francisco hay, como en todas partes, muchas gentes en lucha con los códigos de policía y con reconocidas aspiraciones á declararse propietarios de lo ajeno; pero hay también 400 policías (*policemen*) con un gran prestigio como delegados de la autoridad, de estructura atlética, y teniendo educación propia para el cargo.

Las tiendas y bazares no tienen más defensa toda la noche que los cristales de las puertas y ventanas, y el único recurso ó precaución que se toma contra



los ladrones es dejar siempre un pico de gas ó un foco eléctrico ardiendo toda la noche, de suerte que quede el establecimiento iluminado, para que el policía pueda vigilar desde la calle. Constantemente pasea por su demarcación y va tocando todos los picaportes para ver si está bien cerrado y remediar un descuido.

Otro de los servicios que está bien montado en San Francisco es el de incendios. Las bombas están siempre en sus estaciones en dirección á la gran puerta, que siempre está abierta de par en par; los caballos de guardia á cada lado, comiendo en sus pesebres, y la dotación recostada en su camastro.

Inmediatamente que funciona el telégrafo se abre el pesebre como si fuera una puerta; los caballos se colocan instintivamente al lado de la lanza; los arneses, que están suspendidos encima, caen mecánicamente y son enganchados en el acto á la bomba, y ésta sale como un huracan, seguida de otro carro con cuarenta ó cincuenta varas de manga impermeable, arrollada artísticamente á un cilindro.

Las bombas son todas de vapor y brillantes como joyas, hasta el punto de que, si no fuera por su tamaño, se pasarían deseos de meterlas en un estuche de tafilete.

Entre las expediciones que se hacen á San Francisco no debe olvidarse la de *Cliff House* (Casa de la Roca), á la orilla del mar, y en donde se encuentran hoteles con grandes terrazas en todos los pisos, desde las que se ven á tiro de piedra unas rocas que sobresalen algunos pies del nivel del agua, y que materialmente están cubiertas de lobos marinos, que está terminantemente prohibido pescar.

Otra de las excursiones que deben hacerse es á *Oakland*, que está á siete millas de la ciudad, al otro lado de la bahía, en una bella situación y lleno de casas de campo.

Estas dos excursiones son cortas, y se hacen en ferrocarril ó vapor, según los gustos.

Otras más largas, aunque sean más pintorescas, son las que se hacen á *Yosemite Walley*, para donde se sale á las seis de la mañana y se llega al mediodía del tercero de viaje.

En este valle la vegetación es tan gigantesca, que hay algún árbol en cuyo tronco se ha hecho un túnel, por bajo del cual pasan los carruajes.

Hay cascadas imponentes, como la *Nevada fall*, y puntos de vista admirables.

San Rafael, preciosa residencia á once leguas de San Francisco, llena de palacetes, jardines y fondas.

La de *Monterrey*, á cinco horas de San Francisco, tiene en el *Hotel del Monte* todo cuanto puede apetecer el viajero más exigente. Su situación no puede ser más encantadora, ni su concurrencia más escogida. El tiempo se pasa siu sentir entre baños, paseos, fiestas, flores, comidas, bailes, músicas, canto, reuniones, etc.

La del *Sacramento*, que se hace en siete horas, es célebre por estar emplazada en el mismo sitio en que el capitán Sutter descubrió los placeres californianos de que me ocupé en el primer capítulo de esta serie.

Es la capital oficial del Estado, y merece la pena de visitarla y fijarse en sus 30 ó 40.000 habitantes tan comerciales é industriosos.

La de *Geysers*, en que se emplean ocho horas y media, y otros puntos que no recuerdo ahora.

Voy á concluir, añadiendo que las costumbres sociales tienen cierta espontaneidad y sencillez que permiten, hasta cierto punto, seguir los primeros impulsos. Allí, por ejemplo, le ocurre á una joven soltera ir con otras desde *Oakland* á *Cliff House* y pasar allí medio día á la orilla del mar y sentarse á comer en la arena, y lo realiza sin recelos de ningún género, cualquiera que sea su posición social.

Solas andan por la calle y van á recibir su lección de música ó de dibujo, sin que ni sus familias, ni ellas, ni nadie se preocupen de esta libertad, más absoluta aún, si es posible, para la soltera que para la casada.

El duelo no se verifica nunca en San Francisco; pero, según me dijeron, si un marido, un padre ó un hermano tienen un asunto de honra que vengar, matan de un tiro al que la ataca, y después el Tribunal del Jurado los absuelve.

Los corsarios tienen que andar con muchas precauciones en aquellos mares, frecuentes en sorpresas, pero no por eso menos infestados de gentes con patente en corso.

Ya creo haber dicho en alguno de los anteriores capítulos que el domingo en los Estados Unidos, como en Inglaterra, es un día en que la fisonomía de las poblaciones se insensibiliza. Todo el comercio, los trabajadores, cuanta gente está sujeta durante la semana, salen á los parques, paseos y alrededores á esparcirse y visitar las casas de fieras, museos, etc., y á tenderse en las praderas, regadas por riachuelos.

La elegancia de San Francisco se queda en sus confortables salones, para no confundirse con las muchedumbres.

Repúblicas y monarquías se parecen en sus pretensiones de no mezclarse, y tienen iguales preocupaciones.

Una de las costumbres de San Francisco, en extremo generalizada, es la del *lunch*. Lo mismo el banquero, que el ingeniero ó el comerciante, dan punto á la una del día á su trabajo y se van á los *bar-rooms* á tomar, por dos, tres ó cuatro reales, lo que quieren de cuantos platos hay expuestos y una copa de vino ó cerveza, volviendo después á sus faenas.

Sólo me resta añadir que todo cuanto en San Francisco sirve para el público es, no sólo bueno, sino lujoso.

Lo mismo los coches, que los carros-tranvías, que los barcos que atraviesan la bahía para Oakland, que los cafés, los depósitos de cerveza, en algunos de los cuales hay toneles como ciudades de grandes; los restaurants, caros ó baratos, responden á ideas y exigencias de progreso y de decoro; las tiendas y bazares son verdaderos mundos en que se encuentra de todo para satisfacer los más difíciles gustos.

He terminado mi relación de San Francisco, y he cumplido el propósito que tenía hace mucho tiempo de publicar algunas de mis impresiones en aquella gran ciudad, y de enviar mis saludos y mi *for ever* á todos mis gratos recuerdos.

En los cuatro meses que pasé allí no he tenido un solo motivo de disgusto con nadie, á pesar de que

dice la princesa Ratazzi en *Las Matinées Espagnoles* del 15 de Octubre de 1887, ocupándose de mí, lo siguiente: «*Quant à Llorente, il est très entendu, et possede ce qui est nécessaire pour faire un bon diplomate. Il n'a q'un défaut: il est emporté comme mille diables et capable d'entrer en guerre avec Dieu le père.*» ¡Perdon, princesa! Ni tanto ni tan calvo, como decimos por acá.

Si cuando representé á mi país en Venezuela pude adquirir esa reputación, fué porque, faltando descaradamente el general Guzmán Blanco y su Gobierno al leal cumplimiento de los tratados entre España y aquel país, y habiendo consentido y protegido, no sólo á los enemigos de España, sino una expedición filibustera que fué desde Puerto Cabello á Cuba, yo no quise hacerme cómplice de aquel procedimiento, y me puse decididamente al lado del deber, coincidiendo con lo cual fuí amagado con el asesinato y me descargaron un tiro á diez pasos una noche, según consta todo en notas que dirigí al Ministro de Estado.

También ha afirmado esa reputación la campaña sostenida en Montevideo pidiendo y obteniendo el enjuiciamiento contra los asesinos de españoles, á pesar de la oposición del general Santos y su Gobierno, y alcanzando la ratificación de un tratado y el reconocimiento de una deuda de 300.000 duros que nadie había podido obtener jamás.

Esta y otras campañas en América y Europa, en que siempre con éxito y prestigio para la representación de España, y quizá con harto celo para lo que se acostumbra, pero siempre en cumplimiento del

deber, he sostenido enérgicamente y con honor en todas partes; al par que los principios eternos del derecho, la justicia y la lealtad, así como algunas severas correcciones que he aplicado á los que, estando á mis órdenes, no han cumplido con lo que correspondía al puesto que desempeñaban, me han hecho pasar á los ojos de ciertas personas, que creen que toda la vida debe ser de transacciones, y á los de la princesa Leticia, por *capable d'entrer en guerre avec Dieu le père.*

No es el estricto cumplimiento del deber, como comprenderá muy bien el ilustradísimo criterio de esa escritora, el mejor medio de hacerse agradable á todo el mundo; pero en cambio deja, como consuelo, la conciencia tranquila, y se puede llevar con él la frente muy alta.

No guardo al barón Stock, que es el nombre con que la princesa Ratazzi dirige *Las Matinées*, la menor prevención. Primero, por su sexo; después, por su gran talento, y, por último, porque he tenido el honor de tratarla, tiene toda clase de títulos á mi consideración y admiración; pero tampoco quiero que pase sin una respetuosa protesta la fama de *emporté* con que me favorece esa alta reputación literaria, y que yo sólo tengo cuando pretende una indignidad cualquiera hacerme su colaborador ó su cómplice.



MONTEVIDEO.

I.

Montevideo es, como todas las ciudades edificadas por los españoles en América, un tablero de ajedrez. Las tradiciones arquitecturales de España tienen allí escasa representación. El gótico y el árabe se encuentran sólo en alegres quintas de los alrededores, las cuales, dicho sea de paso, responden á todos los gustos y rara vez al verdadero y propio para tal clase de habitaciones. Representan más la riqueza que el buen gusto; pero en general convierten en sitios suntuosos y agradables los alrededores de la capital del Uruguay; capital de 90.000 almas para..... un país con 100.000 leguas cuadradas de superficie y 500.000 habitantes fuera de la capital, de los cuales 200.000 próximamente son extranjeros.

Sus costumbres tienen un poco de todos los paí-

ses, aunque dominan, como es consiguiente, las españolas de la provincia. El trato de la corte es perfecto contrabando allí, y gran parte de las delicadas discreciones ó espirituales frases de la buena sociedad son allí desconocidas ó mal interpretadas. Excepto dos docenas de personas que viven allí como se vive en los populosos centros de civilización, en casas-palacios, como los Castros, con mesa hospitalaria, y cambiando con los extranjeros de distinción esas recíprocas muestras de cortesía que son el barómetro de la política y la educación, el resto es, por lo general, puro comercio en mayor ó menor escala, y con costumbres sociales muy abandonadas y fórmulas de aparente cortesía muy descuidadas. La mujer, que como escultura es admirable y que suele saber idiomas y música, es rarísima vez artista ó poeta, y fuera de las fórmulas vulgares y elementales de la sociedad, deja algo que desear, aunque es muy superior al hombre.

El carácter en general de toda la América es ingrato. Las deferencias más constantes, los favores más grandes y hasta los sacrificios, dejan poca huella en el que los recibe. La sinceridad en el trato es puro contrabando, y los caracteres levantados, escasos. No por esto puede negarse, sin embargo, que existen.

En vano sería esforzarnos en presentar á la América española nuestro estado actual. Madrid, la capital de España, siempre será para ellos la ciudad de estrechas calles, con pocos faroles, con muchas imágenes de Vírgenes y santos en hornacinas, y con poco ó nada notable.

Nuestro sistema administrativo es la confusión;

nuestra gran libertad política, un mito; nuestra prensa libre é ilustrada, una víctima encadenada; nuestros respetos y nuestras clases sociales, puro sueño, y el Rey, un tirano como todos, según ellos.

Los institutos de nuestro ejército pasan desapercibidos en la América española, lo mismo que nuestras academias militares. El brillo de las corazas y los cascos de nuestra Guardia Real no llega allí, ni se conocen los elegantes regimientos de Húsares, ni los vistosos de Lanceros, ni el estado de nuestra artillería montada, de plaza y de montaña, ni nuestros regimientos de Ingenieros, ni sus trenes telegráficos montados, ni el distinguido cuerpo de nuestro Estado mayor, ni nuestra excelente Infantería, ni apenas la admirable institución de nuestra Guardia civil de las dos armas, ni tantas otras cosas. Todo lo más..... llegaremos á la organización americana. No nos reconocerán nunca más, y gracias si nos reconocen eso.

Nuestro ejército, tan correctamente vestido en Cuba y Puerto Rico, anda, según ellos, descalzo como muchos de los soldados americanos, y nunca concederán que está vestido ni armado de otro modo que sus ejércitos reclutados á la leva en países que se llaman de la libertad.

El Madrid moderno, con sus 600.000 habitantes y sus nuevos barrios tan grandes como algunas ciudades hispano-americanas, en los cuales tienen las casas aspecto monumental; las anchas y hermosas calles guarnecidas de viviendas suntuosas; la vasta Puerta del Sol, con su fuente inmensa, lo mismo que la Plaza de Oriente; el alumbrado eléctrico de

paseos, plazas y edificios particulares; las proporciones de nuestros Ministerios, cada uno de los que está instalado en un palacio; nuestro grandioso Palacio Real, nuestros lujosos y extensos parques y paseos, sembrados de árboles, flores, estatuas y fuentes monumentales; nuestros museos y establecimientos científicos; nuestros elegantes teatros y nuestras grandiosas basílicas, no existen para nuestros hermanos de América. España no marcha para ellos ni tiene nada que admirar.

Tampoco existe, por desgracia, la reciprocidad de nuestros sentimientos de afecto. En España es querido el americano de nuestra raza, y se abren para él muchas puertas que están cerradas para nosotros mismos. La ejecutoria de americanía le basta y le recomienda.

En España vivieron chilenos, ecuatorianos, peruanos, etc., durante la guerra del Pacífico, sin que nadie les molestara, en tanto que los españoles tuvieron que salir de las Repúblicas americanas ó tomar la nacionalidad de aquellos países, que yo he anulado en el Ecuador, gracias á la benevolencia y á la cultura del presidente Sr. Caamaño.

En España han vivido y viven laborantes cubanos sin tomarse el trabajo de disimular sus ideas y sin ser ofendidos por nadie.

En América hay una prevención latente contra el extranjero, pero mucho más declarada contra nosotros. No hay americano que aspire á la popularidad que no hable «de los consabidos trescientos años de esclavitud y coloniaje, de la soberbia de la Metrópoli, del atraso inconcebible», etc., y otra porción de

palabrotas como servidumbre, independencia, igualdad, patria, fueros, sangre, etc., en tanto que nosotros tendemos en todas nuestras solemnidades nuestros brazos á los pueblos hermanos de la América, y ni nuestra prensa, ni nuestros oradores, ni nuestros Gobiernos, tienen una sola palabra desagradable para las naciones americanas, ni para sus gobernantes, ni para sus representantes diplomáticos.

Varios diplomáticos ó cónsules han sido ofendidos en Venezuela, el Uruguay, Bolivia, Guatemala, Ecuador, Costa Rica, Perú, etc., cuyos países han tenido que dar después vergonzosas satisfacciones, abonar costosas indemnizaciones ó sostener guerras desastrosas, pero rarísima vez con España.

El carácter diplomático ó consular, que se considera sagrado en todos los pueblos cultos, sirve de poco en la América española.

Los ataques impropios de un país y de una prensa ilustrada se producen como en el África, y algunos periodistas, sin conocer la misión de la prensa, creen que se honran y que honran á su país manoseando la personalidad de un rey, de un ministro ó de un cónsul extranjero, y empequeñeciendo, si pueden, su representación ó insultándole diariamente, como me sucedió en Montevideo con X..... único defensor del Gobierno, en un diario fundado por la Administración pública, para defenderse de mis reclamaciones contra los asesinatos de españoles, al par que para defender sus procedimientos políticos.

Aquel periodista, de poco concepto en el Uruguay, que, impulsado por el Gobierno, me insultaba diariamente en el diario, tan sólo porque cumplía

mi deber, fué poco tiempo después recibido, aunque con repugnancia, en España como ministro del Uruguay. ¡Qué ligereza de nuestro Gobierno!

Los representantes de aquellos países, en tanto, son respetadísimos en la corte de España, y ni una sola voz se levanta en nuestra ilustrada prensa ni en las de los países monárquicos para ofenderlos ni para atacar sus instituciones.

Desgraciadamente tenemos en América algunos compatriotas que, olvidando su origen ó no pudiendo vivir en España por diversas causas, son nuestros peores enemigos. Ellos insultan las instituciones vigentes, porque no son de su gusto; vilipendian todo cuanto es decoroso y distinguido, sin atender á otra cosa que á su criminal egoísmo político.

Y digo criminal, porque á dos mil leguas de la patria, no debiera haber partidarios, sino españoles.

Yo considero respetables todas las ideas digna y delicadamente sostenidas; pero creo que el español que quiera hacer política ruda de combate, debe en todo caso hacerla en España, y no deshonrarla desde tan lejos, deshonrándose él á sí propio y destruyendo el prestigio español en América.

Los españoles ilustrados que viven en América debieran aprovechar su inteligencia para presentar á los periodistas y á los oradores de aquellos países las sabias leyes de Indias dadas por nuestros reyes á la América, y las prudentes disposiciones protegiendo la raza india, al par que nuestros sentimientos de fraternidad.

Debieran presentar los ejemplos de aquellas naciones, derivaciones nuestras, *pobladas de indios aún*,

y compararla sobre el particular con la civilización yankee, en la que no quedan indígenas.

Debieran estudiar la ruda conquista de la civilización contra el desierto, *según se hace aún en todos los pueblos americanos* que ensanchan su extensión, como Chile, la República Argentina, los Estados Unidos, etc.

Debieran, en fin, si tenemos lunares en nuestro pasado ó en nuestro presente, declinar la ingrata misión de presentarlos al juicio público americano en una forma apasionada.

Los hispanófobos aprenderían así lo que no quieren saber ó no quieren reconocer obstinadamente, y verían por lo menos con respeto instituciones á la sombra de las que han nacido aquellos pueblos y á las que deben algún reconocimiento.

Es frecuente encontrar en América personas inteligentes en el derecho, que faltan hasta á los derechos más elementales; personas instruídas que hacen alarde de una intransigencia propia de la ignorancia, y jóvenes de diez y ocho ó veinte años con alguna instrucción y sin ninguna idea de respeto. No se puede negar, sin embargo, que hay personas discretas y sensatas; pero hay que confesar que no abundan.

En Europa se puede juzgar de todo con perfecta independencia, y aplicar libremente su criterio á las artes, á las costumbres y á las instituciones.

En América no. El cielo de cada uno de aquellos países ha de ser necesariamente el más hermoso del mundo, y sus mujeres las más distinguidas, y sus costumbres las más puras, y sus ciudades las más

bellas, y sus instituciones las más sabias. Al hablar de otras instituciones y de mundos y cosas que no conocen, se expresan, en los discursos ó en la prensa, con unas formas que no son propias de oradores ni escritores cultos. Hay, sin embargo, honrosas excépciones como he dicho.

Es imposible persuadir á un venezolano de que hay algo mejor que la plaza Bolívar de Caracas; ni á un peruano de que hay mejor edificio que su Casa de la Moneda ó la catedral de Arequipa, ni á un uruguayo de que hay alguna vía superior á la calle del Diez y ocho de Julio, de Montevideo; ni á un chileno de que hay un teatro como el de Santiago ó una biblioteca más rica; ni á un colombiano de que hay un país más progresista que el suyo; ni á un argentino de que hay algo más hermoso que Buenos Aires. ¡Suprema idea de campanario!

Hasta á las nubes de mosquitos, á los volcanes, á la fiebre amarilla, á las culebras y á los terremotos en aquellos países, hay que llamarles..... gigantes demostraciones de una naturaleza en que todo es grandioso. Si uno revienta picado por un coral ó se le traga á uno la tierra, es atacado por la fiebre ó se asfixia por el excesivo calor, tiene que estar aún agradecido *á las gigantes y enérgicas demostraciones* de aquellas latitudes.

¡Qué tormento es una vida en tales condiciones! El hombre se prostituye desde que servilmente ahoga sus ideas y vive de transacciones cobardes con las ideas de los demás.....

Es preciso que los españoles en América se acuerden sólo de que son españoles, y es indispensable

que los americanos respondan á nuestros sentimientos de afecto y aprendan á respetar siempre á los países extranjeros, á sus instituciones, á nuestros magistrados y á sus representantes, si quieren vivir como personalidades estimadas dentro de la familia internacional.

Ofender á un representante en un diario como se hace frecuentemente en América, ó á las instituciones que representan, es fácil, pero no es propio de pueblos educados; y el que obra así, arroja un borrón sobre su propio país y puede originar conflictos, ó cuando menos frialdad en las relaciones con otros países.

La cultura y la civilización nunca tienen tales manifestaciones.

La política es el cáncer que devora á la América, y sus ideales, nunca realizados, la fiebre que la consume. En algunos puntos de Sud-América, como Venezuela, bajo la férula de Guzmán Blanco, no se ha escrito el *Padre Nuestro* sin permiso del Gobierno; en otros se limita la prensa de oposición á hacer revistas de periódicos, y en los demás es la agitadora perpetua de las masas ó proclamadora encomiástica de todos los actos del Gobierno, cambiando de ideas cada ocho días sin el menor reparo.

Yo he representado muchos años mi país en los países hispano-americanos, donde la tierra da mil por uno, donde la Providencia ha prodigado sus dones, donde la temperatura es constantemente dulce, el cielo puro y las costumbres sencillas, y, sin embargo, ¡qué desgraciados son aquellos países! Frecuentemente la sangre corre por sus *sabanas* ó sus

pampas; los derechos son hollados á la vista del mismo Gobierno; el domicilio y la libertad individual son atropellados, á pesar de sus constituciones; y se falta, en fin, á los principios de la libertad establecidos inconscientemente para gobernar pueblos atrasados.

Los que arrancaron á la madre patria las nacionalidades americanas, han sido bien desgraciados. Hombres de ideas grandes, fueron pequeños de inteligencia para juzgar los pueblos que emancipaban.

En lugar de crear un bienestar y un reposo dignos de la humanidad, engendraron una fiebre política y una inquietud que merma la riqueza de aquellos países y *hace de la vida un tormento*, según dijo Bolívar.

Yo, que quisiera ver felices aquellos pueblos; yo, que, reflejando los sentimientos de mi patria, no les deseo otra cosa que paz y prosperidad; yo, que por fin he cambiado con las familias más distinguidas recíprocas muestras de afecto, deploro, con el mismo dolor que si hubiera nacido en aquel suelo, que puedan ser una terrible verdad las proféticas palabras del que ellos llaman *el Libertador*.

En tanto que instituciones impropias de la educación actual de aquellas masas se hallen establecidas; en tanto que exageraciones ideales constituyan la base de sus Códigos políticos; en tanto que fascinadoras palabras formen el vocabulario de aquellas inocentes poblaciones, á quienes compadezco sinceramente, su suerte será poco envidiable. ¿De qué sirve que sus constituciones digan que el ejército es voluntario, si se hace la recluta por las calles y los campos á

machetazos y á tiros? ¿Qué importa que ese mismo Código hable de inviolabilidad del domicilio, si es práctica constante *tumbar* las puertas y arrancar de su hogar á los habitantes para trasladarlos á una prisión, sin previo juicio y fallo que así lo determine? ¿Por qué se escarnece al pobre pueblo hablándole de igualdad, cuando ésta no existe? El negro, el indio, el mulato y el blanco pobre son siempre soldados á la fuerza, á pesar de su Constitución, sin atender á su estado civil. El rico, sólo por serlo, está siempre amenazado en su propiedad, sin que haya garantías que le tranquilicen. El que piensa trasladarse de un punto á otro, tiene frecuentemente que pedir á la autoridad un pasaporte, á pesar de que la Constitución declara abolidos los pasaportes y en libertad á cada ciudadano de trasladarse á donde quiera; y por fin, la autoridad acude rara vez en los momentos en que el individuo necesita su protección, y se hace sentir por el contrario siempre en momentos de arbitrariedad. La población está aterrorizada casi siempre, y el elemento Gobierno procediendo sin poderlo remediar en una forma draconiana. Por un lado, desconocimiento completo del país á quien se dan instituciones como las que abarca ó comprenden los Códigos políticos hispano-americanos; por otro, una ignorancia parcial que cada cual tiene de sus derechos y deberes. Es un divorcio material el que existe entre lo escrito y lo práctico, y es un abismo profundo el que hay entre sus teorías fundamentales y el ejercicio de sus derechos.

La consecuencia natural, indeclinable, de tal perturbación es la lucha. El Gobierno no tiene nunca

en su mano los medios de serlo, ni de gobernar, si cumple y observa exactamente los principios constitucionales, y tiene fatalmente que acudir á medios arbitrarios, con cuya conducta da constantemente pretexto á la insurrección de los descontentos, que arrastran las masas ignorantes y que provocan al Gobierno con sus actos. Con un Código adulador para el pueblo y depresivo para el Gobierno, no hay libertad posible, y los que forman tales Códigos son ó incompetentes ó idealistas. No conocen su patria ciertamente los que, inspirándose en Repúblicas que no son de su raza, olvidan la influencia de las tradiciones de la sangre y de las zonas sobre las costumbres.

Así y todo, la *República modelo* tiene desdenes para ciertas clases, impropias de su forma, y que no son por cierto la esencia de las Monarquías. El hombre de color no puede ser enterrado en el mismo cementerio que el blanco, ni apenas entrar en un omníbus de las diversas líneas interiores de New York ó Filadelfia; en tanto que en los países monárquicos del Viejo Mundo, ese mismo hombre de color tiene exactamente los mismos derechos, los mismos privilegios é idénticas garantías que todos los blancos que constituyen la nacionalidad española, francesa, inglesa, etc.

Después de todo, aun rigiéndose Sud-América por la forma republicana, hay diferencias tan fundamentales en sus Códigos, que mientras Venezuela eleva á senador ó diputado, subvencionándolos y pagándoles viáticos de viaje, á cualquiera que obtenga en un Estado mayor número de sufragios, Chile, por ejemplo, exige para poder ocupar estos puestos, y

aun para ser elector, el pago de una contribución determinada ó el disfrute de una renta importante, que es de 2.000 pesos, 500 y 200, relativamente á cada puesto y derecho; y mientras el Ecuador elige por sufragio, al propio tiempo que senadores y diputados con dietas, gobernadores de provincias, jefes políticos de los cantones y subjefes en las parroquias, otras Repúblicas conceden el nombramiento de estos funcionarios al Poder Ejecutivo.

Por unos y por otros caminos, sin embargo, casi nunca han podido los Gobiernos asegurar la paz y la tranquilidad interiores, tan necesarias al desarrollo material y moral de un país, aunque observándose que á medida que la libertad está más prudentemente establecida, el país es más dichoso, y el pueblo se educa más tranquilamente para la práctica de la República, en tanto que en donde imprudentemente se prodiga; el estado de convulsión abajo y el de arbitrariedad arriba es más palpable. Una de las causas determinantes de las guerras civiles que devoran nuestra raza en América, es esos numerosos Estados mayores que frecuentemente son un elemento de perturbación y de turbulencia. Las naciones que como Chile tienden á amenguar constantemente la influencia militar, pueden atajar y destruir toda tentativa de revuelta, y demostrar energía en la esfera de la autoridad. Las que viven en medio del elemento militar y respiran el mismo espíritu guerrero que en los tiempos de su independencia, no tienen otro destino que el de desangrarse, perder su fuerza y quién sabe si su autonomía. En la América española no hay porvenir lisonjero para los que trabajan la tierra: las hacien-

das están con frecuencia perdidas, la industria casi no existe, las carreras son casi un simple adorno. Muchos son doctores ó generales; pero en tanto que los primeros hacen poca fortuna, si no tienen más que su ciencia, los segundos triunfan y viven..... hasta que quedan tendidos en alguna de las diarias peleas en que..... *fraternalmente* se matan unos á otros, con un valor que llega frecuentemente al heroísmo y que por desgracia emplean en destruirse.

¡Qué lástima tan grande inspiran las naciones hispano-americanas cuando dejan hablar á sus injustificadas pretensiones y á sus inexplicables odios, y qué interés tan extraordinario cuando discretamente se juzgan á sí mismas!

Durante mi corta residencia en Buenos Aires oí hablar más de *high life* y de aristocracia que en Inglaterra, Francia y España. Yo he visto que en las invitaciones de baile de una de aquellas familias..... aristocráticas de la..... Atenas del Plata (como la llaman..... modestamente sus habitantes), escritas en español, se pedía contestación (como si se tratara de una comida), y se la pedía con las cuatro letras que son del formulario francés *R. s. v. p.* ¡Lógica..... ateniense! El billete de invitacion en español, y después *repondez*, etc....., y todo este *repondez* para un baile.

Durante una de mis cortas permanencias allá, se celebraron unos juegos florales por iniciativa del Centro Gallego allí establecido, que pensó patrióticamente despertar en aquel hemisferio los certámenes de la inteligencia que se presencian en España. El teatro de la Ópera estaba lleno de la *high life*, que

no se les cae allí de la boca á todos los comerciantes é industriales enriquecidos; y el Jurado, presidido por el ex presidente de la República y uno de los sabios ateniënses, dió el premio de honor á una composición titulada «Porvenir de la raza latina en la América del Sud», suscrita por F. R. B. (Francisco R. Brauder), que según parece es uruguayo.

Pues bien, el Jurado fué *fumado*, como allí dicen, por un estafador literario de veinte años, que copió un canto «Al porvenir de América», cuyo autor es un Sr. Pardo (caraqueño), y cuya composición data de 1877. El canto era bellísimo, y la burla hecha á los conocimientos del Jurado..... ateniense sangrienta. Por lo visto, aquel Areópago no estaba muy á la altura de su misión. Gracias á un Sr. Fregeiro, que dirigió una carta á *La Nación* de Buenos Aires dando cuenta del contrabando y de la inocencia de aquellos..... Homeros.

Se creerá de seguro que el..... contrabandista quedaría inutilizado y perdido en la consideración pública, y se equivocaría el que tal creyese. Más tarde dirigió una carta á *El Nacional* sorprendiéndose de que se diese importancia al plagio, y diciendo que su propósito fué el de hacer alguna travesura y aderezar gato por liebre para juzgar del olfato de los literatos que componían el Jurado.

Todo esto dará una idea de la moral literaria reinante. De las demás morales no hablo.

El aspecto de Buenos Aires es sucio, calles infernales, y el andar por ellas en coche un suplicio.

Durante mis cortas estaciones allí, he leído asesinatos, siempre asesinatos, en la campiña y en la ciu-

dad. Italianos y españoles son la mayor parte de las víctimas, y entre los primeros se cuentan también victimarios; he visto meter en la cárcel á varios periodistas por dar cuenta de sesiones reservadas de las Cámaras; he contemplado los *leones* y las *estrellas* de la calle de Florida, y me he reído bien del mundo.

He visto también mucho bueno en el terreno comercial. Movimiento, vida y crédito. He visto lujosos trenes con lacayos casi blasonados; he visto en las reuniones mucho brillante, y las mujeres vestidas con vivos colores, y he visto á celebridades como Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Guido, Madero, etc., vulgarizados durante el día y con aires de gran señor durante la noche.

Francamente, la impresión de Buenos Aires para un europeo no es del todo agradable.

Voy á seguir ocupándome de la República oriental del Uruguay.

Al llegar de Buenos Aires me encontré con una especie de apoteosis hacia un tal Varela, muerto poco antes. Le llamaban el «Gran apóstol y glorioso reformador de la educación.» ¡Sopla! y se trataba de organizar, ó mejor dicho, estaba organizada una procesión cívica al cementerio, que haría reir á los muertos. Según vi, formaban parte: una logía masónica, la Sociedad Internacional, Sociedad Stella d'Italia, Sociedad cuochi é camarieri, La Tipográfica montevideana, La Fraternidad, Círculo Napolitano, Sociedad aspiracione drammatiche, Sociedad Romea, etc., etc. Todas..... ¡buenas fichas! como allí oí decir, y además la Sociedad Universitaria, y una *punta* de sabios indígenas y..... exóticos.

Este Sr. Varela trastornó, según me dijeron, á todo el mundo, y como consecuencia; cualquiera de aquellas muchachas de doce años resolvía la cuadratura del círculo, daba dirección á los globos, pedía la palabra en las escuelas mejor que un diputado en las Cámaras, y..... no sabía hablar español, ni coser un botón á un guante. Todas eran librepensadoras. Hay muchas escuelas en que se forma aquella juventud. A los niños se les enseña filosofía krausista, astronomía, los derechos del hombre libre, á cantar la Marsellesa y el himno Oriental, y á detestar toda autoridad, convirtiéndose cada cual en un semidiós. ¡Ah! se me olvidaba: pocos se confiesan ni creen en Dios. Ya se ve que el tal Sr. Varela merecía bien la..... rogativa, y que la..... educación dejaba poco que desear.

Pregunté, como era natural, si había allí escuelas de agricultura; si se creaba población para la campaña, que es la riqueza de aquel país; si se vulgarizaban los gustos y aficiones á la ganadería, ensayando cruzamientos de razas; si se desarrollaban los conocimientos relativos á la tierra y á sus productos; si se ocupaban de abonos, de colonización, etc. ¡No, señor! ¡Nada! «El Gran apóstol y glorioso reformador de la educación» no pensó en esto. Por allí se piensa poco: se delira mucho.

Allí se vive medianamente con tanta fiebre, y dentro de algunos años la vida será un tormento, como dijo su gran Bolívar, con tanto..... mono sabio como saldrá de aquellas escuelas. Ya tiene hoy Montevideo 80 ó 90.000 almas, y toda la República 600.000. No se puede decir que la República está acéfala. Con el

sistema del «Gran apóstol», Montevideo llegará á tener 500.000 habitantes, y la campaña..... o.

De política me ocuparé poco, y eso que aquél es un país que. . . . .

¡Con decir que allí se publicaban de diez y ocho á veinte periódicos diarios políticos! Todos de oposición, por supuesto. De otro modo no hay suscritores; aunque el que más tiene no llega á dos mil. ¡Así cuestan ellos! Un número suelto cuesta allí una peseta.

En mi tiempo no se hablaba de otra cosa que de si volvía Latorre. ¡Que invade! ¡Que salió del Brasil! ¡Que pasó á Corrientes! ¡Que llegó á Buenos Aires!..... Latorre fué allí presidente poco tiempo antes, y entonces era el *bú* para aquellos descendientes de los *Treinta y tres*.

Blancos y colorados, principistas y constitucionalistas, candomberos y posibilistas, se tiran á matar; y con tan sabio sistema político el Gobierno se echa á dormir, en la seguridad de que él es más fuerte con sus triunfos en la mano, que los otros con las cartas blancas y destruyéndose recíprocamente.

El Gobierno es insultado constantemente y criticado, si llueve, si hace sol ó si un *ciudadano* se muere de repente. Él se ríe de todos; hace algo bueno y algo que no lo es; y..... cuenta con sus cinco batallones de cazadores, sus veinticinco ó treinta piezas de artillería, su batallón de serenos, etc., etc. ¡Qué buenas cédulas para llevarlas á las urnas, si las tuviera la oposición!.....

II.

EL CARNAVAL.

Estas fiestas en Montevideo tienen el privilegio de que las familias distinguidas se escondan en el sagrado de su hogar y de que la vulgaridad viva en pleno imperio y reine en todas partes.

I confetti, *il mocoletto* de Roma, el discreteo de Madrid, las comparsas de Río Janeiro, el lujo de Venecia y otras manifestaciones universales, son un estímulo que tienen en todas partes los grandes y los pequeños, los fuertes y los débiles, los ricos y los pobres, que gozan del espectáculo del carnaval en los países en que aún se celebran de día estas fiestas, en la seguridad de que su personalidad no puede ser atacada. El carnaval de Montevideo, ó mejor dicho, de gran parte de las repúblicas sudamericanas, conserva el carácter groseramente familiar de los tiempos de Calígula.

Resto de las fiestas populares de los antiguos, tales como las bacanales, las lupercales y las saturnales, en que Baco, Pan y Saturno eran festejados en medio del desorden y la licencia en Egipto, en Roma y otros países, trae en pos de sí, al propio tiempo que el desconocimiento completo de los principios más elementales de respeto mutuo, una familiaridad indigna entre clases, sexos y edades, de la que rara vez se sale bien librado.

La pudorosa doncella, sin comprender la vulgaridad de sus actos, lucha á brazo partido con sus parientes ó con su prometido, pretendiendo *bautizarles* con una exageración y una familiaridad impropias de su sexo y de su educación.

El hombre desciende luchando á brazo partido á terrenos personales, cuyo resultado es algunas veces un drama sangriento, y cuya consecuencia es la cárcel ó el presidio.

Las autoridades mismas, los jefes del ejército, todos los elementos sociales se olvidan en aquellos países de su propio decoro durante tres días, y las familias pasan temblando por todas partes, sin encontrar garantía ni en los sitios en que por su carácter debiera encontrarse.

De nada sirve abstenerse al hombre serio ó digno que no gusta de otras confianzas que las que él autoriza.

De nada sirve que la policía amenace con multas ó castigos personales á los contraventores de sus ordenanzas.

De nada sirve la edad, la posición ó el sexo.

El ataque viene, y lo mismo se puede ser empapado en agua (*que llaman de olor* las gentes que no tienen idea de los perfumes delicados), que recibir una bomba de cuatro ó seis libras sobre la cabeza, ó ser apedreado con huevos llenos de harina ó de cualquiera otra sustancia menos inofensiva.

Comprendemos el carnaval con las distracciones propias de los pueblos civilizados: comprendemos que la máscara sirva para intrigar con talento y discreción á las personas más conocidas: comprendemos

la libertad del máscara para acercarse libremente á cuantas personas estén á su alcance, sin las trabas impuestas por las conveniencias sociales: hemos admirado en los puntos indicados la representación de hechos históricos ó de pasajes fantásticos: nos gustaría ver representados asuntos del *Quijote* ó de *Gil Blas*, que son dos libros conocidos allí: las *Metamorfosis* de Ovidio, por ejemplo, ofrecen también ancho campo para la representación; la historia de Grecia y Roma, la Mitología, los modernos descubrimientos, los diversos países del mundo, sus progresos, hasta sus enfermedades, como la locura, etc., etc. La sátira prudente y graciosa puede ser también objeto de entretenimiento para una mascarada, y por fin, hasta los pobres diablos vestidos de turcos ellos y de cantineras ellas, que andan solos engañándose á sí propios, son figuras obligadas en esos tres días de licencia.

Todo eso es no sólo permitido y tolerado, sino entretenido; pero esas batallas que todos los años se presencian en las calles de Montevideo, entre un carruaje con cuatro ó seis máscaras del género femenino y cuatro ó seis hombres que rodean el carruaje, y en que de un lado y otro se agotan frascos ó pomos, se empapan ropas y no se dice una sola palabra discreta, nos parecen idiotas *¡sancta simplicitas!* Toda la cuestión para el que ataca es tratar de buscar el punto vulnerable de las tapadas, es decir, algún resquicio por donde aplicar la ducha; y como la garganta queda más ó menos al descubierto, allí van dirigidos todos los tiros más ó menos manifiestamente. El espíritu, la gracia, la discreción, la galan-

tería, la agudeza, la oportunidad, huyen de esos desordenados é irracionales encuentros, en tanto que lo grosero, lo común, lo vulgar, lo absurdo, la negación del buen sentido, es allí la reina absoluta.

Y no sólo se emplean esas escaramuzas entre las de los coches y los de á pie, sino que el corso entero y las puertas de las casas y los balcones son otras tantas baterías cargadas con lo que Dios quiere, pues las gentes que no son escrupulosas en empeñar batallas, lo son menos en cargar sus armas, y el pobre que pasa por la calle recibe lo que la humanidad inconsciente arroja sobre sus costillas.

Hay quien cree que las familiaridades no autorizadas sólo pueden ser sufridas por gentes que no se estiman á sí propias, y que el disparo de un pomito podría ser contestado por un disparo de un..... cohete cuando menos; pero..... hay que vivir de transacciones en este mundo, y hay tanta gente que moralmente vive siempre con el pomito..... que sería preciso aislarse ó irse al monte para estar á gusto..... *vbi numerus stultorum est infinitus.*

III.

Encontrándome en Montevideo y celebrándose corridas de toros, fueron éstas censuradas agriamente por algunas personas, y entre ellas por un distinguido periodista español que redactaba un periódico en el que tenía gran autoridad.

Deseoso yo, no sólo de defender tales fiestas, sino lo que importaban, bajo el punto de vista de nuestros intereses, pues se venía siempre á España á buscar toreros y ganado, escribí el artículo siguiente, que firmé con el seudónimo «El Chiclanero», para evitar discusiones con mi nombre:

UNA FILÍPICA Á DON J.....

Mi querido Sr. D. J.....

He leído con verdadera sorpresa en *El Siglo* la excomunión mayor que usted lanza contra los espectáculos que presencia Montevideo en la plaza de la Unión casi todos los domingos, y he temido por un instante que estuviese usted atacado de alguna enfermedad contagiosa; no ha sucedido así por fortuna, y felicito á los aficionados, que han llegado á ser más numerosos desde que usted les ha empezado á llamar bárbaros.

La Razón, *La Reforma* y *El Siglo* son los tres periódicos que representan la civilización de Montevideo y que no quieren exponerse á cornadas.

Mis felicitaciones á los ilustrados personajes que condenan esa bárbara diversión que transforma en día de fiebre, de entusiasmo y de locura un día de la semana, el más pesado; que anima, que alegra, que embriaga, que convierte un día cualquiera en un día de verdadera fiesta y que da á cocheros, tranvías, naranjeros, peones, ganaderos y otras personas que viven de su fortuna ó de su jornal los medios de ganar el pan para sus familias.

Es verdad que el punto sombrío del cuadro es terrible: ¡seis toros muertos! ¡otros tantos caballos! y ¡alguna que otra vez una que otra hocicada de *llapa* á alguno de nuestros prójimos! Bueno sería que se cumpliera rigurosamente el quinto mandamiento de la ley de Dios y que no se mataran ni palomas, ni gallinas, ni otros animales caseros á quienes..... acariciará usted diariamente en su propia casa ¡monstruo! hasta el día que los mata usted y se los come.

Bueno sería que se pudiese vivir sin derramar diariamente tanta sangre inocente; pero..... ¿me hace usted el favor de considerar, Sr. D. J..... y demás señores del triunvirato periodístico, los caballos y bueyes que mueren todos los días á mazazos después de una brega terrible en los saladeros de esta tierra? El buey es arrastrado por fuerza hacia el poste fatal..... el caballo ó la yegua (que para el caso es igual) van por su pie, espontáneamente hasta..... el patíbulo, sin sospechar que aquellos traidores que le rodean van á pagar su noble confianza con unos mazazos bien ó mal dados ó con unas cuantas cuchilladas aplicadas sin el menor peligro..... traidoramente.

Yo, señores, voy rara vez á los toros; pero deseo que se conserven las corridas, y, piense lo que piense cada cual, yo tengo mi opinión. Repetiré aquel reto arrogante: *Etiam si omnes ego non.*

¡Los toros! Vamos á hacer un poco historia, para que vea usted, D. J....., que soy un bárbaro..... ilustrado. En los tiempos antiguos era el toreo un arte sujeto á reglas muy peligrosas, en cuyo cumplimiento arriesgaban la vida los más bizarros caballeros. Los Duques de Zea, Fernandina, Medina-Sidonia

y Maqueda; los Marqueses de Velada, de Villamediana, de Algaba, de Villafranca y de los Handales; los Condes de Cabra, de Sástago, de Villamor, de Cantillana y de Villamediana; y caballeros como Quevedo, Bonifaz, Zárate, Ponce de León, etc., etc., sin contar el mismo don Rodrigo de Vivar, llamado vulgarmente el Cid, en tiempos más remotos, no desdeñaban la lidia á pie y á caballo con los toros, para demostrar que tenían valor y destreza. Crea usted, Sr. D. J....., que es una página prodigiosa de emoción eso de irse al toro, y que cada vez estoy más satisfecho de ser español y de que los toros tengan tan larga historia en España y los toreros tan buen abolengo.

Usted sabe, Sr. D. J....., porque usted es un hombre instruído, que se han ocupado y han escrito sobre el toreo personas respetables, como Trejo, Bonifaz, Dávila y Heredia, D. Juan de Valencia, Gallo, Cardenal, D. Diego de Torres y otros muchos que no recuerdo.

Usted de seguro conoce, porque es literato, lo que dice Alarcón en su comedia *Todo es ventura:*

> Los toros los ha de ver
> Aquel que más se desvía
> De fiestas, porque aquel día
> No hay otra cosa que hacer;

lo cual para usted es lo mismo que sería el *Trágala* cantando á la puerta de un carlista, y usted deducirá, en fin, con su buen juicio que si además de todos estos, también Tirso de Molina dice en *Marta la Piadosa:*

> ¿Vióse más desatinada
> Temeridad? Con la espada

Desnuda, la capa embraza,
Y dando ojos á la plaza
La bestia acomete airada.
¡Grande esfuerzo y gentileza!
¡El toro cierra con él!
¡Golpe extraño! ¡gran destreza!
¡Digno es de español laurel!
¡Cercenóle la cabeza!

no desconfío, Sr. D. J....., de verle á usted en el buen terreno, hecho un buen español y dejándose crecer la coleta.

Usted sabe seguramente lo que era en el siglo XVII el toreo, pero parece que se desentiende usted de ello. Era lo que es hoy: el heroísmo, el ánimo y aliento de una raza valerosa, la noble ejecutoria que hace héroes de los valientes.

Entonces, como he dicho antes, toreaban los caballeros y se empezaba con la entrada de atabaleros, clarines y lacayos, vestidos bizarra y uniformemente, como dicen las crónicas.

Los criados, y ocasión hubo en que cada caballero se hacía seguir por más de ciento, iban á pie detrás de su señor, y al empezar la lidia se retiraban todos menos dos, que le daban los rejones: éstos eran de madera seca y lisa, más gruesos que delgados, ya porque la resistencia aseguraba al caballero, ya porque al quebrarlos daban gran estallido, y esto agradaba al vulgo.

Los reyes, la nobleza y el pueblo deliraban por los toros.

Las más bellas damas coronaban el valor de los caballeros, y los más elevados magnates tenían á gala tal ejercicio.

Yo no conozco más que las Cortes de Valladolid en el siglo XVI; el jesuíta Guzman en el XVII, y Jovellanos, el Marqués de San Carlos y usted en el XIX, que hayan pedido la supresión de las fiestas de toros.

El jesuíta, las Cortes, D. Gaspar, el Marqués y el exdiplomático han trabajado, á Dios gracias, con bien poco fruto.

Yo he leído en Montalembert que los eclipses sólo aterran á los salvajes y á los niños, y me ocurre imitando tal dicho, hacer constar á mi vez que las sensiblerías estas modernas, entre las cuales están las..... *tauróflas*, sólo espantan á los enfermos y á las mujeres; y no á todas.

En las corridas de toros, mis queridos señores civilizados, todo es grandioso, todo es épico; casi podría copiar una página de *Jules Giraud*, de la cual sólo recuerdo algunas palabras, describiendo la agonía del león en el desierto: «*C'est une voix qui s'éteint, mais qui est gigantesque encore. Les habitants du desert saisis d'une terreur profonde écoutent. C'est le roi qui meurt, le seigneur, le Sidi-Lion. La nature entière prend part á son agonie et porte un deuil épouvanté.*»

¿No es grande, no es majestuoso, no es digno, formar hombres, en lugar de formar muñecas que se estremezcan ante el cadáver de un pavo? ¿No es más conveniente venir á las corridas de toros desde Buenos Aires, que degollar al Gobierno y á los defensores de Jujuy?

Digo esto á propósito de artículos publicados en la capital de la República Argentina que tienen el delicado y civilizado título de *Montevideo barbarizado*.

¡Bien se conoce que los que escriben allí, como aquí, son todos..... jesuítas del siglo XVI, Cortes del siglo XVII, Marqueses de San Carlos y D. J.....! Personas delicadas, nerviosas, tiernas y sensibles, que abogan por los caballos y los toros y se olvidan del pobre é inocente pajarillo que se mata por placer, del pez que se pesca por distracción; de las mariposas y coleópteros en general, á quienes se clava vivos en una plancha de corcho para disecarlos; de las ranas, á quienes se solda á un aparato óptico, para que la curiosidad pueda apreciar la circulación de la sangre; de los tiernos cabritillos cuyo delicado balido al sacrificarlos llama melancólicamente á su madre; de los animales inofensivos que se hacen morir diariamente en los gabinetes de física, en medio de sufrimientos horribles, y de las riñas de gallos, á cuyo simpático espectáculo concurren sin estremecerse los corazones sensibles.

Todas estas torturas y todas estas angustias no significan nada para los *hipófilos*, porque no hay público que presencie estos..... crímenes.

Al pececito se le hace pedazos el hocico para sacarle el anzuelo, y se le arroja vivo en el saco, lo mismo que al ave en la caza.

Allí dentro pasa una escena horrible entre la vida y la muerte de aquel pequeño ser, que se retuerce, se golpea, se agita, y muere en medio de la indiferencia más profunda de cuantos presencian sin comprenderla su agonía. Las interesantes mariposas y los insectos son cazados por hombres sin corazón, y su cuerpo es atravesado vivo por un alfiler y clavado en un cuadro que se convierte en un cementerio. Estos

pobres animales mueren después de dolores supremos, y..... ¡horroriza pensarlo! no hay periodistas ni porteños que se horripilen..... *¡Bárbaros!* Cada vez que oigo el balido de un cabrito, se me figura que oigo una criatura; ¡qué ternura tan expresiva hay en su tono!

Y sin embargo, ese pobre animalito muere diariamente sin lucha, sin defensa; y mueren los inocentes bichos que las madres ponen en manos de sus hijos y que éstos torturan inconscientemente; y mueren los animales en los que se hace todo género de ensayos; y mueren miles de hombres y de caballos de hambre, de sed y de fatiga todos los días; y corre la sangre á torrentes por ideales..... estúpidos, ó por la posesión de..... un peñasco, ayer en Europa y hoy en América; y la República Argentina..... *barbarizada* se arma hasta los dientes para matarse..... fraternalmente sobre si ha de ser F ó ha de ser R la primera letra del alfabeto....., y á mí me da lástima de las gentes serias y de los políticos-muchedumbre, y de los periodistas hembras, y digo con el poeta:

¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!.....
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Y basta ya de jaqueca, Sr. D. J..... y compañía que me he puesto á escribir á las doce de la mañana y son las cuatro.

Le recomiendo que defienda el desahogo patriótico americano de *los pomitos* que ya empiezan á funcionar. Ahí no corre sangre, sino aguas de olor. Eso es culto y digno de ser defendido por periodistas hembras, cultos y sensibles.

En cuanto á mí, y conmigo muchos miles de..... bárbaros, preferimos un hombre vestido de seda, delante de una fiera en libertad, emocionando y electrizando al público, que reses conducidas cobardemente al matadero y sacrificadas indiferentemente en medio de un lago de sangre humeante y de empleados cubiertos de ella.

Ustedes saben sin duda, Sr. D. J..... y compañía, que la fiera más fiera que se conoce es el toro. En España, su tierra de usted, *aunque me esté mal en decirlo*, se han lidiado toros y leones, toros y tigres, y osos y elefantes, y jamás ha dejado de embestir fieramente el toro. Es el solo, el único animal que ha embestido á un tren. Todos los demás huyen por instinto de la locomotora, de ese monstruo de la ciencia y la industria moderna; y á pesar de eso, sólo en España y en nuestra raza es en donde ha habido, hay y habrá hombres que se atrevan á ponerse delante de aquellas fieras.

¡Vivan las corridas de toros! ¡Vivan las damas que no hacen melindres y van á corridas! y ¡viva la gracia y el salero!

En ellas se vigoriza un poco el carácter y se templan los nervios. Vaya usted á la próxima corrida, y allí continuaremos discutiendo el asunto.

Todo lo que ha dicho usted, y su compañía, de Filadelfia y de la Exposición española allí, no es oportuno.

¿Quién duda que las fiestas del trabajo y de la inteligencia son las más gratas?

¿Quién no sabe que en Filadelfia y en Viena y en París ha sorprendido España con sus productos, ha

cautivado con sus artes y ha obtenido admirables triunfos en aquellos universales certámenes?

¿Qué español no está enorgullecido con tales victorias?

Todos los pueblos tienen de qué lisonjearse, pero no todas las situaciones son á propósito para que haya choques eléctricos.

Y perdonen ustedes, señores, si hay algo que pueda molestarles en esta carta; pues yo pretendo, y creo que con justicia, pasar por hombre bién educado, y no me gustan insultos, ni adjetivos-palabrotas.

No tenía hoy que hacer y me he entretenido en escribir para usted y para el público este alegato.—El Chiclanero.

IV.

EL MATE DE LAS MORALES.

(Frase del Uruguay.)

Voy á referir una ligera historieta con que entretener á mis lectores.

Durante mi permanencia en el Uruguay noté que siempre que se demoraba ó no se cumplía un ofrecimiento, se citaba el mate de las Morales.

Curioso yo de inquirir el origen de esta frecuente cita, pregunté y me informé con cuidado, recogiendo la tradición, que no todos conocen en el Uruguay,

que referiré después de algunas aclaraciones sobre el mate.

El mate se produce en diversos países sudamericanos; pero la hierba más aromática y más estimada por los apreciadores es la que procede del clima abrasador del Paraguay, que es, según fama pública, superior á la que se cultiva en el Brasil.

Esta hierba era el té de los sudamericanos hace treinta años, y hoy lo es aún de las clases inferiores en general. Las clases sociales elevadas lo toman también en familia; pero oficialmente y en público aparece ya el té en todas partes.

Difícil sería encontrar un obrero, un soldado, un trapero ó un sereno sin el mate. Ni chacra, ni quinta, ni casa, ni rancho, ni estancia, puede existir sin que el mate figure en primer lugar.

El obrero le lleva en su blusa; el soldado le lleva, en su mochila; el trapero en su carreta, y el sereno pasa la noche guardando las ciudades y encendiendo su hoguera de tablas que saca siempre de alguna casa de negocio de la calle que guarda, y que parte á sablazo limpio de media noche en adelante. Al lado de esta hoguera se ve siempre una especie de cafetera grande en donde se calienta el agua, y de ella se pasa al mate, que así se llama también una especie de calabacita vacía en donde se echa la hierba y el agua, á cuyo acto se llama cebar el mate. El contenido ha dado nombre al continente, llamándose del mismo modo la hierba y el casco en que se toma.

Se llama mate cimarrón el que se prepara sin azúcar, y así le toman casi todas las clases poco acomodadas y los verdaderos aficionados.

Como la hierba está casi pulverizada cuando llega al consumo, se toma en general con un tubo llamado bombilla que está lleno de agujeros imperceptibles en la parte inferior, que se sumerge dentro del líquido.

Del mismo modo que los mates (continentes) tienen asas y boquillas de plata y oro cuando en ellos se quiere hacer alarde de lujo y gusto, así también las bombillas pueden ser de junco, caña, oro, plata, etc., y estar primorosamente trabajadas.

Aun hoy se sirve en América un mate á todo el que entra de visita ó por negocios en cualquiera casa.

En el mismo teatro le he visto yo preparar en el fondo del palco, y tomarlo sin cesar por los concurrentes.

Es curiosísimo ver un *mucamo* ó una *mucama*, como llaman allí á los criados, entrar y salir cuarenta ó cincuenta veces con el mismo mate y la misma bombilla en la habitación en que hay ocho ó diez personas.

Es costumbre que cada persona tome tres ó cuatro mates cuando menos, y como el receptáculo es pequeñísimo hay que salir constantemente para cebarle y entrar para ofrecerle.

La primera persona que chupa un poco para probar si está bien cebado es la mulatilla que le sirve, y después todos cuantos están en visita, sin cambiar de bombilla y sin limpiarla. Bombilla hay que ha sido utilizada por dos ó tres generaciones y que ha sido chupada por miles de individuos de todos sexos y edades.

Yo encuentro de mal gusto esta costumbre y ja-

más me he contagiado chupando un mate; pero allá nadie da importancia á este detalle.

Explicado ya lo que es un mate, voy á pasar al de las Morales, para lo cual tengo que hacer un poquito de historia.

Al acampar el general Orive en el año 43 en una altura llamada «El Cerrito», que se halla como á una legua de Montevideo, capital de la república del Uruguay, en Sud-América, y establecer el sitio de dicha capital, se improvisó una nueva ciudad de ranchos, pulperías y abrigos en donde vivían familias de los sitiadores y en donde se establecían los industriales que viven siempre cerca de numerosos ejércitos.

Entonces terminaba Montevideo en la que es hoy plaza de la Independencia, que no existía, como no existía la hermosa Avenida del 18 de Julio ni la plaza de Cagancha, ni la continuación hasta la Unión. Todo lo que estaba construído en aquella época eran unos cuantos ranchos que no llegaban á una docena.

Como el sitio de Montevideo duró nueve años, dando lugar á que se le llamara la *nueva Troya*, y á la contienda la *guerra grande*, se buscó alojamiento más cómodo para los sitiadores y sus familias, y se fundó la actual villa de la Unión, que hoy está unida á Montevideo y es una continuación de la calle del 18 de Julio, el Cristo y las Tres Cruces.

Durante el período del sitio se llamó este barrio Restauración, como tributo al célebre tirano Rosas, «ilustre restaurador de las leyes», como se hacía llamar él, que las conculcó todas; del mismo modo que

se llama ilustre americano y se levantó estatuas el presidente de la república de Venezuela, Guzmán Blanco.

Continuando, pues, mi historia, diré que residía por aquella época en la citada villa Restauración, y hoy Unión, una señora llamada *misia* Agustina Morales, y con ella tres hijas de quince á veinte primaveras unidas por vínculos estrechos á uno de los jefes *blancos*.

A pesar de los horrores del sitio y de las escaramuzas ó combates diarios entre sitiados y sitiadores, y á pesar de las degollinas parciales ó en masa que se verificaban frecuentemente en los prisioneros de uno y otro lado, ni dentro ni fuera se había perdido el frenesí que la mujer en todas partes, y especialmente en América, tiene por el baile. Se combatía todos los días y se bailaba todas las noches.

En una de estas reuniones en que se solemnizaba un escarmiento hecho por los sitiadores en los sitiados, y en el cual habían perdido la vida 18 ó 20 desgraciados, entre ellos algunos españoles que entonces eran obligados al servicio, conoció la familia Morales á otra familia de uno de los jefes del ejército de Orive.

Después de haber pasado la noche juntas, invitaron las niñas Morales á sus nuevas amigas para que fueran á pasar con ellas una tarde y á *tomar un mate*, como entre nosotros se invitaría sin ceremonia para tomar una jícara de chocolate.

La familia en cuestión concurrió á la cita, y mil expresiones y demostraciones de regocijo se cambiaron entre las nuevas amigas.

20

Se habló de los blancos y de los colorados, que eran los sitiadores y los sitiados; se tocó un poco el clavicordio; se ocuparon sobre todo del baile, y se refirieron los heroísmos y crueldades que puede decirse que presenciaban.

Efectivamente. Por aquellos tiempos no había cuartel, y por lo mismo la guerra tenía un verdadero carácter de ferocidad.

En el arroyo grande, por ejemplo, fueron tomados 556 hombres como prisioneros, los cuales fueron degollados en grupos por un ejecutor que acompañaba á cada 20 y que les hacía poner de rodillas para degollarlos. Los simples soldados eran tratados así. Para los jefes se inventaban tormentos. Se les desollaba, se les descuartizaba, se les estaqueaba (atándolos por las cuatro estremidades á cuatro estacas clavadas en el suelo y quedando el cuerpo suspendido).

De un lado y otro, lo mismo blancos que colorados, rivalizaban en valor y en barbarie, que es desgraciadamente el sello característico de las guerras americanas.

Otro día escribiré más detenidamente sobre esto y sobre el sitio de Montevideo, que duró nueve años largos, y que interesará seguramente á los lectores de este libro.

Volviendo á *misia* (abreviación de mi señora) Agustina y sus tres hijas, dicen los que me lo han referido, que entre las visitadas y las visitadoras se estableció poco más ó menos el siguiente diálogo, que puede servir como teorema del dicho popular del mate de las Morales.

—Vemos con gusto que saben cumplir su palabra,

y crean que las aguardábamos con impasiensia y gran deseo—dicen las Morales.

Y responden las otras:

—No quisimos *demorar* más la visita, y eso que hoy hemos estado *á lo de* (1) mis primas y al cerro, en donde están nuestros hermanos de facsión, ni nos atrevimos á rechasar su grasioso *ofresimiento* de antes de anoche.

—Hisieron bien—repone *misia* Agustina;—van á pasar la tarde con nosotras y á tomar un matesito: *siéntensen* no más.

—No se molesten por nosotras—dicen las recién venidas.

—*¡Qué esperansa!*— contesta *misia* Agustina.— ¡Morenilla! ¡morenilla! ¡Pancha!—dice llamando á una negrita que las sirve como esclava;—ceba un matesito y tráelo.

—De seguida, mi señora—contesta la morena, como llaman allí á las negras, del mismo modo que llaman pardas á las mulatas.

La conversación continúa y así se pasa una hora, al cabo de la cual *misia* Agustina y las niñas preguntan á sus nuevas amigas si prefieren el mate cebado con leche ó con agua.

—Como gusten, queridas—responden las preguntadas.

Una de las niñas Morales se asoma á la puerta de la sala y dice desde allí:

—¡Pancha! Traiga un mate con agua y otro con leche; ¿entiende?

(1) *A lo de* se dice en el Plata por *en casa de*.

—Entiendo, niña—responde la otra desde dentro.

Y así se pasan otros tres cuartos de hora, á cuyo término se habla de marchar y terminar la visita, pero entonces entra *misia* Agustina y asegura que acaba de recibir en aquel momento del mismo general Orive un saquito de hierba legítima paraguaya y unas tortas de manteca, y repite el juego de una de sus niñas acercándose á la puerta y diciendo:

—¡Morenilla! ¡Pancha! *Cebe* el mate con la hierba paraguaya que acaba de mandar el general, y tráigase *pa cá* un cestico con tortitas.

—Está bueno, mi señora—contesta la negra.

Y vuelven á transcurrir otros tres cuartos de hora. La situación llega á hacerse insostenible, la conversación languidece, la tarde avanza, y las nuevas amigas se deciden á retirarse.

—¡A ver! ¡Que aparescan por nuestra casa!—dicen las que se marchan á las Morales; pero éstas. insistiendo aún, les dicen:

—No, no han de marcharse sin tomar un matesito y probar las tortitas.

—Hoy es ya imposible—responden las otras.

Entonces misia Agustina, acercándose á la puerta, grita:

—¡Pancha! ¡negra *safada!* (1) traiga el mate en seguida.

—Sosiéguese, misia Agustina—la dicen para calmarla las otras.

Y así se sigue pasando otra media hora, hasta que al fin tienen que resolverse á marchar sin tomar

(1) Desvergonzada, atrevida.

mate ni tortitas, con que ya se regalaban el paladar las nuevas simpatías de las Morales.

Esta escena se repetía siempre que en la casa había visitas, y al apoderarse de tales farsas el público, aplicó el *mate de las Morales* á todas las comedias del mismo género ó á toda promesa que no tiene cumplimiento.

V.

Á D. F. SARMIENTO, PROTECTOR DE LOS ANIMALES.

El general Sarmiento (general de nombre) atacaba siempre, como tantos otros, á España, y por tal causa provocó la publicación de justísimas censuras de nuestro conocido y reputado Villergas y las dos cartas mías que van á continuación, las que yo firmé con un seudónimo:

Reciba V. nuestras más cordiales enhorabuenas, Sr. General, por la exposición que hizo V. recientemente al Gobierno Nacional Argentino, oponiéndose á las corridas de toros. Usted es un hombre ilustrado, que habrá podido tener algunos lunares de cruel y de sanguinario, pero, hoy por hoy, es V. el hombre más bonachón y el general que tiene más horror á la sangre, de cuantos generales existen.

¡Corridas de toros en Buenos Aires! ¡Qué dirían las cinco partes del mundo al saberlo! ¡Qué opinión se formaría del invencible General, ***cuya sangre, según su declaración, es igual á la de las bestias***, si no se le viese rayar en el amor á los semejantes hasta la abnegación ó el sacrificio!

¡Firme, mi General! No haga usted caso si hay maldicientes que recuerden el ofrecimiento que hizo usted de cien mil pesos por la cabeza de López Jordán, ni aquella célebre salida del teatro, en que, poniéndose heroicamente al frente de aquella no menos célebre guardia, y dando la voz de «atajen», contra los que le silbaban, atropelló V. algunas mujeres y algunos muchachos.

¡Y cuidado que estaba V. aquella noche imponente! ¡Qué uniforme! ¡qué charreteras! y ¡qué tipo tan militar!

Yo no sé por qué le silbaban á V. aquellos perturbadores. ¡Silbar á un héroe y con aquellas charreteras!

Ya pasaron aquellos tiempos. Y lo que es..... *esas no volverán*.

Ahora me dicen que se ha metido V. á educacionista y á protector de animales; y debo confesar francamente que en lo segundo le he visto á V. siempre más fuerte que en lo primero.

¡Educacionista V.! ¡Vaya! ¡vaya!..... ¡Alguna fumada!

En lo de los animales ya es otra cosa. Ahí está usted en su terreno. Protector y protegidos: *la misma sangre* y hasta..... ¡quién sabe!..... las mismas costumbres.

Veo con gusto que habla V. de conquistas, de la

civilización, obscurantismo, inquisición, reyes absolutos, espectáculos degradantes..... Yo me abismo, me confundo y me..... evaporo ante tal dialéctica.

Después dice V. que *se derraman tripas asquerosas de caballos,* y hasta nos muestra V. *los intestinos y las astas.....* ¡Sucio! ¡Un educacionista más inconveniente!..... ¡Esta noche á la cama sin cenar para que se acuerde usted!

Después de quemar un poco de sahumerio, sigo mi felicitación.

Con que..... dicho está que Dios preparó un mundo nuevo para la depuración de los usos locales: que las industrias, las bellas artes y las ideas liberales, con la ventaja de no tener pobres ni..... clases privilegiadas, está aquí en América (1).

¡Tan felices sin apercibirnos de ello!

Está visto: es V. general, educacionista, político y..... poeta, porque, sin saberlo, hace V. pura poesía.

En fin, es V. un hombre grande, físicamente considerado, por lo menos.

Habla V. de los Estados Unidos como hombre que lo entiende. ¡Buen país los Estados! ¿Eh?

Se vende la justicia; se venden los electores; se venden los elegidos; se va en turbas, de cuando en cuando, á la cárcel, se saca un presunto reo y se le cuelga de un farol; no se tiene más Dios que el *dollar;* se hacen *doctores de Michigán* como se hacen bizcochos en una panadería; pero eso no quita para que declaremos que aquello es el progreso humano, y lo de Buenos Aires el bienestar y el decente vestir del

(1) Así aseguraba este improvisado General.

pueblo. ¡Vivan los que progresan y los que se visten bien! ¡Abajo la esclavitud y la censura previa! que es la esclavitud del alma, como V. dice.

¡Qué país tan atrasado la España, mi General! Allí no se puede insultar á nadie sin ser sometido á la ley. Allí hay clases de esas que V. llama privilegiadas, mientras que aquí se robustece el sentimiento de la..... *igualidad.*

¡Ay, General! Esa..... *igualidad* me ha quebrado la espina dorsal.

Con V. no gana uno para sustos, en tratando de hablar castellano puro y castizo.

Ya que el amor al prójimo se le desarrolla á V. en los últimos años de su vida, pásese por donde desembarcan las mercancías y los pasajeros en su tierra; observe V. el trato que se da á los animales enganchados á las carretas, y verá si á fuerza de palos no tienen escama sus pieles; haga un paseo á las estancias, y vea si el *contacto de la sangre en las faenas de campo, y el mal trato que se da á los animales, desde la marcación hasta la carneada, no borran del corazón toda manifestación de sentimiento;* vaya V. á los saladeros, y verá nadar en sangre, y verá abrir las entrañas de las reses, palpitantes aún; vaya V. á pasear al campo, y verá pobres animales cansados, á quienes se mata brutalmente, tan sólo por esa causa, y podrá V. divisar, si no es V. ciego, muchos brutos al lado de un bruto, para darle la muerte brutalmente, y no sabiamente, como dice V. que la dan los toreros.

¡Abajo los toros y los toreros! ¡Viva el cancán! ¡Viva el lujo y quien lo trujo! ¡Vivan las cocotas! y ¡viva la..... *igualidad!*

¡A la ópera! ¡A las exposiciones!..... ¡Cuántas exposiciones!.....

En fin, mi General, lo dicho dicho: Buenos Aires es Atenas, y V. Alcibíades, general y hombre de Estado como V., aunque más bonito y algo más elocuente, según dicen los envidiosos.

Veo que cuenta V. también con muchos españoles en la reprobación de las corridas de toros. ¡Atenienses! ¡Todos atenienses! ¡Y habrá quien les llame gallegos (1) con aire desdeñoso!

Habrá que confesar que en la Atenas del Plata se produce la distinción espontáneamente, y que el último pobre diablo que llega de Europa puede ser allí un distinguido caballero.

¡Vivan las sanas y morales costumbres de los Estados Unidos! ¡Viva la Universidad de Michigán, que hace doctores como pasteles! ¡Viva la cultura y el aticismo de la gran capital del Sud! ¡Abajo la inquisición! ¡Abajo el feudalismo! y ¡abajo la previa censura!

Yo quiero tener el derecho de decir cuanto me acomode al niño del Apocalipsis.

Terminaré aquí citando algunas líneas de «Rabagas», pieza dramática francesa, que tuvo su éxito hace muy pocos años:

«Le mépris de la loi et l'écroulement de toutes les institucions établies son le premier dévoir de tout homme libre.»

Y le aconsejaré, además, que se retire á la isla de Carapachay, después de esta última etapa contra los

(1) A todos los españoles se les llama así.

toros; establezca V. allí un civilizado reñidero de gallos, á imitación de los muchos que existen en Buenos Aires, para distraerse; y con eso, y con una escopetita pequeña para matar pajaritos, una cañita y unos anzuelitos para atrapar pececitos, un palomar y un gallinero para comerse los pollitos y los pichoncitos, un par de caballos para acarrear tierra todo el santo día de Dios, y un perro que duerma á la intemperie y á quien arrimar, de cuando en cuando, un puntapié, ya está V. como un patriarca y con la conciencia tranquila, como el que ha cumplido sus deberes de protector de los animales.

Algún día oirá V. gritar á los animales, y hasta quizá á muchos de los que le han ayudado en esta última etapa contra los toros: ¡Viva nuestro protector!

Montevideo, 6 de Febrero de 1881.

Sr. Sarmiento *de Buenos Aires:* Yo no le conozco á usted, ni sé en qué hotel vive, ni tengo propósito de darle ninguna comida, ni sé cómo empezar esta carta, ni si aún está usted en la Banda Oriental. Generalmente se dice: «Muy señor mío y de mi consideración» para encabezar una carta; pero como usted no tiene ningún derecho sobre mí, ni yo tengo la menor consideración hacia usted, resulta que no puedo encabezar esta carta como se encabezan todas. Por eso digo sencillamente: «Sr. Sarmiento *de Buenos Aires*», aceptando la forma indicada por usted para citar un día á los filósofos, historiadores y poetas del Río de la Plata.

Ha de saber usted, Sr. Sarmiento *de Buenos Ai-*

res, que me ha sugerido el deseo de escribir estas cuartillas la lectura del discurso pronunciado por usted en el banquete que le ofreció la Sociedad de Amigos, una parte de la prensa y el Ateneo del Uruguay.

Hace ya tiempo que yo le conozco á usted de reputación, y seguramente que no lo digo por lisonjearle á usted, pues la reputación que de usted ha llegado hasta mí es la del ingrato que reniega de sus antepasados, de su sangre y de la patria de donde se derivan todas estas *ciudades populosas á guisa de naciones*, como usted dice.

Debe ser muy extraño para usted, *ateniense* del lado de allá del Plata, el contenido de esta carta, en un país en donde ha sido usted por ocho ó diez días *la niña bonita*, como dice usted mismo riéndose de sí propio y de los demás; pero como yo no soy músico de murga, ni aprovecho ocasiones para hacer figura, ni como más que con mis amigos, ni le admiro á usted como general, y menos como educacionista; como estoy asombrado de lo mal que habla usted el castellano, y como quiero echar con usted un párrafo y llamar la atención sobre varios defectos del arte, de construcción, de giro y de aticismo en su discurso, además de algunos galicismos del peor gusto, por eso escribo estas cuartillas, bien á mi pesar, á causa de la pereza que me domina.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Introibo ad altare Dei. Entremos en materia, señor Sarmiento *de Buenos Aires ó de donde sea usted.* En el primer párrafo *de su discurso dice usted* que

cierto escritor de acá se ha mostrado *en demasía* simpático con usted, y que la juventud que se prepara á la vida pública busca en *lo pasado* temas, etc. ¿No le parece á usted que en lugar de *en demasía* hubiera sonado más áticamente *por demás* que *en demasía?* ¿No cree usted también que en lugar de decir *en lo pasado* hubiera usted podido decir *en el pasado?* No digo yo que no se pueda decir lo que usted dice, pero lo que sí digo es que se puede decir mejor. Más abajo, en el mismo párrafo, dice usted, hablando de Telémaco, que fué un bastardo de Fenelón *á l'insu* de Ulises; y yo creo que hubiera usted podido evitar tal galicismo con decir simplemente *sin conocimiento* ó *sin noticia* de Ulises; y creo también que lo de *colgarle un hijo*, que dice usted á renglón seguido, no es serio para un discurso, y sólo puede ser admitido tal giro en una ligera conversación entre amigos de confianza.

En el segundo párrafo dice usted: *en las tardes de verano, el navegante que atraviesa los mares tropicales;* y hubiera usted debido decir, para dar más belleza y más sonoridad al cuadro descriptivo (que reconozco de bellos colores): *el navegante que en las tardes de verano atraviesa los mares tropicales.* Así es más correcto, Sr. Sarmiento. A los educacionistas, como á los académicos, hay que exigirles belleza en las imágenes, corrección en el estilo y pureza en el lenguaje. En el mismo párrafo habla usted de *figuras fantásticas, al parecer, de habitantes de mundos desconocidos*, y me ha de permitir usted que le diga que huelga en la oración y la afea ese *al parecer.* Desde que usted habló de *figuras fantásticas*, que es

igual á todo lo quimérico y fingido, que no tiene realidad y consiste sólo en la imaginación, debió usted suprimir *al parecer*, que es un modo adverbial con que se explica el juicio que se forma en alguna materia: el párrafo, que es bello, sería más bello así: *figuras fantásticas de habitantes*, etc. También tiene usted la manía ó el defecto de hacer construcciones extravagantes, anteponiendo en muchas oraciones los artículos y pronombres demostrativos á los verbos, como en *podemos en ellas ver*, en lugar de *podemos ver en ellas*, en que hay más sintaxis. El *gas exhilarante*, cuyo nombre no he visto registrado en las ciencias físico-naturales, me proporcionó un desmayo, del cual no volví por completo hasta que se me apareció al final del quinto párrafo *la argentina estirpe*, que, dicho sea de paso y sin detenerme á saber cuál es la raíz ó tronco á que usted se refiere, hubiera estado más perfecto si usted hubiera dicho *la estirpe argentina.*

En el párrafo sexto dice usted: *del movimiento de la educación en el Uruguay, algo más que la mosca del cochero tengo derecho de atribuirme;* y debiera usted haber dicho, para hacer la locución más natural: *tengo derecho de atribuirme algo más que la mosca del cochero.*

Lo de que las escuelas sin renta propia *serán siempre el último mono del presupuesto*, tampoco es locución escogida para un acto literario, como no es ciertamente muy escogido en dicho acto el uso del verbo *desanar*, ni el hablar de los 20 millones *salvados de las uñas de gobernadores, legislaturas, municipalidades*, etc., ni aquello de *los gobernantes de*

ambos fueros que gustan meter la mano en todo, aun en donde hay dinero, que encuentro de muy mal gusto.

Lo de las *magnificaciones* no lo entiendo, ni conozco tal palabra. Lo único que conozco es el verbo magnificar: usted es mucho más instruído, Sr. Sarmiento *de Buenos Aires ó de donde usted sea*, y conoce usted gases como conoce usted palabras españolas que yo no conozco, á pesar de ser español; y yo no conozco la palabra *castatellas*, que usted usa, como no conozco aquella otra de *cachet* ni *rendez-vous*, que me huelen á francesas.

Para terminar, le diré á usted, Sr. Sarmiento, que es usted poco escrupuloso en el uso del idioma castellano. Yo ya le conocía á usted como antiespañol; pero como sé que es usted un hombre ilustrado, le creía buen hablista. Me he equivocado, por lo visto, en lo último.

Respecto á su antiespañolismo, lo único que deduzco es que usted no conoce á España. Si usted ha viajado pcr mi patria, ha debido usted apreciar el desarrollo del movimiento intelectual, ó ha viajado usted como una mercancía. La Alemania concede á varias provincias españolas el tercer lugar en el movimiento industrial del mundo, y dice que las escuelas públicas han tenido un aumento tan notable de alumnos, que sólo la Suiza, entre todas las naciones, puede presentarle igual.

Cuando Mr. Lesseps ha buscado los medios materiales para unir el Atlántico y el Pacífico, Francia ocupa el primer lugar, España el segundo: en los certámenes de la industria de Filadelfia, en París

como en Viena, obtuvo España triunfos envidiables. Siga usted, Sr. Sarmiento, desconociendo y maldiciendo á España. Yo diré con el poeta, al hablar de los hijos ingratos:

«Que al maldecir el nombre de Castilla,
Tienen que maldecirle en castellano.»

Y termino, porque, aun cuando un solo discurso de usted me daría motivo para escribir muchos pliegos de papel, ni yo tengo tiempo para tanto, ni el asunto lo merece, ni se puede abusar de la *benevolencia pública* que *le ha hecho á usted acumular tantas sensaciones en los pocos días de residencia*, etc.

¡Cómo debe usted reirse de alguno de sus anfitriones!

Que usted lo pase bien, Sr. Sarmiento. Muchas cosas de Villergas y de su atento y S. S.—*Un español.*

VI.

La Sociedad de Beneficencia española en Montevideo, celebra todos los años el aniversario de su constitución de una manera espléndida, y á su fiesta concurre todo el elemento español, que es numeroso, y toda la población oriental ó uruguaya, que toma parte en una fiesta que no tiene igual en aquel país.

Invitado yo por la prensa para colaborar sobre esta fiesta, escribí algunos artículos que, *como descripción de tal solemnidad* (*que ya forma parte de las costumbres uruguayas*) se publicaron, y parte de los cuales inserto á continuación á causa de la idea indicada en cursiva:

La escena anual de los primeros días de Octubre en el Prado Oriental nos transporta á las provincias de España, en donde se conserva aún la costumbre de celebrar con fiestas y romerías todas las solemnidades en que la piedad ó el sentimiento toman participación.

Es lástima que la América, que se deriva de nuestra España, haya perdido este sello característico, como ha perdido tantos otros; pero ya que ella no le conserva, allí están los españoles sin pretensiones de convertirse en yankees, ni en ingleses, ni en parisienses, para recordar como buenos hijos las tradiciones de la patria.

Si Montevideo está triste, allí está la numerosa colonia española para alegrarle.

¡Tregua por veinticuatro horas! ¡Que no circule una sola gota de veneno en ese día! ¡Déjenlos que vivan en paz y en gracia de Dios siquiera un instante!

Las romerías son restos patriarcales en que, como en toda fiesta, las gentes se regocijan, divierten y fraternizan, dando la necesaria expansión al espíritu y al cuerpo.

Con este objeto, con el de consagrar un recuerdo á España y con el de conmemorar la fundación de una sociedad creada para el bien y el consuelo de

nuestros compatriotas, es con el que se hace el paseo anual al Prado, de un modo análogo á la fiesta de los vascos que se celebra también en la quinta de Raffo.

¡Al Prado, pues, todo el mundo!

Allá van los hijos del trabajo. Allá van esos cosmopolitas que por todos los países del mundo comunican la alegría y la expansión en donde quiera que están.

Es lo mismo una guitarra que una flauta, un tamboril que una gaita para divertirse. Lo mismo es un zortzico que una muñeira, y unas malagueñas que una jota aragonesa.

El resultado es siempre el mismo. Donde hay españoles hay necesariamente lo que hay en su esencia: expansión, alegría, generosidad y honradez.

Yo los he encontrado por todas partes de Europa y América siempre sosteniendo su reputación. Yo los he visto en España luchar en Asturias y Galicia con los osos en medio de sus valles profundos y sus montañas nevadas; en Andalucía montar el indómito potro; en Castilla jugar con barras hercúleas; en las Vascongadas y Navarra lanzar una pelota de cerca de una libra de peso como lanza una bala un cañón rayado: yo he visto trabajar sin descanso al valenciano, bajo un sol abrasador; y al industrioso catalán, y al franco y leal aragonés, y al honrado castellano los he encontrado como allí en lucha encarnizada con el trabajo; pero en todas partes late en ellos también el deseo de recordar las fiestas de su infancia pasada el domingo en la pradera, comiendo bajo los olmos, los pinos ó los castaños, á la

orilla de un río transparente y en medio de una numerosa familia que se asocia al intento.

Para calmar esa nostalgia de los primeros años y de la patria, se hace aquella fiesta popular; fiesta en que Montevideo entero se cita para encontrarse pacíficamente. Los héroes de la fiesta no son blancos ni colorados: no son sino españoles; y es quizá porque aquello no tiene color político por lo que reina, en medio del más grande entusiasmo, un espíritu perfecto de paz. Allá van el ministro y el portero, el general y el soldado, el banquero y el jornalero: los españoles tienen el privilegio de confundir todas las clases sociales y de ofrecer á Montevideo una fiesta popular en que desde el ferrocarril hasta el vehículo más elemental están en movimiento, y en que el Prado toma por veinticuatro horas el aspecto de un paraíso.

Bajo aquellas enramadas se reunen los hijos del trabajo, y si queréis acercaros á ellos, estad seguros de que compartirán con gusto su merienda con sus huéspedes. El egoísmo, el cálculo ó el interés no tienen carta de naturaleza en el carácter español. La generosidad, la honradez y la hidalguía son sus rasgos característicos.

*
* *

Á LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS.

Hace ya tanto tiempo que no canto,
Que no hago versos y que escribo en prosa;
Que ya no me extasío ante ese manto
De estrellas en la noche silenciosa;

Que no sueño; que paso..... como un santo
Una existencia reposada y sosa.....
Que puedo asegurar, por vida mía,
Que ya ni sé lo que es la poesía.
  En otro tiempo mi delirio ardiente
Creaba mil fantasmas y querubes,
Dorados con los rayos del Oriente
Ó envueltos en vapor entre las nubes.....
Hoy á mis sueños digo, secamente:
¡De aquí no pasas! ó ¡de aquí no subes!
Y mis goces, la noche y la mañana,
Son el fumar cigarros de la Habana.
  Hago esta explicación, muy necesaria
Para justificar el desentono
De esta composición extraordinaria,
Piramidal y aguda..... como un cono;
Y dando aquí á mi metro forma varia,
Me escaparé de este aire sin ozono,
Ya que empecé por colmo de mis males
Nada menos que á hacer octavas reales.

—

  Poetas, dadme un laúd,
Que voy á cantar la paz:
La santa fratenidad,
La piedad y la virtud,
Dentro de una sociedad.
  «Socorro Mutuo» es su nombre
Y pía es su ejecutoria,
Y, asómbrete ó no te asombre,
Es tan honrada su historia
Que calma el dolor del hombre.
  Ella, con pródiga mano,

Llega del que sufre al lecho;
Lleva el consuelo al hermano;
Hace un santuario de un techo,
Y es honra del pueblo hispano.
  Su santa y noble misión
Ha realizado la unión
De las gentes españolas
En el mundo á que Colón
Llegó á través de las olas.
  No hay entre hermanos dolor,
En los niños ó en los viejos,
Que no consuele su amor;
Pues aunque de España lejos,
Vivimos de su calor.
  Y en la patria de adopción,
Que es patria de nuestros hijos,
Nos impone la razón
Lazos sólidos y fijos
Que arranquen del corazón.



ROMANCE.

¿Qué significa esa vida
Que agita á Montevideo?
¿Por qué suenan esas músicas?
¿Por qué van los trenes llenos?
¿Por qué se ven las banderas
Ondear sobre los techos,
Y la púrpura y el oro

Con gracia plegarse al viento?
¿Es alguna fiesta patria
La que así entusiasma al pueblo?
¿A dónde va todo el mundo?
¿Por qué están todos contentos?.....
A todas estas preguntas
Responde de pronto un eco.....
¡La Marcha real española!
¡Y el célebre himno de Riego!
¡Viva España! ¡Viva España!
Oigo gritar á lo lejos,
Y yo también ¡Viva España!
Grito y grito sin saberlo;
Y corriendo como un loco
Sigo el numeroso pueblo.....
Y á la calle de Queguay
Llego en dos saltos y medio.

La Sociedad Española
De Santa Beneficencia,
A la alegría y al júbilo
Con dulce expansión se entrega.
Su veintiocho aniversario (1)
Hoy orgullosa celebra,
Y al recuerdo de la patria
Rinde culto satisfecha.
Del edificio social
Y delante de su puerta
Vense numerosas gentes
Y multitud de banderas.

(1) Se publicó el año 1881.

En medio está el Presidente,
Y el Consejo le rodea,
Y le rodean también
Sociedades extranjeras.
Rompen á tocar las músicas,
Los fuegos al aire vuelan,
Y todos marchan compactos
De la capital á fuera.

Si pudiera con mi pluma
Pintar el sublime cuadro
Que entre verdes enramadas
Y banderas y penachos,
Y tiendas, reposterías,
Hogueras con rico asado,
Y bailes y comilonas,
Presencia al llegar al Prado
La Sociedad Española
Al pasar sobre los arcos
De estandartes y de flores,
De gallardetes y ramos,
La pintura exacta haría
De las bodas de Camacho,
Y el Paraíso perdido
Yo me le habría encontrado.
Acá, sobre el santo suelo
Se devora un gordo pavo;
Y allá, sobre el verde césped,
Se baila un sensual fandango.
Ya llega una estudiantina,
Que el oirla es un encanto;
Ya el pito y el tamboril

Con el aurresco del vasco.
Un gracioso hijo del Betis
Hace hablar á su guitarro,
Y hace reir á un entierro
Con sus picarescos cantos.
Se oye entre el ruido confuso
El tambor del castellano,
Y la gaita del gallego,
Y los cantos del navarro.
Allí está la honrada hueste
De los hijos del trabajo.
Esos fecundan el suelo
De este pueblo hospitalario;
Esos vienen á estas playas,
Al través del hondo Atlántico,
Y con ellos la riqueza
En sus vigorosos brazos.
. . . .







ECUADOR.

I.

Con motivo de haber mandado el Excmo. Sr. Presidente del Ecuador, D. José María Caamaño, que se destruyese un león que aparecía pisoteado por el general Sucre, en una estatua en yeso que se encontraba en la fachada del teatro, escribió el señor D. Juan León Mera, declarado enemigo de España, un folleto que me remitió, en el cual protestaba contra la destrucción de *tan glorioso símbolo* y me atribuía una gestión oficial para llevarla á cabo, presentándome así como blanco á las manifestaciones *bochincheras*.

Con este motivo cambiamos las cartas que van á continuación, y en las que el Sr. Mera se ve obligado, aunque de mala gana, á repetir mi grito de paz para no pasar plaza de ser un indio apache.

También van otras dos cartas cambiadas entre el señor Presidente y yo sobre el mismo objeto. El señor Caamaño, hombre ilustrado y discreto, sentía y obraba como un hombre civilizado; el Sr. Mera, ultramontano, furioso é intransigente en sus odios, no reparando en nada para sus fines, como un indio del siglo de la lucha; ya que vió destruído el león que pisaba Sucre, inspiró á un pintor un cuadro que está en la municipalidad de Guayaquil, cuyo asunto representa á Bolívar pisoteando la bandera de España, cuyo cuadro *se ha inspirado y se ha puesto donde está* después de mi salida de aquel país.

CARTA PRIMERA.

Enero de 1887.=Sr. D. Juan León Mera.=Muy señor mío y de mi consideración: He recibido su folletito relativo á cierta transformación de la estatua en yeso de Sucre, que se halla en la portada del teatro de esta capital, en cuyo contenido se lee que yo he solicitado que se suprima el león, el cetro y las cadenas, lo cual es completamente inexacto. Yo no he solicitado *nada*, *absolutamente nada*. No es mi propósito contestar al resto de su folleto, por más que una discusión con V. me fuera honrosa. Lo único que haré será recomendarle que se ponga de acuerdo con el ilustre argentino Alberdi, el cual asegura que los pueblos cultos cierran el libro de agravios abierto entre ellos, y pasan antes una esponja por las páginas en que están escritas sus di-

sensiones; para recordarle que los Apaches ponen sobre picas á las puertas de sus ranchos ó toldos las cabezas de sus enemigos muertos para consagrar así su religión de odios; para asegurarle que un americano no encuentra en España símbolos, ideas, ni palabras que no sean de cultura, atención y cariño, y para consignar que no me explico la especie de fruición con que V. dice que los 60 millones de la España de ayer se han quedado reducidos á 25 hoy. Usted habrá leído mucho la *Historia de España* y le enorgullecerán sus glorias; pero ni las estrofas del himno nacional, ni su resistencia á variarlas cuando se propuso ante la última legislatura, ni el folleto del que tan ligeramente me ocupo, revelan en V., lo digo con dolor, sentimientos de verdadera amistad hacia la madre patria.=Soy de V. atento S. S., Q. B. S. M.,=M. Llorente V.

CONTESTACIÓN Á LA CARTA PRIMERA.

Atocha, Enero 8 de 1887.=Sr. D. Manuel Llorente Vázquez.=Quito.=Muy señor mío y de mi aprecio: Recibí la carta de fecha 5 con que V. me ha querido favorecer.=En verdad, V. no ha solicitado *oficialmente* la mutilación del grupo de Sucre, ni yo lo digo en mi escrito; su petición fué privada al señor Caamaño, cabeza del Gobierno; quien á no serlo no habría ordenado aquella mutilación. No hay, pues, inexactitud en mi aseveración.=El Sr. Alberdi quería, en efecto, que se cerrara el libro de agravios, esto es,

que no nos volviésemos á insultar americanos y españoles; pero no aconsejaba ni pedía que se borrase la historia, menos que se renunciara á las glorias legítimas que brillan en sus páginas ó en las obras de arte. A mí me agradaría que los pueblos tomasen para sí aquellas palabras de Mr. Guizot que encierran una gran enseñanza: «En mi larga vida he aprendido á perdonar mucho y *olvidar poco.*» Los pueblos deben ser generosos, *pero no desmemoriados.*=Perdóneme V. que le diga que no es exacta la comparación de las cabezas de los Apaches. Todos los pueblos cultos gustan de monumentos conmemorativos, de sus glorias y de conservar ciertas prendas con igual objeto.=¿Es cabeza de Apache la columna Vendóme en París? ¿Lo fué la espada de Francisco I que se conservaba en Madrid? Me permito recordar á V. estos versos del Duque de Rivas: «Harto indigno, aunque joven,—Esa espada escolté yo,—Cuando á Murat la entregara,—En infame procesión.»=¿No fué nobilísima la indignación del Sr. Saavedra, á causa de esta *supresión* de una prenda de gloria nacional? En ella estaba postrada Francia á los pies de España.....=Me asegura V. que en España hay mucha cultura, atención y cariño para los americanos. No lo dudo, y bien correspondidos están nusetros hermanos de la Península cuando se vienen por acá, excepto sólo si nos traen guerra, como ahora poco más de veinte años, esto es, ayer no más.=En aquello de la fruición que dice V. he mostrado al recordar que España sólo tiene 25 millones de almas, en vez de 60, me permitirá V. que le diga que hay exceso de delicadeza de parte de V. al apreciar mis

palabras: no hay tal fruición; dije eso tan sólo para contestar la interrogación de V. y probar que ese desfalco de población provenía precisamente del hecho que representaba la estatua de Sucre.=Por lo que respecta al *Himno nacional*, lo escribí por encargo del presidente del Senado, Dr. D. Nicolás Espinosa, padre de nuestro amigo D. Roberto, y de otros senadores, en 1865, poco tiempo después del bombardeo de Valparaíso, y cuando todos los americanos sentíamos en nuestros corazones, más que en nuestras mejillas, el escozor de aquella caricia fraternal. Cuando me hallaba en Quito en el último Congreso, el doctor D. Miguel Ortega me propuso, es cierto, que cambiase la letra del himno, y yo me negué, porque una vez adoptada y divulgada por toda la América, no es ya mía y no tengo derecho para alterarla, y también porque el hacerlo me sería vergonzoso. Todos los himnos americanos, cuál más, cuál menos, están inspirados en los mismos *sentimientos* que el ecuatoriano, y dudo que nadie, si es patriota y pundonoroso, pudiera consentir en variarlas ó suprimirlas.=Mucho me pesa que V. dude de mis *sentimientos de verdadera amistad hacia la madre patria*. Parece que V. confunde mi celo por la honra nacional con una pueril prevención contra España, que estoy muy lejos de abrigar. Yo jamás digo lo que no siento, y cuando me expresé en mi escrito favorablemente respecto del restablecimiento de las relaciones de familia entre españoles y americanos, no hice sino manifestar lo que en esta materia tengo encarnado en mi pecho; pero si V. no lo cree, qué vamos á hacer: yo seguiré siendo español y americano, trabajaré siempre que

pueda porque se realice la unión ibero-americana, y al mismo tiempo defenderé la libertad y el honor de América; V. por su parte siga dudando de la sinceridad de mis afectos.=Sin embargo, me perdonará usted que le diga que no soy quien ha iniciado este despertarse en mi país de ciertos resentimientos anti-españoles, circunstancia que deploro, y que V. debe proceder en el sentido de evitar la continuación de una polémica nada pertinente al objeto pacífico y noble que se propone. Yo de mí puedo asegurarle que no volveré á escribir una sola palabra más acerca de asuntos tan delicados, á no ser que me obliguen á ello nuevas imprudencias que lastimen la honra nacional y la verdad y dignidad de la historia patria.=Quedo de V. muy atento y S. S.=Q. B. S. M.= JUAN LEÓN MERA.

CARTA SEGUNDA.

Enero 9 de 1887.=Sr. D. Juan León Mera.=Muy señor mío y de mi consideración: Creo necesario decir mi última palabra en la cuestión suscitada por usted con motivo de la transformación hecha en la estatua de yeso que se ve en la fachada del teatro. =Dije á V. en mi anterior que ninguna gestión oficial había hecho, creyendo que á tales demostraciones podría V. referirse en su folleto, y ahora añadiré que es perfectamente inexacto también que yo haya hecho petición alguna particular, como V. tan ligeramente asevera. En una conversación con el señor Caamaño, hace ocho ó diez meses, le dije que no

encontraba delicado ni justo la pisoteada del león y el escudo español, tanto porque restablecidas las relaciones entre España y el Ecuador, no era ese el espectáculo que un país culto debiera presentar al Ministro de una nación amiga, cuanto porque no habíamos sido conquistados por los ecuatorianos para significarlo así. La conversación fué el empleo de dos minutos, entre otras cosas más ó menos corrientes. Más tarde cambié una carta literaria y amistosa con uno de mis amigos, cuya carta publicó el amigo con su contestación, y por fin hice un discurso en la instalación del Centro Hispano-Americano, y terminé «pidiendo á Dios que se acaben los odios, preocupaciones, símbolos y manifestaciones inexplicables después de setenta años de independencia y de tantas y tan repetidas muestras de cariñosa fraternidad como España tiene dadas á estos países»; cuyo discurso es el que ha decidido al Sr. Presidente á lo que V. llama algo impropiamente mutilación.=He aquí lo que V. llama también petición. No falta más que en nombre de la libertad, ó como un nuevo derecho de gentes, se me obligue á no hablar, como no sea para lisonjear pasiones bastardas.=Si el uso que hace usted de su inteligencia para cosa tan poco en armonía con ella, le hiciese V. para aconsejar á sus compatriotas que no pusiesen pasquines con mueras á España y al Ministro español en las esquinas de la ciudad; que no viniesen á hacerle manifestaciones indignas de un pueblo culto á la puerta de su casa, y á altas horas de la noche, como bandidos; y para explicarles que hasta los salvajes hacen una religión de la hospitalidad y rodean de consideraciones al Enviado

de otro país, en lugar de insultarle *sin razón* alguna en papeles y gritos, yo sólo tendría palabras de admiración para V.=La columna Vendôme de París sólo representa á Napoleón I sin pisar nada, pues ni la cultura de Francia podía hacer una manifestación indelicada, ni las naciones aliadas lo consentirían hoy. La espada de Francisco I nunca la puso España debajo de los pies de Carlos V.=En buen hora levante la América estatuas á sus hombres eminentes para glorificarlos, pero no la felicitaré, ni conmigo ningún hombre culto, si cree que para arraigar el patriotismo debe inspirarse en el odio.=Yo he representado mi país en el Plata, en Centro-América, en Venezuela, etc., y no he visto símbolos como el que V. defiende en ninguna parte.=Desde que estoy en el Ecuador me he asociado á la conmemoración de la independencia, sin dolerme prendas, como á todas las dichas y las penas del país. No hay un solo acto que no haya sido del agrado del Gobierno ecuatoriano y aprobado por el mío.=Dejemos la letra del Himno nacional, los sentimientos de españolismo de V. y la población de España aparte, para no hacer un alegato de esta carta, así como también dejemos las *caricias fraternales*, el *merecido bombardeo de Valparaíso* (y *el Callao, de que no habla V.*), y cuya causa, sin duda, ignora.=Pero aun cuando sea algo larga esta carta, es necesario que en ella yo restablezca la verdad y afronte las preocupaciones con el valor que da la conciencia de un acto de dignidad realizado.=Se dice general é inconscientemente que los españoles fueron vencidos en América, y se dice una inexactitud. Lo que que-

dó vencido en América fué el principio realista español.=En tanto que reine en estos países la idea de que cada uno de los pueblos americanos ha vencido á España, todas las frases cordiales que se dicen en determinadas ocasiones tendrán mucho de farisáico.=Es preciso que nos persuadamos todos de que aquella guerra en que todos eran españoles antes de la independencia, fué una guerra civil en que se defendían dos principios.=Es necesario que no se olvide que Bolívar nació bajo la bandera de España, como tantos otros á quienes sus talentos y el triunfo ó la fortuna hizo héroes de aquella odisea.=Hace falta que no se ofusque nadie. Muchos jefes y oficiales españoles estuvieron en las filas patriotas y muchos criollos é indios estuvieron con los realistas.=¿Dónde estaba España entonces, Sr. Mera? En todas partes. Los primeros gritos de estos países fueron de lealtad al Rey de España. Las complicaciones políticas de la Metrópoli fueron causa de que se bastardeara el leal principio de la revolución americana y corriera por diversos cauces.= ¡Cuántas ambiciones y cuántos odios no se crearon en la misma revolución! Todos los que han estudiado la historia los conocen.=El león y el condor que ha puesto mi amigo Quintiliano Sánchez frente á frente en una de sus inspiradas composiciones á mí dedicadas, eran criollos los dos. No era el león español que estaba á 2.000 leguas, en una época en que para enviar 4 ó 6.000 hombres á América era preciso mucho tiempo y muchos barcos, sin contar con revoluciones cómo la de las Cabezas de San Juan, verificada por el general Riego, al frente de una división con destino á

estos países.=El león de España, el legítimo, estaba en Cádiz, en Bailén y en Zaragoza, por aquellos tiempos.=España no tenía en América más que su historia desde la conquista y los intereses que se habían creado á la sombra de su bandera.=Los pocos auxilios que vinieron de España para lucha tan gigantesca, no puede establecerse, como no sea por ignorancia ó mala fe, que fueran la España entera, que luchaba entonces en la Península y vivía en las convulsiones que en aquella época agitaban la Europa.=Repito con el coraje digno de una convicción que lo que ha triunfado en América es un principio, y lo que ha habido es una guerra civil, en la cual fuimos vencidos por nosotros mismos, como he dicho ya otras veces, sin que por parte del principio vencido haya hoy amarguras de ningún género, sino por el contrario, grande afecto y mayores deseos de que las 15 repúblicas que fueron un tiempo posesiones españolas y hoy son naciones soberanas, sigan conservando su independencia absoluta en todos los terrenos, y sustrayéndose á todas las influencias de otras razas.=Aun me ocurre mucho que decir, pero ésta ha de tener un término.=Quedo de V. con toda consideración, atento S. S.=M. LLORENTE V.

CONTESTACIÓN Á LA CARTA SEGUNDA.

Atocha, Enero 15 de 1887.=Sr. D. Manuel Llorente Vázquez.=Quito.=Muy señor mío y de mi aprecio: Tuve á honra recibir ayer su carta de fecha 12.=

Podía contestarla extensamente; pero no deseo hacerlo. No conviene al pensamiento de V., que es también mío, de unión y fraternidad hispano-americana, que continúe pública ni privadamente nuestra polémica; menos convendría dar á luz su carta, según V. me faculta: aquello *del merecido bombardeo de Valparaíso y el Callao* levantaría tal vez ominosa polvareda en Chile y el Perú. Le diré sólo, porque usted nota mi omisión del combate del Callao, que el *Himno nacional* fué escrito seis meses antes de este suceso y no venía á cuento el citarlo; á mayor abundamiento cuando él, si en concepto de los españoles les fué favorable, en el de los peruanos, y puede decirse de los americanos, fué todo lo contrario=Prudencia, Sr. Llorente. Usted sabe mejor que yo que ésta y la sagacidad son poderosas en cualquiera circunstancia de la vida, y mucho más en la vida pública. Usted con su carta á nuestro amigo R. Espinosa y con sus gestiones sobre la estatua de Sucre, de cualquier género que hayan sido, faltó á ellas: no reincida.=En cuanto á los pasquines é insultos contra España y V., sus quejas son justas: yo las condeno, y mostraré mi sentir públicamente la primera ocasión. Pero me permitiré decir á V. que aun en países muy civilizados el pueblo, cuando se exalta, hace tales demostraciones, en todo caso vituperables, eso sí. Muy reciente está lo que pasó en París con don Alfonso XII y en Madrid con el Ministro alemán. Las pasiones exaltadas en todas partes son *jívaras* y dan los mismos frutos.=Ajusto á V. la mano y me repito su atento y S. S.=Q. B. S. M.=J. León Mera.

CARTA TERCERA.

Enero 18 de 1887.=Sr. D. Juan León Mera.= Muy señor mío y de mi aprecio: He recibido su estimada carta del 15, y *bendigo su buena y última inspiración.* La palabra «unión» es la única culta, inteligente y fructuosa. España ha tenido la suerte de pronunciarla hace mucho tiempo, y yo en su nombre también.=Sobre si el bombardeo del Callao nos fué próspero ó adverso no quiero tener opinión. En España se considera hoy como duelo todo choque con nuestros hermanos; pero España es un país de corazón, y bastante grande, para pedir que se respete á los españoles en cualquier parte del mundo en que se encuentren, y si la dolorosa necesidad lo impone, para vengar los atropellos que contra ellos se cometan, como hacen todos los pueblos dignos. Los peruanos no han celebrado este año el 2 de Mayo, y yo creo que con sólo ese acto han demostrado su cultura, su verdadera fraternidad con España y una honrosísima delicadeza, que tiene todas mis simpatías.=Yo no he faltado con mi carta al Sr. Espinosa, ni con mi discurso en la instalación del Centro Quiteño-Ibero-Americano, á ninguna condición de mi cargo, que *debe cuidar de la dignidad que representa*, tanto como de las afectuosas relaciones con el país en que está acreditado.=Respecto á las demostraciones que tan injustamente se han hecho contra España y contra mí en esta capi-

tal, veo con verdadera satisfacción que V. las condena, y que aprovechará la primera ocasión para hacerlo conocer del público. Reciba V. mi más sincera felicitación por ese digno modo de sentir.=Es cierto lo que V. dice sobre ciegas demostraciones hechas por las capitales de España y Francia; pero dejando á un lado París y todas las satisfacciones que Mr. Grevy dió en la Embajada de España, diré á usted solamente que varios de los alborotadores españoles están purgando en los establecimientos penales el atentado cometido contra una Legación extranjera. =Esta carta que cruzo con V. tiene el carácter de correspondencia respetuosa, desde que V. no insiste en que se aje y maltrate mi leal y cariñosa representación en estos países, en los cuales, repito una vez más, he demostrado los cordialísimos sentimientos de mi patria, nuestro respeto por la independencia, y nuestro deseo de prestigio y de prosperidad para estas naciones; he salvado algunas víctimas de la política; he dado con larga mano lo que han venido á pedirme á mi casa; he cultivado y cultivo relaciones con cuantas personas han tenido la benevolencia de acercárseme, y no tengo que arrepentirme de un solo acto impropio de mi posición y de mi representación.=Hechas estas explicaciones que considero necesarias, insisto en manifestar que *dentro de la razón, de la delicadeza y de la cordialidad* me será siempre grato corresponder con V. como lo hago ahora.=Soy de V. muy atento S. S.=M. LLORENTE V.

CONTESTACIÓN Á LA CARTA TERCERA.

Atocha, Enero 22 de 1887.=Sr. D. Manuel Llorente Vázquez.=Quito.=Muy señor mío y de todo mi aprecio: Parece que está agotada, por ahora, la materia de nuestra pacífica discusión; así como, aunque harto fecunda, la que he tratado por la prensa, no volverá á ocuparme, pues va tomando aspecto impertinente. Ya habrá visto V. que mis rivales han comenzado á poner ofensas personales de trama de su argumentación; esto es indigno. El cuaderno que he publicado con fecha 14 será el último.=En carta que he dirigido al Redactor de *La Nación* de Guayaquil, y que espero se dará á luz, he cumplido mi deber de condenar el tumulto popular de Quito, hostil, por las vociferaciones, á España y á V. No, señor Llorente, no veré jamás con ojos indulgentes las acciones que se salen de lo justo y decoroso: católico sincero en religión y *verdadero* conservador en política, gusto de ir siempre por el camino recto que me abren mis principios. Este proceder me ha concitado enemigos; pero no importa: lo que conviene es no dar motivo de tormento á la propia conciencia ni argumento á la historia para que le condene á uno á sus páginas negras.=Aprovecho esta nueva ocasión para saludar á V. y repetirme su atento y muy S. S.=Q. B. S. M.=J. León Mera.

CARTA AL PRESIDENTE.

Excmo. Sr. Presidente de la República.=Muy estimado y respetable Sr. Presidente. = Un símbolo que no estaba de acuerdo con las cariñosas demostraciones de España á este país, como á todos los demás que se derivan de ella, y que revelaba odios que están reñidos con la cultura y que son inconcebibles después de tres cuartos de siglo próximamente de independencia, ha desaparecido, gracias al impulso inteligente y civilizador de V. como primer Magistrado de la República.=Permítame V. que le felicite y que felicite al país por ese acto, propio de pueblos inteligentes y dignos que no creen que el valor y el patriotismo consisten en el insulto y en la indelicadeza.=No se me oculta que algunas personas gritarán contra la destrucción del símbolo en cuestión; pero ¡qué lo hemos de hacer!..... Aun queda mucha gente fuera de la civilización.=Autorizo á V. para que hagá de esta carta el uso que crea conveniente.=MANUEL LLORENTE VÁZQUEZ. = Su casa, 22 de Diciembre de 1886.

CONTESTACIÓN DEL PRESIDENTE.

Presidencia de la República.=Ecuador.=Excelentísimo Sr. Ministro de España. Presente. = Quito, Diciembre 22 de 1886. = Mi muy estimado amigo:

Desde que V. me indicó lo conveniente de nulificar el odioso símbolo á que se refiere en su grata de hoy, resolví hacerlo; pero V. sabe que todo tiene en este mundo su oportunidad, y esperaba y deseaba únicamente que esta llegara, para dar el paso que usted aprueba.=Las palabras de felicitación por esto, que tiene una significación práctica de nuestra recíproca cordialidad, las acepto y agradezco como ellas merecen.=Por lo demás, á mí me importan muy poco los gritos de los que no me comprenden, ni son capaces de dar á las cosas su verdadero sentido. Procedo como creo deber, y agur.=Su afectísimo amigo y obsecuente servidor.=José M. P. Caamaño.

II.

RESIDENCIAS DIPLOMÁTICAS.

Quito.

El itinerario para ir de Madrid á la capital de la República del Ecuador depende del gusto del interesado. Yo he ido por los Estados Unidos, que no es el camino más recto seguramente, tan sólo por hacer en ferrocarril el fantástico viaje de seis días y medio sin cesar de correr vertiginosamente día y noche, y por conocer Nueva York, Chicago, Lago Salado y la hermosa ciudad de San Francisco en la

alta California. Este itinerario exige bastante tiempo y gastos importantes.

El itinerario natural es tomar pasaje en cualquiera de los buenos vapores que desde las costas francesas del Océano atlántico van á Colón (Colombia), y embarcarse tomando camarote *de* 1.ª *de* 1.ª cerca de una escala cualquiera de las que van á cubierta y lejos de la máquina. En camino ya, se dejan las islas Azores á la derecha; se toca en la Guadeloupe (Pointe á pitre y Basse-terre), en la Martinique (St. Pierre y Fort de France), que son posesiones francesas; después en La Guaira y Puerto Cabello, puertos de la República de Venezuela; se deja Curaçao á la derecha y se toca en Sabanilla y Colón, en donde se desembarca para tomar el ferrocarril del Istmo, que en dos horas le lleva á uno á Panamá, habiendo empleado veintiún días en la navegación.

Una vez en Panamá, en donde se encuentra un magnífico hotel yankee á cinco dollars diarios, se toma la mala inglesa, fabulosamente cara por cierto, y se desembarca después de tres días y medio en Guayaquil, desde donde se emprende el verdadero y penoso viaje para Quito, tomando un buen guía conocedor de aquellos caminos.

Recomiendo mucho á mis lectores que hagan este viaje, que no confíen en el aspecto risueño de la Guadalupe, la Martinica, Panamá, etc., pues allí aguarda la muerte al europeo entre las hojas del cocotero y del mango, así como que no satisfagan con bebidas heladas la ardiente sed que los fuertes calores desarrollan. Todos esos puertos, así como el de Guayaquil, tienen en su seno fiebres de todos los co-

lores, empezando por la amarilla, viruelas y aniquilamientos de todo género.

Para hacer el viaje á Quito, debe llevarse cama propia, árnica, parches de aglutinante, vendas y trapos, así como provisiones de boca, sólidas y líquidas. También deben llevarse ropas ligerísimas para la costa y de fuerte abrigo para la subida de los Andes, sin olvidar un largo y fuerte impermeable con capucha y cinturón.

Hechas ya estas prevenciones, paso á ocuparme de Quito.

Quito es una ciudad en donde puede decirse que la primavera es eterna, así como son eternas las lluvias y casi igual la duración de sus días y sus noches. Capital de la República del Ecuador desde 1830, pues hasta entonces y desde 1822 había formado parte de la República de Colombia, se encuentra á 85 ó 90 leguas de la costa desde el puerto de Guayaquil, á 13° 18′ de latitud meridional, á 0° de longitud de su meridiano (1), 10.236 pies sobre el mar y fundada en la falda oriental del volcán llamado Pichincha. La rarefacción del aire fatiga pronto al europeo en aquella altura.

Para llegar á Quito, que puede considerarse como un oasis en aquellas altas planicies de los Andes, es necesario atravesar la cordillera, y para atravesarla es preciso andar días enteros á caballo y luchar con alacranes, víboras, insectos de todo género, ardientes calores y fríos intensos, sin contar aquellos caminos

---

(1) El centro de la tierra se halla en la jurisdicción de Yaruquí, y desde allí empieza á medirse el grado terrestre.

que son despeñaderos, barrancos arcillosos, cuestas gredosas, sobre las que descienden las bestias patinando, y precipicios ó montañas á propósito para las cabras.

La cordillera compensa, sin embargo, con su grandeza los sacrificios que impone su paso. Es, como ya he dicho en artículos publicados en *La Época*, bajo mi nombre, y en el *Archivo*, bajo el de «Un antiguo diplomático», una escalera estupenda, imponente, gigantesca, espantosa, cuyas gradas son montañas á las que el fatigado viajero considera imposible subir. Las convulsiones de la tierra han producido hasta tal punto una verdadera revolución orográfica, que la vista espantada apenas se atreve á mirar aquellos enormes pliegues de granito que se agrandan, se achican, se estrechan, se juntan, se separan, se arremolinan y se precipitan los unos sobre los otros, en una forma fantástica y atormentada. Nieves eternas coronan muchas de aquellas montañas bajo la línea ecuatorial, y en toda la cordillera se encuentran puntos de vista imponentes, naturaleza espléndida y majestuosa, vegetación soberbia y obstinada al principio; abismos espantosos, peligros inminentes, pasos peligrosísimos que erizan el cabello y páramos llenos de la más profunda melancolía. Todos los matices del color se ven allí, así como se sienten todos los climas y se producen todos los frutos.

La muerte también tiene allí establecido su imperio, y las calaveras de las víctimas colocadas piadosamente en los huecos de las rocas, ó las cruces adornadas de algún recuerdo, hablan con triste elocuencia del tributo de sangre que la humanidad paga en

aquel paso, en el cual yo he pechado también con la mía, derramada abundantemente al trasponer aquella multitud de insuperables montañas.

La gran muralla de la China construída en la extensión de 2.222 kilómetros por el general chino Moun-Tien, para librarse de las invasiones de los hunos, es apenas la sombra de aquel interminable muro, que cuenta cerca de cuatro veces más longitud, pues la cordillera, que comienza en el estrecho de Magallanes y termina en los Esquimales, es una de las más grandiosas del universo, y por eso, sin duda, se la ha llamado la espina dorsal del mundo.

Para llegar á Quito desde Guayaquil es necesario costear el Chimborazo, y bien merece este rey de los Andes que le dedique algunos párrafos. Yo he visto mucho de cuanto hay en el mundo de notable bajo el punto de vista de la Naturaleza, pero confieso sinceramente que me he asombrado y me he sentido lleno de estupor ante el magnífico sistema de montañas que se dibujan clara y distintamente sobre el azul del cielo y encima de las que sobresale atrevidamente aquella colosal joroba de 8.000 varas de base por 7.862 de altura. El efecto verdaderamente asombroso de esta majestuosa pirámide está á algunas leguas de distancia.

Cuando el viajero que trepa la cordillera ve sobre su cabeza montañas inmensas y escalonadas; detrás otras y otras más elevadas, y cuando le parece imposible que nada pueda sobreponerse á aquella atormentada Naturaleza, ve de pronto rasgarse las nubes y aparecer en el fondo otra torre babilónica pretendiendo escalar la bóveda celeste.

La fábula habría podido entregarse allí á todos sus delirios, poniendo el cielo sobre la cima de aquella montaña, como la mitología le pone sobre las espaldas de aquel Rey de Mauritania en castigo de haber ayudado á los titanes contra Saturno y Júpiter.

Si el hijo de Ciro el Persa hubiera visto esta inmensa mole, habría podido, con más razón que al monte Athos, lanzarle aquella célebre carta de desafío, suponiéndola una de las más altas de la tierra (2.060 metros) y encontrándola como dificultad para el paso de sus buques.

La impresión del Chimborazo á ocho ó diez leguas de distancia sorprende la imaginación y paraliza el espíritu. Se contempla con verdadero estupor aquel vasto peñasco á caballo sobre los Andes, sobresaliendo audaz, erguido é inmenso entre gigantescos escalones.

Los que han tenido la gloria de escalarle hasta hoy son: *Mr. de Bousingault*, que llegó á 6.004 metros; el *Barón de Humbold*, á 5.909, y *Bolívar*, que según algunos historiadores y poetas americanos de ancha tragadera, subió más que todos, y sentándose muy reposadamente sobre un témpano de nieve, sacó su lapicero del bolsillo y en la región eterna de los hielos, donde la respiración es tan difícil y el movimiento tan indispensable, escribió aquel famoso delirio, según dicen y creen sus inocentes ó fanáticos adoradores, que subordinan la razón al entusiasmo.

Los páramos del Chimborazo deben pasarse temprano para evitar los huracanes que se desatan alrededor de este monstruo. Desde las once ó las doce del día empieza á ser realmente peligrosa su vecindad, y

hay frecuentes ejemplos de haber arrastrado el huracán caballos y caballeros. Los nublados y las tormentas tienen allí carta de residencia, y el granizo y la lluvia son accidentes constantes de los que nadie hace más caso que el de prevenirse con un buen impermeable que le cubra desde la cabeza á los pies.

No hay que buscar suaves y dulces paisajes por aquellos contornos: allí todo es grandioso, pero todo es triste. A pesar de la inmensa cantidad de nieve que soporta aquella montaña, no se ve una verdadera cascada seductora y juguetona cayendo de aquellas fabulosas alturas, ni un lago que atraiga para contemplarle con deleite tranquilo. Allí los depósitos de aguas toman el carácter de estanques sombríos, y las caídas poéticas de los Alpes son torrentes que espantan en los Andes.

Desde el Tambo de Chuquipoguio ó Chuquipollo, en donde se hace noche al ir de Guayaquil á Quito ó al volver, se contempla al gigante en toda su grandeza, atendiendo á que el Tambo (Posada) está en su falda.

El Cotopaxi, bellísima montaña de variados matices, plateada ó dorada según que esté bañada por los rayos del sol ó de la luna, es otro de los *nevados* enormes que hay que costear para llegar á Quito, y este otro coloso de 5.755 metros de altura, cubierto, como el Chimborazo, eternamente de nieve, es nuevo motivo de admiración para el viajero y de desolación para el país. Las marcas que deja aquella montaña monstruosa en sus momentos de cólera, son miles de cadáveres y ruinas sin cuento. La última, ocurrida el 24 de Junio de 1877, destruyó muchos potreros y arrojó en-

tre otros un bloc de piedra de doce metros cuadrados, que yo mismo he medido, á dos leguas del cráter (1).

Muchos otros *nevados* se ven también, pero quedan á distancia y por eso no me ocupo de ellos.

Volviendo á Quito, de cuya residencia me separé para ocuparme un poco de los Andes, continuaré diciendo que la superficie de la ciudad es muy desigual, y sus calles están trazadas en línea recta dividida en cuadros regulares, cuya regularidad se pierde en los arrabales altos y bajos, por consecuencia del terreno accidentado. Sus casas son bastantes cómodas, y todas, excepto la del Sr. Lasso, cónsul honorario de España, construídas respondiendo al mismo sistema, que consiste en zaguán de entrada, patío, en derredor del cual hay un soportal al que dan salida las habitaciones bajas, y una galería sobre el soportal en comunicación con todas las habitaciones altas. La casa del Sr. Lasso es rica, cómoda y tiene bnenos jardines cuidados con esmero, así como carruajes en su cochera y buenos caballos en su caballeriza.

La construcción en general es de ladrillo crudo ó adobe mezclado con lodo, cuya masa da una gran solidez y resistencia contra los terremotos que en aquella parte del globo son causa frecuente de devastación para provincias enteras y de muerte para miles de sus habitantes. Las fachadas de muchas de estas casas no carecen de gusto artístico.

Los edificios más notables son: el Palacio del Go-

(1) En el *Archivo Diplomático* de 24 de Diciembre del 87 he publicado un largo artículo que puede consultar el que guste.

bierno, que forma un frente de la plaza; el Palacio Arzobispal, á uno de los lados, y la Catedral, enfrente con una terraza y un artístico y bello pretil de piedra labrada y un elegante arco toral. Esta plaza, en cuyo centro hay una fuente de piedra y jardines alrededor, destacándose sobre el Pichincha por un lado, cuya altura es de 17.484 pies, y por otro sobre el Panecillo, que es un pequeño monte al que los antiguos Incas llamaron *Yapurá*, de 690 pies de altura, tiene en las noches de luna un aspecto bellísimo. Se dice que en el Yapurá, conocido hoy por *el Panecillo*, estaba el templo del Sol en tiempo de los Incas.

La iglesia de la *Compania* como dicen en el país, convirtiendo la ñ en n, así como en Antonio la conviertan en ñ, con lo cual quedan en paz, es una de las magnificencias de la ciudad, hasta tal punto, que yo no conozco nada en la América española que he visitado, ni tan rico, ni tan grandioso como la Compañía y San Francisco, así como los padres Jesuítas que cuidan aquélla y son alma de la Universidad y de aquel Colegio, constituyen una asociación religiosa culta, respetada y modesta al propio tiempo, hacia la que se desarrollan corrientes de simpatías de todas las personas dignas del país. San Francisco es otra construcción suntuosa, con otro templo de primer orden y con inmensas dependencias. Su terraza, andén ó pretil, al cual se sube por veinte anchas escaleras de piedra, tiene 550 pies de extensión. Fué construído por un monje, pariente y protegido del emperador Carlos V.

Tiene además otros templos no tan notables; un buen teatro de moderna construcción, aunque care-

ciendo de toda especie de *comfort* y muy frío; un observatorio bueno *por su situación;* algún bonito paseo muy descuidado, como la alameda, y buenas llanuras para carreras improvisadas de caballos y para juegos de pelota, como el Egido (1), desde cuyo punto se descubre un admirable panorama de los Andes, con algunos conos nevados que se levantan sobre ellos. Todo cuanto hay digno de atención en la ciudad es del tiempo de los españoles ó de D. Gabriel García Moreno, que á pesar de los odios que desarrolló su gobierno personal, pudo hacer, gracias á él y á sus condiciones de inteligencia y energía, puentes, caminos, observatorios, etc., así como empedrar la ciudad de Quito.

Quito es una de las ciudades más altamente colocadas en el universo, aunque hay otros puntos más altos, habitados, como la hacienda de Antisana, á 4.060 metros; la ciudad del Potosí, á 4.166; la de Puno, á 3.911; la de Oruro, á 3.792, y la de la Paz, á 3.717.

De los habitantes de la capital del Ecuador se puede decir con exactitud que duermen sobre un volcán, puesto que, como ya he dicho, está montada sobre la montaña volcánica llamada Pichincha.

Las tiendas son modestísimas y anticuadas, y excepto una botica alemana, dos ó tres tiendas francesas, y otras ocho ó diez del país, se puede pasar delante de todas ellas sin tentaciones de ningún género, y menos de pasar sus umbrales.

Se calcula 60.000 habitantes á la ciudad;

(1) Véase mi artículo publicado en *Las Novedades* de York el 15 de Septiembre de 1887.

como en las Repúblicas hispano-americanas es hipotético todo cuanto se refiere á su población, pues ó no tienen censo alguno, ó le tienen hecho caprichosamente, lo mejor que se puede hacer es desconfiar de los datos estadísticos, si existen.

Las familias distinguidas de la población son todas de raza pura española; las de la clase media tienen todas mezcla de sangre india y algo africana, y la última clase toda es de indios.

El gobierno del Ecuador es popular, electivo, alternativo y responsable; sus poderes son legislativo, ejecutivo y judicial; la República, según la Constitución, es indivisible, libre é independiente de todo poder extranjero, y su religión es la Católica Apostólica Romana, con exclusión de cualquiera otra. Hay un presidente de la República, un vicepresidente para sus ausencias, un Consejo de Estado y de Ministros, ministros del Interior y del Exterior, otro de Hacienda y otro de Guerra y Marina.

El Congreso sólo se reune dos meses cada año, en dos salones del Palacio del Gobierno, y quizá está resuelto á esta fecha que la reunión en Cortes se verifique tan sólo cada dos años. Como se ve, no habrá empacho de parlamentarismo. Está prohibida la recluta forzosa, *por más que no se verifique de otra manera.*

La sociedad de Quito es agradable, aunque poco expansiva por el recelo de que se interpreten sus actos más inocentes. La mujer está cohibida por la constante fiscalización de la juventud masculina del país, que considera la crítica como una misión natural. En la intimidad se la encuentran muchos atractivos.

Tiene el Ecuador la fama de ser muy religioso, á causa de sus muchas iglesias, sus rosarios y procesiones, las frecuentes veces que sus hijos se acercan al sagrado tribunal de la penitencia, la oración que verifican en cruz, la humildad con que besan el suelo y otras demostraciones análogas; pero..... me parece que el verdadero espíritu del Evangelio no es el que anima á tales fieles, ni el verdadero catolicismo el de los que concurren á todos los..... espectáculos del templo, sin comprender los ritos.

La religión pura y sublime no puede ser comprendida por masas de poco alcance, como son las clases media y baja, y por eso sin duda se dirige á la imaginación la influencia que debería ejercitarse por medio de la continencia, la moral y la conciencia.

Hay tres conventos en donde se educan por lo general las señoritas de Quito. El Sagrado Corazón, la Providencia y la Recoleta, así como hay Hermanas de la Caridad que cuidan de los enfermos y los leprosos ó lázaros con el heroísmo propio de esos ángeles del sacrificio.

Lo que no hay en Quito es un hotel donde alojarse. En la Arabia Petrea se encuentra el convento griego del Sinaí como hospedería; en Jerusalén albergan los padres de los Santos Sepulcros; en los Alpes existe el célebre hospicio fundado por Bernardo de Menthon en el siglo X, á 3.470 metros de altura. En Quito es necesario telegrafiar desde Guayaquil encargando habitación y *baje, vestido y calzado*, si se quiere tener un techo, bajo el cual meterse, y alguien con quien mandar por la comida al restaurant francés de Charpentier.

La única distracción del bello sexo puede decirse que es la iglesia, á la cual van señoras, cholas é indias, un mes por ser el de Cuaresma, otro por el mes de San José, otro por la Virgen María, otro por el Santísimo, otro por el Corazón de Jesús y siempre por alguna cosa mística ó no mística. Las confesiones son también muy frecuentes, así como los ejercicios piadosos.

Constantemente se las encuentra á las horas de llamada de las campanas, envueltas en sus mantos negros desde la cabeza hasta los pies, con su alfombra en la mano para arrodillarse en la iglesia y con su libro de oraciones y su rosario.

La iglesia en Quito sirve para todo; así para elevar fervorosamente piadosas plegarias al cielo, como para cambiar ardientes miradas con los que van al templo por..... pura devoción.

Las casas en general se cierran allí á las nueve de la noche, y son muy pocas las familias que á las diez están de pie ó fuera de su hogar, y que no se levanten á las seis ó las siete de la mañana lo más tarde. Durante mi permanencia en Quito, siempre avisaba á la familia con quien tenía proyectado pasar la velada, para evitarme un chasco, y siempre fuí bien recibido y me encontré muy á gusto con mis amistades. En Quito hay poca sociedad, y la vida es triste y monótona. Solamente los domingos son los únicos días en que se visitan las gentes con su ropa de fiesta, y es natural. Quito está tan lejos de las palpitaciones del mundo como del trato en él acostumbrado, y este alejamiento se refleja en todos sus actos. Por lo mismo encuentra el extranjero en las visitas un trato frío, ceremo-

nioso y reservado, que debe atacar resueltamente, si quiere encontrarse á gusto é inspirar confianza. Si va á pasar la noche con alguna familia del país, será preciso que sostenga constantemente el peso de la conversación, dentro de las preocupaciones de aquel mundo en miniatura; que admire su teatro, que haga el coro á sus preocupaciones, que se deslumbre ante sus trajes y sus joyas, y que se olvide de cuanto ha visto en Europa, para caer de rodillas ante las maravillas de una capital de provincia de tercera clase.

Los literatos, ó mejor dicho, alguno de ellos, que no cabía en su patria, que perturbaba con sus desatinadas ideas, atacaba constantemente sus hombres de orden, la religión del país y las costumbres, y algún otro cuya vanidad es tan exagerada como escasa su conciencia, montan en cólera cual Joves mitológicos en cuanto alguien se atreve á decir que llueve en el Ecuador. Uno escribía en sus publicaciones *puntapieses* en lugar de puntapiés, con lo cual probaba su desconocimiento del idioma que se habla en su país. El suyo legítimo (sea dicho sin el propósito de molestarle) es el quichua: el otro es capaz de calumniar á la Santísima Trinidad, si tiene algún interés en hacerlo. A propósito del quichua, que es la lengua de los indios, dulce, suave y llena de vocales como una lengua de nuestra raza, excepto la e, voy á dar una idea con sólo una redondilla:

Alpa, manta, *cielo*, cama
Caparillpa minimí
Nhucalla-chu *por veutura*,
Cullana-ta yachaní.

Cuya traducción puede ser ésta:

Mi voz va llenando el mundo,
Y allá en sus confines muere,
Diciendo: ¿seré yo el único
Que sabe cómo se quiere?

La mujer es blanca y rubia en su mayoría, con largos y sedosos cabellos y hermosas dentaduras, que muestran con la mejor voluntad al sonreir, y son bellas y bien desarrolladas. Las hermosas y esculturales formas, ocultas siempre bajo el manto, sólo pueden notarse en algún baile ó en el teatro; es decir, rarísima vez.

El trato con la buena sociedad de Quito, en la que tengo muchos amigos á quienes quiero bien y entre la que se cuentan nombres distinguidos, como los Lassos, Caamaños, Zaldumbides, Nájeras, Quirós, Calixto, Chiriboga, León, Gómez de la Torre, Flores, Zaramas, Larrea, Tobar, Montúfar, Salvador, Cevallos, Salazar, Alvarado, etc., no carece de encanto, y las casas de éstos y otras familias están amuebladas con verdadero fausto, dada su situación.

Un espejo, un piano, un fanal, un cristal cualquiera, son en Quito objetos de verdadero lujo, si se piensa en los quince días que tardan de Guayaquil á Quito (sin contar el trayecto desde Europa), y en las casi insuperables dificultades que tienen que vencerse para llegar á la ciudad.

En la capital del Ecuador casi todas las familias distinguidas tienen piano y coche, que es preciso conducir en hombros durante quince días, y en la distancia de 90 leguas. El piano que vale 1.000 pesetas

en Europa ó en los Estados Unidos, cuesta tres ó cuatro veces más al llegar á Quito, del mismo modo que el coche, que es preciso conducir desmontado en lo posible, con quince ó veinte indios en cuadrillas que se remudan constantemente.

El Ecuador es un país que está en la mil y una revolución desde su independencia, y bastante atrasado por consiguiente, sin que los esfuerzos loables de sus hombres de orden tengan gran éxito en medio de aquel desenfreno demagógico de la perpetua montonera y de la forma republicana, tan propicia al desorden. Aquí se puede repetir con madame Roland: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

Con decir que la iluminación de la ciudad se hace con velas de sebo, se probará su estado de progreso.

El ministro extranjero pasa allí indiferentemente su vida, y la colonia extranjera es insignificante y compuesta en general de gentes enriquecidas en el comercio, dándose aires de superioridad.

El viajero puede proveerse en Quito de regulares pinturas y esculturas á poco precio. Salas y Cadena hacen un buen retrato de medio cuerpo al óleo por 25 duros, y una vista del Chimborazo, del Cotopaxi ó de los Andes, de dos metros de luz, por 60. En lo que están fuertes aquellos artistas, así como los escultores, es en la representación de santos, cristos, etc., que es en lo único que trabajan. Los espectáculos de la Naturaleza, la historia, el mar ó el lago y la cascada, la estatuaria guerrera ó histórica, no tiene interpretes allí. Es verdad que no hay estímulos para interpretarla.

El espíritu del artista vive en un sucio y pobre taller, sin esos tapices, armas, baúles del Renacimiento y hermosos modelos que forman parte de los ricos ornamentos de un estudio moderno. Si sale á la calle, sólo ve indios descalzos, cholas satisfaciendo sus necesidades menores en medio de las plazas, calles llenas de inmundicia, indios y soldados harapientos y una monotonía eterna, haciendo así imposibles las creaciones nobles y distinguidas y vulgarizando su paleta ó sus cinceles.

La juventud de las escuelas y de la Universidad no es muy culta, y sus ideas democráticas hacen que se confunda la dignidad con la descortesía. Hay en Quito una porción de jóvenes á los que llaman allí Chuya-levas, los cuales puede decirse que son el descrédito de su país. Basta que se lleve una prenda de vestir que ellos no tienen costumbre de ver, para que su asombro se manifieste con estornudos, toses ó invectivas. Se puede decir con propiedad que para todos aquellos Chuya-levas, el Napo (país salvaje de Oriente) empieza en la plaza de Quito. Chuya en quichua significa impar ó una sola cosa, y leva es levita.

El Cuerpo diplomático que allí reside está compuesto en general del Nuncio de Su Santidad, del Ministro inglés, el francés, colombiano, peruano y chileno.

El Gobierno español suprimió hace tres años la Legación de España en el Ecuador, sin que pueda comprenderse el objetivo que ha tenido para ello, cuando Francia é Inglaterra la sostienen.

En Quito, á mi venida, había poco trato entre los

diplomáticos. El inglés vivía en un picacho llamado de San Juan y aislado de la sociedad y de la ciudad; el francés encerrado siempre en su casa; el peruano, buen amigo mío, constantemente en el campo; el colombiano (decano), siempre enfermo, y yo era el único que frecuentaba con verdadero placer la sociedad distinguida, que me demostraba una afectuosa benevolencia. El Nuncio de Su Santidad y el chileno habían pasado á otros puntos de América.

Se cuenta de Alcibíades que cortó la cola á un hermoso perro que tenía, con objeto de llamar la atención de Atenas. En Quito hubiera conseguido este resultado sólo con ponerse el impermeable y la capucha que se usa tanto en Europa cuando llueve. Allí no se transige más que con el *poncho*, los *zamarros* y las espuelas *roncadoras*, que son la última y más ridícula expresión de su elegancia.

Cuando llega á la capital del Ecuador algún domador de osos ó de monos, ó tres ó cuatro músicos ambulantes, todos los barrios se despueblan para verlos pasar por la calle, y no se habla de otra cosa entre las familias durante una semana. Un entierro, una boda ó un bautizo son el único motivo de conversación y todas las emociones de aquella sociedad.

La entrada de la diligencia procedente de Ambato es motivo de alboroto una ó dos veces por semana: desde que el mayoral distingue las primeras casas de la ciudad, ejecuta con un clarín una especie de delirio musical que atrae todas las gentes á su paso y hace que se pueblen los balcones del trayecto. Las personas que ocupan la diligencia (malísimos vehículos por cierto), se pavonean en sus sitios y se

figuran pasar por una especie de apoteosis en que se les tributan honores, y los quiteños de ambos sexos se emboban contemplándolos.

Esto dará exacta idea de las distracciones de Quito y de los medios sociales de que dispone.

Di tanto in tanto, como dicen los italianos, se ven por las calles de Quito cuadrillas de indígenas cristianos del Napo (caudaloso tributario del Amazonas), que da nombre á parte de la provincia oriental de la República. Van casi desnudos, con una pequeñísima casulla ó poncho que no pasa de la cintura y una especie de calzón de baño, y así hacen los quince días de camino para llegar desde sus rancherías á la capital, y soportan temperaturas tan diferentes á la que ellos gozan en medio de sus enmarañadas selvas, á las que sólo llega en parte la civilizadora misión de los jesuítas.

También se suelen ver por las calles indios del campo, marchando uno detrás de otro y guiados por uno que toca uniformemente un tambor pastoril.

Todo esto y las procesiones y rosarios, que salen algunos de ellos á las tres de la mañana, y que se cantan á voces, aunque con bastante armonía, son las distracciones que ofrece la ciudad.

Durante los meses de Agosto, Septiembre y Octubre las familias acomodadas se van á sus haciendas á veranear, y la tristeza de Quito toma mayores proporciones.

Así como la gente de la sierra, como allí se dice por los habitantes de las alturas, es reposada en general; el carácter de la gente de la costa es turbulento, y en ella es donde por lo general tienen lugar

todas las revoluciones que tanto atrasan y pervierten el país. Recientemente fueron atropellados varios españoles y violadas sus casas en Guayaquil, según cartas que recibí, así como maltratada España en alguno de los diarios redactado por los colombianos. *

Los sentimientos de afecto hacia España son positivos en las clases distinguidas y en la raza pura, y negativos en todo cuanto es producto de la mezcla de razas y entre la gente común.

El desgraciado indio es una bestia de carga, y tres cuartos de siglo de independencia le han hecho más esclavo (que pudo ser en su origen) bajo el nombre de *concertado* y con el jornal de un real diario. El arpa, fabricada por ellos, y el rondador, compuesto de una porción de cañas formando escala, son el desahogo musical de sus penas, bien marcadas en sus melancólicos y monótonos cantos.

La mujer es superior al hombre en toda la América, y sus ideales políticos más distinguidos. Muchas señoras y señoritas me han confesado que simpatizaban con la Monarquía y detestaban la República.

El trato con el Presidente y su Gobierno es fácil; pero los mejores propósitos no se realizan por preocupaciones ó debilidades.

Los países de América, aun los más tranquilos, viven, con honrosas excepciones, de odio, y á pesar de ser nosotros los vencidos, según ellos, resulta el fenómeno extraordinario de que los vencidos tienden fraternalmente la mano á los vencedores, y éstos sólo viven de odio hacia los vencidos. En la fiesta de la independencia de gran parte de América se

oyen cosas peregrinas, propias del atraso y de la ignorancia, y yo he luchado, creo que con algún éxito, en vísperas de tales acontecimientos, para suavizar las falsas ideas.

Con este motivo recuerdo un dístico que apaecrió escrito en las paredes de la catedral de Quito al día siguiente de la batalla de Pichincha, según refieren, y que decía lo siguiente: «*Último día del despotismo y..... primero de lo mismo.*»

Y, en efecto, si tirantez había por parte de la colonia, mucho más ha habido después, sin que la masa popular haya dado un solo paso para su libertad bien entendida.

Los cuarteles, por ejemplo, á donde se lleva por fuerza al pobre indio, son inmundos, y el uniforme de diario del ejército, abandonado en extremo y abigarradísimo.

El aseo de la ciudad muy imperfecto, y de todas las tiendas, en general muy mal tenidas, se arrojan toda clase de líquidos á la calle en pleno día, ó á las acequias que corren á lo largo de las calles.

Las elecciones se hacen siempre con pocos escrúpulos, y las prisiones arbitrarias, originadas en una sospecha ó en un anónimo, se han realizado, se realizan y se realizarán á pesar de lo prevenido en la Constitución, que, como todas las de América, parece un reglamento de premios á la virtud.

La prensa no existe en Quito, y rara vez vive más de seis meses un periódico, como no sean publicaciones mensuales ó ecos de determinadas corporaciones como el Ayuntamiento ó Municipalidad, que aparecen por consecuencia de organización reglamentaria.

A propósito de prensa, recuerdo el asombro de las gentes allí cuando yo les daba *El Motín* ó *La Broma* y se enteraban de la forma en que esos periódicos hacían la propaganda republicana. Preguntando yo al señor Presidente una vez si permitiría la publicación en su país de un periódico monárquico, me contestó resueltamente que no, porque sería permitir el ataque de las instituciones.

La policía es completamente nula para su objeto, y no sirve de garantía de nada; sus individuos son gente obscura y ruin, sin carácter ni protección, huyendo siempre de cuestiones con la gente de levita, por ligera que sea su intervención, y atropellando á los indios y cholos sin causa alguna: mal pagados, peor vestidos, aun peor armados y en extremo ignorantes, no saben cuál es su misión.

Por las noches, todos los policías tienen un pito con trémolo para avisarse y reclamar auxilio, así como para pitar cada cuarto de hora probando que están alertas; de modo que Quito se convierte en una floresta llena de ruiseñores; pero en cuanto aparece media docena de vocingleros por cualquier parte, la policía se oculta prudentemente, y no pita hasta cinco minutos después de haberse evaporado los alborotadores.

Una de las ventajas para el Cuerpo diplomático ó consular en el Ecuador, es la del derecho de cobrar todos los meses en oro y tener éste el premio del 30 á 40 por 100 en papel, con lo cual se aumentan considerablemente los sueldos. Si á esto se añade que la vida en Quito no es cara y que las tiendas no originan muchas tentaciones, así como que rarísima vez

hay teatro, ni bailes, ni paseos, se comprenderá la precisión matemática con que se puede formar un presupuesto y saber previamente los gastos que han de hacerse.

La vida en Quito es aburridísima, y no hay costumbre de dar comidas, como no sea en la casa de D. José María Lasso. Las demás nunca reciben á nadie en el comedor.

Durante veinticinco meses que he pasado en Quito y he tratado á todo cuanto allí vale, sólo he comido (casi diariamente) en casa del Sr. Lasso, que aunque nacido en aquel país, ha residido muchos años en Europa y vive de diferente modo que el resto de las familias. En el Uruguay, durante cuatro años de permanencia, yo he comido siempre con las familias del país. En Quito, sólo en la casa citada.

La casa del Sr. Lasso, cónsul honorario de España, es la casa verdaderamente hospitalaria de la capital del Ecuador. Su señora, perteneciente á una de las primeras familias del país, joven, bonita y elegante, sus tiernos hijos y sus cómodos medios de vivir, hacen de aquel hogar un asilo para los pobres náufragos de la civilización.

Si alguien quisiera datos sobre el viaje de Guayaquil á Quito, le aconsejo que consulte los números del 28 de Enero y 8 de Agosto de 1887 de *La Epoca*, de Madrid, en donde he publicado artículos sobre el particular.

Terminaré este ligero cuadro de la residencia en Quito enviando á aquella parte sana de la sociedad con la cual he cambiado tantas demostraciones de

afecto, he sostenido íntimas relaciones, y cuyo hogar he frecuentado con tanto gusto, así como al Excelentísimo señor presidente de la República, D. José María Caamaño, que tan singularísimas y no vistas muestras de afecto me dió á mi partida, acompañándome bastantes leguas á caballo, rodeado de un gran estado mayor y escolta, al par que de mis amigos, todo cuanto hay de afectuoso y cordial en nuestra lengua, al par que la nostalgia que siento de sus relaciones y de las luchas encarnizadas al billar con el señor presidente Caamaño, á cuyos triunfos ó derrotas dábamos cierta importancia, y cuyo público compuesto de su señora, niñas y algunos amigos, al que yo llamaba prensa ministerial, formaba el juicio (no del todo imparcial) de nuestros golpes.

III.

CONQUISTA DE AMÉRICA.

Batalla llamada de Iñaquito.

Hace trescientos cuarenta y un años que en la falda norte del Pichincha, volcán sobre cuyo descenso está edificada la ciudad de Quito, se libró una sangrienta batalla entre Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú y conquistador él mismo, y el virrey Blasco Núñez Vela, enviado por el em-

perador D. Carlos V para poner en vigor las célebres Ordenanzas en virtud de las que se reconocía la libertad de los indios y se les declaraba vasallos de la Corona, con algunas ligeras reservas prudentemente pensadas.

La Corona de España trató siempre á los indios con moderación, y anatematizó el castigo y las crueldades para con los esclavos. Los ignorantes y los declamadores que hacen responsable á España de los abusos cometidos en América, son enemigos apasionados de aquélla ó gente inconsciente que estudia poco y repite como un eco lo que oye decir á otros, tan sobrados de odios como faltos de conocimientos, instrucción y datos para ilustrar lo que afirman.

¿Acaso hoy mismo, después de sesenta y pico de años de independencia, y cerca de cuatrocientos del descubrimiento, tiene verdaderas garantías gran parte de la América española? ¿No son muy recientes los *estaqueamientos* y los *enchalecamientos* (1) del Plata, así como el cepo colombiano? ¿No son de nuestros días los tormentos espantosos dados á Volpi y Patroni en Montevideo? ¿No conoce todo el mundo la exposición pública de mujeres colgadas dentro de redes en la plaza de Guatemala? ¿No se recuerda la matanza horrible de Riobamba (Ecuador) mandada realizar por el general Otamendi, tan sólo porque á su mujer no la agasajaban en un baile como él deseaba? ¿No desaparecieron hombres en Vene-

(1) Para estaquear se clavan cuatro estacas en tierra y se atan á ellas los pies y las manos del hombre. Para enchalecar se mete al hombre dentro de una piel fresca de buey que se cose bien y se le deja al sol.

zuela en 1871, como el general Carrillo en la misma Caracas, sin que nadie se atreviera á elevar su voz en la prensa ni en las Cámaras? ¿No se conoce el asesinato de los Gutiérrez en el Perú, bebiendo sus cenizas en aguardiente públicamente y comiendo sus carnes? ¿No se lyncha todos los días en los Estados Unidos? ¿No existe aún una especie de esclavitud en ciertos puntos del Estado de Georgia y en otros puntos de América? Y todo esto ha pasado y pasa delante de las autoridades supremas y después de la independencia, mientras que los abusos de hace tres siglos largos se verificaban en medio de la lucha, en países que se conquistaban y á miles de leguas de la metrópoli. ¿Acaso los enemigos de España se tomaron el trabajo de leer las Leyes de Indias, ni de consultar la colección de Reales ordenanzas, órdenes, pragmáticas y reglamentos consultados con los jurisconsultos, teólogos y consejeros, y expedidos por los Reyes para proteger los países y los vasallos que se unían á la Corona? (1) Los monumentos grandiosos, los templos admirables, los acueductos, los puentes; la colección de leyes propias de una civilización adelantadísima para la época del descubrimiento; la existencia misma de la raza dominada, la prohibición de tener esclavos á los empleados, á los eclesiásticos, á las comunidades, etc.; la prevención para que se moderaran los repartimientos, y otros tantos reales acuerdos están diciendo lo que era esa civilización de

(1) Creo inútil insistir en este punto, porque es bien conocido que todas las disposiciones emanadas de la Corona de España se inspiraron en la famosa cláusula del testamento de Isabel la Católica.

la Nación española para los que la quieran estudiar en los siglos xv y xvi.

Respecto al derecho de conquista, tenía España el de todas las naciones; y aun cuando no se pensara más que arrancó las vastas regiones de la América á la idolatría, á los sacrificios humanos, al despotismo más envilecedor, á la más abyecta obscenidad, á la tributación de honores divinos á los Incas, que se consideraban como descendientes del Sol en línea recta; y que llevó allá productos desconocidos hasta entonces, y la fertilizó con su sangre, con su inteligencia y con su trabajo, bastaría para perdonar todos los pecados que se hubieran cometido. ¿Acaso hoy en plena luz y conocimiento del derecho se lleva á cabo la conquista ó anexión de una provincia ó territorio sin lastimar todos los derechos creados anteriormente, incluso el de la libertad individual? ¿Acaso los Incas del Perú ó los emperadores de Méjico no habían sido conquistadores como lo eran los españoles? Si los hispano-americanos cantan constantemente la gloria de los Incas, es porque no saben lo que hacen. Justifican la conquista del Inca sobre pueblos salvajes, y condenan ¡ellos, descendientes de españoles! la conquista de España. No se puede entrar en consideraciones sobre esto para no depretigiar demasiado á los difamadores.

¿Con qué derecho conquista la Pampa la República Argentina; y pretende dominar la Araucania Chile; y sus llanuras y desiertos el Perú y Bolivia; y la Goajira Venezuela y Colombia; y el Oriente el Ecuador; y sus bosques impenetrables el Brasil y

Paraguay, y sus llanuras sin fin Méjico y los Estados Unidos?

Entre otros principios que consagran la conquista, hay uno de Watel que dice: «Basta para conquistar un pueblo, que mejore en su situación moral y material.» Y no habrá seres tan obcecados que dejen de reconocer que á pesar de los excesos naturales y hasta legítimos en la conquista de un mundo, realizada por un puñado de héroes que seguramente no iban echando bendiciones ni tocando el violín para conquistarlo, no acabaron con las instituciones ni con la raza como otros pueblos; y además llevaron á ellos la fe, dulcificaron los instintos crueles del indio, adelantaron moral y materialmente los pueblos conquistados, abrieron horizontes inmensos á la ciencia geográfica y astronómica, ensancharon la botánica y la zoología, etc., é hicieron, en fin, una revolución asombrosa y fecunda en favor de la humanidad.

Arrastrado por el deseo de restablecer la verdad, tan maltratada por los ciegos detractores de España, me he separado del propósito con que empecé este artículo, y vuelvo á él.

Lo mismo Oviedo, que Prescott, que Cieza de León, que Góngora Marmolejo, que Diego Fernández y otros historiadores que se ocupan de la conquista y civilización de América, hablan de la célebre batalla de Iñaquito ó Añaquito (que en quichua significa *cerca de Quito*), y localizan vagamente el sitio de la batalla, y á llenar este vacío en cuanto es posible voy yo, ya que estoy sobre el terreno.

Ni Zárate, ni López de Gomara, ni Garcilaso de la Vega citan para nada á Añaquito, sino que dicen

que el Virrey salió de la ciudad para dar la batalla. Tampoco determina sitio la carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, gobernador de Chile (1).

No es fácil hacer 2.500 ó 3.000 leguas atravesando los Andes, trepar por despeñaderos, abrasarse en los valles, helarse en las montañas, hacer noche en los tambos, etc., para contemplar el escenario en que se han representado los dramas á que me refiero; y puesto que yo he visitado muchos días el campo de Añaquito para estudiarle, voy á dar un resumen de aquella batalla y á fotografiar en cuanto es posible el campo, tal como se encuentra hoy.

Después de haber pretendido llevar á efecto las órdenes Reales, á su llegada al Perú, el Virrey Blasco Núñez Vela, en 1544, y combatido constantemente por la ambición de Gonzalo Pizarro y sus partidarios, y por la deslealtad de los que veían con temor la ejecución de las ordenanzas citadas, fué preso en su propio palacio en Lima y encerrado después en un barco, en el que debía conducirle á España el juez Alvarado, de orden de Pizarro, el cual «apenas estovieron en el mar é desviados de la costa, concertáronse los dos, porque le parecía que era grave cosa ser carcelero de un Virrey.» (Así lo refiere Oviedo.)

Una vez en libertad, el Virrey saltó en tierra en Túmbez, y después de dirigirse á Quito y declarar traidores á Pizarro y á los que le acompañaban en

(1) Debo el haber podido consultar todos los cronistas de Indias al ilustrado ecuatoriano Sr. D. Pablo Herrera, académico, arqueólogo y dueño de la mejor biblioteca de Quito.

la rebelión, volvió á salir hacia la costa, y entre decepciones y desconfianzas regresó de nuevo á Quito, del que se retiró segunda vez en dirección á Popayán y de donde volvió por fin para encontrar la muerte en las pendientes del Pichincha, que dan á la parte norte de la ciudad.

El 18 de Enero de 1546, día de Santa Prisca, á las dos y media de la tarde, ó á hora de vísperas, según dice el mismo Pizarro en su carta á Valdivia, llegó el Virrey por tercera vez á Quito, y poco rato después salió de la ciudad á encontrarse con las fuerzas desleales mandadas por Gonzalo Pizarro, que estaban en orden *á un tiro de ballesta* de la ciudad, según Oviedo; *á un cuarto de legua*, según Prescott; *casi á las goteras de la ciudad*, según el historiador del Ecuador D. Pedro Fermín Ceballos; *á dos tiros de arcabuz* (1), según Pizarro en la carta á Valdivia, y sólo Diego Fernández el Palentino dice que la batalla se dió á dos leguas de Quito (2).

Algunos están conformes en que la batalla tuvo lugar en las crestas que dominan las llanuras de Añaquito; pero el caso es que hoy se llama con este nombre cierta extensión de pendientes *á una legua*

(1) Un tiro de arcabuz sólo alcanzaba unos 250 pasos. Zárate dice que Carvajal en la batalla de Guarina, entre Gonzalo Pizarro y Centeno, no permitió que se disparasen los arcabuces sino á poco más de 100 pasos. Los de Centeno se dispararon á 300 pasos sin daño alguno.

(2) Carece de autoridad en mi juicio este autor, por cuanto está en disidencia *en esta parte* con todos los demás que yo he consultado, y además porque el Añaquito ó Iñaquito, conocido hoy por este nombre, sólo se encuentra á una legua de Quito.

de la ciudad, derivadas del volcán Pichincha, en una parte de cuya falda está la ciudad de Quito.

Hay además la circunstancia de que Oviedo dice que el Virrey, que había llegado de mañana á la ciudad, salió con su gente en orden á un tiro de ballesta de la misma, donde había ya llegado Pizarro con su fuerza, y que Pizarro, en su carta á Valdivia, dice á dos tiros de arcabuz (1), *y cerca de un llano como de una gran carrera de caballos.*

Debe tenerse presente que la ciudad sólo existía desde poco más de doce años (2), y sólo llegaba por aquella parte al sitio en que se encuentra el teatro, y por consiguiente, el tiro de ballesta desde allí apenas podría alcanzar al sitio donde está hoy la Alameda, cuyas tapias por un lado lindan con la carretera que va á *Cotocollao*, y encajona este camino por el otro lado la cerca de los jardines del Seminario menor; y los dos del arcabuz llegarían al fondo del mismo paseo en donde empieza el llano del Ejido.

Entre la dicha cerca y el mismo Seminario con parte de su actual emplazamiento, estaba construída la

(1) Es decir, á 400 ó 500 pasos.

(2) En 1534 la quemó casi por completo Rumiñahui al acercarse Benalcázar con su ejército.

Por eso dice Castellano:

Los indios, rehusando dar batalla,
Acudían de noche con tizones,
Por partes más ocultas á quemalla;
Y aunque no salen con sus intenciones
La llama todavía hizo mella
En algunas pajizas casas de ella.
(*Varones ilustres de Indias.*)

iglesia de Santa Prisca (1), según repetidos informes que he tomado, mandada edificar por Pizarro, según dice algo vagamente el historiador del Ecuador Señor D. Pedro Fermín Ceballos, sin determinar dónde; asegura, sí, que la capilla con el título de Real fué erigida en el mismo sitio en que fué decapitado el Virrey, y con él lo aseguran otros historiadores.

Prescott dice que fué enterrado en la catedral, y esto concuerda con lo que dice Oviedo, de que «de ahí á tres ó cuatro días que Gonzalo Pizarro fué á misa, pusieron su silla y estrado encima de la sepoltura del Virrey, é todos juzgaron que fué por menosprecio por tenelle debaxo de sus pies.»

Sin duda, más tarde pudo ser trasladado el cuerpo á Santa Prisca, edificada en memoria del acontecimiento á que me refiero, y á pesar de la rotunda negativa de Ceballos, yo creo que debió enterrarse el cuerpo en la catedral, tanto por su clase cuanto porque al hablar del estrado y sillón de Pizarro en la misa, debe suponerse que la oyó en la catedral, que es el templo más antiguo de Quito. El Sr. D. Pablo Herrera, á quien cito varias veces, cree que los restos del Virrey no han salido de la catedral.

Mi objeto al escribir este artículo no es tanto el hablar de la batalla, á pesar de su importancia y sus consecuencias, puesto que en ella se combatió y mató á un virrey, y por ella se mantuvo el Perú en la rebelión de Pizarro hasta la llegada del célebre *Cape-*

(1) Se empezó á construir el Seminario menor en 1878 sobre las ruinas de Santa Prisca, que había sido una iglesia bastante capaz.

llán, según llamaron por burla á La Gasca los rebeldes, como por determinar, puesto que he estado en el escenario de los acontecimientos, el sitio en que se verificó y la situación actual.

La batalla, que empezó ya bien entrada la tarde, duró menos de dos horas, y al anochecer estaba muerto el Virrey y deshechos y fugitivos los leales que le seguían, de los que muchos sobrevivientes se refugiaron en las iglesias (1).

La iglesia levantada á Santa Prisca en el sitio en que cayó el Virrey, derrotado por Hernando de Torres, y en donde le fué cortada la cabeza por un negro al servicio de Carvajal, según Oviedo, y al de Pizarro, según Prescott, desapareció hace unos doce años para edificar el seminario menor, en donde reciben educación eclesiástica varios jóvenes. Enfrente, y al otro lado del camino, están las tapias del paseo cercado llamado la Alameda, que tiene sobre tres cuadras de largo por el camino, por una y media de ancho en el fondo, que linda con el Ejido.

Hoy la ciudad llega hasta esta Alameda, y las calles que arrancan de ella hacia el interior son las de San Blas y Carnicería, que desembocan en la actual plaza del Teatro, que antiguamente era el matadero y en donde terminaba la población.

(1) Para detalles de esta batalla, célebre por sus consecuencias, se puede consultar la *Historia general y natural de Indias*, pág. 428; *Historia de la conquista del Perú*, pág. 199; *Historia del Ecuador*, por Ceballos, pág. 450; *Guerras civiles del Perú*, por Cieza; *Colección de historiadores de Chile*, t. II, pág. 232; *Biblioteca de Autores españoles*, t. II, pág. 538; la *Historia general del Perú*, por el Inca Garcilaso, pág. 218; etc., etc.

No es posible que la batalla en cuestión se haya verificado en el sitio conocido hoy por Añaquito (á una legua de la actual ciudad), y lo más probable es que las pendientes conocidas hoy por Santa Bárbara y San Juan, que han tomado el nombre de las iglesias y parroquias fundadas posteriormente, se llamaran también entonces *Iñaquito*, que es lo mismo en quichua que *cerca de Quito*.

En la plaza que precede á la entrada del paseo, formada por el ensanche de la calle de San Blas, empieza el llano, continuando por el paseo y desarrollándose detrás de él por el campo llamado Ejido (1).

A este Ejido, así como á la Alameda, vienen á caer las pendientes, ya suaves al llegar al llano de lo que yo creo, y conmigo el Sr. D. Pablo Herrera (puede decirse verdadera autoridad en Quito), que fué teatro de la célebre batalla en cuestión.

¿Qué tiro de ballesta, si no, sería el de una legua larga, ni qué cuarto de legua, ni qué goteras de la ciudad, ni qué dos tiros de arcabuz, según historiadores respetables?

Además, no deja de ser lógico que ocupara este llano (2) con su gente cansada el Virrey, puesto que Pizarro tenía ya parte de la suya colocada en las pendientes.

Durante la batalla, que fué un relámpago, y roto el fuego por los arcabuceros, se adelantaron las lan-

(1) Campo no cultivado á la salida de la población por la parte norte, que sirve para distracción de los vecinos, para carreras de caballos, juegos de pelota, arrojándosela de unos á otros frente á frente y con un guante en forma de pandereta.

(2) Pizarro cita este llano en su carta á Valdivia.

zas, protegidas por la mosquetería, y cargaron de un lado á otro las caballerías repetidas veces, lo cual hubiera sido difícil en las pendientes y con caballos fatigados.

Prescott cita la carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, en la cual dice que al llegar á un cuarto de legua de la ciudad se encontraron los que gritaban *lealtad* y *libertad*. No es posible, pues, que siendo á la sazón tan reducida la ciudad, fuese el Iñaquito de entonces el mismo que se conoce hoy por este nombre, y que está, como digo, á una legua de distancia de la actual ciudad, más extendida que entonces.

Es más que probable que todas las pendientes del Pichincha, al Norte de la ciudad y hasta aquel valle estrecho que constituye el llano por dicha parte de la misma, llevase el nombre de Iñaquito, que le han ido quitando, como supongo, las iglesias y parroquias fundadas posteriormente.

El citado Sr. D. Pablo Herrera cree, como yo, y me ha asegurado que también lo creía así el ilustre presidente del Ecuador, Dr. D. Gabriel García Moreno, que la batalla entre el Virrey y Pizarro tuvo efecto en las suaves pendientes y llano en que hoy está la Alameda, el Ejido, quintas de Donoso, Salvador, Uribe, etc., y algunas malas casuchas de indios, y de ningún modo en el sitio que hoy se llama Iñaquito, aunque la batalla haya tomado para algunos historiadores este nombre, que otros han repetido sin tomarse quizá el trabajo de consultar las autoridades convenientes y sin conocer el sitio en cuestión.

He terminado esta descripción, quizá demasiado

larga para unos y puede que corta para otros; pero creo haber conseguido mi objeto, determinando el punto en que se dió la batalla referida.

IV.

LA SEMANA SANTA EN QUITO.

Muy pocas ciudades habrá en el mundo católico más originales y curiosas que la capital del Ecuador durante el período en que se conmemora la terrible iniquidad de las autoridades de Judea condenando á la última pena, en juicio irrisorio, al Divino Redentor del mundo.

Desde la semana llamada de Dolores, que precede á la de Pasión, los habitantes de Quito llenan las iglesias, y los ejercicios para hombres y mujeres, separadamente, exigen la concurrencia de unos y otras, desde las seis de la mañana hasta las nueve; más tarde, se concurre desde las doce hasta las tres, y por fin, desde las cuatro hasta las siete, diariamente. Ante el fervor religioso ó la apariencia de tal, se olvidan los intereses materiales y se debilitan más ó menos todos los intereses públicos que son el nervio de la riqueza de todos los pueblos.

La fisonomía de Quito es la de un claustro, en el que la costumbre forma mecánicamente una segunda existencia, y en el que la carencia de toda clase de

distracciones llama la concurrencia á las iglesias y á las procesiones, único espectáculo que distrae la monotonía de la vida en aquel elevado valle de los Andes.

El numeroso clero en aquella República (excepto los jesuítas, que son la verdadera aristocracia monacal) predica constantemente el anatema contra el lujo, contra las diversiones y contra todos los atractivos de la sociedad, atendiendo á que son hijos de la vanidad, del sensualismo y de la perversión de las ideas modernas. Al teatro, en Quito, se le ha hecho una guerra encarnizada por el Arzobispo y sus subordinados, hasta aniquilarle. El *Don Juan Tenorio* fué prohibido. *La Mascota* también. ¡El *Tenorio*, que se representa en el mundo que habla castellano! ¡*La Mascota*, que se representa en todos los idiomas!

Este es el estrecho círculo en que se mueve en general aquella población, y la consecuencia es no ver por sus calles más que vestidos de merino negro y pañolones de lo mismo, en que van envueltas las quiteñas desde la cabeza á los pies.

Cuando llegan los días memorables de la Semana Santa, todas las clases sociales invaden los templos, y el jueves y viernes por la noche se atropella materialmente la gente en sus puertas.

La irreverencia que resulta es extraordinaria; y en el mismo pórtico del templo se forcejea, se grita y se estruja á su sabor. Las voces de *mamita*, *Rosarito*, *Abel*, *madrina*, etc., se cruzan incesantemente en aquella confusión, y las *mamitas* angustiadas, creyendo que su *niñito* ó su *amorcito* puede haber

sido asfixiado, y los *niñitos* medrosos desde que les falta su *mamita*, gritan con tal angustia, qué aquello, más que el pórtico de un templo, es una feria ó una plaza de toros.

Añádase á esto que no hay una sola luz que ilumine esta escena; que el alumbrado de Quito está aún en el siglo XV; que no hay un sólo policía de servicio, y que cada cual hace lo que le parece, convirtiéndose una inclinación de devoción en una escena de pugilato.

Dentro de la iglesia se ven algunos fieles en cruz, otros besando el suelo con frecuencia, y muchas gentes rezando en voz alta y distrayendo inconscientemente á los demás devotos que realmente quieren levantar su espíritu en silencio hasta aquel Dios cuyo martirio se commemora.

Si se atiende á lo que exteriormente se aparenta, hay que creer que Quito es la última etapa para entrar en el Paraíso. Señoras envueltas en su manto por completo, apoyada la cabeza sobre los brazos, y éstos sobre el reclinatorio, convertidas en un paquete, dentro del cual está una mujer que no se ve, cualquiera creería que la más fervorosa oración sumerge en éxtasis de misticismo á aquellos seres, y, sin embargo, ¡cuántas cosas, aunque sencillas, pasan debajo de aquellos mantos! Me limitaré á referir lo que ocurrió á una amiga mía bastante dada á frecuentar diariamente las iglesias, aunque alegre y agradable en sociedad. Es verdad que en Quito lo mismo se baila un vals que se canta una letanía. Pero volvamos á mi historia, que no deja de tener su gracia. Se acababa de confesar esta amiga mía, y

aguardaba la misa para recibir la comunión. Estaba de rodillas en un reclinatorio y envuelta por completo en el pañolón que va dicho antes.

¿Cuánto tiempo pasó esta amiga mía en el recogimiento? Ni ella lo sabe. Lo que hay de cierto es que, cuando sacó la cabeza de entre los pliegues de su capuchón, ya no había ni sacerdotes, ni misa, ni gente en la iglesia..... Se había dormido profundamente en lugar de comulgar, y aquel santo recogimiento aparente era una buena siesta..... ¡Cuántas se echan del mismo modo!

En Quito, durante la Semana Santa, hay procesiones á las cuatro de la mañana, acompañadas de muchos cientos de personas de ambos sexos y de todas las posiciones. Hay que advertir que en todo el Ecuador, y sobre todo en el interior, las gentes se acuestan y se levantan, en general, con las gallinas.

Lo mismo que sucede en estas procesiones matinales, ocurre en las que acompañan á divinas imágenes, que es costumbre llevar de una iglesia á otra: se ven señoras y *cholas* alumbrando y cantando á grito pelado la letanía ú otros cantos, regidos por sacerdotes y por devotos.

Las ceremonias de la catedral no carecen de grandeza. La procesión del Sepulcro, con la hostia consagrada, es imponente, y el Presidente de la República, el Gobierno y los principales funcionarios acompañan de uniforme y visitan después los monumentos funerarios de las iglesias de la Compañía (ó la *Compania*, como dicen en Quito) y la Merced acompañados de una música militar y algunos soldados.

Al escribir sobre todas estas ceremonias, deseo hacer constar que escribo sin la menor prevención.

En Quito se da una importancia teatral á las funciones de iglesia. Todos se pagan de exterioridades, y á veces, el sueño, como el de mi amiga, se interpreta como recogimiento. Los verdaderos dogmas y la moral de nuestra religión andan por las nubes, y sin las imágenes sensibles y los rezos á gritos, los espíritus groseros no creerían quizá en lo que aparentan exageradamente creer.

Á pesar de este hiperbólico misticismo, de todas estas procesiones, y de las frecuentes, ó mejor dicho, mensuales confesiones y comuniones, y de los encierros por ocho y quince días de hombres y mujeres en los conventos, habrá pocos pueblos en el mundo, en proporción de su población, en que se robe con más frecuencia y con mayor impunidad, pues la ley exige tales pruebas y testimonios, que el robado se queda sin lo suyo y el ladrón impune casi siempre.

Como en todo pueblo fanatizado, hay muchas preocupaciones, y una de ellas es creer que es pecado robar en las tinieblas, pero no en medio del día.

En el convento de San Francisco están asegurados los candeleros de los altares con cadenas, por miedo á que los fieles ó devotos se los lleven..... como reliquias sin duda.

El Prior de San Francisco me refirió que un día, en que se descuidaron los monjes, dejaron los..... devotos á la Virgen en..... *fustancito*, es decir, en cueros vivos ó con una especie de enaguas.

Terminada en Quito la Semana Santa, siguen ejercicios, y después el mes del Corazón de Jesús, y más tarde el mes de Máría, etc., etc. A la quiteña se la ve siempre con un tapiz, como de una vara, en la mano, que es el que lleva á la iglesia para arrodillarse, una falda negra y un manto negro que la tapa la cabeza y el cuerpo.

No sólo en la Semana Santa, sino en otras muchas ocasiones, se organizan grandes procesiones formadas por cientos de personas que salen á las tres y media de la mañana y recorren varias calles de la ciudad rezando el rosario y alumbradas por unos cuantos farolitos que llevan algunos muchachos. Estas procesiones se componen de hombres y mujeres, y van regidas por algunos sacerdotes que rezan el rosario y cantan la letanía, á la que responde también cantando, á todo pulmón, la muchedumbre.

No hay Santo entierro en Quito, y todo está limitado á visitar los sagrarios en la forma que dejo expresada.

Estos sagrarios tienen poco de notable, y bajo el punto de vista artístico no merecen la pena de mencionarlos.

Al visitar lo que llamamos vulgarmente los monumentos, no puede prescindirse de admirar los edificios de la Compañía de Jesús y San Francisco. El primero tiene una fachada de esmeradísimo trabajo, toda de piedra, con columnas de una sola pieza y de orden corintio, y el interior de la iglesia es rico en molduras, relieves y tallados, todo resplandeciente de oro. El segundo es un vasto monu-

mento con una grandiosa terraza, que corre delante de larga fachada, y con una iglesia en la que, como en la de la Compañía, brilla el oro por todas partes.

La catedral, y sobre todo la capilla mayor, sólo brillan por su antigüedad.

Ya me ocuparé detenidamente de Quito en otros capítulos.

V.

EL REY DE LOS ANDES.

Entre las gigantescas manifestaciones con que la Naturaleza asombra á las generaciones que pueblan el mundo, no se puede desconocer que la enorme masa granítica situada en el Ecuador, llamada el Chimborazo, es una de las más grandiosas y severas que se pueden contemplar (1).

Aun me acuerdo cuando era pequeño y en la escuela nos explicaban geografía y nos hablaban del Chimborazo, que era para nosotros como una montaña mito.

A través de la distancia se nos aparecía tan fuera de las proporciones ordinarias, que nuestra imagina-

(1) Sólo son superiores en elevación el Illimaní y el Sorata, en América.

ción infantil apenas podía formarse idea de su grandeza.

¡Quién me hubiera dicho entonces que yo costearía las faldas de su montaña, y que nacido en una provincia de Castilla la Vieja y formando parte de una familia tranquila, conociera casi toda la Europa y toda la América!

¡Qué misterioso destino el de las criaturas!

Yo he nacido y vivido bastantes años en una capital de provincia de poco movimiento. Mis primeras aspiraciones no llegaban más allá de los confines de la demarcación provincial, y sin embargo, las vicisitudes afortunadas de la vida me han llevado á representar diplomáticamente mi patria en varios reinos de Europa, en Imperios y en Repúblicas americanas, y mi extraordinario deseo de viajar me ha conducido á sitios tan lejanos para nosotros como California; á los profundos é intrincados montes de Suecia y Noruega; á las renombradas minas de Dannemora; á las vírgenes florestas del Brasil; á la terrible cordillera de los Andes en el Ecuador; á las ruinas de la Antigua Guatemala en Centro-América; al lago de Maracaibo en Venezuela; á Montevideo y Buenos Aires en el Río de la Plata; á los focos terribles de infección de Colón y Panamá, y á la antigua Túmbez, célebre en los primeros tiempos de la conquista por las luchas encarnizadas con los habitantes de la isla de Puná á la llegada de Francisco Pizarro.

Yo conozco Londres, París, Bruselas, Lisboa, Berlín, Viena, Copenhague, Stockolmo, Madrid y otras muchas grandes y populosas ciudades de Europa.

Repetiré aquí parte de lo que ya he escrito en mi descripción de Quito como residencia diplomática, con objeto de completar este capitulo.

«Yo he visto mucho de cuanto hay en el mundo de notable bajo el punto de vista de la Naturaleza, del progreso y de la civilización ; pero confieso sinceramente que me he asombrado y me he sentido lleno de estupor ante el magnífico sistema de montañas que se dibujan clara y distintamente sobre el azul del cielo, y encima de todas las que sobresale atrevidamente aquella colosal joroba de 8.000 varas de base por 7.862 de altura.

»El efecto verdaderamente asombroso de esta pirámide majestuosa está á algunas leguas de distancia.

»Cuando el viajero que trepa sobre la cordillera ve sobre su cabeza montañas inmensas y escalonadas, detrás otras y otras más elevadas; y cuando le parece imposible que nada pueda sobreponerse á aquella atormentada Naturaleza, ve de pronto rasgarse las nubes y aparecer en el fondo algo como una torre de Babel escalando la bóveda celeste.

»La fábula habría podido entregarse allí á todos sus delirios, poniendo el cielo sobre la cima de aquella montaña, como la mitología le pone sobre las espaldas de aquel Rey de Mauritania en castigo de haber ayudado á los Titanes contra Saturno y Júpiter.

»Si el hijo de Ciro el Persa hubiera visto esta inmensa mole, habría podido, con más razón que al monte Athos, lanzarla aquella célebre carta de desafío suponiéndola una de las más altas de la tierra

(2.060 metros), y encontrándola como dificultad para el paso de sus buques.»

»La impresión del Chimborazo á ocho ó diez leguas de distancia sorprende la imaginación y paraliza el espíritu.

Se contempla con verdadero estupor aquel vasto peñasco á caballo sobre los Andes, sobresaliendo audaz, erguido é inmenso entre gigantescos escalones.

Se dice en una geografía infantil, en uso en el Ecuador, que Whymper ha sentado su planta en la cima de esta grandiosa montaña; pero no lo he visto confirmado en nada de lo que he leído sobre el particular, y además lo considero imposible, por cuanto á la altura de 6.004 metros que alcanzó Mr. de Bousingault, las enormes masas de nieve sobresalen de tal modo de la vertical, que amenazan constantemente un desplome ó avalancha, y el pico es en extremo rápido.

El célebre viajero Barón de Humbold subió hasta 5.909 metros en 1802, y según dicen los creyentes, Bolívar trepó algo más, y sentado, con faz serena, escribió su delirio, lleno de fuego..... *Ista é boa*, como dicen los portugueses.

Según los apóstoles á que antes me refiero; á 6.000 metros, en la región eterna de las nieves, donde la respiración se hace tan difícil, y en donde el movimiento es indispensable para evitar la coagulación de la sangre, se sentó tranquilamente Bolívar sobre un témpano, sacó un lapicero del bolsillo, se quitó los guantes, y escribió su famoso delirio.....

El fuego que bullía en su cerebro fundió la nieve

que le rodeaba, y su aliento, abrasado por la fiebre, calentó la atmósfera.....

El Chimborazo es un volcán extinguido, y su masa se compone, según la ciencia lo establece, de la acumulación de una roca muy porosa, gris, de aspecto mate, que constituye la base del terreno traquítico y es muy semejante al granito.

Las corrientes originadas en las masas inmensas de nieve que se acumulan sobre esta titánica mole, deben ser absorbidas en gran parte por ella, pues no están en proporción con aquélla. *Nevados* de muchas menos proporciones dan resultados mucho más caudalosos.

Se puede escalar la montaña por el *Arenal* y por *Chillapullo*, que está cerca de *Mocha*, siendo la subida por el último sitio más fácil que por el primero, aunque más larga, y durmiendo en la llamada «Hacienda del Chimborazo», á 3.800 metros de altura.

En mulas se trepa desde allí hasta 4.808 metros y á pie hasta 5.115 metros, límite impasable á causa de la inclinación espantosa de su pendiente.

Por el *Arenal* se suben á caballo 4.945 metros, y á pie, y con gravísimos riesgos, hasta 6.004 metros, como Bousingault, á cuya altura aterrorizan las masas de nieve, colgadas fuera de la vertical, amagando, como he dicho, un desplome ó avalancha vertiginosa.

Las bóvedas internas formadas por estas fantásticas congelaciones ofrecen maravillosas estalactitas y columnas cristalizadas, entre las que se precipitan torrenciales cascadas.

En la base del Chimborazo está otro volcán apagado, llamado *Culpi*, de una especie de pórfido y basalto, producto de la fusión ígnea.

No he podido averiguar la significación de este nombre en quichua, que es el que generalmente hablan allí los indios. Calpa, en la cronología india, es una edad del mundo ó la vida de un dios, ó sean 4.520.000 años de la humanidad.

Cuando la atmósfera es transparente y serena, se ve perfectamente el Chimborazo desde el grande Océano, y ofrece un punto de vista grandioso é imponente.

Al pie, ó en la falda del Chimborazo, hay en el camino de Guaranda á Ambato un *tambo* que se llama *Chuquipoyo*, en el cual generalmente se pasa la noche. Desde Bodegas hasta *Chuquipoyo*, en dirección á Quito, el camino es un contínuo despeñadero, y todo cuanto pudiera decirse para exagerar los peligros, sería pálido comparado con la realidad.

Como en este capítulo sólo me propongo hablar del Chimborazo, dejaré los Andes para otro en que describa el paso á través de estas terribles montañas.

Desde el *tambo* de Chuquipoyo se contempla la montaña hasta las siete ó las ocho de la mañana, destacándose enérgicamente ante el azul del cielo. Á las ocho empieza á velarse el plano inferior por masas de vapor que van envolviendo rápidamente al gigante hasta ocultarle por completo.

Desde Chuquipoyo no parece tan grande el Chimborazo como desde treinta leguas de distancia. Le pasa lo que á los grandes hombres, que ganan vistos de lejos.

Cuando yo lo contemplaba á las seis de la ma-

ñana desde la puerta del *tambo*, que está, como digo antes, á su falda: me parecían sus proporciones las de otra cualquiera gran montaña; pero si se piensa en que el *tambo* está encima de los Andes á 10 ú 11.000 pies de elevación, se comprenderá la magnitud del espectáculo que se presenta ante los ojos.

La vegetación á esta altura es raquítica, y el espectáculo, en general, es triste y desolado. El aislamiento del hombre es absoluto.

La vegetación tiene, sin embargo, aún varias zonas. Á los 3.500 metros desaparecen las plantas leñosas de hojas ásperas y brillantes; después vienen las plantas alpinas ó propias de los Alpes; valeriáneas, saxifragáceas, lobeliáceas (1) y crucíferas, llamadas así por su forma de cruz; á continuación las gramíneas, cubiertas en parte de nieve, que forman una ligera alfombra herbácea amarillenta. Más arriba están los criptógamos, cuyos órganos de reproducción son desconocidos, y después..... el término de la vida orgánica..... el hielo eterno.

En los páramos del Chimborazo se desencadenan tormentas terribles á que no resisten hombres ni cabalgaduras.

Esta inmensa roca llama á sí todos los vientos, y á determinadas horas del día es peligroso el costearla, pues el huracán hace volar arenas y piedras con gran violencia.

Yo he pasado por sus faldas á las ocho de la mañana ó las nueve, y sólo he tenido tormentas de lluvia y granizo.

(1) Familia de las dicotiledóneas monopétalas.

En rededor de esta masa granítica se verifican todos los fenómenos más asombrosos de la Naturaleza, huracanes con todos sus estragos, rayos y relámpagos.

Su aspecto no puede ser más desolado.

El inmenso cosmorama que se desarrolla por todas partes debajo de las plantas del viajero es superior en magnificencia á lo que yo podría expresar.

El espectáculo es tan grande, tan gigantesco y tan sublime, que no se puede describir.

Aquellos pliegues inmensos que se llaman los Andes, se ven desde aquella altura extendiéndose, multiplicándose en infinitos accidentes, y la mente se absorbe en su contemplación.

Como pienso dedicar otro capítulo á los Andes, termino aquí éste, que va siendo ya en *tamaño* de las proporciones del gran peñasco de que me he puesto á hablar.

VI.

LOS ANDES.—DE GUAYAQUIL Á QUITO.

La cordillera.

En geografía se da el nombre con que encabezo este capítulo á la gran cadena de montañas que se extiende á lo largo de la costa occidental de Sud-Amé-

rica, atraviesa el istmo de Panamá, continúa por la América Central, Méjico y los Estados Unidos, sube hasta la Nueva Bretaña, y allí bifurca, yendo á morir una rama en los Esquimales y otra en la bahía Brístol, en el mar de Behring. Su extensión es de 1.500 leguas, cuando menos.

Su mayor altura está en el Ecuador, pues mientras en la Patagonia se eleva á 900 varas, en Chile á 4.000 y en el Perú á 3.870, en Colombia y en el Ecuador llega á 4.800.

Según los geólogos, esta cordillera es una de las más recientemente formadas; y fundan esta deducción en la frecuencia de sus temblores, que la vienen transformando y accidentando constantemente.

En efecto; este país, cuya capa superficial es la de menos fondo en el universo, ha sido azotado desde los tiempos más remotos por las terribles erupciones volcánicas del Cotopaxi, Antisana, Llanganate, Sangai, Sara-Urcú, Tunguragua, Pichincha, Laguna de Quirotoa y otras, además de los temblores, no del todo violentos siempre, gracias á estos respiraderos majestuosos, que contienen en su profundo seno, sin embargo, la devastación, la ruina y la desolación de pueblos y comarcas enteras.

La parte del Ecuador.

La descripción de la gran cordillera de los Andes en el Ecuador es casi imposible, y el efecto debe producirse en el espíritu contemplándola.

Es una escalera estupenda, imponente, espantosa,

cuyas gradas son montañas á las que el fatigado viajero considera imposible subir.

Las convulsiones de la tierra han producido hasta tal punto una verdadera revolución orográfica, que la vista, espantada, apenas se atreve á mirar aquellos gigantescos pliegues de granito que se agrandan, se achican, se estrechan, se juntan, se separan, se arremolinan y se precipitan las unas sobre las otras en una forma fantástica y atormentada.

De la cadena principal salen infinitas ramificaciones y derivaciones importantes, que alcanzan á Bolivia como á Venezuela.

Nieves eternas coronan muchas de estas montañas, aun bajo la línea ecuatorial, y en toda la cordillera se encuentran puntos de vista imponentes, Naturaleza espléndida y majestuosa, vegetación soberbia y obstinada, abismos espantosos, peligros inminentes, pasos peligrosísimos que erizan el cabello, y páramos tristísimos.

Al lado de las más elevadas cimas, las concavidades más profundas; los valles más risueños al pie de montañas peladas (calveros), y como consecuencia natural, una variedad admirable de aspectos y culturas.

Allí se ven todos los matices del color, todos los climas y todos los frutos, y en todas partes tiene establecido su imperio la muerte.

Las víctimas.

Las calaveras de las víctimas, colocadas piadosamente en los huecos de la roca, hablan con triste elocuencia del tributo de sangre que la humanidad

paga en aquel paso, y yo he contribuído también, como tantos otros, con la mía, derramada abundantemente, al trasponer aquella insuperable montaña.

La gran muralla de la China, construída en la extensión de 2.222 kilómetros por el general chino Moun-Tien para librarse de las invasiones de los hunos, es apenas la sombra de este interminable muro, que cuenta cerca de cuatro veces más longitud.

La cordillera, que comienza en el estrecho de Magallanes y concluye en los Esquimales y en la bahía de Brístol, es una de las más grandiosas del universo, pero sus pasos son terribles.

Cómo se hace el viaje.

Me parece necesario indicar que yo sólo describo el paso de los Andes desde Guayaquil (la antigua Túmbez de los tiempos de la conquista) á Quito, capital de la República del Ecuador.

Se sale de Guayaquil en vapores fluviales á la caída de la tarde, y se desembarca en un poblado llamado Bodegas, cerca de la media noche, en donde se duerme, y al día siguiente se proporciona el viajero caballerías y arrieros y se va á hacer noche á un mediano *tambo* llamado Playas. En él preguntaba yo al tambero en el verandah sobre el género de vida que se hacía en aquellas soledades, y aún me estremezco de la contestación: «Aquí—me dijo—luchamos con todos los tormentos de la vida, y carecemos de cuanto la hace agradable. Tenemos víboras en abundancia, alacranes, tigres, leones, osos y

patillas ó sacacalzones, que son unas hormigas del tamaño de una pulgada.» Tres días antes habían tenido que defenderse de ellas con agua hirviendo en una extensa línea alrededor de la casa, defendida por doce personas.

Según mis informes, millones de estos formidables insectos, con una cabeza descomunal y una voracidad asombrosa, atacan un *tambo* y destruyen cuanto encuentran á su paso, hasta el punto que no quedan víboras, alacranes, ni bichos de ninguna clase en el trayecto de sus emigraciones.

A la madrugada siguiente se deja Playas y se ataca el Pisagua. Ni he visto ni pienso ver en mi vida un despeñadero más horrible con nombre de camino, que no es otra cosa que el lecho, algo desecado en ciertas épocas del año, de un torrente en otras: cada paso que dan las bestias se elevan media vara sobre el anterior, y apenas si entre todo aquel atormentado, puntiagudo y grieteado pavimento encuentran donde sentar la planta con mucha precaución, ó un poco de tierra sólida en donde no se hunden media vara ó tres cuartas en medio de aquellos pantanos y aquellas rocas interminables, cubiertas por un lado y otro de una obstinada vegetación que cubre de sombra este paso.

El oasis de los Andes: el Tambo.

A la noche descansamos de este día de fatiga en un *tambo* pobrísimo, perdido en medio de las montañas ó estribos de la cordillera. Desde la altura considerable á que nos encontrábamos veíamos los va

lles profundos que habíamos atravesado, cubiertos de una espesa niebla, que flotaba por encima de los más elevados árboles, tomando la forma de un extenso y tranquilo mar, que aun quedaba muy por debajo de la altísima loma que me servía de mirador. Aquélla parecía ya la región de las nieves, y, sin embargo, aun me quedaban muchos miles de pies que subir, como me lo probaban los enormes picos y montes que se levantaban delante de mí, más allá de los cuales crecían otros y otros más imponentes. Detrás de nosotros iban ya quedando los valles profundos, y la vista desde aquellas alturas no podía ser más espléndida.

Esta guarida se llama *Tambo-loma*, y, como ya he dicho, está sobre uno de tantos gigantescos accidentes de dichos parajes. Consta sólo de una casita, con su verandah ó corredor pequeño y un cobertizo con techo para las caballerías. Por el lado del camino el cobertizo está á nivel, pero ocho pasos más adentro, que es todo el fondo del cobertizo, el declive es tan rápido, que da terror el acercarse. Lo mismo sucede con la casa.

Serían las seis de la tarde cuando llegué á este tambo, acompañado de un guía, un paje y un arriero que conducía algunos comestibles y vinos míos.

En la casa sólo había dos indias, y en el cobertizo un par de pobres indios, cuyos seres, los únicos perdidos por aquellas alturas, retiraron el madero que con algunas cortaduras angulares servía de escala para subir al único cuarto, y dejaron sólo el que comunicaba con el pequeño corredor.

Mis ofrecimientos no conmovieron á aquellas gen-

tes para que nos dieran una habitación donde pasar la noche (que pocos hacen allí), amedrentados como estaban, suponiéndonos, sin duda, montoneros (revolucionarios).

Me subí al pequeño verandah por el palo que servía de escala, y desde allí me corrí por las cabezas de los tirantes (que salían medio pie de la pared) por uno de los costados de la casa, agarrándome á las desigualdades de la tapia, y encontré, como presumía, una puerta que cedió á un ligero empuje, y con ayuda de fósforos, pues la noche era obscura y la niebla invadía todo, entré en un pequeño cuarto modesto, desamparado y lleno de hendiduras por todas partes; pero en él había dos tablados con algunas pieles de cordero.

Entoné en seguida mi canto de triunfo por aquel hallazgo, y dije á gritos unas cuantas tempestades á aquellas gentes, y todo varió de fisonomía en aquel momento. Un arca que vi en un rincón, y que arrastré al medio de la habitación, fué abierta por las indias y de allí sacaron un par de sábanas limpias, que me proporcionaron una gran sensación de alegría.

El viajero que sea algo previsor en tales caminos debe llevar siempre un par de sábanas, manta, funda, comestibles y vinos, al propio tiempo que árnica y parches de aglutinante, pues se encuentra poco repuesto en los tambos, y sólo por patente milagro se pasan sin accidente los barrancos y quebradas inmensas de la cordillera.

Del Tambo á Chimbo.

A las seis de la mañana siguiente salí de Tamboloma, no sin pagar generosamente mi hospedaje ni sin admirar una vez más el espléndido panorama que dejaba detrás y debajo de mi observatorio; y ya en la cordillera, encontrando con frecuencia bastantes arrieros (todos indios), se llega á almorzar á un pueblecito llamado Chimbo, y se hace noche en la ciudad de *Guaranda*, tan malo el uno como la otra, pero demasiado buenos si se considera bien el sitio en que se encuentran.

El camino es en extremo accidentado y malísimo, hasta el punto de sentir verdadero pavor en muchos pasos peligrosos. Con frecuencia se encuentran lo que aquí llaman *camellones*, que consisten en muchas sendas profundas y estrechas, hasta el punto de no dar paso más que á una caballería, que se pierde de vista en aquel hondo pliegue, y á veces ni se ven los que van á caballo, aunque sigan hablando en tono natural.

El verdadero peligro, lo mismo en los *camellones*, que tienen la forma de una V, que en los pasos descubiertos, es cuando se encuentran en diverso sentido las recuas.

La palabra ¡lado! ¡lado! dada á gritos por los que van y por los que vuelven, palabras que comprenden las bestias, parece que aumentan la confusión, y hay momentos en que se le eriza á uno el cabello, no viendo medio de salir de un foso ó *camellón* en que sólo cabe una caballería, y se encuentra en sen-

tido contrario con un buey cargado, ó en una senda estrecha, al borde de uno de aquellos precipicios sin fondo en que viene á contrapelo una recua ciega y atormentada por los indios que la conducen. El problema espanta realmente, y lo mejor que se puede hacer es dejar que las bestias le resuelvan.

En una de estas ocasiones me he visto yo con un buey en un *camellón*, y no he encontrado escape posible. El *camellón* tenía vara y media de profundidad, y acaso 70 pies de extensión.

Retroceder en aquellas pendientes, lo mismo subiendo que bajando, es un sueño. La bestia que yo montaba se encabritó y quedó colgada sobre el vientre en el *camellón*, clavando los cascos como garras en el otro lado, y yo, sin atreverme á mover, y murmurando una oración, pues delante de mis ojos tenía un despeñadero como única salvación.

De Guaranda al Chimborazo.

La jornada natural es á Guaranda, capital de la provincia de Bolívar, creada con tal carácter por la Convención de 1884 y compuesta de unos 6.000 habitantes, en su mayor parte indios. Está comprendida entre dos ramificaciones de la cordillera occidental, desde la altura del Cashuairazo (1) hasta el

(1) El Cashuairazo está en la provincia del Tunguragua, y se cree que tenía más elevación que el Chimborazo, hasta que se hundió, produciendo un espantoso terremoto que destrozó las provincias de León, Tunguragua y Chimborazo. Hoy es una montaña de escombros, cubierta de nieve.

puente de Chimbo: su aspecto es tristísimo; sus casas, de tierra y cubiertas de teja; está construída en una meseta, y las montañas de la cordillera se destacan majestuosas sobre la ciudad; el hotel es descuidado, pero le parece á uno un oasis en medio de aquellos desiertos. El Gobernador me visita, y le convido á comer, invitación que acepta, enviándome además la música de la guarnición que toca mientras dura nuestra comida.

De Guaranda, en donde hay que proveerse de nuevo de caballerías y arrieros, que no siempre se encuentran, y desde donde se ve bien el Chimborazo, se va á descansar algunos momentos á un mal *tambo* en Totorillas y al pie del Chimborazo, y se sigue subiendo hasta encontrar los arenales y los terribles páramos. ¡Desgraciado el que se encuentra en aquellos desiertos desde las dos de la tarde en adelante!

Los temporales violentos que se sufren en aquellos pasos incultos, descubiertos á todos los vientos, arrojan cabalgaduras y hombres contra las rocas ó en los precipicios. La arena y los guijarros ciegan y apedrean furiosamente, y no hay ponchos, mantas, zaleas ni aparejos que resistan si no van fuertemente sujetos.

Caballerías muertas en gran número; esqueletos de otras, y calaveras de personas, colocadas en los huecos de las piedras ó en los socavones de la tierra, como digo antes, oprimen el corazón del pasajero en aquellas tristes latitudes.

El Chimborazo y la cordillera son el suplicio de hombres y animales, y el de estos últimos es tal, que

les decide á suicidarse. Es la primera vez que conozco este extremo en las bestias. Cuando están fatigadas, hambrientas, cargadas y acosadas, llega su desesperación á tal grado, que sumergen el hocico en la arena y se asfixian, prefiriendo morir, á la azarosa vida que soportan.

El término de esta jornada es Chuquipollo, *rancho*-posada al pie mismo del Chimborazo, en donde se siente un frío extraordinario y en donde se hallan pocos recursos si el viajero se acuerda de Europa; muchos para el sitio en que se encuentra.

El que quiera contemplar aquel rey de las montañas americanas, ha de madrugar; pues á las ocho de la mañana se envuelve en espesa niebla y nubes. El vapor es la vestidura diaria del gigante, cuyas alturas están cubiertas de eterna nieve.

De la cima cae por este lado una pequeña masa de agua, que me acerco á contemplar pensando en la inmensa altura de donde procede y en las vicisitudes que me han conducido á los pies de aquel coloso.

El viaje á Quito.

Rendido el natural culto de admiración, se emprende de nuevo y por ancho y empedrado camino llano, el viaje con dirección á Ambato, capital de la provincia del Tunguragua; su población es de 12.000 habitantes y su aspecto risueño; rodeada como está de huertas, jardines y paseos; sus frutos son sabrosos y sus casitas de campo la dan aspecto alegre y reputación envidiable en el Ecuador.

Como desde Ambato á Quito sólo hay dos jorna-

das, éstas se hacen en diligencia por caminos empedrados, pasando por la Tacunga, edificada con piedra pómez labrada, y situada en la vecindad del Cotopaxi, que la ha destruído en parte con sus erupciones y terremotos, como el de 1669, en que se derrumbaron todos sus edificios y murieron 8.000 y pico de personas, y el de 1757, que también causó grandes desplomes y sobre 4.000 víctimas.

En el tiempo de los Incas fué un emporio del Imperio con su palacio imperial, templo del Sol y otro de sus Vírgenes. Hoy tiene poca importancia.

Desde la Tacunga se llega á Machachi, en donde se hace noche y desde donde se ven á la derecha el Rumiñagui y á la izquierda el Corazón; y al día siguiente, á las doce se llega á la capital del Ecuador.

Desde el rancho de Chuquipollo el camino es ancho, empedrado y cómodo, y aunque por un lado y otro se levantan siempre aquellas inmensas y salvajes cumbres, y hay subidas y bajadas penosas, ya no hay peligro en el viaje.

VII.

LOS JÍBAROS DEL NAPO (ECUADOR).

Descripción del Oriente.

La provincia del Oriente es una gran extensión de 12.800 leguas cuadradas en la República del Ecuador, en el descenso de los Andes al O., el Marañón al E.,

el Chinchipe al S., y lindero á Colombia por el N.

Esta inmensa cuenca, cubierta de corpulenta y gigante vegetación, y rodeada de cordilleras por las que se precipitan espumosas cataratas, formando hondos barrancos y profundos precipicios, tiene la temperatura de todos los climas.

Sobre las altas copas de los árboles y sobre los bosques se cierne con frecuencia una neblina que vela este grandioso panorama, y las lluvias son en él permanentes, aflojando algo en los meses de Noviembre á Abril, en cuya época se puede penetrar en esta región y es relativamente fácil vadear sus ríos.

En esta latitud se encuentran los pájaros de espléndidos colores, las especies más variadas de monos, la pantera, el tigre, el oso, la onza, el puma (leopardo), la danta, jabalíes, etc., y entre los ofidios, las culebras, y el *yacu-mama* (boa constrictor), cuya extensión llega á 45 ó 50 pies: también le llaman Amarou.

Se puede asegurar que hoy es desconocida esta región y que el único satélite de la Tierra, á pesar de estar alejado de ella 96.000 leguas, es más conocido que el Napo. El hemisferio de la Luna que conocemos, sólo se encuentra á 15 leguas de las observaciones de los astrónomos; pero la provincia del Oriente, ó mejor dicho gran parte de ella, está como esas nebulosas que se pierden en los desiertos de lo infinito.

Parece hoy verdaderamente mitológica la expedición realizada por Gonzalo Pizarro en 1540 hacia la tierra fabulosa de las especias ó la canela, que no es otra cosa que la que vengo describiendo. Pizarro, al frente de 350 españoles y 4.000 indios, y precedido y seguido de rebaños de llamas y cerdos, emprendió

aquel viaje, que iguala á las más fantásticas empresas que puede crear la leyenda. Terremotos, fríos intensos en las elevadas regiones de los Andes, erupciones sulfúricas, hundimientos de terrenos, calores sofocantes en las vertientes orientales, relámpagos y truenos aterradores, lluvias torrenciales é incesantes y un suelo fangoso, no fueron obstáculo bastante para domar la valerosa energía de aquellos hombres esforzados. Así llegaron al río Napo, en donde flotó el primer barco europeo construído por los españoles, y cuyo mando dió Pizarro á Francisco Orellana, que realizó un asombroso viaje de 2.000 leguas entre naciones desconocidas, sin piloto y sin brújula, para salir al Océano Atlántico.

Es lástima que Orellana no tenga todo el prestigio de la gloria por esta atrevida empresa, que fué una deslealtad para su jefe Pizarro y un crimen en la esfera moral humana.

Como mi objeto es describir algunas de las ignoradas costumbres de los jíbaros que habitan la provincia de Oriente, me separo de la parte histórica y entro en lo actual de mi capítulo.

Costumbres jíbaras.—Armas, vestidos y plantaciones.

En las orillas del río Napo (1), que es uno de los más caudalosos tributarios del Amazonas en la República del Ecuador, existen como en otras latitudes

(1) Tiene su origen en la falda oriental del volcán Cotopaxí y montaña de Sinchalagua. Corre por una extensión de 220 leguas, y al mezclarse con el Amazonas no se confunden sus aguas cristalinas con las turbias del otro hasta haber recorrido 60 leguas.

del Nuevo Mundo razas de indios en estado tan salvaje y tan independiente como hace cuatro siglos.

Desconocidos ellos y sus poblaciones por los habitantes civilizados de las razas vecinas, apenas se sabe otra cosa que sus expediciones, lo que ellos llaman sus guerras, y un poco, muy poco de sus costumbres.

Los jíbaros son bien formados; aman, como todos los indios, sus bosques, sus montañas y sus ríos. Si se le ofrece á un indio manso ó bravo del Napo una cantidad fabulosa y una educación esmerada en un colegio de Quito, contesta sin vacilación: *mana munani* (no quiero). Sus aficiones dominantes son la caza y la guerra; y él encuentra en la libertad cuanto necesita, que es muy poco. Como vestidos, un calzón que baja desde la cintura á medio muslo, ó una tela bastante fuerte de dos varas de largo y tres cuartas de ancho, del algodón que cultivan, cosechan y tejen. Esta tira, de lienzo que llaman *Itipe*, pintada con rayas rojas y negras, se la envuelven á la cintura, dejándola caer hasta poco más de medio muslo. Algunos llevan ya camisas y calzones que compran á los traficantes de la sierra que comercian con ellos. Así el hombre como la mujer llevan una especie de corbatas de abalorios, y la cara siempre pintada.

El jíbaro no se somete ni sirve á nadie, porque considera la servidumbre como deshonra, del mismo modo que la cobardía; y mira cara á cara á todo el mundo, hasta con insolencia.

Como armas, un machete, un cuchillo ó una lanza de *chonta*, que es una palma muy dura; pero más frecuentemente con hierro fabricado en Riobamba y

otros pueblos de la sierra, cuyos hierros adquieren á cambio de cera de laurel, achiote (1), pita, sal y algún oro. También usan la *bodoquera* ó cerbatana, que forman con dos rajas de chonta unidas por una especie de cinta sacada de la corteza de un árbol, con la cual se envuelven bien las dos tiras de chonta, y para mayor seguridad la dan una ó dos manos de alquitrán vegetal. Para servirse de la bodoquera se introduce una saeta envenenada llamada *virote*, cuyo extremo opuesto al punzante va envuelto en una especie de algodón que sirve de taco, sobre el que se sopla y se arroja la flecha (á gran distancia relativa), que mata en pocos momentos. Las armas defensivas consisten en una rodela, cortada en forma de rebanada, del tronco de un árbol, y del diámetro de una vara.

Los venenos que usan para empapar las flechas no los hacen ellos, sino que los compran á otros indios del Marañón, los cuales los sustraen de sustancias vegetales.

Para acercárseles, deben tomarse todas las debidas precauciones é ir acompañados. Sólo los misioneros ó los que no estiman la vida se aventuran sin tales cuidados. Algunos blancos de la sierra que han aprendido algo de su lengua y les han enseñado algunas palabras castellanas son los que comercian con ellos.

El espacio, como la tierra, son suyos. Siembran

(1) Con cuya materia se pintan de rojo, así como con el *huito* se pintan de negro. El primero es un arbusto, y el segundo es un árbol muy alto.

donde quieren, y recogen de sobra para sus necesidades. Son los más laboriosos entre todos los indios del Oriente. Se reunen y hacen grandes desmontes de vegetación, en donde establecen después sus plantaciones de plátanos, yuca, maíz, camotes, maní y algodón. También conocen y cultivan el tabaco.

Las mujeres entre los jíbaros.

La mujer es la hembra para la procreación, y tiene la escasa consideración que en las demás tribus salvajes: es una bestia de carga. El hombre la considera buena presa donde la encuentra, para satisfacer sus instintos, y la poligamia forma parte de sus costumbres; de modo que aunque no se mezcla con otras razas, apodérase, sin embargo, de todas las mujeres que puede, aunque sean de otras naciones.

La mujer es el paria en la familia. Ella lava y hace la comida, prepara la *chicha*, siembra, recoge, va por leña ó por agua, y todo lo demas, excepto cortar los árboles y construir la casa, que es obligación del hombre. Frecuentemente es maltratada y hasta muerta por mero capricho del salvaje con quien vive, ó cuando menos abandonada, si ha envejecido ó no sirve; en cuyo caso la reemplaza con otra. Cuando buenamente no encuentra mujer, se hace acompañar de algunos parientes ó amigos, finge que tiene enemistad con otro jíbaro, acomete de improviso la choza de éste, le sorprende, le asesina, y se apodera de su mujer ó mujeres, que desde luego pasan á su servicio sin la menor protesta.

Sus rancherías.

El hombre, como queda referido, sólo levanta la casa ó echa abajo los árboles, ayudado de otros seis ú ocho como máximum, que se asocian á él para el caso.

Las chozas ó casas están hechas con bastante arte y son las mejores que se encuentran en los bosques. Las forman con estacas de chonta, que clavan en tierra, formando un rectángulo de 15 ó 20 varas de largo por 10 ó 12 de ancho, con 5 ó seis de altura. Forman las paredes con tiras ó listas de la misma chonta perfectamente unidas y atadas con bejucos. La techumbre es de *gudduas* (especie de bambú) cubiertas con hojas muy tejidas para que no penetre la lluvia.

El hogar.

Los jíbaros carecen de toda organización civil y política y su sola sociedad es la doméstica. Cada uno en su casa es un déspota, con plena libertad para todo y completa irresponsabilidad de sus actos por criminales que sean. Los padres no se ocupan en educar á sus hijos, que se forman con el ejemplo de lo que ven, viviendo casi á su antojo desde pequeños, y rara vez reprende un padre á su hijo, aunque éste haya cometido un crimen.

Religión.

Tampoco tienen religión determinada, y su vida es puramente animal y dedicada exclusivamente á satisfacer sus necesidades materiales, aunque gran

parte de ellos cree en el demonio, al cual temen mucho.

Los que están en contacto con los indios cristianos creen en Dios, y admiten los premios y penas después de esta vida y la necesidad del bautismo para salvarse.

Sus preocupaciones y sus guerras.

El jíbaro es en extremo supersticioso, fanático y traidor. Basta que sueñe una noche que el ranchero X ó cualquiera otro le busca para arrancarle una mujer ó para maltratarle; es suficiente que en sueños vea á R ó H atacados de viruelas que se le acercan, para que al día siguiente se reuna con otros cuantos, y preparen lo que ellos llaman una guerra, con objeto de vengar los soñados insultos ó contagios. En cuanto oyen un trueno se preparan á defenderse contra los enemigos que vienen á atacarlos. La mayor parte de los asesinatos que ocurren entre ellos, y son frecuentísimos, no reconocen otro origen que el haber soñado uno que otro venía á hacerle algún mal. Son tan rencorosos, que jamás perdonan una ofensa, y se pasan años enteros buscando ocasión oportuna para vengarse de su enemigo, verdadero ó presunto, asesinándole impunemente cuando le encuentran más descuidado, para lo cual no perdonan medio alguno por innoble que sea.

No se crea que para realizar estas que ellos llaman guerras van valerosamente á buscar á sus enemigos y á provocarlos á singular combate. Al contrario, se acercan con todas las manifestaciones de amistad,

les rodean de afecto, y cuando más confiados están los atraviesan con su lanza ó les asestan un macanazo á mansalva y sin la menor exposición.

Precauciones.

Para avisarse mutuamente del peligro que corren por la aproximación del enemigo, se valen de una especie de telégrafo acústico, que consiste en un tronco de árbol completamente hueco, como de tres varas ó cuatro de largo por tres cuartas de diámetro. Golpean este tubo con un mazo, y el ruido se oye á largas distancias.

Cuando temen alguna invasión, se reunen los que recelan ser atacados é invitan á todos sus parientes y amigos, y todos juntos, al mando del más valiente ó más temido por su ferocidad y sus asesinatos, marchan á sorprender al enemigo en sus propias rancherías ó le resisten cuando son atacados.

Autoridad.

El padre está reconocido entre los jíbaros como jefe de la familia, diferenciándose en esto de otras tribus salvajes que reconocen aquel carácter sólo al tío materno.

Cuando se verifica un casamiento, el novio da al padre de la que ha de ser su mujer un hacha ó algunas varas de lienzo, y se lleva su compra á casa.

Á los ancianos se les tiene algún respeto, sobre todo si son valientes.

Fiestas.

La fiesta que ellos celebran y se llama de las cabezas cortadas á los enemigos, consiste en una gran borrachera y comida de carne de puerco por espacio de seis ú ocho días. Se preparan con el ayuno un año, poco más ó menos, desde que hacen el desmonte para sembrar la yuca que ha de servir para hacer la chicha, que ellos llaman *masato*, hasta que madure dicha yuca. Durante el ayuno sólo comen plátano y yuca, y beben chicha. Á lo más se permiten comer algún pescado, ó también pájaros muy pequeños. Dicen ellos que si no practican este ayuno sus sementeras no han de madurar, ni sus perros han de coger caza, ni sus saetas envenenadas han de dar en el blanco, ni ellos mismos se han de ver libres de sus enemigos.

Reducción de cabezas.

Los jíbaros cortan con frecuencia las cabezas á sus víctimas y las reducen en proporciones para convertirlas en un artículo de comercio bastante buscado por los europeos. El procedimiento de reducción se hace separando cuidadosamente la carne de la parte huesosa é introduciendo después piedras candentes que van absorbiendo la humedad de la carne, hasta que se va desecando poco á poco y reduciéndose al propio tiempo que momificándose. Entre ellos las llaman *Sancas*.

Instrucción.

El libro, la escritura y los jeroglíficos les son completamente desconocidos, y su estado no puede ser más salvaje.

Su gusto músico es elemental, y su único instrumento es una flauta hecha de una caña con tres agujeros, uno grande para soplar como las verdaderas flautas, y dos pequeños en el extremo del cañuto á los que se aplican los dedos índice y medio, produciendo un motivo sencillo que repiten indefinidamente y que no carece de melancolía.

Interior de sus casas.

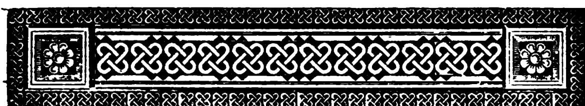
Se sientan como los hombres civilizados en unos taburetes de troncos de árboles.

Para dormir usan unos catres formados por cuatro estacas fijas en tierra, sobre las que atraviesan unos listones de *chonta* y sobre ellos *guádua* picada. Á donde caen los pies tienen fuego encendido toda la noche.

Todas estas informaciones las he tomado de la única persona capaz de proporcionarlas. Deseoso de conocer en cuanto es posible las costumbres de los jíbaros, dirigí un extenso interrogatorio al padre Tobías, jesuíta español y vicario apostólico de las misiones del Oriente, y á su cortesía debo las noticias que publico y que rarísimas personas conocen; pues

aunque la provincia del Oriente no está más que á unas 40 ó 50 leguas de Quito, puede decirse que moralmente está á miles de leguas, pues las ciénagas (1), rios, bosques, clima, abismos, animales y enfermedades la hacen inhabitable y desconocida, y el carácter de los indios bravos rodea de peligros su aproximación.

(1) Me asegura el P. Tobías que hay muchas jornadas que no pasan de una legua ó dos, y para ello es preciso caminar descalzo ó todo lo más con alpargatas y el pantalón de la misma forma que el de los indios, y luchar con muchas dificultades.



EN LAS FALDAS DEL COTOPAXÍ.

Hace muy pocos años (en 1887) que yo me encontraba á algunos miles de leguas de España, entre el Océano y el Pacífico, y de huésped en una hacienda á las faldas del Cotopaxí.

Esta hacienda, ó mejor dicho, estas haciendas, que son cuatro, cuyos nombres son La Ciénega, San Juan, el Hato de Chalupas y el Hato de Pauxaquí, se extienden de una manera tan inmensa, que comprenden sobre 2.000 caballerías.

Para que se forme una idea de esta extensión, me hace falta añadir que cada caballería se compone de 16 cuadras y cada cuadra de cien varas cuadradas; de modo que el área total es de 3.200.000 varas.

La Ciénega, que es la hacienda en que yo residía, es una soberbia construcción que revela aún las grandezas de la colonia y perteneció á los Marqueses de Maenza, después á los Sres. Mateus, más tarde á

D. Manuel de Ascásubi y hoy á D. José María Lasso, cónsul honorario de España y pariente de los Condes de Puñonrostro.

Para llegar á La Ciénega desde Quito es preciso hacer unas diez y seis leguas á caballo y atravesar los páramos de Romerillo y Tíopullo, en donde se desarrollan furiosos temporales y en donde sufrí al pasar una deshecha tormenta de granizo que me azotó furiosamente, acompañada de truenos espantosos y multitud de rayos, que son allí muy frecuentes.

En el viaje á La Ciénega éramos ya sobre catorce personas entre señores, sirvientes é indios, todos á caballo; pero á dos leguas de la hacienda, en un tambo llamado *Chasqui*, nos esperaban administradores, mayordomos, mayorales y otros indios, y nuestra cabalgata se aumentó hasta componer un verdadero escuadrón, en el cual venían la señora del Sr. Lasso y sus sirvientas, soportando bravamente como los demás la tormenta y la fatiga.

Cuando llegamos á La Ciénega nos encontramos con muchos arcos de flores en la alameda frente á la entrada principal, adornados con grandes chales de vivos colores, sobre los cuales estaban cosidas cucharas de plata y otros objetos de valor, según costumbre del país: las campanas de la hacienda repicaban alegremente, y los patios y entradas estaban cubiertos de los indios é indias concertados (1).

(1) Se llaman conciertos los contratos verificados entre señores é indios que duran cinco años. Los indios rara vez ganan más de medio real diario y el derecho á cultivar para sus necesidades una pequeña porción de tierra. (Son como esclavos.)

La entrada á que me refiero es grandiosa y tiene todo el aspecto de un palacio y fortaleza, con su gran puerta en arco, su inmenso portalón, su torre señorial y sus plataformas muradas á ambos costados.

Sobre la torre vi con satisfacción ondear la bandera española, y al entrar en el primer patio de la hacienda me sorprendí también á la vista de una portada arquitectónica que daba entrada á una capilla que podría servir de iglesia á poblaciones de importancia. Un indio en el campanario seguía repicando sin descanso.....

Delante de mi vista se levantaba el Cotopaxí, y desde su cima, á 5.755 metros de altura, se le veía cubierto completamente de nieve hasta más abajo de la mitad y algunas veces hasta su falda. La cordillera que forma su base sigue extendiéndose hacia Occidente, y sobre ella, como á tres leguas del Cotopaxí, se levanta el Iliniza, volcán extinguido, pero que es también otro *nevado* grandioso.

Las marcas que deja aquella montaña monstruo en sus momentos de cólera, están á la vista en aquella misma hacienda. Recorriendo á caballo aquellos alrededores, vi una gran extensión de *potreros* cubiertos de piedras enormes, y entre ellas una que medí, dándome por resultado 12 metros cuadrados.

Este gran *bloc* fué arrojado ó arrastrado por el *aluvión* que salió del cráter del gigante, y se precipitó por sus desgarrados flancos en la erupción del 24 de Junio de 1877, y espanta realmente la idea de la fuerza extraordinaria que ha sido necesaria para empujar rudamente, primero por la pendiente y

después por la llanura, un pedazo de granito tan desproporcionado (1).

Los ruidos que salían de aquel horno infernal se dejaron oir algunas noches, pero los indios de la hacienda decían que eran del Tungurahua, que está á más de veinte leguas. La ronca voz huracanada me pareció tan próxima en la última vez que la oí, que yo insisto en creer que salía del volcán Cotopaxí.

A pesar de tantos *nevados* como nos rodeaban y de la proximidad de la cordillera, la temperatura era solamente fresca, y sin embargo, teníamos á la vista, y próximos á nosotros, relativamente, los elevadísimos picos del Iliniza, Corazón, Rumiñahui y Cotopaxí, más ó menos cubiertos de nieve; y aunque más lejos, siempre á la vista, el Tungurahua, á unas diez y ocho ó veinte leguas, el Sangai á unas veintiocho, y el Chimborazo á unas treinta y dos ó treinta y cuatro.

La vida es tranquila en medio de aquellas planicies rodeadas de cordilleras, y las costumbres primitivas. El indio es esclavo, á pesar de los setenta años de independencia y de todos los gritos de libertad dados desde 1809. La República no ha formado hombres libres, y en los campos sigue todo como en los tiempos de la colonia, con la diferencia de que todas son ruinas en lo material, desfallecimiento en lo moral, y garantías que no garantizan nada en lo político.

(1) Esta erupción ó *aluvión*, como se dice allí, destruyó hace trece años puentes, fábricas, haciendas y ganados en las provincias de Pichinchá, León y Tungurahua. Las cenizas cayeron hasta cuarenta y cincuenta leguas de distancia.

Los indios de todas las haciendas se reunen en las mismas, llamados por las campanas, por los cuernos y bocinas ó por gritos agudos y prolongados que da el mayoral de la hacienda entre tres y media ó cuatro de la mañana. Minutos después salen de todas las chozas de los contornos los indios y llegan al patio de la hacienda, en donde el *rezador*, pagado por el *patrón*, lleva la voz en los rezos del Rosario, la Salve, Mandamientos, Bienaventuranzas, etc. El coro responde armoniosamente, y en medio de aquellas altísimas planicies, á las que rara vez llegan las palpitaciones del mundo, rodeadas de cordilleras monstruosas, en las que resuena la gran voz del huracán y los rugidos subterrános que salen por los cráteres de aquellos volcanes, se levanta con solemne sencillez el canto religioso del indio, que encuentra en las creencias cristianas la compensación de su pobre y despreciada existencia.

Desde las cuatro de la mañana á las seis, el indio se ocupa en lo que llaman la faena, y que le produce al año un capisayo, es decir, un traje. Desde las seis en adelante se le destina á los trabajos del campo, y en todo este tiempo el pobre esclavo, que gana medio real diario, se oye llamar toda clase de nombres ofensivos y desdeñosos, sin derecho á contestar una sola palabra si no quiere ser atropellado..... y ¡viva la república..... la igualdad..... y la fraternidad, y toda la demás metralla!

En algunas haciendas hay la costumbre de remojar ó bautizar al que llega á ella por primera vez, y á mí me ha ocurrido el caso en una llamada *El Conde*, á dos ó tres leguas de Quito. Serían las cua-

tro de la mañana cuando, después de la doctrina, fueron todos los indios á mi cuarto, que daba sobre una terraza, y empezaron á gritar: «*Cuchí caspaí*», y á empujar la puerta. Entre dormido y despierto, y sin otra conciencia que la del peligro que creí correr, cogí el revólver que tenía en la cabecera de la cama é hice un tiro á la puerta, el cual produjo la alarma en la hacienda y obligó al que encabezaba la demostración á declararme apresuradamente su objeto desde fuera, con lo cual ya acabé de despejarme y de tranquilizarme, reconociéndome además deudor de unos cuantos pesos para no romper las tradiciones establecidas.

Lo que se llama un *rodeo* en una de aquellas grandes haciendas, como la en que me encontraba, es curiosísimo. Desde las tres de la mañana patean 60 ó 70 caballos en los corrales. Los indios y los no indios envainan sus piernas en los indispensables *zamarros*, sin los cuales y sin el consabido *poncho* no saben moverse aquellos indígenas, ni aun para salir á paseo á cuatro cuadras de su casa.

Dichos *zamarros* son la prenda más pesada, más desairadísima y más ordinaria que conozco. Se ponen encima de los pantalones, pero antes deja las propias piernas un ecuatoriano en su casa, que los tales zamarros. Los indios los llevan también, aunque ninguno lleva calzado, pero sí llevan, como todo ecuatoriano, espuelas con la roseta del tamaño de la copa de un sombrero.

Los zamarros, el poncho, la espuela *roncadora* y los estribos de cobre en forma de zapato, son el lujo de todo el que monta, aunque sea en un perro.

Volviendo al rodeo de que me ocupaba, añadiré que, no sólo la gente de á caballo, sino otros tantos á pie y con perros, están listos y salen en diversas direcciones para ir recogiendo el ganado desde las *pampas* ó los *páramos* y *potreros* en donde se encuentra, hasta encerrarlo en los diversos corrales, á cuya salida se hace el recuento por clases: vacas de leche, ganado seco, novillos, vaquillonas ó terneros, dirigiéndose después de nuevo todas las reses á sus respectivos potreros.

El espectáculo es animadísimo y bullicioso, y de seguro no se presenta en toda la América un cuadro de más movimiento. Mayordomos, ayudantes, mayorales cuentayos (1), indios y hasta guasicamas (2) á pie y á caballo ondeando la *huasca* ó cabestro en la mano derecha, corren y gritan desaforadamente tras de las reses por las montañas hasta acarrearlas. Todos ellos son jinetes de primer orden, y se precipitan, sin vacilar, en los terrenos más quebrados, revolviendo el caballo con un desembarazo notable, y enlazando un toro ó un caballo á la carrera.

Durante mi permanencia allí se verificó, en uno de los grandes corrales de la hacienda, una novillada, y fué el acontecimiento de actualidad para los indios de la misma y para los de otras próximas, así como para los habitantes del pueblo vecino de Tanicuchí.

Para que el indio se caliente y *eche lances* es preciso prepararle con aguardiente y con *chicha*, y se les repartió con profusión. Durante la corrida llega-

(1) Llevan la cuenta del ganado y responden del que falta.
(2) Cuidadores de la casa (*guasi*, en quichúa, es casa.)

ron á la hacienda otros indios danzantes vestidos con una especie de casullas hasta la cintura llenas de brillos, el consabido plumaje en la cabeza y lanza de chonta en la mano. Uno de ellos tocaba á la vez un tambor y una flauta como en las Provincias Vascongadas. El canto con que danzan estos indios es monótono y triste. El dueño de la hacienda les repartió algún dinero, á lo cual respondieron ellos con el «*Dios se lo pague*, *niño*», propio de todos los indios, y siguieron su baile, tan desanimado y triste como su canto.

¡Pobre raza, esclava en su propia tierra!

A unas tres leguas de aquella hacienda hay aún restos de un palacio de los Incas, en un sitio llamado *Cayo*, que me propuse visitar y visité también. Cerca de dichas ruinas hay un montecillo que, á la simple vista y á distancia, como yo lo he visto, aparecía como de unas 125 varas de base y unas 40 de altura, que se supone la sepultura de alguno de los antiguos poderosos.

En el próximo capítulo me ocupo de él.





UN ANTIGUO PALACIO DE LOS INCAS.

Muy cerca del Cotopaxí, y no lejos del camino que pone en comunicación la capital de la República del Ecuador con la ciudad de Latacunga, y como á unas 16 leguas de la primera, se ven aún los restos de una antigua fortaleza-palacio de los Incas, que revela la magnificencia de aquellos tiempos.

Indiqué en mi artículo anterior, que me estaba disponiendo á hacer una excursión á dichas ruinas, para formar juicio sobre ellas.

Con el deseo que me aguijoneaba de visitarlas, monté á caballo, y después de atravesar algunas ciénegas y el río Cutuche, de dejar á derecha é izquierda las míseras chozas de los indios y de hacer unas 2 leguas por entre perpetuas arenas, vomitadas por el

monstruo que domina todos aquellos contornos, permitiéndome la proximidad apreciar las profundas quebradas abiertas en sus ásperos flancos por la ardiente lava que en caudal espantoso brota tan frecuentemente de su seno, llegué al *Cayo*, que así es como se llama la hacienda que hoy pertenece á un Sr. Cornejo.

El palacio-fortaleza ha perdido completamente su carácter, y sólo existían tres habitaciones bastante bien conservadas, aunque revestidas (una de ellas sobre todo) interiormente de barro en mucha parte de sus paredes, alguna de las cuales está ligeramente grieteada por efecto de los temblores tan frecuentes. La fisonomía general de la casa-hacienda, que es de poca importancia, ha vulgarizado el efecto que podrían producir sobre la imaginación aquellas tres habitaciones bien conservadas, sin las profanaciones de la ignorancia ni las míseras consideraciones del provecho.

En aquel país no se ha pensado en la conservación de monumentos históricos, ni hay una comisión que se ocupe de guardar para otros tiempos aquellas páginas de piedra, escritas por la civilización ínca ó por los conquistadores.

Los españoles destruían los antros de los dioses falsos que adoraba la barbarie, y cuyos suelos regaba la sangre humana derramada por sacerdotes carniceros, pero los reemplazaban por templos suntuosos levantados al Dios verdadero, en los que la arquitectura de sus fachadas y sus naves rivalizaba con la escultura de sus altares y con la riqueza de sus joyas y ornamentos.

La independencia apenas ha fundado algo, y todos los esfuerzos de sus hombres más notables se han estrellado ante los furores políticos que han convertido la América en un extenso y perpetuo campo de batalla, en el que luchan las malas pasiones con todos los medios propios para hacerlas triunfar.

Aquí me parece oportuno recordar algunas palabras de Bolívar en su último Mensaje al Congreso de Colombia de 1830. «Yo me avergüenzo de confesarlo, decía: la independencia es el único bien que hemos conquistado á costa de todos los demás.»

Excusado me parece decir que ningún Gobierno se ha ocupado, por consiguiente, de estudiar arqueológicamente, ni las ruinas del *Cayo*, ni tantos otros monumentos notables de los que existen ó existían en aquel país.

Me habían hablado varias personas en Quito de la sorprendente unidad que presentaban las piedras de lo que queda de dicho monumento, hasta el punto de no poder introducir entre ellas la punta de un cuchillo, y me habían asegurado que lo que allí llaman palacio del Inca, era todo de piedra sin ensamble ni argamasa de ningún género.

No dejó de sorprenderme, en efecto, el primer golpe de vista al entrar en el segundo corral de la hacienda. A derecha é izquierda vi las tapias de dos habitaciones, que se levantaban como 3 1/2 metros del suelo, formadas por piedras sillares de unos 35 á 40 centímetros cuadrados, y labradas en su parte exterior en forma de almohadillado sencillo sin moldura alguna, cuyo resultado no carece de elegancia. Las puertas de entrada tienen un poco la tendencia egipcia, es-

trechándose algo en la parte superior (1). En el interior, y á la altura de 1 $^{1}/_{2}$ metros, hay una especie de hornacinas de la misma forma que la puerta, aunque mucho más determinado el carácter egipcio.

El largo de estas habitaciones, cubiertas hoy de caña y teja, será de unos 7 metros por 4$^{1}/_{2}$ de ancho, y sin otra luz que la que reciben por la puerta.

En dichas hornacinas ó huecos, cuyo fondo es de unos 35 centímetros, su altura de unos 45, la anchura en su base de unos 33 y su altura de unos 25, está la piedra algo esquirlada, y con objeto de estudiarla quise arrancar un pedazo, que resistió á mis esfuerzos. Pedí entonces un martillo y golpeé la piedra hasta arrancar una esquirla que me asombró por sus partículas de brillantes cristalizaciones, la ligereza de su peso, su aspecto gris casi negro y su porosidad. En el primer momento creí que aquello era un cemento, y arranqué un trozo más de otro hueco, ofreciéndome el mismo resultado.

Comparando el aspecto negruzco de las piedras arrancadas del interior con el cárdeno claro del exterior de las mismas, no aparecía la menor analogía *á la vista*, por lo cual saqué mi cuchillo, y aprovechando una hendidura de un sillar del exterior, arranqué un pedazo que conservo, y entonces pude apreciar mejor la analogía de su composición.

La piedra de que me habían hablado como si fuera

(1) Esta tendencia se demuestra también en las ánforas, cántaros ó vasos que se encuentran en las *tolas* ó sepulcros incas, los que tienen la misma forma que los vasos egipcios. Yo tengo algún ejemplar.

granito, es lo que en aquellos contornos llaman piedra quemada. Es decir, la escoria ó lava arrojada por el volcán, que se saca de las grandes vertientes del mismo, y que se labra fácilmente con una hachuela.

Así se explica la unión perfecta de las piedras sillares entre sí, tan sorprendentemente ponderada en el Ecuador, y tan poco estudiada.

Seguramente en la civilización inca se aprovechaban lo mismo que hoy aquellas canteras, de las cuales se sacan ahora las piedras (1) para la construcción de muros en muchas haciendas, y con ellas, arrancadas de las profundas quebradas del Cotopaxí, se construyó sin duda lo que hoy se llama aún Palacio del Cayo, y que si es digno de llamar la atención del arqueólogo y del viajero por lo que recuerda, deja de serlo por la unidad perfecta de sus sillares, tan decantada por los que no se han tomado el trabajo de apreciar su materia y su resistencia.

Cerca de aquellos restos, como á cuatro cuadras hay un promontorio llamado el Cerro del Cayo, que se presume ser una *tola* ó sepultura de alguno ó algunos poderosos indígenas, y sería curioso perforarle para saber á qué atenerse.

En la provincia de Ynbavura se han encontrado en las *tolas*, botijas de barro con *chicha* perfectamente conservada del tiempo de los Incas, y yo poseo grandes vasos ó ánforas de aquel tiempo, sacados de estos sepulcros indígenas.

---

(1) La ciudad de Latacunga está toda construída con piedra pómez, sacada de las canteras de San Felipe y Tíobamba, próximas á Latacunga.

En la provincia del Chimborazo (pueblo llamado Chambo), á 2 leguas de Ríobamba, se encuentran *tolas*, y en ellas esqueletos de aquel tiempo sentados en cuclillas, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos en las mejillas, y á su lado varias botijas de cuello estrecho y barriga ancha, llenas de chicha (1) amarilla, exactamente igual á la que se fabrica hoy y que es la que beben los indios. Los esqueletos están siempre colocados en círculo en aquellas catacumbas indianas.

Causan verdadera sorpresa determinadas analogías entre la forma de las tolas ó huacas indias y de las egipcias, lo mismo aquí que en Centro América y otras partes de aquel emisferio. La forma piramidal domina en todas ellas, lo mismo que en las puertas y huecos de sus notables construcciones, cuyos vestigios se conservan aún en pie.

No son seguramente estas tolas ó huacas las pirámides levantadas por Cheops Chephren ni Mycerinus, reyes de Egipto, pero la forma es la misma, así como su destino.

Según la historia antigua, Cheops empleó treinta años en construir su sepultura, que tiene 428 pies de altura, y aunque el Cerro de Cayo no tiene este prestigio histórico, no por eso deja de interesar la curiosidad.

Los vasos preciosos de los egipcios encuentran su

(1) La chicha es una bebida hecha de maíz remojado, hasta hacerlo nacer, después se seca y se muele, mezclándolo con agua y cociéndolo, se cierne el bagazo, se destila y se pone á fermentar en botijas.

copia en barro en las huacas americanas, y sus momias de pie y apoyadas contra los muros de sus tumbas, en las indias á que me he referido, así como hay semejanza también en las profesiones hereditarias entre una y otra civilización.



INDICE.

